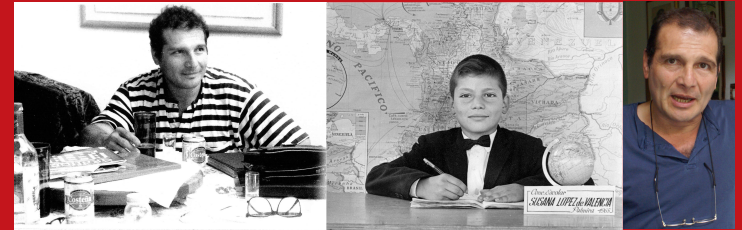


Por las tierras del cóndor y del águila negra

Mario Rey



Mario Rey

Nací en Cali, Colombia, 1955; me naturalicé mexicano en 2005 y vivo en la Ciudad de México desde 1982. No fui al kinder y sufro de ambliopía, lo que explica mis deficiencias en motricidad fina y mi torpeza. La hipermetropía me obligó a usar desde niño gafas, que abandoné al darme cuenta de que no servían para nada —más que por vanidad, que también—, pero tuve que retomarlas cuando la caída del cabello y la presbicia me hicieron aceptar que el tiempo sí existe, o que al menos hay algo así llamado que se refleja en el cuerpo, la memoria y el alma. De todas maneras, con gafas o sin gafas, tengo una mirada rara...

Cursé la primaria entre Bogotá, Palmira y Cali, donde la terminé en la Escuela República de México... No pude graduarme de bachiller en el célebre "Santa Librada College" porque fui expulsado por meterme a protestar contra ciertas arbitrariedades que ya no recuerdo puntualmente (el tiempo...), en el contexto del Movimiento Estudiantil del 68/72. Desde que leí un *Quijote* para niños, a los doce años, tomé conciencia de que sueño con la Edad de Oro, una utopía que con toda seguridad no alcanzaré a ver realizada, pero que ilumina a diario mi caminar. Terminé la licenciatura en la Universidad Santiago de Cali, en cuyos pasillos, salones, patio y alrededores se originaron las amistades que le dan forma y calor a mi existencia, a mis sueños y oficios (aprendiz de maestro, escritor, editor, promotor cultural y amante, de las letras y las artes).

POR LAS TIERRAS DEL CÓNDOR Y DEL
ÁGUILA NEGRA

POR LAS TIERRAS DEL CÓNDOR Y DEL
ÁGUILA NEGRA

MARIO REY

EDITORIAL
aula 
DE HUMANIDADES
narrativa - novela

La Casa
GRANDE

Rey, Mario, 1955

Por las tierras del cóndor y del águila negra / Mario Rey. – 2a. edición. – Bogotá: Editorial Aula de Humanidades y La Casa Grande, 2020.

344 páginas; 22 cm. – (Colección narrativa)

Incluye índice de contenido

1. Novela colombiana – Colecciones 2. Vida cotidiana –Cuentos 3. Literatura colombiana I. Romero Pinzón, Daniel Camilo, autor II. Serie.

Co863.08 cd 21 ed.

A1653040

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

POR LAS TIERRAS DEL CÓNDOR
Y DEL ÁGUILA NEGRA

ISBN 978-958-5421-99-8 (Versión impresa)

ISBN 978-958-5111-00-4 (Versión digital)

© Editorial Aula de Humanidades

© La Casa Grande

© Mario Rey

Colección Narrativa - Novela

2ª. edición en Colombia y 1ª. edición en México, 2020

www.editorialhumanidades.com/

info@editorialhumanidades.com.

Maquetación y diseño:

Jorge Leonel Pineda

Imagen de la portada:

Pedro Antonio García y Mario Rey

Impreso en Colombia

CONTENIDO

YO JUEGO CON LA CADENA PLATEADA	9
AL ABRIR LA PUERTA DEL CUARTO	25
AL DÍA SIGUIENTE DE MI LLEGADA A BOGOTÁ	47
AHORA CORRIJO ESTAS PÁGINAS CON LA AYUDA DE LOS LENTES	61
YO RECORRO LAS CALLES DE BOGOTÁ EN BUSCA DE MI ABUELO	73
POR ESOS DÍAS LLEGÓ AL PARAÍSO UN JAPONÉS	91
YO VUELVO A ESCUCHAR AL ABUELO, CON GUSTO	109
DE NADA SIRVIERON LOS CATAPLASMAS DE MOSTAZA	127
CUANDO EL JAPONÉS INHALÓ EL AROMA DE CADA UNA DE LAS FLORES DE EL PARAÍSO	139
UNA CALAVERITA DE AZÚCAR	147
Y QUE YO ME LA LLEVÉ AL RÍO	157
LO QUE MÁS RECUERDO DE ESA ÉPOCA	173
YO NUNCA OLVIDARÉ LAS INCÓMODAS NOCHES DE FRÍO	185
CARMEN FRANCESCA RONDABA LA CABEZA DEL ABUELO CADA TANTO	201
LAS CALAQUITAS DE AZÚCAR BLANCA	217
¡FUE COMO UN PUÑO EN EL PLEXO SOLAR, ALA!	231
A MÍ, MI PAPÁ CASI NO ME PEGABA	247

¿SABES CÓMO ME GUSTARÍA MORIR?	259
YO HAGO GIRAR EL TUBO DEL CALEIDOSCOPIO	279
¡CHA CHA CHA!	289
SI PERCIBES O TE INVENTAS LA DANZA	297
AL DESCUBRIR FRENTE AL ESPEJO	307
EL ABUELO RECORRIÓ DE UNAS CUANTAS ZANCADAS	323

*A Rosa Jimena, Isabel, Karina, Pedro Nel, mi
familia, mis amigos, mis camaradas, mis alumnos,
mis maestros y mis personajes, claro; con amor*

YO JUEGO CON LA CADENA PLATEADA que cae del bolsillo del chaleco de mi abuelo Pedro Pablo, y me entretengo siguiendo los destellos que producen los eslabones con los rayos del sol que empieza a calentar la fría mañana bogotana. Mis dedos se entrelazan con los hilos metálicos mientras mi cabeza reproduce las redes de esta historia, con alabanzas y relatos eufóricos, avergonzados susurros, comentarios y juicios, suspiros y ensueños.

La primera vez que salí en busca de mi padre iba en brazos de mi madre, a los pocos meses de haber nacido, el mismo año en que Juan Preciado se encaminó a Comala tras el recuerdo de un tal Pedro Páramo, a decenas de siglos de cuando Edipo hollara la carne de sus padres y la piel de los caminos de la fértil, dionisiaca y fratricida Beocia, a tres milenios de la partida de Telémaco buscando a Odiseo, y yo no iba a pedirle nada.

Era tal el desamparo en mis ojos, que a mi abuela y a mis tíos se les escaparon las lágrimas; no es que yo me acuerde de ese día, no; me lo contó muchos años después mi tío Pedro, llorando, reblandecido por el paso del tiempo que devora todo lo que no sea él mismo.

Mi abuela Rosa se emocionó tanto con mi llegada, que mandó a Marco Antonio, su compañero, a comprar una cámara fotográfica y un rollo, y ese día quedó en mi memoria gracias a las fotos que me heredó pocos días antes de morir. Me veía sonriente, pleno, desnudo, con los brazos extendidos al sol y al aire que iluminan y refrescan las tardes del Valle del Cauca después de abandonar el

Océano Pacífico, ascender las montañas de la Cordillera Occidental y descender por las tierras de mi tierra, el mismo camino que transitara Efraín en pos del último aliento de María.

Arribo a la bolsa del chaleco donde nace el resplandor de plata, me muero de ganas de sacar aquella cajita redonda en cuya tapa asciende con fatiga el humeante tren del Ferrocarril de Antioquia; me gusta apretar el botón que la corona, ver cómo aparecen los números negros sobre el impecable blanco del tablero, y hundirme en el eterno girar del rojo filamento.

Recuerdo su figura esbelta, siempre vestido de azul oscuro, chaleco, camisa blanca de cuello y puños duros, corbatín rojo, leontina, abrigo de paño inglés, doblado con cuidado en el antebrazo izquierdo, periódico, paraguas, pañuelo en flor, y el fino sombrero que descubría al saludar su gran cabeza redonda y rubia, peinada a la perfección, radiante. Dejaba caer su manota blanca sobre mi cabeza pinchuda, ¡maldito aquel corte alemán con el que me martirizaron tanto tiempo! Me decía algunas frases cariñosas, sin que faltaran, por supuesto, los ¿cómo vas en el colegio?, ¿qué vas a ser cuando seas grande?, hay que estudiar, mijo, hay que prepararse... Yo esperaba ansioso el momento de la despedida: él metía la mano en su pantalón y pescaba las monedas que tintineaban en el bolsillo: «Tome para los dulces, mijo». Me satisface dibujar un abuelo cariñoso, aunque distante.

Siguiendo sus huellas y recuperando sus palabras descubrí que los recuerdos se inventan, se construyen, se moldean, que uno es el invento del recuerdo hecho presente; y me dediqué a pintarlo y a dibujarme en el placer de la evocación y sus marcas. La imagen del viejo aparece con la mano saliendo del bolsillo del saco y la magia de un pingüinito de celofán azul volando hacia mi mano. Deshacía rápido el hechizo de la envoltura transparente y me regodeaba con la frescura y el dulce de la menta que cubrían las alas del afónico ruiñón del polo.

Armaba en mí la visión de mi abuelo con esmero y lentitud, como si fuese un vitral: con fragmentos en colores diversos, brillantes en sí mismos, renovados en su esplendor, a veces opacado, a medida que se entrelazaban con las historias de mi abuela, mi padre, los tíos, los primos, los trabajadores, la empleada de la casa y su hija, historias ocultas, lágrimas, sonrisas y silencios; admiración, dolor y resentimiento; entre cervezas, aguardientes, ajiaco, sancocho, mazamorra, papas criollas, chicharrón, refajo, bollos, rellena y tamales, las palabras escapan y se pasean en el reino del único animal esclavo de su propia voz y del reflejo de su imagen.

Dicen que nació con el siglo, pero nadie sabe con exactitud ni cuándo ni dónde; algunos cuentan que llegó de los Llanos Orientales; otros aseguran que su mamá emigró con él desde Santander, Colombia –precisión que omitirá algún nieto pretencioso y arribista, para que su interlocutor piense que descendemos de españoles–. Tampoco se sabe nada de su padre; quizás un campesino que se convirtió en la cabeza de sus descendientes en un español andariego, y hasta en un alemán perdido en las montañas colombianas, quien, cautivo por la belleza exótica y agreste de la joven Agustina, o víctima de algún brebaje encantador, decidió quedarse en las tierras por donde reinaban aún el cóndor majestuoso y la imponente y elegante águila negra de los Andes.

Acerca de Agustina no había contradicciones: era de Boyacá, de Miraflores, Garagoa, y a nadie le importó nunca averiguar sobre sus ancestros indígenas.

Lo único cierto es que yo los veo llegar por entre los cerros de Guadalupe y Monserrate a lomo de mula, tras su padre Pedro Pablo. Adelante iba el arriero ataviado con el sombrero, la ruana, el delantal y el machete tradicionales; detrás de él, en una mula rucia, la joven Agustina, de facciones fuertes y rostro moreno y grande, con el leve tinte de misterio que da un ojo ligeramente desviado, y ese atractivo tono de rubor de la piel, colorete natural

con que el frío de las alturas del trópico engalana a sus mujeres, emergía de entre la neblina, cubierta con sombrero y ruana; tras ella, en una mula blancuzca, mi abuelo Pedro Pablo, con poco más de siete años, asido con fuerza a las riendas, demostrando su oficio en el montar.

Entre la lana protectora del pecho y la cabeza brillaban un par de ojos claros, atentos y escudriñadores; aún traían grabada la imagen de los pajonales, los frailejones, las violetas, los romeros y el gris de la neblina; pero todo se desvaneció poco después en una penetrante llovizna. Al coronar la cima, ante ellos apareció un inmenso tapete de verdes atravesado por la ensortijada y caprichosa cinta blanca que el arriero señaló y nombró con orgullo: «¡El río Funza!». Uno de los caminos formados por Bochica para desalojar las aguas de la Sabana, en cuyo filo se deshace la serpentina en millares de gotas y chorros que se desprenden buscando en el vértigo el contacto con la tierra. La separación, el vacío, los brillos y el sonoro silencio del Salto del Tequendama.

Acompañan a la espumosa cinta dos o tres ríos saltarines y numerosos charcos y lagunas. El sol se impone a la altura y al viento, y obliga a los viajeros a despojarse de sus abrigos. La meseta se extiende salpicada por grupos de árboles de verde intenso, manadas de reses negras y blancas, y una treintena de torres y cúpulas rodeadas por dos extensos mantos de teja roja; el más grande surge al pie mismo de la montaña y el más chico se deja ver a mano derecha; los unen unos cuantos techos aislados.

Entre el rojo y el blanco se ven los patios, los perros, las gallinas, los cerdos, las ovejas, los caballos y los niños jugando; allá una muchacha cuelga los trapitos al sol; más acá un chino hace pipí y se divierte viendo ascender el humo de su sexo. Al fondo se levanta, desafiante, una cadena de montañas cubiertas de nieve; por encima del cono del Nevado del Tolima y de la Mesa de Herveo, un clarísimo cielo azul. Descienden felices por haber terminado la

agotadora jornada que los trajo desde la finquita donde vivieron hasta el momento en que el bisabuelo Pedro Pablo, cansado de las peleas a machete y bala por los linderos y por la política, decidió buscar mejor fortuna en la capital y bajó ilusionado tras la promesa de empleo que le hiciera el capitán bogotano a quien le salvara la vida en la batalla de Palo Negro.

Mientras la mujer y el niño cabalgan radiantes, decenas de hombres, mujeres y niños ascienden pensando en lo que van a pedirle a la Virgencita de Guadalupe y al Señor de Monserrate, y en el desayuno que les espera después de la misa.

*El que en Bogotá no ha ido
con su novia a Monserrate
no sabe lo que es canela
ni tamal con chocolate.*

Agustina tenía prisa porque había quedado de encontrarse con mi bisabuelo Pedro Pablo en la puerta de la Catedral para la misa de doce, «pues no es cierto que todos los liberales sean ateos», pensaba. Hacía dos años que se habían despedido, y estaba ansiosa por volverlo a ver y conocer la capital.

Las mulas bajaron por una calle empedrada en cuyo centro corría un caño que iba formando charcos; el agua saltaba al golpe de los cascos, haciendo brincar a la gente que pasaba por allí. Mi abuelo Pedro Pablo se reía a carcajadas, a pesar de los regaños de Agustina, y sólo se calló cuando un bogotano malencarado le gritó: «¡Chino vergajo, ¿de qué se ríe?!».

Pronto llegaron a la casa donde el arriero acostumbraba parar; desmontaron, cansados, pero felices. Mientras el hombre amarraba las bestias, Agustina y el chino se tomaron el chocolati-co caliente con almojábanas y buñuelos que les ofreció la dueña del hospedaje. Agustina le dejó a guardar los bultos que traían y agradeció el cuarto que la señora le puso a sus órdenes: «No, mi

señora, muchas gracias, pero mi marido ya nos tiene una casita; tengo que encontrarlo en la Catedral». Se despidió y salió con el niño de la mano, siguiendo al arriero que la conducía a la Plaza de Bolívar y a la Catedral. «Mire, hijo –le decía– ¡qué grande, y qué bonita! Échele un ojo a su papá, y no se me suelte, que se me puede perder. ¡Ni Dios lo quiera!». Los tres miraban al grupo que se aglomeraba frente a las inmensas puertas de la iglesia. Las señoras, con blusa blanca, mantilla y falda negras, pasaban rápido al interior; los señores, de sombreros altos y sacos con cola, se saludaban y comentaban el último poema y el último bambuco de Rafael Pombo, moviendo descuidados sus delgados bastones negros, indiferentes a los de ruana, que también conversaban entusiasmados a su lado.

Dieron los últimos toques de campana, y ni señas de Pedro Pablo; el arriero caminaba de un lado a otro, inquieto, pues ya tenía ganas de cobrar e irse a tomar su chicha de maíz fermentado con la patrona del hospedaje. Agustina, desesperada, apretaba cada vez con más fuerza al niño, que hacía pucheros conteniendo las lágrimas, como le había enseñado su mamá: «Los machos no lloran, hijo. Eso dice su papá». Cuando el arriero le estaba diciendo a doña Agustina que mejor él se iba, y que don Pablo le dejara su plata en la pensión, éste salió de una tienda, a pocos metros de la Casa del Florero, extendiendo los brazos con una botella de cerveza en la mano y gritando eufórico: «¡Agustina! ¡Agustina!». La abrazó, alzó al niño, lo apretó contra su pecho y lo dejó en el suelo; le pagó al arriero, le dio las gracias; desocupó la botella de un solo trago, entró en la tienda; volvió a salir, y corriendo se metieron los tres a la iglesia.

Mi abuelo Pedro Pablo voló de la mano de Agustina hacia el interior de la Catedral. La blancura de las paredes salpicadas de oro, negro, rojo y obispo; los crucifijos, vírgenes y santos; el incienso y el recogimiento de los fieles lo sumergieron de tal manera

en sí mismo que sintió cómo se expandía más allá del templo. Él era el campesino enruanado que estaba junto a él. Él era la señora perfumada que tenía enfrente. Él era su padre Pedro Pablo. Él era el cura que entraba con los brazos al cielo. Él era el silencio y la verde sabana que acababa de ver desde lo alto.

El movimiento uniforme de los creyentes lo sacó de sí, y su mirada se detuvo en el sacerdote que elevaba la mano derecha hasta la frente. Entre la campanada que anunciaba el inicio de la misa y la mano ascendente del sacerdote pasó una eternidad.

El estampido de un cohete que buscaba desesperado la infinita bóveda celeste para clavar y desaparecer en ella lo sacó de su letargo. Un movimiento general de cabezas bajó del cielo y se dirigió al frente de la iglesia, de donde partía, haciendo sonar su corneta, un extraño coche de dorados adornos y cojinería de cuero azabache. El arzobispo reparte bendiciones a diestra y siniestra desde el asiento trasero, mientras en la silla delantera dirige el coche, sin látigo, un hombre uniformado de abrigo, guantes y visera negros. Los paisanos descubrieron una vez más sus cabelleras e inclinaron el torso en el breve instante de las bendiciones, que se alejaron por la carrera séptima dejando tras sí una larga estela de humo.

Los tres cruzaron la Plaza de Bolívar, y frente a la estatua de mármol italiano, mi bisabuelo Pedro Pablo le explicó a mi abuelo que ese señor a caballo era El General Simón Bolívar, El Libertador de la Patria, que atravesó mares, ríos, montañas y llanuras por la Independencia. Al dar por terminada su explicación sobre los derechos ciudadanos, el Partido Liberal, los campesinos, el color rojo y los toros, dejó al pequeño sumido en innumerables imágenes e interrogantes.

El fagonazo hizo pestañear a mi abuelo. No dejaría nunca de recordar aquel día, ni los ojos cerrados del papá, la mamá y el pequeño en el papel amarillento que registraba su llegada a la capital: Mi papá nos llevó a la casa que tenía preparada. De entre las

blancas paredes se asomaban los balcones y las ventanas con sus barrotes de madera verde. Adentro, un gran patio de piso de ladrillo, rodeado de olorosos geranios blancos y rojos; en cada esquina, una jaula de caña repleta de mirlas, turpiales y canarios. Mientras mi papá le enseñaba la recámara a mamá —recuerda mi abuelo— recorrí el resto de la casa. Al otro extremo del patio estaba la cocina con su estufa de carbón; al lado, un cuarto lleno de bultos y cajas; detrás, un solar inmenso; un loro gritaba: «Dame la pata, mi rey; un chocolatico, rey; rey, no seas coqueto; un besito, mi reina». El loro pasaba de una rama a otra sin parar su cantilena, y yo me atragantaba de brevas y papayuelas.

Cansado de esperar a mi mamá y a mi papá, me quedé dormido en el prado, sobre la ruana. Sólo me sobresaltaban los balazos del juego al tejo. Me desperté con un cosquilleo raro; nunca supe si Ana Milena, la niña que estaba mirándome, me había tocado con sus dedos en la nuca o si fue la fuerza de sus ojos. Nos miramos un largo rato; nos contamos nuestras vidas y de pronto empezamos a jugar al papá y a la mamá. Estuvimos un buen rato encerrados en el cuarto del carbón, con los calzones abajo, las piernas y las nalgas erizadas. Su piel morena tenía un tono entre morado y rosa; jugamos al doctor, aplicamos inyecciones, nos abrazamos y nos restregamos el uno contra el otro por un tiempo interminable.

«Píter, Píter, ¿dónde estás?», gritó mi papá. Apenas tuve tiempo de subirme los pantalones, apretarme la correa, sobarme los ojos y salir corriendo —recuerda mi abuelo—. El viejo, con el rostro iluminado y despeinado, me llamó haciendo una seña con la mano: «Venga, mi chino, vamos a almorzar que se nos hizo tarde. Ya verás lo que es bueno».

Desandamos las calles hasta la Catedral y atravesamos la Plaza de Bolívar. Las palomas se suspendieron en el aire y yo pensé en El Libertador, en la guerra, en el niño que me pedía limosna y en la piel erizada de Ana Milena. El piso se cubrió de blanco. En un par

de patadas llegamos al mercado. Los borrachos, recostados en las esquinas, chocaban sus botellas y empinaban el codo; las señoras, adentro, sentadas sobre cajas de cerveza, se echaban la punta del chal al hombro con la mano derecha y elevaban con la izquierda la botella. Varios estiraron el brazo hacia el frente: «Adiós, don Pablo». «Adiós, doña María». «Adiós, doña Juanica». «Adiós, Mechachas». «Adiós, More». «Adiós, comadre Sonia». «Adiós, Onadis». Mi madre observaba, atenta y seria.

Papá nos llevó a Las Boconas, su piqueteadero preferido. Se me hizo agua la boca al entrar y ver el inmenso mostrador atiborrado de bandejas de tripa gorda, chunchullo, mazorca, yuca frita, plátano maduro, carne de cerdo, arepas, más y más fritanga, y esas bolitas amarillas y saladas que uno no podía dejar de meterse a la boca para sentir el leve quebrar de su piel dorada y la suave masa de harina deshaciéndose.

Me chupaba los dedos, con disimulo, y aunque ya no tenía hambre, seguía aceptando todo lo que me ofrecían, y comiendo. «¿Otra morcilla, mijito?». Bueno. «¿Le provoca una chicha, mijito?». Bueno, agachando los ojos para no ver los de mami, que me decían en silencio que no. La totuma pasaba de las manos de mi padre a las mías, yo la levantaba e inclinaba la cabeza hasta atrás para recibir el ancestral líquido que bebían los mayores y me ponía alegre y adormilado.

Esa noche vi bailar bambucos, pasillos, cumbias, pasodobles y boleros. A medida que se oscurecía, las parejas se acercaban más y más, y los labios se encontraban. De un momento a otro, mi mamá se paró diciendo que ya se nos había hecho tarde; pero yo no pude pararme. Mi papá me llevó cargado, y supe lo que es la angustia del vómito y de la borrachera; sudaba frío, tenía los pies helados, me daba asco el sabor de la boca. No podía respirar, y sentía que se me escapaba el mundo. Mi papá me hablaba, acariciándome la cabeza: «Mijito, hay que aprender a tomar, hay que

darse cuenta cuándo empieza a hacer daño el trago». Pensé que me moría, y sentí culpa y pena.

Cuando ya no me quedaba nada en el estómago, me quedé dormido. Afuera comenzaba a lloviznar, las gotas se multiplicaron y pronto sólo se oyó el aguacero y el rechinar de la cama de mis padres, y después no recuerdo nada, me dice el abuelo, muerto de la risa.

Yo recuerdo los muchos domingos que pasé viendo llover mientras mi mamá y mi papá hacían su siesta. Hoy, en México, frente a la grabadora, la cámara, la máquina y la imagen del abuelo hilo palabras; también es domingo y la tarde gris; tiempo de lluvias, de un momento a otro se desgajará el palo de agua que penetrará una y otra vez la tierra mexicana, preñándola, haciendo danzar al maíz y a sus hombres al ritmo de los goterones.

El recuerdo del aguardiente, de la buena comida y de mi abuelo contándome su vida me despertó el apetito. Pensé que en Bogotá, después de la misa de doce, antes de los toros, mi abuelo y mi padre Pedro Pablo se regocijarían con una buena paella. Pronto estuve en El Botín, en la Colonia Roma. Los pasodobles trajeron a mi cabeza la verónica que el viejo pintó en el muro exterior de su casa. El torero, despatarrado, los pies clavados en la arena, las manos extendidas, el toro siguiendo dócil el capote. Las rosas y los claveles metiéndose en la arena.

Los olés fueron interrumpidos por una diestra extendida: «Mucho gusto de tenerlos aquí, en el mejor restaurante de comida española del mundo. Los domingos, Mario Rey, su servidor, les prepara, si ustedes lo desean, la mejor paella del mundo, que ni en Valencia». Mario Rey soy yo, mucho gusto, le dije, y le estreché la mano. Aquello fue el escándalo: «¡No hombre! ¿Cómo va a ser? ¿De dónde eres tú? ¿Qué gusto! Ah, Cali, yo estuve cantando en Cartagena, Barranquilla, Medellín, Bogotá, y Cali, por supuesto; pero, anda, que nos traigan un anís para brindar con mi tocayo,

que seguro hasta familiares somos. Muchacho, atiende a las señoras y al resto, y tú ven conmigo que nos vamos a preparar una paella de aquellas que ni te cuento».

Se quitó el saco y los gemelos, se arremangó la camisa, se aflojó el nudo de la corbata, y se puso un delantal. Un nuevo brindis con Chinchón seco, que mezcló con charanda de Morelia, para que se pareciera al aguardiente colombiano. Mientras limpiaba los mariscos, me contó que él había llegado muy joven de España, que este país era maravilloso, que aquí se quedaría toda la vida, como Juan Lejido, con quien tocó en los Churumbeles de España y recorrió toda América.

*La Parrala dicen que nació en Ogué
y otros aseguran que fue de La Parma
pero nadie supo de fijo saber
de dónde sería Trinidad Parrala
las malas lenguas decían...*

Mi tocayo recordaba, emocionado: «Me maravillé cuando llegamos a Cartagena; era de noche y se podía ver alumbrada la extensa e imponente muralla que defendió a la ciudad de los piratas ingleses de otras épocas —y después nos sirvió para defendernos del ejército español que venía a reconquistarnos, agregué yo—. Anda, hijo, ¿y tu apellido de dónde viene?». Replicó de inmediato, con picardía. Reímos. Yo siempre he querido averiguarlo, unos dicen que Pedro Pablo Rey, padre de mi abuelo, era un comerciante español; otros aseguran que fue un alemán perseguido que se cambió de nombre.

«No hijo, no —me interrumpió—, que ya averigüé esa historia, mira: En México hay dos Mario Rey, y ahora, contigo, tres: yo, que llegué de España; el otro es un jugador de fútbol, argentino, que también tiene un restaurante, en León; era un excelente delantero, ahora se dedica a los churrascos y esas cosas. Bueno, ese

Mario Rey, tú, todos los Rey que hay en América, y yo, venimos, con toda seguridad, de una misma sangre. Yo investigué en varios archivos de España y de Italia, y pude reconstruir la historia...».

Los camarones en ajo y aceite de oliva tomaban un llamativo color rojizo mientras se freían en la paellera y Mario Rey narraba entusiasmado: «Mira, cuando la Nueva Granada se levantó contra España, poco después, enviamos un ejército a pacificarla. Al mando venía el general Morillo, gran militar, tan grande que derrotó a Napoleón; gracias a hombres como él logramos expulsar a los franceses, bueno, en fin, que en el ejército del pacificador venía don Pedro Pablo Rey de Artieda, descendiente del poeta y dramaturgo don Andrés Rey de Artieda, porque a nosotros nos gustan la música, el baile, los versos y las mujeres, como a él. ¡Salud!

»En Cartagena supimos lo que es la guerra. Pasaron muchos días y los criollos aquellos no se rendían; estaban sitiados, sin alimento y, sin embargo, los muy malditos, continuaban en combate. Lo más difícil fue entrar a la bahía, pues los fuertes que nosotros mismos construimos en la boca eran excelentes guardianes; ningún barco podía escapar a los tiros cruzados de las almenas, y romper la cadena extendida entre los dos lados era una verdadera odisea. Cuando al fin vimos ondear la bandera blanca, varios meses después, entramos a tierra firme, agotados, ¡y por poco tiempo! En las cocinas de Cartagena sólo encontramos cueros de ratas y suelas de zapatos; dicen que con eso se alimentaron los cartageneros durante los últimos días del sitio. Tu tatarabuelo, o qué sé yo, sintió una gran admiración por la ciudad, por el valor de los negros, los mulatos y los mestizos que la defendieron a muerte.

»Subimos por el río Magdalena, bajo las órdenes de Morillo, entre rápidos, mosquitos, arcabuzazos y caimanes. Tiempo después, muy cerca de Santafé de Bogotá, tuvimos un rudo encuentro con Simón Bolívar, hombre duro y guapo. Las balas, el número de muertos y el cansancio crecían, y Bolívar, en vez de

retroceder, avanzaba; poco a poco nos rodeó, dejándonos aislados en la cima de una montaña donde el frío y la lluvia consumieron nuestras fuerzas. El silencio se impuso en nuestras filas; se acabó el parque, y la comida. Poco a poco la soldadesca fue diciendo lo que pensaba. La mayoría quería rendirse; unos cuantos, pelear hasta el final: ‘¡Todavía nos quedan sables y huevos, coño!’, decían, pero la mayoría los miraba sardónicamente.

»La voz de Pedro Pablo se levantó un poco, y propuso ir a explicarle al General Bolívar que no nos rendíamos, que sólo la falta de balas acallaba nuestras armas, que como no habíamos sido derrotados le pedíamos una tregua; que nos diera municiones y comida, que así podríamos continuar la guerra, que no era justo que un militar como Simón Bolívar ganara una batalla sin honor; así no se podía terminar una guerra entre tan bravos y valientes soldados. ‘¿Y quién va a ser el pendejo que se descubra para que le vuelen la cabeza de un balazo?, a ver’, le contestaron.

»Pedro Pablo levantó un pañuelo blanco, y cuando se hizo el silencio pidió una entrevista con el General. Cuando éste escuchó sus razones, soltó una sonora carcajada y lo invitó a cenar en su tienda. A media noche, después de varios tragos y unos cuantos poemas, el General le propuso que se pasara al Ejército Libertador, que los otros entregaran las armas y se dispersaran, o que se integraran a sus filas.

»Lo que pasó con el ejército español no se sabe bien; Pedro Pablo se abrazó con El Libertador, y se lanzó por las montañas de la cordillera sembrando hijos y versos a lo largo del tiempo y de los Andes, tocando la guitarra y cantando por sus valles, costas y llanuras, abrazando a cuanta mujer lo acogió en su peregrinar: india, negra, mestiza, mulata, y hasta con alguna española infiel».

La paella estaba a punto. Regresamos a la mesa. Mario Rey se sentó, y siguieron circulando las historias y el vino. El anfitrión, con su bien acicalado bisoné, nos ofreció su espectáculo: el único

en el mundo que tocaba cuatro pares de castañuelas al mismo tiempo que hacía sonar la batería y cantaba:

*En una casita chiquita y muy blanca
camino del puerto de Santa María
habita una vieja muy buena y muy santa
muy buena y muy santa que es la mare mía.
Y maldigo hasta la hora en que yo la abandoné...*

Me hubiera gustado invitar a mi abuelo Pedro Pablo y a mi papá, Pedro Pablo, también, al Botín; seguro repetirían su número. Pedro Pablo se sentaría, y atrás de él, cuidando que no se viera, en otra silla, Pedro Pablo. El viejo pasaría las manos atrás, y mi papá las sacaría por entre sus axilas; aquél recitaría y éste manipularía. Exhibían así su memoria, su entonación, su sincronía y su complicidad. Después del jolgorio, mi papá me volvería a contar que Mamá Agustina fue la adoración de mi abuelo. Tal vez por ello me repetía siempre, en cualquier ocasión: «Su mamá primero, segundo su mamá, y si queda algo, para su mamá».

Yo me sentí ligero al salir del Botín, muy ligero; en medio de la lluvia, deseé llegar pronto a casa, tomarme un coñac, poner a cantar a Los Churumbeles de España y seguir escribiendo. Busqué en la carátula la foto de mi tocayo y vi bailar a mis abuelos y a mis padres un pasodoble. Y me di cuenta de que necesité poner cuatro mil kilómetros entre mi familia, Colombia y yo, para encontrarme a bordo de mí mismo, armando el mapa de las imágenes de mis abuelos, mi país de origen, mi padre, mi madre, mi familia, y la mía.

En la fotografía que grabó la primera búsqueda infructuosa de mi padre y el encuentro con mi abuela, yo sonrío inconsciente; pero el desamparo y la tristeza no abandonaron jamás las pupilas de mi madre. Mi abuela me recibió con los brazos y el corazón abiertos, como una mujer recibe al primogénito del primogéni-

to adorado, mientras le aseguraba con claridad y firmeza a mi mamá que mi papá no le convenía. Mi madre, esbelta, morena, de largas, delgadas y bien formadas piernas, cintura pequeña, senos maduros, enormes y brillantes ojos tristes de miel quemada y pelo negro, me sostiene del hombro derecho y del vientre, mientras mi abuela, arrodillada atrás, me mantiene firme con sus pequeñas y fuertes manos en mis caderas.

En la segunda imagen de la serie yo permanezco con los brazos y la sonrisa al aire, sostenido por mi abuela; mi madre, ausente, como estuvo mi padre ese día y cada una de las jornadas en que fui a buscarlo. Siempre tuve la sensación de que mi mamá me había dejado con mi abuela aquella ocasión; pero el día que me atreví a preguntarle me contestó que no, y muy enojada se fue a hacer la siesta, porque le dolía la cabeza.

AL ABRIR LA PUERTA DEL CUARTO, ante mí se extendió la blanca alfombra de granizo que cubría el patio anunciando, con sus múltiples destellos, la salida del sol —me contó mi abuelo Pedro Pablo—; el brillo de las hojas de las plantas y el tremolar de las gotas que se resistían a caer me dejaron extasiado, hasta que el tiritar del cuerpo me hizo volver tras las cobijas; arrellanado, me dormí observando cómo daba paso el níveo hielo al naranja quemado del piso.

El aroma del café me despertó; mi madre, tras el olor del tinto, me acarició la cabeza y salió para reaparecer con un plato de changua (caliente caldo de leche en cuyo interior navegaban un par de huevos de yema roja, cilantro, tomate, cebolla y el crocante pan calao); siguió el espumoso chocolate con queso derretido y almojábanas. Cómo me encantaba pescar y estirar los trozos de queso hasta el límite. De la calle llegaban los cascos de la mula contra el piso y el pregón: «Carbooón... carbooón... ¡Arre, arre! Carbón... carboón... carbooón...». No podré olvidar jamás esos desayunos en la cama; era uno de los pocos momentos en que mamá se detenía a conversar conmigo. Durante el almuerzo, todo era Pedro Pablo esto; Pedro Pablo aquello; ¿le gustó lo que le preparé, mijo?; ¿otro poquito, sumerced? Y usted, ande mijo, corra y juegue un rato; nosotros vamos a hacer una siestica.

Mi abuelo no se casó nunca; tuvo muchas, muchísimas mujeres e hijos, pero jamás se casó. Vivió con mamá Agustina hasta el día de su muerte. Dicen, alabando su actitud respetuosa con ella,

que no se quedaba fuera de la casa materna: «Aunque a las seis de la mañana, pero aparecía en La Quinta». Ella le dejaba la comida en el horno, y se levantaba cuando lo sentía abriendo la puerta; prendía la estufa, le ofrecía un coñac, y se sentaban a la mesa de la cocina a comentar las cosas del día, hasta cuando el olor alborotaba el gusto y el olfato; entonces él comía mientras ella lo observaba complacida. Un Padre Nuestro en acción de gracias, y se despedían. Él le daba un beso en la frente, se inclinaba un poco, y recibía la bendición. Cuando se demoraba, ella se ponía muy ansiosa, no le fuera a pasar nada a su muchacho:

—¿Qué pasó mijito?, ¿por qué no llegaste más temprano?

—Nada, mamá, nada, estaba en un velorio.

—¿Quién se murió?

—Sosa, Eduardo Sosa.

Pasaban los días, y otra vez:

—¿Quién se murió, mijito?

—Eduardo Sosa, le volvía a contestar.

—Bueno, ¿entonces cuántos Sosas había?

Estuvo por lo menos tres veces en los velorios de cada uno de sus amigos.

Poco después del carbonero, pasó el silbo del afilador —continúa mi abuelo—; tras él llegó mi papá por nosotros, quería mostrarnos el lugar donde trabajaba y presentarnos a sus compañeros. Era una casa inmensa, con patio en el centro, como la nuestra, pero mucho más grande, con bancas a lo largo de los pasillos.

Los oficinistas charlaban en distintos corrillos sobre los cambios de los tiempos. Saludaron y retornaron a sus comentarios, que yo no podía dejar de escuchar: «¿Cómo te parece, ala, ese aparato que deja ver el esqueleto humano? Mi médico, el Dr. Martínez, ya se compró uno, pero yo no me voy a dejar. ¡Ni de vainas, ala! Nunca se sabe qué daños pueden hacer esas cosas modernas». «No, hombre, ¿qué daños, ni qué ocho cuartos! Yo

escuché las palabras que don Rufino José Cuervo le envió a un amigo suyo. Es de no creerse, ala, don Rufino en París, ¡y nosotros oyéndolo aquí las veces que se nos da la gana!». «¿Y qué dices del marconi? Mandas un mensaje y al instante llega a cualquier lugar. ¡Ya hasta inventaron una vaina en la que se puede volar! ¿Qué tal? ¡El sueño de Ícaro hecho realidad! Sí señor, estamos en otra época. ¡Sin duda!».

En el corrillo contiguo hacían cuentas para ver qué podrían estrenar en semana santa; si iban a veranear o si tendrían que contentarse con los nueve pasos, las visitas y tomar el sol en el patio de la casa. Papá me prometió que estrenaría de todo, desde zapatos hasta sombrero: «Ya es hora de que uses sombrero, mijo, por lo menos los domingos y los días de fiesta», recuerdo que me dijo.

Más allá, los gritos subían de tono, se agitaban las manos y los ojos transmitían rabia. Volví a oír los vivas y abajos al partido liberal y al partido conservador: «¿Qué te parece el pendejo ese de Marroquín, que por estar escribiendo poemitas dejó perder Panamá? De nada valió la actitud patriótica del general Ospina ni la del general Rafael Uribe Uribe, dispuestos a enarbolar el tricolor y a levantar las armas, ¡carajo! ¡Y ahora nos quieren acabar de joder con ese bendito tratado!».

Me encantaba visitar a mi papá en su trabajo y perderme en las noticias, los chismes y las historias, chino —me decía mi abuelo, mientras yo recordaba cómo iba a su molino, repasando el recado de mi mamá para mi padre: «Dígale bien claro que hace ocho días no aparece y no nos ha dado ni el diario ni lo de la renta ni la mensualidad del colegio. No se le vaya a olvidar». Cuando los viejos se metían con sus amigos en cualquiera de las tiendas de los alrededores a tomarse un tinto, una aromática o un aguardientico para el frío, yo me ganaba el valor correspondiente a un trago por cada tanda que ellos pidieran. Allí probé por primera vez el aguardiente.

Pronto entré a la escuela —continúa mi abuelo—: «Mi mamá me ama». Y aprendí a leer y a escribir a reglazos y jaladas de oreja. De nada sirvió que mi mamá hablara con la maestra diciéndole que yo era muy delicado y sufría de los oídos; al contrario, al día siguiente el reglazo y el estirón de orejas fue más fuerte. «La letra con sangre entra», y los números, y la geografía también; aprendí a sumar, restar, multiplicar y dividir. Los domingos nos citaban con uniforme de gala, a las nueve en punto: pantalón gris y saco azul turquí con botones dorados, camisa blanca almidonada y corbatín; los zapatos, «¡Cuidado y están sin embolar!». Practicábamos los cánticos en perfecta fila de a tres en fondo, y marchábamos por las calles hasta la iglesia. Adelante iba el abanderado, con guantes, orgulloso.

Siempre quise portar la bandera, pero sólo en una ocasión pude hacerlo. «Lástima, con lo buen mozo que es, se vería muy bien; pero, condenado muchacho, ¡nunca tiene los cuadernos al día!», decían las maestras, y al finalizar la misa, me castigaban: «¡A desatrasarse!». ¡Cómo odié al maestro de español y de inglés! Con lo feo que era, con su cara llena de barro, espinillas y huecos, no debía tener novia, y se distraía viéndonos sufrir en el salón de clase, mientras los otros niños jugaban en el parque o iban de paseo. ¡Viejo hijueputa! Siempre pensé que lo odiaba, hasta que un día murió su mamá, y sentí su tristeza, su pena, su dolor y su soledad. Pero él siguió siendo el mismo hijueputa cara de luna que me hacía quedar a poner al día mis cuadernos. «La gente no cambia», me decía Mídori, una vecinita: «Mejore la letra, Rey. No sea tan desordenado. Respete los márgenes. Los títulos con rojo». Me quedaba de último, y sólo me permitía salir cuando llegaba la hora del almuerzo y él tenía hambre.

A la salida del colegio jugábamos a las bolas, recoríamos calles, mirábamos vitrinas, dábamos vueltas por el colegio de las niñas o azuzábamos las peleas entre los compañeros, con miedo de que las

maestras o mi papá me sorprendieran, y nos parábamos en una esquina de la Calle Real a la espera del tranvía. ¡Allá viene! Y asegurábamos el maletín en la espalda. Las mulas aligeraban el paso al ritmo de los latigazos que cruzaban el aire y se estrellaban en sus cuerpos. El carro, tras ellas, parecía un circo con sus toldas rayadas de azul y blanco o de rojo y blanco, adentro venía la colección de monos con las caras más serias que te puedas imaginar. El conductor, malicioso, miraba a los dos lados, buscándonos, y si nos veía, se bajaba arreando el fuate y vomitando las groserías del mundo entero. Cuando el tranvía arrancaba, corríamos tras él, nos colgábamos de la parte trasera y pasábamos victoriosos frente al Palacio de San Carlos, la Plaza de Bolívar y la Catedral. Si el chofer se daba cuenta, saltaba otra vez, látigo en mano, energúmeno, persiguiéndonos; hasta que las protestas de los pasajeros lo hacían regresar, enrojecido, arrastrando el fuate, haciéndose el pendejo, sin contestar las burlas, soportando que viajáramos de gorra.

En la escuela nos regañaban, y nuestros padres también; pero pronto se olvidaban del asunto, y de nuevo estábamos en la esquina acechando el circo; a unos nos gustaba más el azul y a otros el rojo, pero viniera el que viniera, todos salíamos corriendo tras él, y los pasajeros aprovechaban para divertirse a costa del chofer.

Los domingos, después de misa, cuando no me dejaban en la escuela pagando castigo, íbamos de paseo a Chapinero, a ver jugar polo, a los toros, al Salto del Tequendama, a la represa El Charquito, a Soacha, a Fontibón, a Monserrate o Guadalupe. Salíamos desde temprano; primero, misa; después, a desayunar. Para ir a Chapinero nos poníamos el vestido dominguero. A mi papá le gustaba tomarse su traguito en la tienda «Aquí no más, porque nos deja el tren»; en la Estación del Norte las damas se paseaban muy derechitas, con vistosos sombreros y sombrilla blanca. Los caballeros, con su traje blanco y sombrero canotíe. Abrazos, lágri-

mas, adioses, y el tren partía. Me fascinaba sacar la cabeza para ver agitarse los pañuelos y oír el canto de las niñas:

*Cómo se aleja el tren
cómo se aleja
y decreciendo va
y al fin se pierde.*

Los sábados acompañaba a mi mamá al mercado; lo que más me gustaba eran los culebreros, chino. Mis ojos y mis oídos saltan de uno a otro de los puestos de la Plaza de la Concepción, o de Las Nieves, las preferidas de mamá. De las telas brincaba a los canastos, a las ollas de barro, a los rejos, los aperos, los zapatos, las gallinas, los pavos, las verduras, las frutas... «Sumerced, llévase este quesito, que es del bueno, es de Paipa»; «sombreros, sombreros, mejores que los Panamá y los jipijapa».

Tropezaba con algún perro callejero, y cuando menos lo esperaba: «Acérquense, no le tengan miedo que gracias a Dios yo estoy protegido y tengo el don divino. Este animal que ven aquí se tragó un becerro, y este otro mató un elefante con una sola picada, como el dueño del circo no podía con ellas, me las regaló, y yo, que me crié en el Amazonas, selva bendita, me encerré con las dos y las dominé; si usted sufre de artritis o le duele la barriga, si tiene picadas las muelas, si su marido la abandonó, si no tiene fuerzas para trabajar, si su mujer se aburre o se le queda dormida en medio del acto, si el niño no se aprende las lecciones, si vive con miedos o mareos, no se aflija, acérquese que yo los curo gratis, nada les cuesta, esto lo hago por mandato de Dios, acérquese no más, yo le doy la cura gratis; a ver, ¿qué tiene el señor?, para la caída del pelo no hay nada mejor que la manteca de oso, si no lo consigue, también sirve el aceite de pata de res, si usted quiere tener pelos en el pecho, úntese su aceite y lo verá florecer; usted, mi señora, ¿por qué tiene esa cara tan compungida?, ¿se le deshace

su niño en churrias?, no se preocupe, ocúpese, atiéndalo con esta agua de siete hierbas; si tiene lombrices, un vaso de agua de paico y una cucharadita de aceite de palmacristi; si sufre de fríos, póngase una ventosa en la espalda y otra en el pecho; para la bronquitis, lo mejor son los sinapismos de mostaza; y si le arden, le pican o le molestan mis remedios, no se preocupe, que entre más duelen y más amargas son las medicinas, más curan; pero eso sí, siga hasta el final mis instrucciones, nada de miedos, que el cobarde es el único que no se salva ni se cura; para los miedosos y cobardes nada mejor que un buen susto, y después un vaso de agua; acérquese mi señora, no le dé miedo que yo la tengo domesticada, quieta Margarita, quietica doña Margarita, no me vaya a hacer quedar mal, acuérdesse que usted y yo tenemos un trato; como les venía diciendo, yo les voy a entregar la mejor medicina de todas, cualquier enfermedad que usted padezca, yo se la curo en un par de días, gratis, sólo por tener el placer de amar al prójimo; mire, jovencita, para esos orzuelos que no dejan ver la belleza de sus ojos, no hay nada mejor que una plasta de caraña en el ombligo, póngasela en el ombliguito y ya verá cómo se le cura el ojo; y usted abuelita, para la erisipela, frótese un sapo en la barriga; un terrón de azufre en la muela que lo martiriza, y para la tos, en estos días tan fríos, un cataplasma de petróleo sobre el pecho, aproveche que todavía hay petróleo, antes de que se lo acaben los carros y los aviones esos que están inventando, porque la gente de antes podía atravesar desiertos con sólo concentrarse, pero ante la pérdida de las capacidades naturales del hombre, ante el atraso de la humanidad, ahora tenemos que inventar esas máquinas infernales y esas medicinas químicas; contra el atraso, aplíquese mis medicinas, para el cólico miserere, mal llamado apendicitis, tómese en ayunas diez vasos de agua de chorro; pero si no sabe dónde encontrar alguno de estos remedios, si no los tiene al alcance de la mano, porque uno nunca sabe cuándo se va a enfermar, yo le traigo del Amazonas esta po-

madita, mezcla de veneno de serpiente, con aroma de mil flores y un soplo divino que lo cura todo, no necesita ni las siete yerbas, ni el sapo ni el azufre ni el petróleo, que todo está ya en esta pomadita que yo les preparo con amor fraterno, porque me gusta hacer el bien, porque mis padres me enseñaron el haz el bien y no mires a quién, ¿cuántas pomaditas quiere?, a ver rapidito porque me estoy yendo; si se dislocó un tobillo o una mano, no se preocupe, acérquese no más que yo se lo sobo con esta pomada bendita y santo remedio; una vez termine de entregarles estos santos regalos de Dios, por unas pocas e insignificantes monedas, voy a sacar a Margarita a dar una vuelta, no se pasen de la raya, que no respondo, Margarita es inofensiva, ella y yo sabemos hacer varios números que sólo les vamos a mostrar a ustedes, ¿quién quiere otra pomadita, para que se la regale a su mamá?, eso, mijito, se lo va a agradecer toda la vida, porque también quita los dolores que sólo las mujeres tienen...». «¡Píter!», gritaba mamá, y agarrándome del brazo, me lo sacaba del bolsillo donde buscaba mis monedas para comprarle ese maravilloso regalo. «Ven, mijito, no hagas caso, yo ya estaba desesperada; pensé que te habías perdido. Ven, te voy a dar un sorbete de curuba, que está delicioso». Y me lo tomaba de un solo trago. «Acérquense no más, no tengan miedo...».

De la segunda ocasión que yo fui en busca de mi padre, a los pocos meses de la primera, en casa de mi abuelo, en Bogotá, tampoco recuerdo nada, ni supe si mi mamá me había dejado en su casa ni vi fotografía alguna, y tampoco iba a pedirle nada, ni a reclamarle nada. Yo terminaba en casa de cualquiera de mis abuelos cada vez que mi mamá se enojaba con mi padre, a veces iba con mi hermano Orlando; y cuando ellos se reconciliaban, volvíamos con ilusión al cuarto de inquilinato donde vivíamos con mi madre. Guardo en la memoria lo que sentí cada una de las ocasiones en que fui a parar con ellos: la imagen de un niño llorando aferrado a las faldas de su madre, haciendo un gran esfuerzo

para no soltar las lágrimas, mientras le digo a mi hermano que no llore, que ella volverá pronto por nosotros.

«*Opinión, Colombiano, Opinión, Colombiano*, compre *La Opinión* y entérese en su casa, sin ningún riesgo, de los últimos sucesos. El presidente clavó el primer riel del ferrocarril de Puerto Wilches; vea la foto del presidente con los indios motilones. *Colombiano, Colombiano*, el diario que dice toda la verdad. En la Asamblea Nacional Constituyente se oponen a los tratados del Gobierno, Estados Unidos y Panamá. Los estudiantes desfilaron frente al Palacio de San Carlos. El supremo pontífice de la farsa se retiró del gobierno y dejó encargado a don Jorge Holguín; ya no se discuten los tratados en la Asamblea. La muchedumbre con su griterío se toma la Plaza de Bolívar. Volvió el general Rafael Reyes, y se acabó la revuelta y la discusión». A tambor batiente, de esquina en esquina, los vendedores anunciaban que Enrique Olaya Herrera y Felipe Santiago Escobar fueron enviados a las bóvedas del castillo de Cartagena. Recuerdo que al regresar del colegio nos deteníamos a ver las dos ametralladoras que hizo colocar el presidente en el Capitolio; para nosotros era un juego, chino, aclara mi abuelo, pero la cosa era seria.

En los días que no hubo clases por la revuelta estudiantil, como no teníamos tareas, y como los grandes estaban tomándose su chocolate y discutiendo de política, Martha, la niña de la empleada que vivía en mi casa, y yo, nos juntábamos con otros chinos de la cuadra, saltábamos los alambres de púas que separaban los solares, y jugábamos a las escondidas, a la lleva, a la gata golosa, y cuando ya estábamos cansados y la luna brillaba entre luceros y estrellas, nos sentábamos, pegaditos, uno contra otro, a echar cuentos. Al principio repetíamos los que nos leían en el colegio, pero rápido florecían los cuentos verdes, y más tarde aparecía La Llorona, que recorría los campos llevándose a los niños groseros y a los borrachos. Con La Llorona venían los jinetes descabezados

que atravesaban los solares de las casas, a todo galope, anunciando el próximo muerto. Una vez yo vi un hombre vestido de negro, con un sombrero enorme, montado en un caballo blanco, con la espada firme y tendida, seguido por otros jinetes; sus gritos de guerra eran impresionantes. En otra ocasión vimos un monje que se detenía frente a una pared, se arrodillaba y rezaba un Padre Nuestro. Dicen que allí había un entierro, rebosante de doblones y morrocotas. Otra vez pasó un grupo de negros amarrados de los pies con pesadas cadenas, cantaban mientras el blanco hacía tronar su látigo. A todas éstas nos llamaban, y muertos de miedo ni nos atrevíamos a ir. Gritábamos y gritábamos hasta que alguno de los grandes venía por nosotros, y nos mandaban a dormir con un buen regaño.

Mi papá andaba muy preocupado y de mal genio: «Reyes renunció y huyó; ya era hora, todos comentan sus negociados y lo mal que anda el país. Tengo amigos entre liberales y conservadores, pero ninguno de ellos se pasó a la Unión Republicana, una vagabundería que se inventaron, dizque un nuevo partido formado por viejos liberales y conservadores; además, otra vez se está hablando de una Asamblea Constituyente. Si Carlosé llega a ganar, todo habrá cambiado para que todo siga igual, pero quién sabe qué va a pasar con mi puesto. El muy vivo de Enrique Olaya Herrera, ahora republicano, alerta contra el peligro de que el lobo del imperialismo norteamericano se devore a nuestra querida América Latina, mientras gana votos para Carlosé. Después, cuando tenga algún ministerio, veremos dónde queda su discurso, y si se acuerda de los pobres y de América Latina y del imperialismo. Entonces ya no hablará de los pobres, hablará del país, del progreso nacional y de todas esas vainas».

Recuerdo que una vez, al salir del colegio, nos agazapamos esperando el tranvía, como siempre, chino. Estábamos felices, nos habían felicitado por sabernos al pie de la letra el Himno Nacional.

Nos pusieron cinco en Historia a todos, anunciándonos: «Es importante que se lo sepan y lo canten bien, pues pronto vamos a celebrar los cien años de la Independencia, y participaremos en los actos oficiales del Centenario». La mulita parecía más cansada y lenta que nunca; el chofer, con el ceño fruncido, miró a los dos lados, sin descubrirnos; soltó su latigazo, y la mula y nosotros saltamos al mismo tiempo. El tranvía frenó en seco, y se oyó la voz del cochero: «¡Fueputa! ¿Hasta cuándo, gamines malparidos? Bájense ya, hijueputas, que me tienen cansado». Y brincó tras nosotros. De nada sirvieron los gritos de los pasajeros. Rápido, nos abrimos, con tan mala suerte para mí, que decidió seguirme. Mis rodillas desnudas dieron con una piedra en el suelo. Y recibí los tres fuetazos más duros de mi vida, menos mal que llegaron los curiosos y le quitaron el látigo. El hombre estaba iracundo, y no dejaba de proferir insultos, chino; la gente empezó a contestarle y a tomarle el pelo. En esas llegó a regañarme un míster con cara de indignación, pero de inmediato los curiosos salieron en mi defensa y lo insultaron. Y se armó la pelotera; iban y venían puños, patadas y mentadas de madre; nosotros, uno contra el otro, asustados. El gringo y el cochero chorreaban sangre por la nariz, y si no es por la policía, allí mismo los linchan. El pueblo estaba indignado, y se habló de un boicot. Caballos, mulas, y hasta bueyes viejos, circularon arrastrando tras sí toda clase de carretas. Nadie volvió a usar los tranvías, y los místeres se vieron obligados a venderle la empresa al municipio. Al poco tiempo aparecieron los tranvías eléctricos, y los chinos siguieron viajando gratis, trepándose y bajándose de los estribos cuando les daba la gana, pero ya no era tan divertido.

En ese entonces se puso de moda ir a dominguar al Parque de la Independencia, inaugurado «con ocasión del centenario del legendario grito de indignación de los patriotas y del estallido en mil pedazos del florero de Llorente», como decía la maestra. Lo

que más me gustaba del parque era el carrusel; allí recordé que era un experto jinete, y galopé caballitos, tigres y leones de toda clase y color. Aprendí a usar el florete, ensartaba las argollas en la columna y ganaba los premios; daba vueltas y vueltas por el mundo entero con mi espadín, bajo la vigilancia de un chino imperturbable, de trenza y bigotes largos y negros, ojos ladeados, cejas muy grandes, y las manos metidas siempre entre las mangas.

«¡Qué lindo es el parque! ¡Qué lindo es el parque!». Cantaba mientras corría a patinar en la pista; de allí salía con las rodillas sangrando, pero con ganas de volver al día siguiente. A veces recogía los sombreritos con los cuales el eucalipto alfombraba los senderos, me fascinaban su olor y sus formas; con ellos, y con las pepas secas de los mamoncillos, me divertía haciendo cabezas de soldados, de caballeros, de místeres y de payasos; cuatro rayas en la cabeza de las semillas servían de ojos, nariz y boca. Mientras corría de un lado a otro, papá y mamá se tiraban en el prado y oían la banda del conservatorio. A veces me obligaban a quedarme con ellos: «Escucha, mijito, la música clásica es muy bonita, y es importante que conozcas de todo».

Del colegio nos llevaron al Museo Natural; nunca había visto tantos animales y monstruos tan muertos y tan vivos a la vez: un ternero de dos cabezas, un feto, un gato con cinco patas, un tigre, un cóndor, un caimán, un quetzal... Ese día me enamoré por primera vez: un colegio de niñas visitaba el museo, y no pude dejar de mirar un enorme par de ojos azules, las trenzas rubias y las mejillas chapeadas; después me crucé muchas veces con ella en la iglesia; soñaba que cuando fuera grande le diría que si quería ser mi novia, sus mejillas enrojecerían más, ella bajaría los ojos y seguiría caminando un poco más rápido... Un día de Reyes, en carnaval, mientras acosábamos al indio Antonio, quien encabezaba la comparsa, alcancé a verla pasar con su padre. Los matachines se detuvieron para tomarse una totuma de chicha, y Antonio

corrió a pegarnos con una vejiga inflada; en plena carrera, la vi decir adiós con la mano. Nunca más volvió a aparecer. Aún deseo encontrarla y a veces sueño con ella. ¿Dónde podrá estar? Quizás sólo en el recuerdo o en la imaginación. Aún me parece ver su rostro sonriente y el vaivén de su mano.

Cuenta mi mamá que una noche golpearon la puerta con insistencia y le avisaron que papá había muerto. Dizque estaba en un piqueteadero, celebrando con sus amigos; que de pronto se paró y dejó de bailar, en medio de un pasodoble, se llevó la mano al pecho, tosió, se puso rojo, y se desplomó. A mamá no le gustaba hablar de eso. De la muerte de mi padre sólo recuerdo lo que ella me contaba de mala gana; pero una vez escuché decir que mi papá se había ido con otra mujer a otra ciudad; y otra, que había tenido que huir por meterse en política. ¡Quién sabe!

Mamá lloró y maldijo durante muchos años, recuerda con tristeza mi abuelo, y me mandó a trabajar en la tienda de un amigo suyo para ayudar a sostener a mis dos hermanitos, sin parar de repetir: «Pobrecito mi chino, no alcanzó ni a terminar la primaria... Yo que quería que estudiara...». Y las lágrimas ponían fin a su frase. La menor, que todavía lactaba, se alimentó entre lamentos, rezos y lágrimas. Poco después tuvimos que dejar la casa; la dueña le pidió, entre llanto y llanto, que pagara o le desocupara, pues ella también era viuda: «A mi marido lo mataron en la guerra y la casa es lo único que tengo para vivir, comprenda, señora, no puedo esperarla más».

Fuimos a parar a una casa muy parecida; grande, pero sucia, sin pintar, y llena de gente. En cada pieza vivía una familia completa, el papá, la mamá y tres o cuatro chinos. Mi mamá, mis dos hermanitos y yo ocupamos el único cuarto libre. En el centro del patio, en vez de la fuente, había una pila donde las señoras se ponían a lavar y terminaban peleando: «Hoy me toca lavar a mí, hágame el favor y saque sus cochinadas de ahí». «¿Cuáles cochinadas?

¡Respete, vieja pendeja! Si no lo está utilizando, ¿qué le importa que yo lave? Vaya y busque a su marido, que lleva una semana sin venir, y por eso es que está jodiendo tanto». «¡No joda usted, vieja hijueputa! Si mi marido viene o no viene es asunto mío, ¿o es que usted también lo está extrañando? ¡No faltaba más! Aprenda usted a respetar, ¡carajo!». Pronto rodaban por el suelo jalándose las mechas. Las vecinas, que miraban por entre las naves de las puertas, aparecían invocando a la Virgen de Chiquinquirá y al Señor de los Milagros, y corrían a separarlas, pero no les podían tapar la boca: «Vieja puta, se las da de mucho y se acuesta con el primero que se lo pide». «Más puta es usted que se revuelca hasta con el bobo de la esquina». Y se zafaban con furia, y se agarraban del pelo, de la nariz, de las tetas; iban y venían trompadas, la sangre manchaba la ropa, y el círculo de las inquilinas se cerraba y se enardecía: «Sí, tiene razón Martica; esa Yolanda se las da de mucho y es una pobre pendeja». «Con mi comadre no se meta porque vamos a terminar agarradas las dos». «¡Ay!, mucho miedo, atrévase no más». Y se atrevían. Y eso era un mierdero el hijueputa. A veces se imponía la voz apaciguadora de una de las vecinas mayores, o el grito iracundo de algún marido trasnochado que no había ido a trabajar por el guayabo. Pero cada tanto resurgía un insulto.

La casa tenía un solo baño, con la taza sucia, rodeada de papeles cagados y el bombillo fundido; al entrar, uno se sumía en la oscuridad, y el olor a mierda y a miaos. Para bañarse, había que comprar un bombillo o prender una vela, recoger el papelerío aquel, echarle agua a la taza y lavar el piso. Como todavía estaba chiquito, mi mamá me bañaba los domingos y un día entre semana, en medio del patio, como a mis hermanos, en la tina de agua tibia, a totumadas. La pobre se tenía que asear en el baño, protestando y diciendo que mejor se regresaba al campo. Con el tiempo nos cambiamos de casa, pero eso era la misma vaina, o peor; a los niños les encantaban los puños, y continuaban las peleas de

las madres, y si no había ninguna, ellos las iniciaban y las madres las continuaban: «Ese chino se las da de mucho, ¿se creará de la jai? Mírenlo, todo arregladito y bañadito, y no le gusta jugar con nosotros, ¿y no lo han oído hablar?, parece marica». Y muertos de risa me arremedaban, mientras yo me tragaba las ganas de llorar. Una y otra vez: «Marica, mariquita bonito, ¿quién es el maricón más limpio y bien hablado?». Un día no aguanté más y le solté un trompadón al que estaba enfrente; un izquierdazo que le rompió la boca, seguido por diez puñetazos más, izquierda, derecha, izquierda, derecha, hasta que me lo quitaron. ¡Ningún chino hijueputa de esos me volvió a joder!

En la casa vivían un par de paisas que se acercaron a felicitarme mientras las señoras me regañaban: «¡Eh, Ave María homb'el, ¡qué fuerza! Tú podrías ser un gran boxeador. Si quieres, nosotros te enseñamos, ven, vamos a hablar». David y Fernando, que así se llamaban los paisas aquellos, me ofrecieron una cerveza: «para que celebremos como hombres, pues seguro ya hasta te salieron pelos, ¿o no?». Y me enseñaron lo que es el tango, los encuentros a cuchillo, el honor viril, el barrio, Buenos Aires, Medellín, el amor a la vieja, el amor perdido y el bandoneón. En mi cabeza embotada danzaban sus palabras. El último brindis vino acompañado de la propuesta de que trabajara con ellos. Dejé la tienda y me puse a cortar vidrio, lijar madera, ensamblar marcos, enmarcar fotos, cristos y vírgenes, y a entrenar todas las tardes en el solar de la casa, en medio de las hileras de cebolla larga.

Salíamos por las mañanas con una carretilla ofreciendo toda clase de estampitas y cachivaches por el barrio; éramos los únicos vendedores en esas calles enlodadas. A la gente le dejábamos las cosas en abonos semanales. Como los paisas no sabían ni leer ni escribir bien, yo me encargué de llevar las tarjetas de pago de los clientes; pero al principio me equivocaba, y no sé cómo, si haciendo cuentas en la cabeza o qué, esos condenados me corregían:

«No, hombre, qué va a ser, son tantos pesos». Me enseñaron a reconocer la cara de los que no iban a pagar, y la de los que era necesario amenazar para que pagaran; también aprendí a darme cuenta cuándo nos abandonaría uno de ellos para quedarse con alguna de las clientes: «Voy a echarme un tintico, mijo, que harta falta me está haciendo para el frío».

Hubo un año en el que vendimos millares de estampitas, credos, padrenuestros, misales y medallas, chino; esa vez ganamos mucho dinero, y yo llegaba a casa llevándole a mis hermanitos melcochas, pasteles y chocolates. Mi mamá estaba feliz; fue el año del Congreso Eucarístico. Los comentarios comenzaron varios meses antes, y terminaron muchos después; en esos días no se habló de otra cosa; se organizaron matrimonios, bautizos, confirmaciones y primeras comuniones, hasta hubo gente que deseó morir para que su entierro se produjera en ese ambiente tan divino, ala.

Llegaron piadosos de todas partes del país, y la Calle Real y la de Florián se convirtieron en un hervidero de gente; nosotros, vendíamos, vendíamos y vendíamos, y sin darnos cuenta, de pronto, se nos acabó la mercancía en pleno Congreso.

El día de la clausura, mi mamá, mis hermanos, los dos paisas y yo salimos a ver el desfile; íbamos estrenando de punta a punta. Sentí una emoción muy grande, era como estar más cerca del cielo. Mi mamá decía cada tanto: «Ay mijito, si no fuera porque eres mi sostén, te metería al seminario...». David me dio un codazo y me guiñó el ojo, malicioso, comentando, como quien no quiere la cosa: «Lástima, señora, que en el seminario no reciben a los hijos naturales». Ella lo miró con rabia, pero no le contestó nada. Fernando le preguntaba a todo al que le veía cara de entendido en asuntos religiosos cuándo habría otro congreso.

El murmullo y el empujón de la gente nos pusieron frente a una carroza tirada por seis imponentes caballos blancos, lujosa-

mente enjaezados. El arzobispo, con un obispo a la diestra y otro a la siniestra, iba arrodillado tras el altar, que portaba una riquísima custodia de oro con destellantes piedras preciosas, verdes y transparentes; los seguían el presidente, los generales, los ministros, y sus respectivas familias. Llovía, y mis zapatos hicieron agua por todas partes; pero permanecí, digno y fervoroso, en mi sitio, como correspondía a tan memorable acontecimiento.

A veces visitaba las antiguas oficinas de papá, con el deseo de revivir y despedir los recuerdos de esas épocas que a uno se le antojan felices. Pasaba de círculo en círculo y recibía los abrazos y las miradas de compasión, todos con una frase cariñosa, alabanzas a mi papá y ofrecimientos de trabajo para cuando fuera más grande. Se seguía hablando de Rafael Uribe Uribe, de su periódico *El Liberal*, y repetían de memoria sus discursos: «Donde los liberales sepan que hay disposición a atacarlos, deben concurrir a la elección con la sonrisa en los labios y el arma en el bolsillo». «Es el colmo», decían unos. «La verdad», corregían otros.

«¿Quieres un tintico, chino?». Tras el sabor del aromático café venía el olor del anís, y al calor de los tragos, todos, sin excepción, estuvimos listos para tomar las armas contra Perú, indignados por los horrores que cometían la Casa Arana y la Peruvian Amazon Company contra los indígenas: «¡Esos son unos verdaderos hijueputas! No contentos con hacerlos sacar cuotas inhumanas de caucho, ¡hasta de tiro al blanco ponen a los pobres indios! ¡Carajo!, por eso queremos a Uribe Uribe, no se calla nada». Así llegó la hora del almuerzo. «Tenemos que regresar, chino, a ver qué se ofrece». Unos cuantos abrazos y apretones de mano, y «No se olvide, chino, vuelva por aquí cuando quiera, usted siempre será bienvenido. A ver si cuando seas mayor de edad te damos trabajo».

En una de esas visitas me invitaron a una función de gala en el Teatro Colón: «Ponte algún traje de tu papá, chino, hoy vamos a oír a Caruso en la vitrola del señor Duperly». Recorrí el barrio

buscando quién alargara las bocamangas de los pantalones y del saco, pero no alcanzaba la tela. «No, chino ya no vale la pena, es mejor que se haga uno nuevo», me dijo David, y me prestó uno que me quedaba un poco grande, pero no se notaba mucho. Y esa noche conocí el famoso telón de Gatti, la vitrola y la voz de Caruso. Cuando la oí funcionar me dije que tenía que comprarme una, como fuera; ¡qué maravilla de aparato!

Mi mamá se ganaba la vida planchando camisas de puño y preparando comidas; tenía fama. Cada nada la llamaban o le mandaban encargos, y nuestra situación económica fue mejorando poco a poco. Trabajé duro por una buena temporada, incluso los domingos; y con lo que ahorré, y con unos pesos que me prestaron los paisas, me fui al almacén del señor Duperly a comprar mi sueño. Salí de allí sin un centavo en el bolsillo, pero en bicicleta, con una cámara fotográfica colgando y con la vitrola amarrada en la parrilla de atrás. Me sentía Pancho Villa desfilando triunfante por las calles de México, sólo me faltaba la pistola para ir disparando al aire.

Al llegar a casa esperé toda la tarde a David y a Fernando, ansioso, poniendo una y otra vez los discos. Mi mamá llegó a las seis del trabajo. No lo podía creer. Ellos llegaron poco después con tangos. La música atrajo la atención de los vecinos y, en menos de lo que canta un gallo, se armó la grande. Nadie se acordó de sus rencores ni de sus rencillas; todos vinieron a ver la vitrola, y me saludaron con admiración: «Un aguardientico, ¡jala! Esto merece celebrarlo. ¡Qué chino! Señora, su hijo va a llegar lejos. ¡Salud!». Y se bailó hasta media noche. Cuando me entregaron las fotografías, se armó otro parrandón.

Los domingos invitaba a mi mamá al cine, íbamos al Olimpia, a platea. Allí eran más caros los boletos que en gallinero, pero se veía al derecho; cuando iba solo o con los paisas entraba a gallinero, donde había mucho relajo, más cuando el piano, el

chelo o el violín se callaban y dejaban al aire los ronquidos del músico, dormido por la morfina, eso decían, chino. Nos sabíamos de memoria las piezas, pues tocaban la misma vaina en todas las películas. El telón estaba en la mitad de la sala; a un lado se hacían los de luneta y palco, y al otro los de gallinero; los de las gallinas, al principio, llevábamos un espejo para leer los letreros, pues se veían al revés, pero pronto aprendimos a leer así.

Mamá no se cansaba de ver *La pasión de Cristo*; a mí la que más me gustó fue *La novela de un joven pobre*, cinta con la que los hermanos Di Doménico inauguraron el cine y repoblaron el mundo de los sueños y la ilusión de los habitantes de las tierras del cóndor y del águila negra. Los italianos me invitaron a recorrer el país manejando su negocio: «Es fácil, chino Rey, llegas al pueblo, te paseas por las calles anunciando *La pasión de Cristo*, primero: después en las galerías y en la plaza principal; al alcalde que se niegue lo convences con un porcentaje de las entradas, y al párroco le muestras la recomendación del arzobispo; no te olvides de invitarlos a un aguardientico, y darles una buena limosna. ¡Hasta propaganda te hacen!, no lo olvides».

Por la noche extendía el telón, vendía los boletos y a darle manivela al proyector. Recorrí el río Magdalena, a lo largo y ancho por los mismos paisajes que transitaron los españoles en la Conquista, río arriba, y los pasos de los criollos, río abajo, por la Independencia; por las mismas aguas que navegó el más sabio de los magos contemporáneos de la palabra, imaginando y viviendo sus historias de amor senil, las cavilaciones del libertador en retirada, los mitos, los ritos y los amores de sus habitantes, y con ellos los de la humanidad entera. En la costa, bien al norte, conocí las mujeres más hermosas y enigmáticas de mi vida; pero sin tierras, animales ni dinero para pagar la dote a su familia, y sin comprender aún el valor de lo sencillo, de lo simple, de lo espontáneo, de lo primitivo, del rito, me quedé lleno de sueños y de inquietudes, con la

belleza y la dignidad de las guajiras. Allí me encontré por primera vez ante la imponente y la belleza de la mar; ella se me anunció centenares de metros antes de que la pudiera ver, con su viento salobre y el ronco ronroneo de su voz; después, su inmensidad me sumió en el temor y el placer de todo gran encuentro.

Se aproximaba otro fin de año, mi mamá, mis hermanos, David y Fernando me hacían mucha falta, y la política estaba al rojo vivo; me sentía huérfano, sin sosiego; además, pensaba, con los paisas podría ganar lo mismo, o más, sin esa sensación de pérdida y de naufragio que se siente al llegar por la noche a casa y no encontrar ni la olla con el arroz, ni el ajíaco, ni nadie que le sirva a uno la comida, ni quién lo acompañe, ni a quién contarle las cosas del día, ni quién le ofrezca a uno un cafecito en la mañana, ni nada de eso.

¡Así que regresé a Bogotá! La vitrola sonaba mientras yo repartía, feliz, regalos y anécdotas. A mi mamá la encanté con un pescadito de oro con el que una niña guajira, etérea, mezcla de indígena, negra y blanco, me pagó el derecho a entrar en la fantasía del cine las veces que ella quisiera, instalándose con sus bellos ojos en mí. Al calor del aguardiente se volvió a sellar mi pacto con los paisas, que no dejaron de alabar mi valentía y el volumen de mis bíceps, mis brazos y mis piernas, más voluminosos por cargar los cachivaches del cinematógrafo y darle vueltas a la manivela del proyector, y por las grandes patoneadas que me di, chino, claro.

Hay otra imagen que me acompaña siempre: yo agarro con fuerza la mano de mi hermano, ambos de pantalón corto, camisa blanca, suéter de rombos de colores y zapatos negros, mirando al fotógrafo que registra el momento en que perdidos en el Parque Nacional buscábamos desesperados a mi madre, distraída tras la figura de mi padre, a quien vislumbró a lo lejos.

No sé por qué decidí buscarlos en la memoria, la figura de mi abuelo al centro, rodeado por las imágenes familiares, su gente y

el mundo en que vivieron; pero sí sé que buscándolos me encontré en el tejido del recuerdo, el eco de los murmullos y su dibujo en el frágil papel donde la vida, negro sobre blanco, se mantiene un instante más allá de la muerte y de la soledad que nos acompaña desde el momento mismo en que dejamos el vientre materno para recorrer el único y cierto camino de retorno a las entrañas de la tierra.

AL DÍA SIGUIENTE DE MI LLEGADA A BOGOTÁ, después del desayuno que me trajo a la cama mi mamá, salí a dar una vuelta en bicicleta por el nuevo Paseo Bolívar; bordeando los cerros, crucé el puente sobre el río San Francisco, y me descolgué hasta el Windsor, donde me recibieron con un torrente de palabras, cuenta mi abuelo: «Miren quién llegó: ¡Chino Rey! ¿Dónde te habías metido? Ya te hacíamos muerto. Unas empanadas y un tinto para el chino». «¡Qué tinto, ni qué carajos! ¡Un aguardiente!». Me preguntaron una y mil veces los detalles de la gira, y cuando me cansé de repetir la misma historia, me contaron con tristeza cómo habían vivido los últimos dos meses: «¿Cómo te parece que asesinaron al general Uribe Uribe? No hay derecho, ¡jala! Era de las pocas esperanzas que nos quedaban; esos hijueputas no lo querían porque estaba con el pueblo, era el único que les paraba el macho. Dicen que lo mataron porque apoyó al doctor José Vicente Concha; él quería acabar con ese engendro del Partido Republicano. La mierda esa del Gil Blas dijo que para lograr la unión del Partido Liberal era necesario que corriera media vara de sangre por las calles de Bogotá; y sí, a punta de hachazos, aquí no más, al lado del Capitolio, lo asesinaron. Los malparidos esos le echaron la culpa de la pérdida de las elecciones. Ahora sólo se habla de recortes en la nómina, suspensión de obras, y hasta de rebaja de salarios. Además, la bendita guerra está cada vez más complicada, y los gringos nada que pagan los veinticinco millones de dólares por el robo de Panamá; estamos jodidos, chino; jodidos, y sin remedio... ¡Qué vaina!».

De una mesa vecina saltó una voz: «Ustedes no ven sino lo malo, ¿quién se acuerda de Ramón González Valencia, que mantuvo en paz al país después de la debacle de Reyes?, ¿quién habla de Carlosé, que gobernó en paz y organizó las primeras elecciones libres?». «¡Qué va! Ese hijueputa le quitó a las Fuerzas Armadas la autoridad para intervenir en las elecciones y en la política, y a este país lo que le falta es orden, ¡carajo!». Aquello terminó en una algarabía con vivas a Francia y a los alemanes. Varios de los dispuestos al combate contra Perú anunciaron ahora que se alistarían como voluntarios para participar en la guerra. «¡Viva Alemania!». «¡Vive la France!».

Cuando cumplí los quince años, los paisas quisieron festejarme de una manera que según ellos no se me iba a olvidar nunca. Y sí, jamás olvidaré ni esa fiesta ni a ninguno de los dos. En la casa apagué las velitas, partimos el pastel y brindamos con vino. Mi mamá lloró como cuando desapareció mi papá, y me contó que lo había conocido cuando él tenía quince años, que era idéntico a mí; poco después se fugaron y se emplearon en distintas fincas de Boyacá, Santander y los Llanos Orientales. Cuando mi mamá dejó de llorar, bailamos por primera vez: un pie adelante, otro atrás, derecho adelante, izquierdo atrás, derecho al centro, izquierdo al centro y otra vez. Un, dos, tres. David y Fernando le pidieron permiso para invitarme a celebrar: «Vámonos al Paraíso, chino».

Y llegamos a una casa donde salió a recibirnos una señora muy guapa, alta y carnosita, con la boca y los ojos pintados: «Mucho gusto, joven; Lucy, para servirle. Siéntense, ¿qué le provoca, sumerced? Hay cerveza, aguardiente, ron, ¿o un whisky?». Yo me sentí incómodo y no supe ni qué contestar. Fernando y David reían y me decían que era una sorpresa muy agradable. «Niñas, por favor, los señores vienen de visita». Y desfilaron varias jóvenes hermosas, pero muy distintas unas de otras como para ser hijas o familiares de la señora. Las niñas se sentaron y apareció un con-

junto, quién sabe de dónde. La fiesta se estaba poniendo buena; nunca había visto una familia tan numerosa, divertida y amable; yo esperaba con temor que apareciera el señor de la casa, pero el señor debía tener mucho trabajo porque no llegó nunca. Fernando le susurró algo al oído a la señora, y de inmediato se le iluminó el rostro y aplaudió. Los músicos se callaron, las señoritas voltearon a verla y se sentaron. «Chicas, les presento a Pedro Pablo Rey, es un invitado nuevo, y como ustedes saben, aquí atendemos de manera especial a los primerizos. Es un verdadero placer su visita, don Pedro Pablo. Me dicen que hoy cumple quince años, y queremos agasjarlo. Diviértanse, todo corre por cuenta de la casa, y de estos señores, tan amables». Se armó un griterío el verraco: vivas, salud y felicidades; los músicos volvieron con un galerón, y las chicas a danzar con mis amigos, y con los señores que iban llegando.

La señora se me acercó, me abrazó, me felicitó, y me invitó a bailar; después de dos o tres piezas, me sorprendió con un beso en la boca; sentí asco cuando su lengua se metió entre mis labios, pero se pegó más a mí, juntó sus muslos contra los míos, y con sus brazos rodeó mi cuello; y a mí se me fue parando; yo no sabía cómo disimular, y para que no se me notara, la atraje hacia mí. Una explosión entre mis piernas y mojé los calzoncillos y los pantalones. ¡Qué pena! «No te preocupes, yo te los lavo», me susurró al oído y, sonriendo, me arrastró tras sus secretos en el amor. Me decía que yo era su Rey y que volviera cuando quisiera. Yo quería ir a toda hora; me acordaba de ella en el trabajo, en la misa, en el cine, almorzando, de noche, al despertar, sentía que me reventaba, me concentraba pensando en cualquier otra cosa para que no se me notara en el pantalón, me lo acomodaba y salía corriendo tras El Paraíso.

El Paraíso se hizo famoso, allí llegué a encontrarme con casi todo el gabinete, y aunque nunca lo vi, dicen que el presidente también se iba a echar sus polvitos. Las mujeres no podían votar,

pero Lucy y sus muchachas participaron en muchas de las decisiones políticas del país en esa época. En su casa no había diferencias entre liberales y conservadores ni entre franceses y alemanes. «¡La cama es quizá el único espacio democrático que existe, ala!».

Yo sigo el filamento rojo del reloj que, con su rítmico paso, va marcando los segundos, los minutos y las horas; nuestra ansiedad no puede adelantarlos ni atrasarlos. El ferrocarril de Antioquia asciende con dificultad, el humo hacia atrás, la máquina hacia adelante, sin embargo, todo permanece inmóvil. Yo voy y vengo tras mi padre y mi abuelo: escucho, leo, invento, escribo, borro, corrijo, recuerdo, invoco, camino por las mismas calles que ambos recorrieron...

Mi papá, mis hermanos y yo vamos en busca de uno de los piqueteaderos favoritos del viejo Pedro Pablo: el restaurante El Manteco. Mi papá recuerda al suyo: Le decían místico, y era muy conocido. La Lunareja, la dueña de uno de los piqueteaderos y expendios de chicha más famosos de Bogotá, intrigada con el místico, quería conocerlo: «¿Cuándo traen al místico, por dios? Tráiganlo, por favor». Un día llegamos: «Místico, mucho gusto; encantada; para mí es un honor que usted esté aquí». «Oh, mucho gusto», contestó él. Todos estábamos a la expectativa, serios. De pronto, el viejo, señalando las papas criollas: «Y eso, ¿cómo se llama, mi señora?». «Papas, místico». «Oh, yo querer unos papos, umm, y que nos traiga unas huesas». «No, místico, ‘unos huesos’». «Unos huesos y unas mazorcas». Y con esa picardía que tenía en los ojos: «Oh, mi señora, ¿y usted tener chichi?». Y la Lunareja: «No, místico, pero mi marido sí, ¡un momentico se lo llamo!». De ahí nació la amistad, al calor de la chicha, ¡la verraquera! Y la vieja tragadísima de mi papá. Parece que tuvieron sus cosas...

Atravesamos el Hospital de La Hortúa, y la corte de funerarias y ataúdes que antes separaban el sur del centro de la ciudad. A falta de la ancestral chicha del cuento, mezclamos en la totu-

ma esmaltada la cerveza y la Colombiana; la totuma, que parece una bacinilla, pasa de mano en mano; mi papá narra divertido sus anécdotas, y yo me limpio el bigote de espuma del refajo: «El dueño de este negocio es hijo de La Lunareja. La Lunareja era bonita, cuando me veía exclamaba: ‘¡Ah!, ¡cómo se parece al viejo Pedro! ¿Qué quiere chiquito?’. Me decía míster chiquito. En esa época todo esto era llano; eran famosos los piquetes de los jueves, en Las Cruces, por allá arriba. Entonces reinaba La Pita, una cerveza envasada en botellas champañeras; se desamarraba el corcho, y ¡pum, sonaba esa vaina! El Cabrito era otra cerveza, muy barata, por cierto. Por allá por los años treinta y cuarenta surgió, haciendo sus negocitos, una clase media formada por pintores, constructores, ornamentadores y contratistas; después los ingenieros y los arquitectos fueron desplazándolos; todos ellos venían a piquetear, tenían sus pesitos, y se daban sus lujos; jugaban al tejo, y si alguno estaba enamorado, se iban a media noche a llevarle serenata a la mujer. Nunca supe de qué parte fue obrero mi papá; fue contratista, sí. Maestro, le decían, pero debió ser obrero, al principio. Se codeaba bien, por su gracia, por gastador, por farandulero. No le faltaban las fiestas, ni los amigos, ni las mujeres, ni los contratos».

Yo cierro los ojos. En la cabeza danzan el refajo y el aguardiente; suenan el tiple, el requinto, la bandola y las voces. Mi abuelo Pedro Pablo se sienta a mi lado, me da un codazo y me guiña el ojo. Sonreímos. El hijo de La Lunareja llega con el cabrito: «Es una cortesía de la casa; para nosotros es un placer tenerlos aquí». Mi papá lo invita a la mesa y él se sienta sin pensarlo dos veces. Suenan las copas de aguardiente. «¡A la salud de don Pedro Rey!». «¡Salud!». El chivo a las brasas está exquisito, las patas de marrano, ni hablar. Me chupo los dedos; ahora soy yo quien pica el ojo, y le devuelvo el codazo al viejo. «No sea vergajo, chino, yo ya no puedo probar esas vainas». Soltamos la carcajada. «¿De qué

te ríes?», preguntan en la mesa. «De nada, de nada». Al salir, el hijo de La Lunareja nos acompaña hasta la puerta, y nos abraza con fuerza: «Vuelvan cuando quieran chinos, ya saben que esta es su casa; ustedes son de la familia».

Veo a mi abuelo sentado con David y Fernando en el fondo del negocio, ante la fritanga. Una de las niñas de Lucy llega corriendo a buscarlo. Él se levanta y sale, de nada valen las bromas ni los retos de los paisas. Lucy quería presentarle a un escritor muy conocido: «Pedro Pablo, tienes que codearte bien. Te presento al Poeta. Le conté que te gusta declamar; quiere oírte». «Lee esto, muchacho, le dijo el escritor, de modales un tanto afectados, me acaba de llegar de Europa, y quiero hacerle un comentario esta noche en La Gran Vía». Le extendió *Ritos*, en letras doradas. Mi abuelo leyó el segundo poema, y aclarando la voz, recitó:

*Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia...*

*Y si a mi lado cruza la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vio un camello con honda pesadumbre,
mirando silencioso dos fuentes de zafiro.*

«¡Bravo!». Lucy y las niñas aplaudieron, y el Poeta, celoso, comentó: «No está mal, no está mal. Te invito esta noche». Y lo citó en La Gran Vía. Lucy se sintió orgullosa. Despidió al poeta, con honores y alabanzas sutiles, como les encanta a los bardos, y tomó del brazo al joven Pedro Pablo arrastrándolo a su cuarto. Al despertar de la siesta, cuando caían las últimas gotas de la lluvia y el sol quería ocultarse, vio a Lucy con varios paquetes en los brazos: «Te traigo un regalo», y le extendió las cajas adornadas con moños

en forma de rosa. «Ábrelos». Ansioso, y algo apenado, deshizo con parsimonia el primero, una chistera negra. En el segundo, que desenvolvió un poco más rápido, halló una camisa de batista, con pechera, cuello y puños duros; en el otro, cuya envoltura destrozó por la prisa, un juego de interiores de abotonar, con mangas. Además, le obsequió un terno, un juego de mancornas, un par de botines y un bastón. Lucy le ayudó a ponerse todo aquello, y le pidió que cuando terminara la velada literaria viniera a visitarla, quería celebrar.

Al pasar a la trastienda, se encontró en medio del humo y del olor a tabaco; poco a poco sus ojos se acostumbraron y pudo ver a varios hombres que conversaban apasionados; todos manipulaban libros y hojas sueltas. El Poeta lo presentó como El Chino Rey, gran declamador; y le pidió que recitara «Los Camellos». Un fuerte aplauso. Brindis. Continuó con los versos de «Leyendo a Silva»; otro aplauso, y más brindis. Por último, «Melancolía». Chocaron las copas, y el Poeta hizo un pormenorizado análisis de la lira de Guillermo Valencia.

Lucy le quitó una a una las prendas, lo metió en la tina cubierta de flores y olor a hierbas, y lo bañó recorriendo su cuerpo con ternura. Las caricias continuaron en el lecho, hasta la madrugada. Cuando Pedro Pablo se despertó, besó los labios de Lucy y salió en puntillas; las chicas dormían, lo único que se escuchaba era el canto de los canarios, los turpiales y las mirlas. Cerró la puerta; atrás quedaron copas, vasos y botellas vacías. Salió corriendo, era la primera vez que se quedaba a dormir fuera de casa.

Agustina lo estaba esperando, y apenas lo vio entrar se puso a llorar y a gemir: «Bendito sea Dios, mijito. ¿Dónde estabas? Siquiera no me le pasó nada. No me haga sufrir; pasé toda la noche en vela, esperándolo. Pensé que me le había sucedido algo. No lo vuelva a hacer, mire que sufro mucho. Si se va de parranda, avísame, y trate de llegar, aunque sea tarde, pero no se quede

fuera de la casa». «Perdón, mamá, perdón; no lo vuelvo a hacer». «Mira, te tenía un rico plato, pero ya es tarde. Mejor ven y te sirvo el desayuno». Lo dejó en el comedor y salió refunfuñando para la cocina.

Mientras Pedro Pablo desayunaba, ella, mirando el mantel, y alzando a ratos la vista hasta la cara del hijo, le contó que se sentía muy sola, que claro, estaba él, pero que una mujer no podía esperar que toda la vida la acompañaran los hijos; que estaba harta de trabajar, que tenía miedo de llegar sola a vieja, o de estorbarles después, y que hacía varios días estaba dándole vueltas en la cabeza la idea de volverse a casar. Sonó el manotazo en la mesa, seguido de un grito: «¡Nadie va a ocupar el lugar de mi papá!». Y terminó la charla. Pedro Pablo estaba rojo de la ira, y su respiración entrecortada; se tiró a la cama y lloró hasta quedarse dormido.

Meses después, Agustina tuvo otra hija. Nunca dijo quién era el papá, y las niñas se pelearon entre sí toda la vida: «Tú no eres Rey, y yo sí». «Mentiras, yo sí soy Rey, y tú no». «Yo soy rubia y tú eres morena». «¡Dejen esa joda!», gritaba el hermano mayor, y la discusión continuaba a media voz, y a escondidas.

Mi abuelo recuerda entusiasmado las palabras de los paisas: «Por fin, chino, ya estás listo; ayer te inscribimos; debutas la próxima semana; vas a ver que ganamos». Se presentó en el encordado y tumbó a su rival a los dos minutos; los cinco viernes siguientes tiró a la lona, uno tras otro, a todos sus oponentes en el primer asalto. Y llegó el día de la final; el contrincante era un negro cartagenero, durísimo, invicto, como él. Pedro Pablo apostó todo lo que tenían en el bolsillo él, los paisas y las chicas del Paraíso. Esta vez no pudo noquearlo en el primer asalto. Los clientes del Paraíso esperaban, jugándose a las cartas, las chicas; ellas, en primera fila, con Lucy, mordiéndose las uñas. En el segundo asalto, el negro salió a matarlo, y Pedro Pablo fue a parar al suelo en dos ocasiones; estaba a punto de retirarse, pero los gritos

de mamá Agustina y el coro de las chicas lo levantaron: «¡No se deje, mijito!». Chorreaba sangre por la nariz y por la boca; no veía bien, y le dolían los pómulos y los nudillos de los dedos; quién sabe cómo terminó de pie. Escuchó la campanada con alivio. La pelea se había prolongado hasta el tercer asalto. El negro también mordió la lona dos veces, pero se levantaba como un resorte. Pedro ganó por decisión; su fuerza y su rapidez de piernas y manos le permitieron marcar más golpes, pero el negro le había roto los labios y la nariz, y además le puso un ojo colombino. Cuando el juez levantó su mano derecha, lloró de alegría; era el campeón, y se había echado al bolsillo unos cuantos miles de pesos. Los costeños dijeron que les habían robado la pelea para regalársela al cachaco. ¡Seguro!, insistían. Cuando el abuelo se vio en el espejo, soltó un trompadón, volaron los cristales, putió con toda su alma y prometió no volver a pelear nunca.

Esa noche le regaló a la mamá la mitad de lo que se había ganado, y le dijo que se iba de paseo; que se había hecho amigo del negro, quien lo invitaba a pelear en Cartagena. «Cúidese mucho, mijito, le contestó ella, resignada. ¡Dios lo bendiga!». A media noche llegó al Paraíso con serenata. Los paisas, los ministros que andaban por allí, un sacerdote, viejo cliente, el empresario, el negro y las niñas bailaron hasta que el canto de los gallos anunció el día. Les pidió a los músicos que tocaran una hora más en la puerta del cuarto de Lucy, y al compás de la música hicieron el amor hasta el cansancio y el sueño.

Lucy estaba feliz porque el chino Píter decidió instalarse un par de semanas en su casa; durante esos días se la vio radiante; las niñas se sentían como la dueña, y se jugaron a los dados al negro cada amanecer. Pronto se corrió la voz de que en la casa de Lucy el amor era una fiesta interminable; y eran tan grandes las alabanzas al ritmo de los placeres de las caderas de las muchachas, que varias tardes suspendieron las sesiones del congreso por falta de quórum.

La misma noche de la pelea encargaron seis códillacs. A Pedro Pablo se le ocurrió que podría hacerse millonario prestando el servicio desde la estación del ferrocarril hasta el salto de Tequendama; directo, sin que al pasajero se le ensucie la ropa con los carboncillos del tren, sin hacer colas, y sin mezclarse con todo el mundo.

Al día siguiente llevó a Lucy de compras. Las bolsas se llenaron de corsés, guantes, perfumes, botas altas, mantas de seda, encajes, sombreros de velo, sombrillas, rebozos y polvos. La vendedora desplegaba en su discurso el encanto de los labios que lo pronunciaban: «Aproveche señor, en nuestro negocio todo es exclusivo; todo es importado; lo último en la moda parisina, quién sabe cuándo volveremos a ver semejantes bellezas, con la guerra... ¡Cómo le lucen, señora!». El muchacho se sentía orgulloso, era la primera vez que vestía a una mujer, y el placer era tan grande como desvestirla. «¡Distinto, ala, distinto! ¡No exageres!». Míster Píter y Lucy se pusieron «à la dernière», y se volvieron asiduos de Touchet, Richard y Cueto, los almacenes chic de la sociedad bogotana.

Mamá Agustina, recuerda mi abuelo, decidió comprar un terrenito para construir una casa; soñaba con una quintica como las de Chapinero, donde pudiera construir, sembrar, criar ovejas y alguna vaquita; pero como no le alcanzaba el dinero para una tierrita en el norte, se contentó con una en el sur, yendo hacia Bosa. «A lo mejor se valoriza como Chapinero, mijo». Y adquirió una manzana completa. «Quedé debiendo unos pesos, ¡pero valió la pena!».

Estás loca, mamá, eso queda en la mierda; y nunca se va a valorizar; pero en fin, allá tú, es tu dinero —le decía a mi abuelo—. «Sí, mijo. ¿Cuándo vamos a edificar? Yo quiero una casita parecida a la que alquiló tu padre cuando nos vinimos para Bogotá, pero que también se parezca a las quintas de Chapinero, y que poda-

mos sembrar algunas cositas, como en la finquita donde naciste. No vaya a tirarse toda la platica en fiestas y regalos, mijo; mire que sumerced es muy maniflojo». ¿Yo, mamá? «Sí, mijo, mejor no hablemos de esas cosas. Venga, cómase su ajiaquito».

El chino Rey le regaló una pistola a Lucy; en esos días sembraban el terror en Bogotá los apaches, varios prófugos de la cárcel de Cayena, y no quería que le pasara nada. Ella la dejó reposar en su mano izquierda, y la acarició, como si fuera un gatico recién nacido, con la derecha; estaba fascinada con el regalo. «Es raro, pensaba, ningún hombre me ha hecho sentir tan segura y protegida como este culicagado». Tampoco había sentido con ninguno tanta ternura. Expuso la carga de su mano frente a los ojos de las chicas, sin permitir que la agarraran, y mirando desafiante a los parroquianos presentes exclamó: «¡Yo sí le pego un tiro a cualquiera de esos hijueputas que se atreva a venir por aquí!».

Dos de ellos llegaron una tarde, vestidos de lino, con gruesa leontina de plata y bastón de caña hindú, llevado con destreza en la mano izquierda. Venían de farra, con porte de caballeros, y nadie pensó que pudieran ser los temidos apaches franceses. Los truhanes europeos, vestidos de caballeros, encantaron a las niñas colombianas, y una de ellas decidió mejorar la raza con un hijo galo. Esa noche no se hizo sus lavados vaginales, y nueve meses después El Paraíso tenía un nuevo habitante.

Dio la casualidad de que en la casa estaba ese día un alto funcionario del gobierno de Boyacá, quien, entusiasmado por la apostura, la prestancia y la decencia de los franceses, decidió invitarlos a su finca. Ellos le habían dicho que ansiaban comprar una hacienda de unas mil hectáreas, cada uno, y el gobernante, entusiasmado por el negocio y por la posibilidad de emparentarse con quién sabe qué rama de la nobleza europea, arregló el matrimonio de sus dos hijas con los caballeros franceses, que nunca recibieron el dinero que esperaban de París; aunque, eso sí, prestos, no tuvie-

ron ninguna clase de remilgos para disfrutar de las mil hectáreas de tierra y de las hijas del suegro.

Pedro Pablo se divertía siguiendo los sucesos de la guerra en la prensa y las revistas; estaba con los franceses, sin ninguna duda: «Aunque me encantan los embutidos y la cerveza alemana, yo me la juego por Francia, la nación que escribió con sangre la letra de los Derechos Humanos; ¡no faltaba más! ¡Vive la France!». En el frente murió el poeta Hernando de Vengoechea, quien se había alistado en la Legión Extranjera; su desaparición fue motivo de una jornada literaria especial. En ella se exaltó el valor de los colombianos, la Revolución francesa, los Derechos del Hombre, la hermandad entre la poesía, la libertad y el futuro de la humanidad, y se llegó a decir que el lugar de Hernando sería ocupado no por uno, sino por una decena de poetas colombianos. Los bardos se vistieron de gala, y los cubiletes, cocos y medias calabazas flotaron entre el humo, el licor y las interminables palabras.

Cuando llegaron los coches, Píter y Lucy organizaron una parranda que duró ocho días. David, Fernando, dos de los novios de las chicas y el negro, a quien mi abuelo convenció para que se quedara a trabajar manejando uno de sus carros, a cambio de servirle como empresario en el negocio de las cuerdas, los saltos y los golpes, inauguraron el servicio con las niñas como pasajeras. Adelante iban Pedro Pablo y Lucy; Píter masticaba un puro; conducía su coche, con traje deportivo, el cura, acompañado por uno de los ángeles del Paraíso. El negro cerraba la caravana, vestido de blanco, con sombrero canotí, y exclamando: «¡Qué cachaquería, ala!».

Si todo va bien, hasta me traigo un zeppelin alemán, de esos que acaban de estrenar en la guerra, o quizá un avión francés, que son los únicos que les ganan a los globos, soñó el joven empresario. No estaría mal montar una empresa de aviación en nuestro país, al fin y al cabo hay suficiente gente con plata, y serían muchas horas de viaje las que les ahorraríamos.

Un día se desbarrancó uno de los cádillacs. Los pasajeros y el chofer se salvaron, pero cuando intentaron sacar el coche, éste rodó hasta el fondo del precipicio. Agustina le hizo un baño para la suerte; desde entonces, todos los jueves, a las tres de la tarde, el día y la hora de la muerte de Cristo, ella lo regaba a totumazos mientras se expandía el olor a ruda, hierbabuena, sígueme, altamisa, albahaca, mirto, diosme y toronjil por toda la casa.

Una tarde, después de la siesta, se sintió triste, melancólico, nostálgico, y recordó a su padre: ¿Por qué carajos no estaba? ¿Por qué carajos se habría ido o muerto? Hacía mucho no veía a los amigos del viejo, y decidió ir al Luz a ver con cuál de ellos se encontraba.

Llegué muy temprano, y mientras hacía tiempo, releí la prensa y me hice embolar los zapatos —cuenta—. Entre noticia y noticia, un tintico y una empanada. A eso de las cinco y media ya había ambiente; pronto aparecieron los viejos amigos, los abrazos, ¡y los brindis, claro!: «¿Cómo estás, ala?». «¡Cuánto tiempo sin verte!». Pero los sentí preocupados, tensos. Las noticias eran alarmantes: habían despedido a varios compañeros; ¡a otros les habían rebajado el sueldo!, y varios más, aburridos por la situación, habían emprendido la experiencia de un negocito; unos pocos emigraron para Medellín, donde las nuevas empresas textiles necesitaban toda clase de gente. La conversación era muy triste, tranquila, sin pasión, chino.

Entonces decidí contarles mis proyectos. No alcancé a decir un zepelín, cuando empezó el griterío: «¡Los globos bochos van a ganar!». «¡Ni pu'el putas!». «¡La aviación aliada va a definir todo!». «Esperen a que entren los americanos, ¡ahí sí van a saber lo que es pelear y lo que es la técnica!». «¡No nos vengas ahora con tus pendejadas! ¡Místeres hijueputas! Donde meten las narices, joden todo. Ya ven, hasta el general Benjamín Herrera tuvo que demandar a la United Fruit Company. Esos gringos se quieren quedar

con todo; hay decenas de cultivadores en la ruina». «¡Y decenas de abogados enriqueciéndose a costa del conflicto!». «¡Qué abogados ni qué ocho cuartos! ¡Tinterillos! ¡Tinterillos es lo que son! ¡Tinterillos! ¡Y tinterillos son los que van a gobernar este país toda la vida!». «¡Mejor que lo gobiernen tinterillos y no poetastros como Marroquín! ¡Con esos sí que nos jodemos!». «¡Y ahora nuestro querido presidente nos viene con el cuento de la concesión de nuestro petróleo a la Standard Oil Company!». «¡Dinero es lo que falta, y los americanos traen dinero!». «¡Sí, hijueputa! ¿Entonces, cuándo nos van a pagar los veinticinco millones de dólares que nos deben por el robo de Panamá?».

Y se engatillaron los puños. Yo me paré y me puse en guardia, por si acaso. Breve silencio: «¡Miren la parada del chino! ¡Eso sí es pelear bien! ¡Viva el chino Rey! Yo recuerdo que desde chico lo estuve entrenando y dándole consejos». «¡Trago era lo que le dabas, no seas mentiroso!». Y la discusión se quedó en el encordado de los recuerdos.

Como a las ocho y media, pedí la cuenta; esta vez yo los podía invitar. Se resistieron al principio, pero terminaron aceptando, y dándome una palmadita en el hombro. «¡Ah este chino Rey! ¡Qué elegancia! ¡Igualito al viejo!».

AHORA CORRIJO ESTAS PÁGINAS CON LA AYUDA DE LOS LENTES, preso en su transparencia, pues el paso del tiempo me coloca, inexorable, en el camino de la presbicia y del deterioro del cuerpo que sufrieran mis abuelos y mis padres, sin poderme liberar de ellos, como lo hice en mi adolescencia, cuando cansado de las gafas y de la imagen que veía a través de los espejuelos en la luna que nos acompaña en el eterno intento de plática con el otro, los mandé al carajo, pensando con dolor que mi padre había sido una verdadera mierda al no darme el tratamiento para mi ambliopía, arguyendo una y otra vez que no tenía dinero, a pesar de que mi madre lo había puesto en evidencia al abrir su portafolio repleto de fajos de billetes de la más alta denominación.

Nací bizco y ambliope, no sé por qué; quizás por la herencia de mi bisabuela, y en una cultura que no soporta la asimetría; si hubiese visto la luz entre los mayas, en vez del «lástima de su ojo», hubiera escuchado alabanzas, inmerso en el aroma del copal y la belleza de los paramentos, columnas y dameros, frescos, mascarones y mosaicos de los templos, plazas, palacios y pirámides de Palenque, Uxmal, Mayapán, Tikal, Uaxactún, Copán, Quiriguá, Bonampak o Chichén Itzá, frente a los intensos azules y verdes mar y selva, una belleza sublime que muchos americanos desconocen o niegan. Rememoro e invento, leo y corrijo, acompañado por la vieja conocida ambliopía y la reciente presbicia, con lentes, y sin el estrabismo, corregido para alimentar mi vanidad, gracias a mi madre, quien recorrió decenas de consultorios y clínicas bus-

cando que me operaran en un hospital de beneficencia para niños, pues mi padre dijo no tener plata, como tampoco tuvo tiempo para visitarme en el hospital ni una sola vez.

La vitrola dejó de sonar, dice mi abuelo, los focos empezaron a bambolearse de un lado para otro, y los que estábamos en la sala nos miramos extrañados por breves segundos; después estalló el primer grito de espanto: «¡Temblor! ¡Dios mío! ¡Está temblando! ¡Sálvanos, San Emigdio!». La tierra se movía con más fuerza, y de sus entrañas brotaba un fuerte ruido. De los cuartos salían niñas y clientes desnudos, tratando de ponerse de cualquier manera blusas y pantalones. El cura corrió echándose la bendición, prometiendo a gritos: «Nunca más lo vuelvo a hacer, Diosito lindo, perdón. No castigues más mi debilidad». Y con el sombrero en la mano abandonó, como Rin Rin Renacuajo, El Paraíso. Salimos tras él y nos arrodillamos en medio de la calle, con las manos y el rostro dirigidos al cielo; rezábamos Padrenuestros y Ave Marías sin parar, chino; aquello fue durísimo.

Las camisolas blancas de las mujeres y los camisones de los hombres le daban a la noche un aspecto fantasmal. La tierra se movía aún con los últimos estremecimientos de un gran espasmo. Poco después se formaron los corrillos, y entre exclamaciones de miedo y peticiones a Dios, tomaron fuerza los comentarios: «¿Te fijaste en la camisola de Diana? ¡Transparente! ¡Y los encajes de María eran rojos! ¿Viste la cabeza de Mercedes? ¡Llena de marrones de papel periódico! ¡Y Carlitos dice que vio salir al señor cura de esa casa! ¡No puede ser! Sí, mijita».

Me despedí de Lucy y corrí a mi casa. En el camino volvió a temblar y creció el pánico; me encontré varias casas por el suelo y dos iglesias cuarteadas; al pasar por el templo de mi amigo, lo vi manipular con singular energía, en el atrio, mientras decía emocionado: «¡Apártanos del vicio señor! Este castigo lo tenemos merecido por no cumplir con los mandamientos de Dios y la

Santa Madre Iglesia. ¡Arrepentíos, y prometed no volver a caer en las cálidas redes del pecado! En nombre de Dios, yo os absuelvo para que vayáis al cielo si se acaba el mundo. Ahora recemos un rosario. Padre nuestro que estáis en los cielos». Yo retomé vuelo calle abajo.

Al doblar la esquina, pude divisar a mi mamá y a mis hermanos, junto con los paisas y los otros inquilinos, arrodillados, rezando, en medio de la calle. La abracé y me hiqué con ellos. Me regañó con la mirada mientras sus labios pronunciaban: «¡Gracias a Dios no te ha pasado nada, mijito!». Pasamos la noche en vela, entre rezos y comentarios; por la mañana volvió a temblar, con menor intensidad, cierto, pero volvió el susto. Nosotros permanecimos afuera; algunos vecinos fueron a las iglesias, pero regresaron más acongojados; no podían entender por qué, justo, fueron los templos los edificios que más sufrieron. «Eso es obra del demonio; está atacando las casas de Dios, ¡pero Dios es más grande y no se van a caer!». «No, ¡qué va!». «¡Es un castigo de Dios! ¡La culpa la tienen los curas; ellos son los más pecadores y viciosos; se meten con mujeres, en negocios, en política, y viven llenos de lujos! ¡Por sus deslices se va a acabar el mundo!». «¡Cállese no sea chismosa! ¡Dios la va a castigar por estar inventándoles cuentos a sus ministros!». «El padre Margallo dijo que la tierra se va a abrir y se va a tragar la ciudad». «¡No, qué va! ¡Dios no lo quiera!».

A mí me dio un hambre atroz. Me pasé todo el santo día comiendo, era como si se me hubiera paralizado todo el cuerpo, menos la boca y el estómago. Había muchas cosas por hacer: ayudar a la gente, levantar campamentos, remover escombros; pero no, yo no daba pie con bola; daba vueltas y vueltas como un trompo; me sentía extraño, no lograba coordinar mis actos con mis pensamientos, y tragaba como autómatas; sentía un remordimiento del carajo por no hacer nada, pero la pasividad y la glotonería eran más fuertes.

En las furtivas entradas que hacía para ir a comer, me encontré una vecinita que no había visto nunca; era más o menos de mi edad; nos quedamos uno frente al otro sin decir nada, mirándonos, nada más; dijimos perdón al mismo tiempo, y continuamos el camino, pero desde ese momento nuestros ojos no dejaron de buscarse. Fernando me la presentó. Acababa de llegar de Tunja, buscando el apoyo de la tía, pues su madre había fallecido y el padre había desaparecido antes de que ella naciera. Se llamaba Tránsito; era blanca, de pelo negro, ojos negros y boca mediana, más bien bajita, ni gorda ni flaca; recatada, no abría la boca sino para rezar, pero en sus ojos se veía el gusto y el deseo, a pesar del miedo.

El ejército organizó campamentos en los parques; allí pasó mucha gente la noche, entre rezos y comentarios: «La culpa la tiene el cometa, los cometas traen en su cola desgracias». «No, son los volcanes recién descubiertos en el Quindío». «No, es el fin del mundo, hay que arrepentirse y rezar». Pasado el susto, no faltaron los bromistas: Tic Tac, de *El Nuevo Tiempo*, comentó: «El temblor fue tan duro que por poco se cae la candidatura de Marco Fidel Suárez».

El terror se fue desvaneciendo, poco a poco, en los siguientes días; la tierra no se tragó a Bogotá, y la vida volvió a la normalidad. El centro de los comentarios lo ocupaban ahora los extraños aparatos que aparecieron en Cerrito, Valle, de gran brillo y titilantes luces azules y amarillas que ofrecieron su espectáculo gratuito durante varias noches seguidas. «Son marcianos y vienen a salvar la Tierra». «¡No seas pendejo!». «¡Tienen la cabeza grandísima y el cuerpo más pequeño que el nuestro! ¡Son marcianos y vienen a colonizarnos! ¡Qué marcianos, ni qué ocho cuartos! Eso es pura sugestión de la gente, el pueblo anda nervioso».

El Paraíso, poco frecuentado en esos días, se llenó el segundo viernes después del temblor, como cuando gané el campeonato. Las primeras horas de la noche se fueron volando entre saludos

y abrazos; al calor de los aguardienticos nos reímos del susto que habíamos pasado. El único ausente de los asiduos era el cura Alfonso; lo echábamos de menos, nos hacían falta sus cuentos verdes y sus sermones.

Lucy saludaba a ministros, diplomáticos, poetas, músicos, comerciantes, militares, deportistas, pintores y maestros, en fin, a toda la temerosa comitiva que esa noche necesitaba exorcizar el cuerpo del demonio del miedo en el éxtasis del licor, la danza y la mujer, diosa universal. Después del primer trago, cortesía de la casa, Lucy llamó a lista: «Diana, ven, acompaña al señor, atiéndelo bien, mira que es un servicio a la patria; María Antonieta, ve a despachar con el ministro, por favor; y tú, Colombia, que te monte el general; Patricia y Cecilia entretengan a don Carlos, a él le gustan de a dos; pero con calma don Carlos, no vayamos a tener otro susto». «¡Ni Dios lo quiera doña Lucy!». Don Carlos era epiléptico y solía hacernos correr, ¡pobre!, le empezaban los ataques cuando apenas se estaba bajando los pantalones.

El negro se había sumado a las niñas de Lucy, y desde entonces aumentó la clientela del Paraíso, con ciertos delicados y finos intelectuales, diplomáticos, militares y gobernantes, y con algunos de los viejos clientes a quienes tuvo la caballerosidad de despertarles y satisfacerles oscuros y profundos deseos ocultos.

A la una de la mañana escuchamos un par de golpecitos en la puerta, casi imperceptibles; sonaban como con miedo. Al tercer llamado, Lucy en persona fue a ver quién era. Abrió la puerta, y un grito involuntario nos avisó quién pedía posada: «¡Padre Alfonso!». Aquello fue la locura. Los músicos dejaron de tocar y las parejas de bailar; esperábamos la entrada temerosa del Ministro de Dios; Lucy lo abrazó y lo invitó a seguir: «¡Qué agradable sorpresa don Alfonso! Ya pensábamos que nos había abandonado». De los cuartos salieron en pelotas las niñas y los clientes. Cuando el padre llegó al centro de la sala, nos colocamos a su alrededor, y empezó

su sermón: «Hijos míos: Dios nos ha perdonado por esta vez. Demos gracias al señor». Rezamos un Padrenuestro y un Ave María. Y prometimos una peregrinación al Señor de Monserrate. Al terminar, se hizo de nuevo el silencio; hasta que el padre, levantando la mano derecha, bendijo la casa: «Dios mío, bendice este hogar, que todas sus niñas son católicas, y perdónalas porque no saben lo que hacen». «¡Eso no es lo que dice en la cama, padrecito!». Celebramos a carcajadas la ocurrencia de María. «¡Continúen la fiesta, hijos míos! ¡Y dejen de mirarme como lelos!», terminó el padre. «¡Bravo! ¡Viva el padre Alfonso, el más humano de los sacerdotes! ¡Que viva!». Lucy le llamó a su preferida, pero él se inhibió: «No, hija, he hecho una promesa, y voy a hacer todo lo posible por cumplirla». Y la cumplió, hasta las tres de la mañana, cuando se retiró haciendo eses, aferrado a Estrella. A las seis de la mañana, al levantarme, lo llamé para que cumpliera con su santo oficio.

En casa, me topé con Tránsito, que iba a misa. ¿Te acompañó?, le dije. No me contestó nada, pero intuí que no se negaría, y corrí a la pieza, destendí la cama, y como si acabara de levantarme, dije duro: Mamá, voy a misa de siete, al regreso desayuno. Mami, como si no se hubiera dado cuenta, me preguntó: «¿Desde cuándo vas a misa los sábados, hijo?». Le pedí la bendición y salí corriendo.

Este chino vergajo se trae algo entre manos, nunca lo había visto tan casero —decía mi mamá—, y ahora va a misa hasta los sábados; en fin, Dios sabrá. Pero se puso muy extraña; de pronto estaba eufórica, de pronto furiosa. ¿Qué te pasa, mamá? «Nada, mijo. Que la vida está muy dura, lo que yo gano planchando, y lo que sumerced me da para la comida, no me alcanza. Los chinos no tienen ropa, los zapatos tienen huecos en la suela, y las medias están hechas una porquería. ¡No sé qué voy a hacer!».

Lucy me invitó a pasear a Girardot; y nos fuimos un fin de semana. Estaba hermosa y ardiente, y yo tenía que hacer esfuerzos

para no morirme de celos cuando la miraban más de la cuenta. El sábado, al regresar del baile del pueblo, me dijo: «Mira Pedrito, yo no tengo ningún problema con que tengas novia, yo no me podría casar contigo; tú eres joven y tienes mucha vida por delante, pero no te desaparezcas, no dejes de visitarme; mira que todavía tengo energía, fuerza, deseos y pasión; son para ti, pero no me abandones». Esa noche hicimos el amor como la primera vez, y le prometí una y mil veces que no dejaría de visitarla. Lloró cuando se estaba derramando, y yo me asusté. «No seas tonto, Pedrito, lloro de placer, y de alegría». Nunca olvidaré el momento en el que brillaron sus ojos y rodaron las lágrimas por sus mejillas, en plena explosión. Nos abrazamos, y nos quedamos dormidos sin pronunciar una palabra más.

Los sábados iba a misa de siete, con Tránsito, y los domingos a la de doce, a la Catedral, con mamá. A Lucy no le gustaba ir a la iglesia, pero una vez al mes el padre Alfonso oficiaba en El Paraíso. Los coros de las niñas eran angelicales. ¡Qué emoción! ¡Qué fuerza! ¡Qué entrega! Un día, al salir de misa, el padre me dijo: «Si sigues así, Píter, voy a tener que solicitar tu ingreso al noviciado, no conozco hombre más devoto que tú».

—No padre, no se burle.

—A propósito, mijo, ¿cuándo te vas a casar? Tránsito es una buena muchacha; joven, tierna, dulce, ¿por qué no te casas con ella? Todo hombre tiene que formar una familia, o servir a Dios, que no es tu caso.

—No, padre Alfonso, no puedo dejar sola a mi mamá, ¿qué va a hacer la pobre si yo la dejo? Le prometí que me casaría después de que ella muriera.

—Está bien hijo, está bien, pero no tienes que abandonarla si te casas. Dios mandó cuidar a los padres, pero también ordenó que nos reprodujéramos para adorarlo y darle gracias, que cada quien construya su propio nido.

—Bueno, Padre, ya veremos. ¿Cuándo va al Paraíso? Hace días no nos visita, y las chicas lo extrañan y preguntan mucho por usted.

—Otro día, mijo, otro día; ahora debo irme, tengo prisa. Hasta luego.

—Vaya con Dios, padre.

Tránsito era muy católica y no quería acostarse conmigo hasta que nos casáramos. A mí me gustaba mucho, y me sentía enamorado. ¿Cómo sería hacer el amor con una virgen? Le expliqué lo de mi mamá; pero ella se mantuvo firme: «Pedro, yo no tengo prisa, te espero. Al fin de cuentas estamos jóvenes. Además, mi tía me dice que si me acuesto contigo, después ya no te vas a casar, que los hombres sólo quieren sexo y ni siquiera se hacen responsables de los hijos».

Un domingo por la tarde, su tía y mi mamá se fueron al cine; Tránsito y yo, a piquetear; y al regreso, con unos tragos encima, nos pusimos a bailar. El deseo exacerbado crecía con la intimidad, el trago, la música, el baile y el estar solos. La proximidad alimentó la excitación, y pronto nos trenzamos en una nueva danza: la de los cuerpos que se atraen, se retienen y separan. El baile. El acercamiento. El roce. El contacto. El abrazo. El jadeo. La retirada. Yo no aguantaba más. Ella se resistía y jadeaba. Se negaba y se acercaba. Al final me pidió que apagara la luz. La desnudé y recorrí su cuerpo erizado y tembloroso. Prometí que me casaría cuando mi mamá muriera, y que si teníamos un hijo lo reconocería y me haría cargo de él.

Poco después llegaron mi mamá y su tía; nos pusimos nerviosos y la vieja malició algo; nos miraba con insistencia, y daba vueltas y vueltas por el cuarto, se detenía en la cama, la miraba, seguía girando. Mamá Agustina se despidió, y tomándome del brazo me llevó con ella. La tía no se aguantó más y se puso a interrogar a Tránsito: «¿Qué pasó?, ¿qué hacía aquí Pedro?, ¿por qué no me

contesta?, ¿qué me está escondiendo?, ¿por qué huele a alcohol?, ¿qué le pasa?». Tránsito no resistió, y se soltó a llorar. La vieja continuó el interrogatorio con mayor insistencia. Tránsito lloraba, sin responder. La tía gritaba enardecida: «¿Qué pasó entre ustedes dos?, ¿dónde estuvieron toda la tarde?, ¿a qué horas llegaron?, ¿qué hicieron?, ¿por qué está ese aparato aquí? Mire, culicagada, a mí no me crea pendeja, mire que yo ya estoy muy vieja como para que me venga con esos cuentos. ¿Qué pasó? ¿Nada? ¿Cómo que nada? ¡India asquerosa! Si ya se acostó con ese pendejo, se me va hoy mismo de aquí; ¡que la mantenga ese abusivo!».

Tránsito insistía en que no había pasado nada, pero la bruja esa parecía sabia, joda que joda que si se acostaron o no, que puta de mierda, que se vaya de la casa, que la mantenga el que se la comió, que voy a hablar con doña Agustina... El griterío llegó hasta nuestra habitación, y mi mamá terminó preguntándome si me había acostado o no con Tránsito, y dándome consejos: «¿Al menos era virgen? ¿Dejó manchada la sábana? Mira, mijo, no seas pendejo, no te vayas a casar. Si te estás acostando con ella, dímelo y le preparo unos baños de asiento para que no quede embarazada. Cuídate, date cuenta que las mujeres somos jodidas». No, mamá, no molestes. «Sí, no molestes, ¿y qué vas a hacer cuando la vieja esa te traiga a la china con todo y sus chiritos? Aquí no me la vas a meter».

Como si Lucy supiera lo que había pasado, al día siguiente me dio la receta de los baños de hierbas: «Para que no vaya a quedar preñada esa muchachita y después te meta en problemas. Cuídate, mira que las mujeres somos jodidas». Pensé que lo mejor era dejar las cosas así y no buscar más a Tránsito, pero me encantaba, y seguimos yendo a misa todos los sábados; después nos íbamos a piquetear y pasábamos la tarde en un cuarto que me alquilaba la dueña del piqueteadero. Al atardecer, íbamos por las dos viejas y las llevábamos a vespertina o a un chocolatico. A la tía le encanta-

ba pasear en el códillac, aunque cada tanto volvía con su cantaleta: «¿Cuándo se van a casar, chinos?». «Lo estamos pensando, mi señora». Mi mamá me daba un codazo e intervenía: «No hay prisa, vecina; no hay prisa». «¡Ay, tía!».

«¡Viva la Revolución Rusa!», gritaba alguien en el Windsor al entrar esa tarde. «¡Pan y tierra! ¡Abajo la guerra! ¡Viva Lenin!». «Coma mierda, pendejo, le contestaron, los comunistas son lo más peligroso de la humanidad. ¡Qué revolución, ni qué ocho cuartos! ¿Usted qué sabe de eso?». «Más pendejo es usted, y párese si es tan macho. ¡Reaccionario hijueputa!». «¡Dejen esa vaina! Todo lo quieren resolver a los golpes, a los tiros, con violencia, por eso estamos jodidos». «Si no es así, ¿cómo va a dejar de comer mierda el pueblo? A ver, dígame. ¡Pacifista de pacotilla! Como usted tiene empleo, como tiene su salario asegurado, como no vive en el campo, como no sabe lo que es no tener carne, ni un pedazo de pan para comer, claro, ¿qué necesidad de pelear va a tener? ¡Egoísta! Una revolución es lo que necesitamos aquí. Por eso mataron a mi General Uribe Uribe. Por eso los matones están como reyes en el panóptico. En todas partes es igual: los ricos se tiran a los pobres, y si alguien protesta, lo matan. ¡Pero ya viene la revolución!». «Pues si es tan revolucionario, váyase a vivir a Rusia, ¡pendejo!».

Me senté con mis amigos, lejos de los gritones, que discutían qué era lo que más le convenía al país; no quería estar cerca si pasaban de las palabras a los hechos. «¡Brindemos por el chino Rey, que ya está hecho todo un hombre!». «¡Salud!». «¡Salud!». ¿Y cómo están las cosas? pregunté. «Ya ves, Píter, ya ves: discutiendo sobre lo que pasa en Rusia, en Alemania, en Francia, en Estados Unidos, en el Congreso, mientras seguimos todos igual de jodidos». «¡La misma vaina, ala!». «¿Y tú con quién estás, chino? ¿Con Suárez o con Valencia?». «Está con Valencia, seguro, como le gustan la poesía y esas vainas...». «No, chino; no, eso no. ¡No más poetas en la presidencia, carajo! ¿O quieres otro Panamá?».

Yo no puedo votar todavía, les contesté, pero no sabría bien por quién hacerlo; mi padre fue liberal, y yo soy liberal, por supuesto, pero mejor hablemos de otra cosa, y echémonos una cerveza. «¡Bien dicho Píter! ¡Una tanda para toda la mesa!». «¿Cómo le fue en el temblor, chino?». Bien, ¡alal!, bien. Hasta conseguí novia. «¿Y es bonita?». Es una belleza, una verdadera flor, una flor. Nunca había estado enamorado así.

YO RECORRO LAS CALLES DE BOGOTÁ EN BUSCA DE MI ABUELO; los pies se plantan con firmeza para no resbalar en el húmedo asfalto del centro ni en el lodazal del sur de la ciudad; mis zapatos buscan un espacio para no ensuciarse; quizá los suyos, brillantes, hicieron lo mismo; lo sigo por los caminos donde dejó transcurrir su vida; intento reconstruirla a la vez que me forjo con palabras; palabras, eso somos, imágenes y palabras. Un constante fluir de actos, imágenes y palabras. Uno no sabe dónde está parado ni quién es.

Llego a la farmacia de la Marina en busca de Pedro uno de mis múltiples tíos, hijo de mi abuelo y doña Nubia; en su escritorio hay una foto del presidente imponiéndole una medalla por no sé cuántos años de servicio. Un salón oscuro de largas estanterías, en simétricas filas de botellitas de medicamentos acomodadas con meticulosidad nos sirve de escenario para remontarnos en el tiempo; ¿cuántos frascos han visto ir y venir al tío con sus recuerdos y dolores?, ¿a cuántas personas le han calmado el dolor? Él apacigua el suyo libando uno tras otro néctar de caña y anís; ¿cuántas canecas de aguardiente han pasado por sus manos? Saca una del cajón del escritorio y sirve los tragos en un par de pocillos cafeteros, por si se ofrece, aclara.

Recuerdo una vez que llegó, joven, alto y delgado, descendiendo, ágil, de su bicicleta a la entrada de mi casa: «Hola, chino; Pedro Pablo me pidió que les trajera el diario, los regalos de Navidad, la plata para que viajen a Cali y una carta para su mamá».

Mis padres se habían peleado una vez más. Junto con el sobre traía una chuspa repleta, con un par de botellas de vino, una caja de galletas, almendras, mermeladas, dos carritos, una pelota y un sobre con la carta y el dinero del regalo para mi mamá.

«Pues no les tocó el peor de los padres, aclara ella, mal que bien, nos dio de comer». Sí, tiene razón; hambre no pasamos nunca; aunque muchas veces tuve que ir a buscarlo a su taller o al molino de mi abuelo o a la casa de mi abuela para que nos diera el diario, y muchas otras tuve que esperarlo horas y horas, incluso, días enteros. Mi madre hacía milagros con el dinero que nos daba, y cocía con esmero los tres o cuatro platos preferidos de mi papá, que almorzaba con nosotros cuando las cosas entre ellos estaban bien.

«¿Quieres dar una vuelta?», me dijo el tío Pedro. Salí corriendo a dejar los encargos y regresé ansioso; me subí con temor a la barra de la bicicleta. Dimos varias vueltas a la manzana, mientras Pedro pedaleaba y me contaba sus cosas. Yo escuchaba atento; me encantaba conocer las historias de la familia de mi papá —ni mi mamá ni sus hermanos contaban nada de la suya, y mi mamá se ponía de mal genio y le dolía la cabeza cuando yo le preguntaba de su vida—. Estoy trabajando con tu papá; Pablo me dio trabajo, mientras se resuelve lo del servicio militar; quiero estudiar enfermería. A lo mejor Totó me consigue cupo en la marina; de esa manera puedo pagar el servicio y estudiar; mientras tanto, voy a ganarme unos pesos con tu papá. Sentía que volaba por las deshechas calles del barrio Santander, y mis ojos se iban tras las flotas que emprendían el largo camino a Cali, donde nací. Allí la vida era más sabrosa.

Lo vi unas cuantas veces más en el pequeño taller donde mi papá me puso a limpiar, pulir y armar los viejos catres de bronce de su negocio: «Tienes que aprender a trabajar; hacer bien las cosas y hacerte respetar de los obreros; si no, ¿cómo vas a mandar?». Cuando salíamos del trabajo, Pedro me ofrecía un pastel de piña

de la panadería del chino de Azulka y me llevaba hasta la casa en su Gitana, así llamaba a su bicicleta; en el camino, me contaba anécdotas de mi abuelo, de mi papá, y sus sueños: historias de fiestas, de dinero, de novias, de fútbol y de toros.

La última ocasión que lo vi en mi niñez fue la madrugada en que lo acompañamos al aeropuerto El Dorado. Tomó un avión militar, un catalina, y partió rumbo a Cartagena, la carrera militar, el mar, la playa, las fiestas, el reinado nacional de belleza, las morenas y el trago. Esa mañana estuvimos tomando con mi abuelo y mi papá en una tiendita; ellos bebían aguardiente y hablaban del chino Píter. «Le va a sentar bien, viejo, no te preocupes; yo me ajuicié cuando hice el servicio militar; en el ejército uno se hace hombre». Mi abuelo estaba triste, era su último hijo. «Un puro doble, por favor. ¡Salud! ¡Para que aprenda a beber, chino!». Yo bebía y recibía monedas a cambio de cada aguardiente que se tomaban los mayores; pero después de varios tragos, ya no podía con el dolor de cabeza y las ganas de vomitar.

Luego supe que el tío había terminado su servicio como enfermero y continuaría la carrera militar. Fue edecán en muchos reinados de belleza, y tuvo varios romances, según decían, orgullosos. Se casó; a su hijo lo llamó Pedro Pablo y a su hija Nubia. Un día se separó y regresó a Bogotá para no volver a salir sino de la casa al trabajo y del trabajo a la casa, con una caneca de aguardiente en el bolsillo.

La tristeza se aposentó en sus ojos. ¡Salud! Y continúa el relato interrumpido en mi niñez: «A veces, los domingos que el viejo salía en bicicleta, lo montaba a uno en barra, le compraba sus dulces y le daba una vueltica por ahí. Otras veces nos citaba en la Catedral; después de la misa de doce, y nos invitaba a almorzar. Me llevaba a los toros y, a la salida, tome y tome cerveza. A veces lo acompañaba a ver las obras; fuimos a Reventones, a Duitama, a Anolaima... Recuerdo que nos mostró orgulloso el lote que le

donó a la Sociedad de Amigos del Sur; soñaba con canchas, piscinas, salones, jardines, una placita de toros, por supuesto, y unas cuantas cosas más.

»Siempre trabajó independiente; hacía sus contratos, sus negocios, y se ganaba sus comisiones; sólo al final, cuando estaba en la quiebra más hifueputa y no tenía ni un peso en el bolsillo, aceptó pedir empleo. Cuando Pablo le propuso que trabajaran juntos, el viejo se puso feliz. 'Así puedo disimular el cobre', me dijo. Pobre viejo. Los peones se le fueron poniendo viejos y muriéndose; en sus buenos tiempos llegó a tener como treinta obreros. Él llegaba a la obra, se ponía su chaqueta y preparaba la pintura, mezclaba los colores, distribuía el trabajo, ordenaba las cosas, y después, ahí sí, salía a tomarse un puro para el frío. Era muy madrugador; llegaba a la obra antes de las siete de la mañana. Buen patrón, y amplio con los trabajadores. Los obreros le pedían para las onces y él se metía la mano al bolsillo y les daba sus moneditas, por la mañana y por la tarde. Llegaba a pagar los sábados, a las doce o doce y media, con un guayabo el tremendo; como le pagaban los viernes, eso eran unas rascas... El sábado era el desenguayabe: jugo, huevos, changua, el resto del día cervecita, y en la noche unos aguardienticos.

»En esa época comenzaron a pagar un subsidio de transporte, daban como tres pesos; el bus valía cinco centavos; el almuerzo costaba un peso con veinte. El horario era de siete a doce, y de una y media a cinco de la tarde. Trabajaba duro, y tuvo muchos contratos: pintó la Biblioteca Nacional, la Universidad Pedagógica, la Residencia Estudiantil, el Hotel Santa Fe... —Sonríe. Se limpia los ojos con la manga de la camisa. Se sirve un nuevo trago y vuelve a hablar—: De ahí también me echó... Me puso a pintar ventanas, y ensucié los vidrios. ¡Mierda! ¡Eso es una chambonada! ¡Usted no sabe pintar? ¡Aprenda a trabajar! Y me echó. En las Residencias Estudiantiles renuncié yo, porque no me quería pagar como a todo

el mundo; a los demás les daba siete pesos y a mí cinco. ¿Por qué? ‘Entonces págume la comida, la ropa y la renta’. A la semana me subió a seis pesos».

A los hijos hay que enseñarles a trabajar, chino, me dice el abuelo, y vuelve a su historia: ¿Que qué pasó con los cádillacs? Flor de un día. Ese negocio duró lo que dura un merengue en la puerta de una escuela. De nada sirvieron los baños de hierbas ni los rezos de Agustina, ni los de Lucy; los carros se fueron despeñando, uno a uno, y no quedaron sirviendo para nada. Los conductores no sabían manejar bien y, después de las juergas donde Lucy, nos daba por apostar carreras. Gané la última, pero dos de los tres coches que quedaban fueron a parar varios metros abajo contra los árboles, y sólo pudimos salvar algunas piezas para repuestos. En poco más de un año, el negocio había fracasado estruendosamente; sólo me quedé con mi coche, y con la clara convicción de que después de perder cinco hermosos cádillacs y miles de pesos, podía aceptar la pérdida de cualquier otra cosa en la vida.

La tarde de la carrera en la que triunfó por última vez, mi abuelo buscó a los viejos amigos del padre y los invitó a celebrar donde Lucy. Uno de ellos, solidario, le preguntó cómo se iba a ganar la vida. El abuelo se quedó callado, y después de pensar un rato, le dijo: ¡No me venga a joder ahora con esa clase de preguntas! Mañana veremos. «¿No quieres trabajar, chino?», insistió el amigo. Y Lucy preguntó: «¿Haciendo qué?». «De ayudante del Maestro López. Es contratista y necesita alguien que le ayude; si quieres, yo le hablo, es mi amigo; le están dando buenos contratos; ahora mismo está construyendo varias residencias y un hospital, y necesita un ayudante vivo, como tú; con tu presencia y don de gentes, te va a aceptar de inmediato. El maestro López conoce a tu papá, y hasta le debe un favor. ¿Qué dice, chino? Déjese ayudar. Mire que usted necesita un oficio para ganarse la vida, y la construcción es un buen ramo; con el maestro López le va a ir bien», insistió.

El lunes siguiente, a las siete de la mañana, mi abuelo ya estaba recorriendo las obras y escuchando al maestro López: «Hay que trabajar duro, chino; si quieres aprender y progresar, tienes que darle y darle; y ahorrar, no te vaya a pasar lo mismo que con el dinero de los cádillacs. Ah, y no se te olvide: en el trabajo, nada de trago; después, todo lo que quieras, pero hay que madrugar. Tienes que aprender a preparar la mezcla, pegar adobe y ladrillo, repellar, raspar las paredes, disponer la pintura y los colores, pintar muros, puertas y ventanas; sólo si lo sabes hacer puedes mandar con autoridad, si no, los condenados albañiles te pasan por la faja, y si te caramolean, no me sirves. Debes llegar primero que todos, y salir de último. No te asustes, en dos o tres meses vas a estar hecho un maestro, y entonces te enseñaré a comprar; y luego a calcular y a cerrar los tratos. ¿Sabes sumar?, ¿restar?, ¿multiplicar?, ¿dividir?, ¿y cuadrricular? Eso es todo lo que necesito. Si te afanas, si tienes ganas de aprender y trabajar, nos va a ir bien, y vas a ganar mucho dinero. Tienes la pinta, el arrojo y la viveza que yo necesito, así que manos a la obra».

Mis manos, hábiles para tumbar a quien se pusiera enfrente, de nada servían para levantar muros, repellar paredes ni pintar, chino; se me llenaron de ampollas, y no paraban de sangrar. A las seis ya estaba en pie, y mamá Agustina ya tenía preparado el desayuno y sus palabras: «Pobre mi chinito, tener que trabajar tan duro; mire no más cómo tiene las manos, hechas una nada, hasta uñeros le salieron. ¿No ve, mijito? Por no hacerme caso, se malbarató la plata y mire ahora. Pero no se afane sumerced, yo le rezo todos los días al Sagrado Corazón, al Señor de Monserrate y a la Virgencita María para que acabe pronto. Y ahora váyase, mijito, no va y se le haga tarde. La bendición: ‘En nombre del padre...’».

Al mediodía, Tránsito me llevaba el portaviandas con cuchuco de maíz, arroz, papas, carne, pan y cerveza que me enviaba

mamá. Comía en la obra, acompañado por Tránsito; media hora, y a trabajar. Me dolían las ampollas y me molestaba sentir la piel reseca; pero iba aprendiendo, y los trabajadores me empezaban a mirar con respeto. Una de esas tardes, Tránsito me dijo que estaba embarazada y que su tía ya no quería tenerla más. No sé qué me pasó, ala, pero le contesté de mala manera: «¡No me venga a joder con esas vainas ahora!». Regresó llorando. Me fui derecho para la casa, ¿qué iría a decir mi mamá? ¿Y la bruja esa de la tía?:

—¡Y ahora resulta que está preñada la muy puta esa! ¡Que la sostenga él! Yo no voy a ser tan pendeja en mantenerla para que su hijito tenga moza gratis. ¡Ni más faltaba!

—Cálmese vecina, no haga escándalo, le contestó mi mamá.

—¡Qué escándalo ni qué nada!

—Cálmese que el escándalo es lo que mata; cálmese, señora, ya veremos cómo arreglamos eso.

—¡Qué cálmese ni qué carajo! Ahí se la dejo. ¡Y usted gran hijueputa, vea cómo se hace responsable!

Y tiró la ropa de Tránsito al patio. Volaron calzones, faldas, medias, brasieres, zapatos y moños; las cabezas se asomaban curiosas por entre las puertas y se escucharon los primeros comentarios. Entonces oí su voz, hecha una furia: «Y usted, ¿qué mira? ¡Vieja chismosa! ¡Meta la jeta en su cuarto, si no quiere que la mechoníe! ¡Y usted también!».

Tránsito lloraba, viendo volar sus cosas en medio del patio. Me acerqué y la abracé, diciéndole: «¡Qué le vamos a hacer, china!, tranquila». Recogimos la ropa y la metimos en nuestra pieza, donde me recibieron las palabras de mi madre: «Mire, mijo, no es por nada, pero aquí no podemos dormir todos, imagínese, los chinos, ustedes dos y yo, no cabemos; y además, mijito, no conviene. Lo mejor es hablar con la dueña de la casa para que les arriende otro cuarto. Y usted, mijita, aprenda a cuidarse». «Sí, doña Agustina», contestó Tránsito, entre sollozo y sollozo.

Al día siguiente, compramos una cama de segunda, un armario, una mesita y un par de sillas. Mi mamá nos ayudó a convencer a la dueña y a ordenar las cosas. Cuando nos quedamos solos, me dijo: «Usted no tiene por qué irse de la casa, mijito; páguele la renta; y que consiga trabajo; visítela; pero no le conviene irse a vivir con nadie siendo tan jovencito». A los ocho días, decidió cambiarse: «Esta casa es un infierno, mijo, puros chismes; ya conseguí una pieza más grande, y con menos inquilinos, aquí cerquita; lástima que sólo hay una, la pobre Tránsito va a tener que quedarse».

Hicimos el trasteo el sábado por la mañana. David y Fernando me ayudaron a cargar la zorra; los tres nos fuimos sentados en la parte trasera. El pobre caballito tiraba con todas sus fuerzas, y apenas se movía, pero cada fuetazo lo impulsaba una veintena de metros. Cuando llegamos, el zorrero le colgó una bolsa con hollejos y pasto, y le sobó la testuz con ternura, mientras le decía: «Tome, mi alazán, aliméntese bien porque hay que trabajar mucho». Esa noche hicimos una fiesta de estreno y la vitrola no descansó un minuto. La única triste era Tránsito. «No se me ponga así, mi niña, le decía mamá, apenas desocupen un cuarto aquí, mi Píter y yo le ayudamos a mudarse». En la madrugada, salimos para Monserrate a ofrecerle al Señor nuestro nuevo hogar, como quería mamá.

¿Cómo decirle a Lucy? ¿Ya sabría algo? «No me digas nada –me contestó, como si me estuviera oyendo–, ya lo presentía. Me alegro, porque vas a ser padre; y esa es una experiencia que todo ser humano debe tener; pero ten cuidado, no te cases tan joven, tienes que vivir y disfrutar la vida; casado, ya no es lo mismo. En su momento, yo no quise tener hijos, y ahora ya estoy vieja. Si estuviera más joven... Mira, Píter, te pido un favor, no hablemos más del asunto, ¿de acuerdo? Ven, vamos a la tina, te ves cansado, has trabajado mucho, y estás lleno de problemas». Bajé de la estufa la ollada de agua de hierbas y la vacié. Um... ¡Qué rico olía! Parecía que estuviéramos en un jardín. ¡Qué aroma! Lucy le agregó tres

botellas de leche y retozamos por horas. Cuando salimos, estaba relajado, no sé si por el olor de las hierbas, por el baño, por los masajes, por el coñac o por el polvito que nos echamos. Lucy era sensacional; si un día quisiera casarme, buscaría una mujer como ella. Bueno, no como ella, no podría vivir tranquilo sabiendo cuál había sido su oficio; pero así de ardiente, atenta, sabia y cariñosa.

Después de la siesta, nos pusimos elegantes y salimos. En la sala estaba el maestro López; cuando me vio, se acercó sonriente, diciendo: «La felicito, Lucy, es un gran trabajador. Se ven muy bien los dos. Píter: desde el lunes hacemos los contratos y las compras los dos; te pagaré como jefe de obra. Tómate un whisky, para celebrar». Esa noche llegó el ministro de obras y, entre whisky y whisky, mi primer contrato. Quería una casa estilo francés. El maestro López estaba encantado conmigo, y yo no cabía de la felicidad; por fin se acababa la tortura de mis manos.

Tenía dos meses sin ir al Windsor, ni al Luz, ni a La Gran Vía; extrañaba los poemas, las discusiones, las empanadas y las chanzas. Me aprendí una poesía de Julio Flores, y salí volando para el Luz; a los intelectuales de La Gran Vía no les gustaba mucho la obra del gran Julio, pero en el Windsor y en el Luz los mirones enloquecían con sus versos.

Para ustedes, queridos navegantes de la noche y sus encantos, «Reto», del más querido de los poetas colombianos, el Maestro Julio Flores:

*Si porque a tus plantas ruedo
como un ilota rendido,
y una mirada te pido
con temor, casi con miedo;
si porque ante ti me quedo
estático de emoción
piensas que mi corazón
se va en mi pecho a romper*

*y que por siempre he de ser
esclavo de mi pasión;
¡te equivocas, te equivocas!
fresco y fragante capullo,
yo romperé tu orgullo
como el minero las rocas.*

*Si a la lucha me provocas,
dispuesto estoy a luchar;
tú eres espuma, yo mar
que en sus cóleras confía;
me haces llorar; pero un día
yo también te haré llorar.
Y entonces cuando rendida
ofrezcas toda tu vida,
perdón pidiendo a mis pies,
como mi cólera es
infinita en sus excesos,
¿sabes tú lo que haría en esos
momentos de indignación?
¡Arrancarte el corazón
para comérmelo a besos!*

¡Bravo! ¡Bravo! ¡Eso es poesía! ¡Salud!

El adiós de la sirena vibra en nuestro cuerpo. A lo lejos aún se percibe el negro humo del tren. Los pañuelos dejan de aletear y navegan nuestros ojos. Al mirar atrás, los recuerdos susurran frases tristes; algo nuestro se desprende y nos diluimos en el aire donde vuela el ulular de la sirena. Pronto la paloma dobla sus alas y se arruncha en el bolsillo. Miramos adelante y sonreímos. La paloma emprende el viaje de avanzada, y felices tomamos el olivo de su pico. Entre la blanca parvada del adiós y la verde hoja que anuncia la proximidad del puerto, el tren se convierte en nuestra habitación. Un toldo rodante entre dos casas, un nido fugaz entre el

hogar que se abandona y el que soñamos construir. En el reloj de ferrocarrilero que llevo conmigo, el humo viaja hasta la eternidad, mientras la sirena gime encantada. Uno es el pañuelo que despide y el que saluda. Uno es el tren y la estación.

La voz angustiada de la abuela Agustina interrumpió la reflexión: «Píter, mijo, los gitanos se instalaron en el terrenito de La Quinta. Allá están sus cochinos toldos de colores, y sus caballos mugrosos con el culo lleno de moscas. Las mujeres se mean en cucullas, sin levantarse la falda, y los niños, pobrecitos, andan con las nalguitas al aire, mostrando su pipicito y llenos de mocos. Sonsacan a la gente leyéndole las cartas y el café. Los hombres entran con los bolsillos repletos, los desocupan y salen a llenarlos de nuevo. Por la noche, se dedican a beber, a cantar, a bailar, y sus aullidos no dejan dormir a los vecinos. Si no nos apuramos a construir, vamos a perder la tierrita. Yo guardé unos pesitos de lo que sumerced me dio; y como ahora estás en eso de la construcción, me gustaría que le hicieras frente, rápido. Quiero una quinta como las de chapinero, con una fuente en medio del patio, con un solar para sembrar cebolla, ciruelos, maíz y papayuela; que cada uno de nosotros tenga su propio cuarto; a tu papá le encantaría. ¿Cuándo vas a sacar a esos ladrones de ahí, mijito? ¿Cuándo vas a construir?».

Salí corriendo a ver de qué se trataba, comenta el abuelo. A lo lejos se veían cinco grandes carpas arlequinescas y una docena de pequeños toldos alrededor; el rojo, el naranja, el azul, el turquesa y el verde se imponían sobre el negro; el viento soplaba la lona, que parecía un enorme barco dispuesto a volar llevando consigo perros, gatos, caballos, piratas y encantadoras. Un hombre martillaba sobre el yunque los intensos colores del metal al rojo vivo, las chispas se desprendían a cada martillazo y se encontraban en el brillo de las palabras que todos ellos parecían cantar para Bizet; allí estaba Carmen, con sus morenos hombros redondos y macizos al aire, contoneando sus caderas; tras ella

las pupilas de José, Escamillo, y los sueños de algún adolescente enamorado del amor.

«Dame tu palma, muchacho», me dijo una hermosa y joven gitana. Mi mano obedeció para encontrarse sujeta entre las dos suaves y fuertes de la gitana y un par de violetas que la recorrían augurando una larga vida, llena de aventuras, dinero que pasa, mujeres y niños. De pronto, buscaron mis ojos, se detuvieron y callaron. «¿Qué pasa?», pregunté. «Nada, muchacho, todos sufrimos alguna vez una decepción amorosa o una quiebra. Las pérdidas materiales ya las conoces; todo se puede ganar, perder, conseguir de nuevo y volver a perder; las humanas, también las conoces; nunca puedes recuperar a tus muertos. Pero no te preocupes, la vida es así. ‘La vida es muy dura’, como decía el maestro Enrique de la Bona Ventura. La vida gira, rueda, cae, salta, brinca, duerme, despierta, ríe, llora... Tiene vida propia, la condenada; no depende de nosotros. Nada podemos hacer, no la podemos controlar ni manipular. Al mismo tiempo, todo lo que nos sucede, todo, lo provocamos nosotros mismos, y es lo que necesitamos vivir. Aunque podemos generar y cambiar nuestra ruta, hay cosas que parecen inmodificables, vienen con nosotros, como el sello con la botella de vino; hay que enfrentarlas, experimentarlas, vivirlas; deja que lleguen, vívelas y, si puedes, aprende de ellas, y si no, ¿qué más da? Mira, yo sé a qué vienes tú. ¿Qué sacas con echarnos? ¿Vas a construir ya? Antes de que compres la primera piedra, ya estaremos a varias leguas de aquí, y entonces nos extrañarás, y aquí levantarás tu refugio. El guerrero construye el castillo con sus propias manos; si quiere ser feliz, debe abandonar las tierras conocidas y construir su lecho, de madera, olorosa y resistente, cortada por él, tallada con la fuerza de sus dedos, lubricada con el sudor de su cuerpo en tensión, y una que otra gota de sangre, hacerla cómplice de sus sueños; sólo allí su princesa podrá olvidar el lecho materno y el olor del padre.

»Tuve dos pretendientes; se mataron antes de que eligiera; yo no quería decidir, ¿para qué?, me dormía arrullada con la voz y la guitarra de uno, me despertaba soñando con los fuertes brazos y las piernas del otro, ¿por qué escoger? ¿Para qué? Prolongando el momento de la elección crecía el placer de la conquista y el dominio, ¿por qué renunciar al fuego y al viento? Pero cuando uno no se decide, los demás eligen por uno. Se retaron. Los cuchillos brillaron en la noche, penetraron la carne, y la sangre lloró la tierra. Desde entonces se escondió mi hembra, no pude ver en los ojos a ningún hombre. Los varones de estos toldos me huyen; se quieren mucho entre sí, y temen que la sangre pinte sus manos o su panza.

»Mi abuela me leyó el destino: ‘Escucha, Carmen Francesca, me dijo, dos jóvenes hermosos se matarán por ti, mi niña, y te quedarás sin paladear el amor por mucho tiempo, hasta que un guapo de otras tierras quiera expulsarnos de las tuyas. Leerás su mano y sabrás que él no te tiene miedo, que su carne no se va a manchar con la violencia de la sangre, y que recorrerá con sus labios tu cuello cuando el deseo busque la sombra y el calor de tu tienda. Tú leerás en su cuerpo y lo protegerás. Él escribirá en el tuyo y te arrancará de los sueños y las pesadillas; conocerás el placer; en él amarás a tus muertos y él te los devolverá en las entrañas de tu cuerpo’. Extraño, ¿verdad?».

Era la primera vez que me encontraba con una piel tan morena y unos músculos tan firmes, duros, macizos; colocaba mis manos en sus hombros redondos y sentía cómo llenaban mis palmas; sus pies parecían brotar de la tierra, era una planta que se erguía orgullosa ante el viento y el sol, desparramando los brazos, llenando el paisaje del aroma de la madera de sus ramas, de sus hojas, y del rojo intenso, casi morado, de sus flores. Sus piernas y sus muslos eran como una roca maciza cubierta de tierra suave, húmeda y envuelta en musgo; llevaban en sí los caminos de los cinco continentes en busca del gran amor, y se abrían, tenue,

lentamente, para dejar brotar las amplias caderas en cuyo centro florecía una enredadera de vellos ensortijados y cubiertos de rocío. Un imperceptible camino conducía al ombligo, profundo y estrecho, que coronaba la cima del vientre. Mis manos se deslizan por su piel suave, lubricada y erecta, y de la amplitud de las caderas descienden al paso estrecho de su cintura. Mi boca sigue el sendero que abren mis ojos, un hermoso par de tetas llenan mis manos, y mis labios pasan de uno a otro de sus pezones morados, mi lengua juega con la punta, botón a punto de estallar en flor. Mis dientes muerden y resbalan, los poros de su piel explotan. Busco su boca, mi lengua y mi pene bordean sus labios, el húmedo calor de su vagina me llama y me dejo ir dentro; un gemido, somos uno y nuestro cuerpo se agita y grita. Se revuelve, grita y se estremece. Nuestro cuerpo es un estallido. Silencio.

Tan pronto se fueron los gitanos, continúa mi abuelo, contraté una cuadrilla de cinco obreros y me puse a construir, sin descanso. Yo no sé de dónde sacábamos tanto dinero, pero siempre hubo para materiales, salarios y piquetes. Algunas cosas me las regalaba el maestro López, y otras los dueños de los depósitos donde comprábamos el material para las obras. Mamá Agustina se levantaba más temprano que de costumbre; y los sábados, cuando los gallos exhibían su canto, ella ya estaba moliendo el maíz para las arepas y preparando el desayuno; envuelta en su rebozo, con una taza de café en las manos, despertaba a todo el mundo, y salía con mis hermanos y Tránsito para La Quinta. Desenmontan, recogen y amontonan la basura, reciben los materiales para la siguiente semana, cuentan ladrillos, hacen uno y otro arrume de piedra y arena, barren, y no paran. Mamá era incansable, con las manos y con la boca: «No llene tanto ese balde, mire que se tira la arena, deje allí esos ladrillos, ponga más allá el resto, usted no haga mucha fuerza, con cuidado, que puede perder la criatura, aliste el carbón, traiga el petróleo...».

A mediodía, llegaba con la carne, el chunchullo, la ubre, las criadillas, el bofe, el chorizo, y terminábamos la jornada con un asado. La vieja llevaba las arepas a medio hacer, listas para las brasas; destapaba las cervezas y los refrescos, y preparaba el refajo en una totuma enorme; primero la gaseosa y después la cerveza, para que no haga mucha espuma; por último, una malta, le da el toque final. Lo probaba y lo ponía en manos de la vieja; ella tomaba el segundo trago y la totuma iniciaba su ronda de boca en boca; no faltaba el aguardientico, ni un buen café, por supuesto.

Cargábamos todo en el cádillac, y regresábamos cantando; los últimos rayos del sol manchaban las nubes de rosa, el viento helado se posesionaba de la sabana y los cuerpos se encogían bajo la ruana. Mamá y Tránsito regresaban entonadas. Los chinos, ansiosos, esperaban su semana.

—¿Ya se aprendieron la lección del Padre Astete? Miren que si no se saben la de esta semana, su hermano no les da nada, les decía mami.

—Un coscorrón es lo que les voy a dar si no estudian, comentaba yo, y florecían las risas nerviosas.

—Cuando terminemos, vamos a hacer una parranda de tres días, ¿cierto, mijo?

—Claro que sí mami. Esta va a ser una de las casas más lindas del sur. La más linda.

—No exagere, mijito, no exagere. Oiga, mijo, hoy no se vaya para la calle, quédese con nosotras; mire que el ambiente está cada vez más peligroso, y la china Tránsito lo necesita en estos momentos. Quédese y tómese unos traguitos; hoy viene la tía de la china, la invitamos a un chocolatico.

Tránsito nos mira a uno y otro sin decir nada, y apenas esboza una sonrisa. Al llegar, mamá mandó a Orlando a comprar queso, pan y almojábanas. Como tenía que ir a montar el pesebre del Paraíso, dije que tenía una cita con un contratista; le había prome-

tido a Tránsito que pasaría con ella el domingo; y salí. Mi mamá me bendijo: «Cuídense, mijo. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

Con las muchachas, los clientes y el padre Alfonso nos pusimos a colocar las figuritas: ¿Aquí está bien el burro? ¿Y San José? ¿Y el buey? Poco a poco íbamos armando una montaña, el río, un lago, los pastores, las gallinas, los patos, los caballos, la estrella, el establo, los tres reyes magos... Dios debió sentir un gran placer al crear el universo, pensé. «Miren, aquí está el negro, ¡y nadie viene detrás!», dijo con picardía Magdalena. «¡Cállese, mija, con los santos no se juega!», replicó al instante Alfonso. «¡Ay!, Padre, ¡no sea así!». Al terminar, el reverendo bendijo el pesebre y después del rosario brindamos por lo lindo que nos había quedado. Un pasodoble inició la fiesta. Lucy estaba feliz. El político de Boyacá y sus dos yernos franceses decían que iban a montar uno mejor en su finca, lo iban a organizar con animales y personas de verdad. «Invitenos», susurró coqueta la niña que estaba sobre las piernas del viejo. «Claro, sumerced, y si quiere, puede hacer de Virgen María; yo los invito a todos». Estalló una carcajada general.

Al día siguiente, llegué a la casa a tiempo para ir a misa de doce; compramos el musgo y montones de figuritas; recogimos al padre Alfonso en su iglesia, y nos fuimos a piquetear. Por la tarde, montamos el pesebre; los chinos se divertían colocando patos, caballos, gallinas y reyes; mamá estaba orgullosa porque el padre Alfonso había ido a bendecirlo. Tránsito, como los niños, feliz, colocando muñequitos; nunca había visto un pesebre tan grande; ella armó la chocita donde nacería el niño Jesús. La novena de mi casa la hicimos a las siete de la noche, y la del Paraíso a las diez.

Esa época fue muy linda. Cómo te parece, chino, que quisimos hacerle una mala pasada al boyacense, y nos organizamos para visitarlo el fin de semana siguiente. Nos disfrazamos: el negro, por supuesto, de rey mago; los otros dos reyes los represen-

taban David y Fernando; María, de Madre Santísima; el padre Alfonso, de San José; otros iban de romanos; Lucy y yo nos vestimos como una pareja de campesinos. Calculamos bien y llegamos a la hora de la novena. Nos moríamos de la risa pensando en la cara que iba a poner el doctor, ¿cómo miraría a su mujer, y a sus hijas? Pero nos llevamos una gran sorpresa al llegar y encontrar al senador vestido de San José, a los dos franceses de reyes magos, a una de las hijas, embarazada, de Virgen María, y al pueblo entero de romanos y campesinos colombianos. Apenas nos vio, el doctor anunció que sus queridos amigos de Bogotá, gente muy culta y piadosa, representarían ese día las escenas sagradas, ¡y nosotros que los queríamos sorprender! ¡Nos salió el tiro por la culata!, chino, tuvimos que improvisar todo. Al terminar, se formó una fiesta fenomenal, que sólo terminó con el desayuno. ¡Qué tiempos, ala! ¡Qué tiempos!

Ahora mi papá recuerda, orgulloso, a mi abuelo: «La casa del viejo era todo un acontecimiento en la cuadra y en el barrio, porque era en la única que se hacía un pesebre tan grande y una novena a la que podían ir todos los que quisieran; los niños rezaban y cantaban villancicos: ‘Nana, nanita nana, nanita éa’. Salían felices, con sus dulces y sus regalos. En esa época era la mejor casa del sur; el viejo era de los más adinerados, y se contaba con su alegría y generosidad; dejaba entrar a los niños pobres. Mi hermana Gardenia cantaba y bailaba; nosotros quemábamos pólvora; los niños, fascinados con sus luces de bengala, totes y cohetes. Papá llegaba tardecito; saludaba a los amigos, los invitaba a la sala y les ofrecía un trago. ‘A ver, Pablo, agarra las maracas, uno tiene que aprender a tocar algún instrumento’, aseguraba. Él le hacía a la pandereta y al tiple; Gardenia, a las castañuelas; Pablo, a la carraca; Pedro, a las cucharas; cada quien con un instrumento, un vaso, una botella, las ollas, lo que encontrara, y se armaba la fiesta. Mi papá decía: ‘Todo correcto, ocho con veinticinco’. Al terminar la novena, me

escapaba, sin que se diera cuenta el viejo; iba a verme con una china que tenía por ahí; cuando ya estaba en la puerta, se escuchaba el vozarrón: '¡Pablo! No vayas a llegar tarde, mijo'. Todo correcto, ocho con veinticinco».

POR ESOS DÍAS LLEGÓ AL PARAÍSO UN JAPONÉS, buscando a Lucy, recuerda mi abuelo; tendría como setenta años, y pidió conversar a solas con ella. Después salió, fugaz. Ella estaba espantada. Le había preguntado si prestaban servicios especiales; Lucy pensó que la fama del negro iba en aumento, pero para su sorpresa no venía por esos servicios especiales. El oriental quería una sesión mensual, un día que no hubiera mucha clientela ni ruido; que le preparara un cuarto blanco, con cortinas de color carmesí, un cuadro que representara la primavera al costado izquierdo de la cama, el verano al lado derecho, el otoño y el invierno en las otras paredes, un acuario, dos kimonos de seda, una pequeña parrilla, un juego de té, almohadas y edredón con plumas de ánsar; él mismo traería todo. «Y asómbrate, exclamó Lucy, quiere que una de mis niñas lo espere dormida».

—Eso sí está raro, pero, en todo caso, cualquiera de ellas puede disimular.

—No, no se trata de simular. Debe pasar dormida toda la noche, hasta las siete de la mañana, cuando él se vaya.

—¡Ah, caray! Eso sí está difícil, nadie puede aparentar tanto.

—No, hombre, qué aparentar ni qué ocho cuartos. Él trae unas pastillas. Las pepas esas hacen dormir doce horas, más o menos, a la chica que se las tome.

—¿Y no le pasa nada?

—Él asegura que no. Le dije que no iba a poner en peligro a ninguna de mis niñas por nada del mundo, ni la reputación de mi

casa; pero me dijo que él mismo haría la prueba. Le prometí que lo iba a pensar, ¿tú qué opinas?

—Pues no sé, ¿qué ganas tú?

—Paga bien, y si eso funciona, la historia podría atraer clientes; y alguno de nuestros escritores podría hacer una novela o un cuento...

—Quién sabe, a lo mejor ya está escrita en japonés...

—La podría reescribir con sabor latino...

—Bueno, entonces, hagamos la prueba, nada perdemos.

—¡Claro, como no eres tú!

El maestro López conseguía un contrato tras otro, y se estaba haciendo rico de verdad; mi abuelo ganaba lo suficiente para sostener la casa, a Tránsito, el cadillac y los regalitos de Lucy. «Chino Píter, le dijo López, si seguimos así, vamos a tener que pensar en qué invertimos la plata. Ojalá un día nos dieran un negocio como el de la Estación de la Sabana o el puente sobre el río Cauca, que inauguraron ayer».

—Pero nosotros no sabemos hacer puentes, maestro.

—Se aprende, Píter, todo se aprende haciéndolo. Hoy mismo me ofrecieron un contrato para asfaltar varias calles del centro.

—Lástima, nunca hemos hecho ese tipo de trabajo.

—Pero no podemos rechazar la oportunidad... Si no aceptamos, cualquier otro contratista la agarra volando; aprendería en el camino, y en la próxima oportunidad no tendríamos nada que hacer, pues diría que él sí sabe, que él sí tiene experiencia. No, chino, la vida es de los que aprovechan las oportunidades; así que vamos a asfaltar esas benditas calles, a ver cómo sale la cosa.

—Con su perdón, maestro, pero por eso suceden cosas como las del ferrocarril de Girardot. ¡Qué tal esa vaina! ¡Tener que transbordar porque los técnicos que levantaron las vías se equivocaron! Los que iban de Bogotá las hicieron de una medida, y los que venían las hicieron de otra, ¡no joda!

—Tienes razón, chino, pero a nosotros no se nos pueden ensanchar ni angostar las calles; de todas maneras, las carrozas y los carros podrán transitar sin problema. ¡Y nadie nos va a mentar la madre por los transbordos! El compromiso es entregar antes de que tome posesión el nuevo presidente. Asfaltaremos cuantas calles nos pongan por delante, chino.

—Sí, Maestro, y así, de paso, no me lastimo el culo con tantas piedras y huecos, cuando me dé mis vueltas en bicicleta.

—¡Este chino!

Mientras caminábamos por las calles que tendríamos que asfaltar, nos fuimos acercando a los cafés que frecuentaban los viejos amigos de papá. «Venga, maestro, vamos a celebrar». Pedí dos aguardientes y dos cervezas; estábamos muertos de la sed, pues las mañanas bogotanas son muy calurosas en invierno, ala. «Con cuidado, chino, las mezclas son explosivas», me dijo el maestro.

—¿Por quién va a votar?

—Yo, por don Marco Fidel Suárez, ¿por quién más, chino? Tú sabes que soy conservador... Y yo sé que eres liberal, como tu padre; pero eso no quiere decir nada, no vamos a dejar de trabajar juntos, gane quien gane. Choca la mano.

—Chócala.

—¡Otros dos puros!

—Don Marco Fidel es el hombre; gracias a su gestión logramos el acuerdo limítrofe con Ecuador y Venezuela; y su capacidad de negociación le va a servir mucho al país, estos son tiempos de guerras y revoluciones y, Dios no lo quiera, eso sería la debacle. Además, don Marco Fidel está apoyado por la iglesia; Monseñor Gasparini y el arzobispo Herrera Restrepo están con él.

—Maestro, pero el mismo Laureano Gómez, católico y conservador, no opina igual; además, aunque haya concordato, Monseñor Gasparini no tiene por qué meter sus narices en la política colombiana, como bien se lo recordó Laureano Gómez.

—Sí mijo, pero el que va a ganar es Suárez. Aunque el presidente Concha no diga nada, la mayoría del gobierno está con él. Yo sé que en todo caso usted preferiría al poeta Guillermo Valencia, pero de poetas ya estamos hartos, ala.

—Sí, maestro, pero acuérdesese que Suárez también se las da de escritor y, en todo caso, entre dos escritores, el mejor.

—Claro, pero no olvide por qué le dicen a Laureano «El ovejo»: ni siquiera sabe que el masculino de oveja es carnero. ¡Y en pleno discurso suelta semejante barbaridad! Por burro, aunque ande de pipí cogido con el poeta, nunca se quitará ese ovejo de encima. En todo caso, si pudiera votar, yo lo haría por Lombana Barreneche, liberal radical, nada de acuerdos entre dos partidos. ¡Nada de componendas! ¡Cuentas claras, chocolate espeso!

—Mejor dejemos ese tema Píter, que gane quien gane, lo que necesitamos es contratos; usted con sus amigos liberales, y yo con los conservadores, lo que tenemos que hacer es conseguir obras, pase lo que pase. ¡Salud!

—Tiene razón, maestro, lo invito al Paraíso; hoy va un japonés enigmático a hacer una prueba; se tomará un par de pastas que, según él, provocan el sueño más placentero de la vida; parece que uno se siente en el cielo, rodeado de vírgenes y flores. Venga, en el camino le cuento.

Lucy estaba intranquila esos días, chino; el japonés quería asegurarse de que nadie lo viera; pero nosotros vigilábamos desde una de las mirillas secretas por las cuales veíamos lo que sucedía en los cuartos. Llegó cubierto con un abrigo que tenía las solapas levantadas y un sombrero que le cubría parte de la cara. Se sentó; sacó del bolsillo una botella de whisky y sirvió un trago; se descalzó; se tomó el whisky; se sobó los dedos de los pies, pensativo; abrió una cajita de madera lacada, tomó dos pastillas blancas, y las pasó con un sorbo del té que se había hecho preparar. Se desnudó con lentitud, ensimismado; se enjugó un par

de lágrimas, y se deslizó en la cama. Pronto estuvo dormido, plácido.

Cada hora íbamos a mirar; él dormía tranquilo. Las chicas, alborotadas, entre cliente y cliente, comentaban: «Yo no me arriesgo, quién sabe qué cosa rara sea eso». «Pues si no le pasa nada a él, así de viejo como está, ¿qué nos puede pasar a nosotras, si somos más jóvenes y resistentes?». «Pues si tú quieres, hazlo tú». «No, mijita, eso no, ¡qué joven ni qué resistente!».

Fuimos a despertarlo a las nueve, como había pedido; le llevamos una jarra de té de azahar y los mejores pastelillos de Bogotá, que Lucy había comprado desde el día anterior. Abrimos las cortinas y las puertas de la ventana, y desayunamos en silencio, observando los geranios y el ir y venir de una gallina con su séquito de pío pío.

Acordamos que vendría el último domingo del mes, al atardecer. ¿Por qué habría escogido el domingo? ¿Porque era el día en que venía menos gente? ¿Acaso le sucedía lo mismo que a mí? Sentía luminosas las mañanas del domingo, llenas de calor, de vida; me sentía alegre, pleno, con ganas de pasear, de comer, de beber y de amar; pero a medida que el día iba transcurriendo, a medida que el sol se ocultaba, una nostalgia infinita se posesionaba en mí. ¿Eran mi tristeza y mi nostalgia, o eran las de mi mamá, y yo las había hecho mías? Cuando regresábamos a casa los domingos, sus ojos perdían brillo y sus labios callaban; su pecho suspiraba, y la ausencia de mi padre era palpable. Se percibía en el aire, que casi no se podía respirar. Acostaba a mis hermanos, olvidaba darles el beso, y ellos tenían que pedirselo. A duras penas rozaba sus frentes, y apagaba la luz. El silencio de la noche nunca es tan silencioso como los domingos. La noche dominical es la más oscura de las noches. La vida jamás duerme tanto como los domingos en la noche. Me he de morir un domingo, mientras cae el manto nocturno, pleno de estrellas solitarias. Espero que mi colcha esté pintada

de luna llena y estrellas que me susurren al oído un lamento árabe, seguido de la voz desgarrada del cante jondo, el rasgar del eco de las guitarras y el beso de las castañuelas.

Por eso debe ser que levantarse los lunes es tan difícil. Todo renace con pereza los lunes, con lentitud, sin deseos de abandonar ese espacio oscuro, cálido y protector. El lunes hay que partir de la oscuridad a la luz, de la casa a la calle; uno debe enfrentarse al mundo y aunque es placentero, cuesta, causa dolor, da miedo. Pero el sol llega tras la luna, y sus rayos vibran en la piel. Los ruidos de la calle se levantan, los perros ladran de nuevo, los gatos saltan en puntitas, los niños, medio dormidos, caminan a la escuela, y una cuadra después se sueltan a gritar. Los tambores llaman a la zafra. Uno revive, y es entonces cuando el cuerpo cálido de la mujer nos roza y nos arroba. ¿Es entonces, o es por ello que renacemos una y otra vez?

Lucy quiso probar antes de arriesgar a sus niñas. Compramos una botella de vino, quemamos un incienso, pusimos las Cuatro Estaciones, y con la última copa nos tomamos las pastillas que nos había dejado el oriental. Nos metimos a la cama, y nos fuimos quedando dormidos. Tuvimos el mismo sueño. Yo estaba perdido en el bosque. Caminaba entre árboles inmensos de cuyas ramas colgaban hilos de color café; arriba surgían orquídeas blancas, lilas, amarillos tenues, rojos y negros. Mientras miraba las orquídeas, vi caer un huevito de torcaza, blanco, con pecas café; al romperse, ni siquiera sonó, pero un silbido muy triste se dejó escuchar, y mis ojos se llenaron de lágrimas. Cuando me agaché a recogerlo, encontré frente a mí a Lucy, niña, que lloraba como yo. Nos tomamos de la mano y seguimos caminando. El sol calentaba más y más; corríamos y sudábamos. Nos topamos con un río de agua cristalina que bajaba entre las piedras formando cascadas y pequeños charcos. Nos desnudamos y retozamos en el agua. Lucy atravesó uno de los charcos y se sentó en la rivera opuesta. «Ven,

no seas cobarde, no te va a pasar nada». Me decía y me tiraba pequeñas piedras. Se subió a un árbol de mangos, arrancó uno, lo mordió y estiró el brazo, ofreciéndomelo. Me lancé al agua y avancé hasta la mitad. Allí miré al frente, y sentí que no podía, que me ahogaba. Me daba pena gritar para que me ayudara; tragaba agua y me desesperaba; no podía respirar, tragaba agua, abría la boca, y más agua. Me dejé hundir y no moví más ni los brazos ni las piernas ni la cabeza. Fui escupiendo toda el agua, y cuando ya no tenía más, sentí que ascendía. Cuando rompí el manto, extendí los brazos, y las piernas empezaron a moverse. Me deslicé, y pronto estuve al otro lado. Allí me esperaba Lucy con la mano estirada y con el mango. Lo mordí, me acerqué a ella y puse mis labios en los suyos. Se echó a reír y salió corriendo. Huía y reía. Cuando la alcancé, pasé mi brazo por su cintura; pero ella seguía corriendo. Jadeantes, rodamos por el suelo. A nuestro lado se mecían los dientes de león y nos envolvía el halo de los nardos.

«¡Chino Pedro! ¡Chino Pedro! ¡Corre que Tránsito va a parir!», me gritaba David. Déjame tranquilo, no me jodas la vida con esos cuentos; todavía le faltan como quince días... «No, hombre, ya tiene contracciones». ¡Qué va! Esta mañana la dejé en la casa y estaba bien. «Dame las llaves del carro, yo voy por la comadrona y su tía». Está bien, está bien, un día de estos te voy a matar... Cada tanto me vienes con razones y cuentos, y no me dejas beber en paz. «¡Dame las llaves y no digas más pendejadas!». Cuídame el carrito, ¡jala! Mira que es el único que me queda.

Mientras el paísa encendía el motor, se me vino a la mente la voluminosa barriga de Tránsito. A pesar de su embarazo, y en contra de lo que decía la gente, nos encantaba hacer el amor. Ella se mantenía húmeda y eso me excitaba; pero creo que me estimulaba más el hecho de que estuviera preñada y que se pusiera cada vez más caliente; al mismo tiempo, sentía una inmensa ternura. Separaba sus piernas, me apoyaba un poco en sus rodillas, y me

introducía con lentitud en su sexo acuoso. Mi verga entraba y salía con delicadeza; ella me agarraba de las nalgas y me jalaba con fuerza hacia sí. Yo no perdía el ritmo, y entraba y salía con parsimonia. Me detenía en la entrada, merodeando con la cabeza del miembro sus labios, y cuando ya no aguantaba más y gritaba ¡métemelo!, yo daba un par de vueltas, y penetraba su sexo escurriente, que sonaba plash, plash... De pronto me dejaba llevar por su fuerza y arremetía con ímpetu; un alarido brotaba desde su barriga inundando mi cuerpo y el espacio. Entraba y salía rápido, rápido, rápido, hasta que me convertía en su eco y éramos una sola voz. ¡Te quiero! ¡Te amo! Mi boca y la suya se buscaban, y nuestra saliva espesa se hacía espuma entre los labios. Yo no me retiraba del todo. Seguía entrando y saliendo de nuevo, sin prisa, sin fuerza, despacito. Mi verga se desinflaba en los últimos pálpitos de su vagina. Cuando mi pene ya estaba en reposo, ella me apretaba contra sí, y después de unos instantes nos colocábamos de lado. Mi mano se deslizaba sobre su vientre, mis dedos se trenzaban con los suyos y nos dormíamos sintiendo las pataditas que daba el animalito que nadaba en sus entrañas. Esa mañana la desperté con un jugo de naranja y un tintico. Ella no podía abrir los ojos, pero cuando yo salía de puntitas del cuarto, me llamó: «Pedro, ven». Me senté a su lado. Decía cosas que yo no entendía; poco a poco fueron iluminándose sus ojos. Se sentó, se quitó las cobijas de encima, abrió las piernas y me tiró hacia sí. Vi su sexo, sentí su olor, no pude resistirme a la tentación de meter mi mano en su nido y gozar el roce de sus vellos. «Sólo te quiero abrazar». Y me fui encendiendo; dejé que mi dedo recorriera el camino inverso de sus líquidos y acaricié las paredes por las que se desprendían. Aquí rugosas, allá lisas, más allá un puntico duro. Ya casi era la hora del trabajo, pero me desnudé, le quité su bata de dormir y me dejé ir volando. Yo era la paloma que se había posado en la virgen María cuando el apretón de sus manos en mis

nalgas me sacó del místico hechizo, y todo mi macho se dejó ir en su maceta húmeda y fértil.

David interrumpió mis pensamientos, con voz más fuerte: «¡Tránsito va a parir! ¡Pendejo! ¡Cómo se ve que no sabe lo que es una mujer preñada! ¡Ni lo que es un parto!». Regresé a la tienda, y ordené: «Doña Carmelita, sírvale un puro a todos, y apúntelo a mi cuenta. ¡Salud!». Después de varios dobles más, no pude resistir ni la curiosidad ni la culpa, y me fui a la casa en un taxi. En la calle estaba la zorra de la leche; el pelo de la yegua, las grandes vasijas metálicas, los ojos del hombre, la campanita con la que anunciaba su producto y los radios de las ruedas reflejaban los primeros rayos del sol, y me sentí feliz.

Buahh, ums, buah. Frente a mí una cosita chiquitica, con la cabecita negra, llena de pelos; la cara roja, la frente y los pómulos arrugados, con la bocota abierta y sus gritos incontenibles. Tránsito lo cargaba en sus brazos y me miraba, orgullosa. «Se parece a tu papá, que descanse en paz», decía mamá Agustina. «Idéntico a su papá», contradecía, subiendo la voz, la tía de Tránsito, mirándome a los ojos. «Es igualito a ti», me decía Tránsito, con ternura y dolor. A mí no se me parecía a nadie. Los ojos de censura callaron para dar paso a las órdenes: «¡Mijo, vaya a traer flores, frutas, galletas, vino y sabajón! Ah, y no te olvides de comprarle ropita».

Esa semana tomé más que nunca; amigo que me encontraba, amigo que me invitaba a beber: «Tómese un trago, chino Rey». ¡Salud! Más me demoraba en salir de una cantina que en llegar a otra. «¡El chino Rey ya es padre! ¡Salud!». ¡Salud! ¡Salud! ¡Salud! ¡Salud! ¡Salud! ¡Salud! ¡Salud! ¡Salud! ¡Salud! ¡Salud! Cinco de las niñas de Lucy andaban de café en café buscándome: «Don Pedro, la señora Lucy quiere que la vaya a ver». «Mire como está, sumerced. Venga, báñese y cámbiese, un padre no puede andar así. Venga, descanse un poco. La señora lo quiere felicitar». Lucy me recibió con

champaña, eufórica: «¡Viva mi Rey! ¡Ya llegó un habitante más del Paraíso!».

Tres días llevaba celebrando en la calle, y otros tres entre los brazos y cuidados de Lucy, la tina caliente con leche de cabra, los baños de hierbas, el champaña, los desayunos en la cama, y los amores cada vez más desaforados de la reina del Paraíso, cuando recordé el encargo para el niño. Quise salir corriendo, pero Lucy me mostró una canasta llena de frutas; otra de vino, ginebra, coñac, puros y whisky; y otra con vestidos, mitones, gorritos, guantes y cascabels: «Toma, es mi regalo para el nuevo Rey». En sus ojos había una extraña mezcla de alegría, placer y nostalgia. Al salir, las chicas me dieron un paquete de mantillas, mamelucos, pañales y sombreritos; ¡todas las prendas estaban bordadas con una corona! ¡Todo lo habían tejido y bordado ellas mismas!

«¡Igualito a Pedro Pablo! ¡Estos hombres son todos unos cobardes! Ven parir a la mujer, y salen corriendo. Preste eso, a ver si no se le olvidó nada», dijo mi mamá. «¡Qué cobarde, ni qué nada! ¡Un irresponsable es lo que es! Mire no más a mi pobre chinita... ¡Toda una semana esperando a su maridito! Eso les pasa por ponerse a joder cuando todavía no se han quitado el biberón de encima», protestó la tía. Tránsito, con el niño en brazos, me miraba, a ratos con rabia, a ratos con una sonrisa. «Venga, dejémoslos solos». «¿Para qué? ¿Para que hagan ahora mismo el hermanito?». «¡Son capaces!».

¿Cómo está el niño?, pregunté. «Bien, sumerced, mire lo lindo y lo fuerte que está». «Y a ti, ¿qué te pasó?», me preguntó Tránsito. Nada, ¡ala! No me podía zafar de los amigos; te mandan muchos saludos. ¿Y cómo lo vamos a llamar? «No sé. Mi tía dice que Jacinto, como mi padre; y tu mamá, Pedro Pablo, como el tuyo». ¿Y tú? «Pedro Pablo, como tú». No, deja eso, después vemos. Yo veía esa cosita dormida y sentía miedo. No sabía qué hacer. No me atrevía a cargarlo; ¿qué le podía decir? Me parecían ridículas todas esas

boberías que le balbuceaban, pero sentía que a él le gustaban, a mí mismo me parecían tiernas. A ver, mi bebé, mmmm. ¡No, qué pendejadas! «¿Y tú, no lo vas a cargar?, ¿o no te gusta?». ¿Cómo? ¿Qué te pasa? «¿Que si no lo vas a cargar?». Ah... sí, sí. Y mis brazos se extendieron, pero él no venía, y Tránsito me observaba expectante. Por fin metí las palmas de las manos entre las mantillas y los brazos de la madre; la derecha entre el cuellito y la cabeza, la izquierda entre las piernitas, y lo levanté. «Agárralo bien, no te va a hacer nada». Me dio rabia que me dijera eso, me hacía sentir más pendejo de lo que ya me sentía. «Tenlo firme, sin miedo». ¡Buah! ¡Buah! ¡Buah! Y ese muchachito, que estaba tan plácido en los brazos de la madre, no paró de llorar desde el momento en que lo toqué. ¡Buah! ¡Buah! ¡Buah! ¡Buah! Tenlo, yo no sé de estas vainas, dije. «Ven, no te preocupes, abrázame». Tampoco me atrevía, pero Tránsito puso al niño a un lado y me acercó con sus manos y sus ojos. Yo me resistí un poco, pero ella me jaló, y me dejé caer a su lado. La abracé. Metió sus dedos entre mi pelo y se puso a jugar con él; yo me arrunché contra su cuerpo, suspiré, y me quedé dormido.

Hubo mucho trabajo en esos días, me sentía cansado, chino, con unas ganas enormes de no hacer nada, sólo dormir y dormir. Al terminar el día, me iba con Tránsito, y me quedaba dormido a los pocos minutos de colocarme a su lado. Mi mamá no paraba de cantaletear: «No es para tanto, mijito; está bien que Tránsito lo necesita, y el niño, tan lindo el chinito; pero no te quedes todo el tiempo allá, mira que se malacostumbra y después no te la puedes quitar de encima. Visítala, pero no te quedes allá; mira que te lo digo yo, que soy mujer. Un día de estos te vuelve a pedir que te cases con ella, y tú estás muy joven; además, tienes que casarte con alguien que valga la pena».

No sé si Lucy estaba celosa o no, pero me recibía con más atenciones y cuidados que nunca. Me decía: «Mi Rey. Ya llegó

Mi Rey. ¿Qué le provoca a Mi Rey? ¿Está cansado Mi Rey?». Me quitaba los zapatos, me colocaba las pantuflas, acolchonaditas, calientitas. Y continuaba: «Tómese un brandy, relájese. Toma, lee». Y me extendía uno de los tomos de las *Mil y una noches*. Me despertaba con el olor a hierbas; y cuando abría los ojos, estaba a mi lado, mirándome, sonriente, acariciándome con el susurro de sus palabras: «Ya está preparado su bañito, Mi Rey». Y nos metíamos a la tina. Sus manos masajeaban cada parte de mi cuerpo. Yo no sé cómo hacía, ala, pero con sus mañas y sabiduría convertía el bulto de músculos tensos y agotados en un brioso corcel, y entonces galopábamos extensísimas llanuras. Por la mañana me despertaba el olor a café. «¡Mi mamá! ¡El niño!», pensaba, pero ya era muy tarde para salir corriendo. A medio día iría a almorzar con mi mamá y después pasaría por Tránsito. El Tiempo estaba en la mesita de noche; yo leía mientras Lucy deslizaba su mano por mi espalda, repasando cada vértebra, hasta la nuca. Marco Fidel Suárez: 216.695 votos; Guillermo Valencia: 166.498 votos; Lombana: 24.041 votos. «¡Otro presidente conservador! ¡Carajo! En lo que va de este siglo no hemos tenido ni un solo presidente liberal».

«Bueno, mi Rey, me dijo Lucy, qué se le va a hacer, ganen liberales o conservadores, hay que trabajar; yo por lo menos no distingo; en El Paraíso, políticos, liberales, conservadores, poetas, militares, todos son la misma vaina; todos se quejan de sus jefes, de sus mujeres, de la madre; todos quieren la muchacha más guapa, todos encuentran la suya, y después se cansan. A ninguno le puedo fiar porque luego se hace el pendejo. Que griten: ¡Viva el Partido Liberal! ¡Viva el Partido Conservador! Que vociferen cuanto quieran, que voten por quien se les dé la gana; a mí, que beban y paguen. Y que no se me vengan a encular, ni a pretender exclusividades ni prebendas de ninguna clase». Y a mí que me den más trabajo. ¡Que viva la construcción! ¡Que me paguen bien! Ahí voy, asfaltos, ladrillos, cemento, ¡al ataque! Pero no, ¡ala! No pue-

den ganar siempre los conservadores. ¡Esa vaina está mal! «¡Ven, mi guerrero, que los lobos y las brujas no te podrán derrotar!», decía, mientras me mandaba la mano a la verga, soltaba la carcajada, y se terminaban las preocupaciones políticas.

Un día mi mamá se tuvo que presentar al cuartel, llorando: «A mi niño no se lo lleven. Mire, comandante, que yo soy viuda y él es mi único sostén; tengo tres chinos más, y él es el mayor; mire que estamos construyendo, y es como si me quitara mi brazo derecho... Cuando el otro varoncito tenga edad, yo misma se lo traigo, pero a éste no se lo lleve, por favor, comandante, por lo que más quiera. Mi hijo es muy responsable, trabaja y me mantiene desde niño».

—¡Responsable! Si es tan responsable, dígame qué estaba haciendo a las tres de la mañana en un café, entre borrachos y putas.

—Mi comandante, el chino tiene un niño recién nacido; por el bebé, se lo pido, qué va a hacer la pobre mujer, sola, con ese niño. Usted no sabe lo que es criar un hijo íngrima... Usted no sabe lo que es un niño sin papá...

Los ojos del comandante miraron hacia adentro. Después de un minuto de silencio, dio una orden:

—Den de baja a este sinvergüenza. Y usted, señora, tenga la bondad de esperar afuera.

—Dios se lo pague, mi comandante. No sabe cuánto le agradezco, comandante. El militar se paró y abrió la puerta, sus ojos no se fijaron en ella, deambulaban en el pasado.

Muy pronto estuvimos en la Plaza de Bolívar, chino, llena de manifestantes: «¡Suárez, no! ¡Valencia, sí! ¡Suárez, no! ¡Valencia, sí!». «Oiga, mijo, ¿es cierto que al poeta lo apoyan liberales y conservadores?», me preguntó. Sí, mamá. «¿Y cómo es eso?». Pues yo tampoco entiendo, estas son cosas que ni los mismos políticos pueden explicar bien. La rechifla arreció. Por la carrera séptima hizo su aparición en un coche descubierto don Marco Fidel Suárez. «Mire

al presidente, mijo». Un grupo de soldados se abrió paso a culatazos. Nos hicimos a un lado. La gente seguía gritando, furibunda, cada vez más alto: ¡Suárez, no! ¡Valencia, sí! ¡Suárez, no! ¡Valencia, sí! Los soldados abrían paso mientras el presidente caminaba con los ojos y las manos ocupadas en acomodarse el saco. ¿Cómo llegaría Valencia? ¿Recitando? ¿Su gobierno sería igual de desastroso al de Marroquín? ¿Y Suárez? Él también era escritor...

*Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arrenal de Nubia.*

*Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
Pararon silenciosos, al pie de las cisternas.*

¡Ah, cómo recuerdo yo la comida que preparaba mi mamá!: los fríjoles con marrano, chicharrón, aguacate y tostadas de plátano; las arvejas verdes en salsa de ajo, cebolla y tomate en leche; las papas chorreadas en la misma salsa; la carne frita; la sobrebarriga a la criolla; la yuca frita y crujiente; las papas cubiertas de sal; el sancocho de bagre; el ajiaco con guasca, papita criolla, papa blanca, papa pastusa, mazorca, pollo, un toque de crema de leche y alcaparras; las tajadas aborrajadas: bocadillo de guayaba y queso en medio de una fina masa de plátano maduro, capeados en harina de trigo y huevo batido; el arroz blanco, apenas tostado... ¡Ummm, y el juguito de naranja, la changua, los huevos pericos del domingo, el pan francés, y el chocolatico caliente con queso derretido.

Sí, en efecto, nunca nos faltaron los alimentos, como a tantos niños abandonados por su padre... Quizás por esa comparación

mi padre era visto por mi madre como una especie de héroe que merecía ser condecorado; y podría decir para su orgullo, que hasta nos sobraba, al menos la vez que llegó, después de haberle dado una paliza a mi mamá, y de habernos dejado, como tantas veces, varias semanas sin el diario, con un par de bolsas repletas de caviar, quesos, patés, galletas, embutidos, mermeladas, chocolates, almendras, vinos, panes y ginebra; como mi madre no quiso perdonarlo tan rápido como él esperaba, indignado, empezó a romper botellas, cajas y empaques, y a tirar todo al suelo, rociándolo, al final, con champaña, en los veinte centímetros que separaban su cama del camarote en que dormíamos mi hermano y yo.

Cuando mi papá iba a almorzar con nosotros, mi mamá estaba radiante, pero si se peleaban o él desaparecía, como era frecuente, la pobre se moría de tristeza y no cocinaba, o preparaba cualquier cosa, de cualquier manera, y al tercer día me mandaba a buscarlo por el diario; yo no supe entonces quién decía la verdad, pues cada uno, mi mamá, mi papá, mi abuelo y mi abuela me daban su versión, y yo asentía confundido. Pero la situación se ponía peor aún cuando mi madre me mandaba que alistara mi ropa y la de mi hermano, porque nos iba a dejar con mi abuelo, pues ya no podía más y se iba a separar.

Cuando se reconciliaban, mi papá llegaba con serenata, flores y regalos, y yo me alegraba, aunque presintiendo la próxima pelea, que se originaba muy pronto, cada vez que mi mamá le pedía para la ropa, los zapatos, la mensualidad del colegio, el oculista o el pasaje en flota para irnos a pasar las vacaciones de fin de año a Cali, en casa de una tía de mi madre.

Un día, la abuela Agustina sorprendió al abuelo: «Mijito, no se vaya a enojar, sumerced, pero yo creo que voy a tener que trabajar en otra cosa; ese cambio de temperatura me está fregando los músculos y los huesos; Dios no lo quiera, yo creo que tengo artritis, o reumatismo, y necesito dejar esa planchadera. Lo que su-

merced gana, pobrecito mijo, no le alcanza; con mujer, con hijo, y con tanta parranda... Los chinos ya están más grandecitos, y se los puedo dejar a Tránsito, para que me ayude a cuidarlos mientras atiende al suyo. La comadre Mercedes me dijo que hay un puesto en la fábrica donde ella trabaja, como vivimos en la misma cuadra, vamos y venimos juntas. ¿Usted qué piensa, mijo?». Ay, mamá, yo no sé qué es lo que quiere, le contestó; a los chinos no les falta nada. «Yo sé, mijito, yo sé, como pobres no nos falta nada, pero yo quisiera tener mis pesitos, mire que si usted se me llega a casar... Además, todos mis ahorritos los he metido en la construcción de la quintica, y todavía falta». ¡En una fábrica! ¡En una chichería es donde vas a trabajar! «¿Y eso qué tiene? Además, pagan bien, mijo». Pues no sé, mamá, haz lo que quieras, allá tú. Y salió azotando la puerta.

Tránsito me recibió alegre y amorosa, pero yo estaba que me llevaba el diablo, chino; así que más me demoré en entrar que en volver a salir, y fui a parar al Paraíso: Dame una copa, Lucy. «Pero ¿qué te pasa, Mi Rey?». Nada. «Ven, mira, ahí está el japonés». El viejo tenía una tacita de té en la mano, y aspiraba a fondo el olor del incienso. Recorría las paredes, los ángulos y los cuadros, y se detuvo en el acuario, acompañando un buen rato con la mirada el recorrido de un pez y luego de otro; así podría pasarse la vida entera. Después de un buen rato, se levantó. Suspiró; y se quitó el saco con toda la calma del mundo. Se acercó a la cama y detalló el rostro de la chica que se había arriesgado a pasar la noche con él. Levantó las cobijas y la recorrió poco a poco con los ojos. Se acabó de desvestir y se deslizó con cuidado en la cama. Su ajada mano jugueteaba en torno al pelo de la niña, sin tocarla. Ella se movió un poco, y pasó la mano derecha por la cabeza, como espantando una mosca. Él retiró la suya y acercó el índice. Con la yema, volvió a circundar la abundante y negra cabellera, sin tocarla nunca, y dejó que el dedo cayera a la zona de la piel de la

frente. Se detuvo un poco, y acarició el aire de los contornos de las cejas, de la nariz, de las orejas, de la boca. La niña durmiente tenía los labios separados, y él dejó que su dedo se asomara al interior, cuidándose de no rozar la piel de la muchacha, que dormida se veía más joven, más bella y más tierna. Sacó con lentitud el dedo de la boca y rozó el halo del labio húmedo y los dientes. Se estremeció. Cerró los ojos. Se tendió boca arriba en la cama, y se relajó. Poco después destapó el frasco que Lucy había dejado en la mesita de noche y se tomó un par de pastillas. Miró una vez más el cuerpo de la chica. Llevó su mano hasta los dedos de los pies, e inició un largo y lento recorrido en la joven. Se detuvo en el pubis. Lo recorrió una y otra vez como si se enredara en los vellos y no se atreviera a saltar al vientre. De la misma manera, bordeó el ombligo y los pezones; apenas se percibía un ligero incremento en el ritmo de su respiración. Al terminar, tomó las mantas. Se cubrió. Tensionó y distensionó, en orden, uno por uno, brazos, manos, pies, piernas, vientre, pecho y cara; una vez más, todo el cuerpo; y se quedó dormido. Sin percatarnos, el espectáculo del viejo y la niña nos había excitado; y nos entregamos al amor, primero con el ritmo lento y delicado del viejo, luego con furia.

Cuando despertamos, el anciano ya se había ido. La chica se desperezó, tranquila. Ahora estaba en el centro de los ojos y las preguntas de las muchachas. Por más que les decía que no recordaba nada, ellas la interrogaban sin cesar. La revisaban desde el dedo meñique hasta la punta del cabello más largo, sin encontrarle nada. Esperaban descubrir morados, golpes, al menos un mordisco. Después se dirigieron a nosotros: «Cuéntenos, señora Lucy. No sea mala. Usted, don Pedro, díganos algo». «No sabemos nada. No pasó nada, dejen de molestar; nuestro cliente viene el próximo fin de mes, la que quiera, podrá satisfacer su curiosidad y ganarse el doble o el triple de lo que saca en una noche, dicen que es un artista muy rico y famoso».

Al día siguiente, Lucy me propuso que experimentáramos lo del japonés. Encendimos el incienso. Pusimos el cuarto a media luz. Bebimos un sake tibio, y escuchamos *El Otoño*; jugamos a las cartas a quién le tocaba dormirse, y perdí. Me desperté con la alegría de *La Primavera* y la sensación del florecer. Lucy no me quiso contar qué había hecho mientras yo dormía. Yo no recordaba nada, pero me sentía relajado, plácido. Reímos.

YO VUELVO A ESCUCHAR AL ABUELO, CON GUSTO: El domingo le madrugábamos a los gallos. Íbamos a misa de seis, a la Catedral; nunca imaginamos que ese día nos encontraríamos con el presidente. Parecía un parroquiano más; incluso, muchos lucían más elegantes que él. El corrillo se abrió a su paso, y como si hubieran ensayado durante varios días, los hombres se descubrieron, se inclinaron y lo saludaron: «¡Señor Presidente!». Él contestó en voz baja, y siguió pausado hacia el interior. No bien dejó atrás la gran puerta, se levantaron las voces y los murmullos.

Al terminar el santo oficio, nos apretujamos en el códillac y nos largamos para la obra. Todo el viaje y casi todo el día transcurrieron en comentarios sobre el presidente, la política, las elecciones y esas vainas. La Quinta, como la llamaba mamá, avanzaba lenta y sin pausa. Los paisas llegaron enguayabados, cantando pasodobles y tangos; ni sus manos ni su boca descansaron en toda la mañana. Lucy, el negro y las niñas aparecieron en cuatro taxis descapotados. Unos escombraban por aquí; otras barrían por allá; Tránsito arrullaba al bebé, rodeada por Lucy y las niñas, que estaban hechas unas verdaderas hadas madrinas piropeándolos a ella y al niño. De vez en cuando, entre chanzas, alababan también al padre, para que no se pusiera celoso, decían. Tránsito se sonrojaba. Mamá Agustina no paraba de cocinar, ni de hablar: «Van a ver lo que es un cocido», comentaba mientras improvisaba dos fuegos con los restos de madera y unas cuantas piedras. En el grueso metal del perol se derretía la mantequilla

y navegaban los trozos de ajo, apio, cebolla cabezona y cebolla larga. «Ahora, mijito, se le ponen estas cucharaditas de sal, harina y azafrán, para que le dé color. Le añadimos leche, queso picado, y lo dejamos cocinar a fuego lento. ¡Listo! ¡Ya está el chorriado! ¿Cómo es que te llamas? Lucy: pon agua y aceite en la olla de barro. Negro, pásale la costilla, el tocino, las chuguas y las arvejas. Mete un par de latas debajo de la olla, y le vas echando, poco a poco, la carne, las habas, los cubios, las papas sabaneras, las mazorcas y los chorizos. No le vayas a poner las papas criollas sin avisarme. Eso es lo último. Es muy importante el punto, no se me vayan a desleír, ni a quedar duras. Y usted, mijita, ¿cómo conoció a mi muchacho?».

El sol picaba con fuerza, y sudábamos a pesar del viento frío, chino. «¿Un refajito?». Y La espumosa totuma inició su danza alrededor de las ollas. Entre el humo que desprendía el cocido, el oloroso chorriado que adornaba el plato se veía difuso. Mi mamá dirigía todo: «A ver, Pedrito, sumerced primero. Ahora le toca a usted, maestro López. Y mi chinita Tránsito, no se me quede atrás, que usted está amamantando a mi nieto. Ustedes, mis niños, no se apresuren, primero los grandes». «Doña Agustina, dénos una probadita de chicha; sabemos que a Pedro no le gusta hablar de eso, pero dicen que es muy buena». «Ya va, ya va». Y el refajo cedió el paso a la milenaria chicha, mientras la vitrola giraba invitando al jaleo.

Un estruendoso trueno traspasó los oídos y silenció la música; las nubes oscurecieron de pronto la tarde, y antes de que se terminara el disco, se desprendió un chaparrón que nos empapó a todos, salvo a Tránsito, que con el niño en brazos salió corriendo hacia el carro con el primer relámpago. Corríamos de un lado para otro recogiendo loza, ollas, discos y botellas, y continuamos la fiesta en El Paraíso, no nos íbamos a dejar derrotar por una simple lluvia, ¡ni más faltaba!

Las tazas de agua de panela caliente, con jugo de limón y brandy que nos tomamos para el frío y para prevenir el resfriado no sirvieron de nada. Tampoco las quemas de hojas de eucalipto, ni los remedios del médico, ni las yerbas del curandero. El negro, los paisas, cinco de las chicas, la tía de Tránsito y el maestro López murieron en menos de una semana; tuvimos que enterrarlos en el cementerio de suicidas, porque en los otros ya no había lotes. No le prestamos mucha atención, y La Española, la peste del siglo, nos lo cobró muy caro.

Siempre me había jactado de ser muy sano, de no sufrir ninguna enfermedad, y ahora tenía los ojos irritados y llenos de lagañas, la garganta y el pecho cerrados, los oídos zumbando, la cabeza embotada; y los sudores y los escalofríos alternándose inmisericordes; pero me dolía mucho más la muerte del negro y de las chicas; y la desaparición de David y Fernando era insoportable. Con ellos conocí el tango y aprendí a trabajar. A ellos les contaba mis cosas. Me enseñaron a boxear; me llevaron al Paraíso; me presentaron a Lucy... Con ellos sentí la seguridad y el apoyo que dicen que transmiten los padres a los hijos... ¿Por qué desapareció mi padre? ¿Por qué murieron David y Fernando? ¿Por qué no yo? Las pocas veces que me enfermé, desde la noche anterior me perseguía el olor a tierra mojada de las paladas con que fueron tapando sus cajones; y sólo se iba cuando me curaba. Estaba seguro de que algo o alguien me avisaba. Después creí que era yo el que llamaba a la enfermedad, y el que la podía ahuyentar; ¿sería cierto? ¡Qué más da! Me gustan la tierra del campo, los surcos y las plantas; me encanta el olor que desprende cuando el agua la riega y la fecunda, me hace expandir el pecho, me invita a bailar y me siento etéreo. ¿Serán distintas la perfumada humedad de la tierra de la muerte y la de la vida?

Cuando yo me enfrento a un problema aparecen las caras sonrientes de los paisas diciéndole al abuelo: «¡Qué fuerza, chino!

¡Usted puede, chino Pedro!». Pero se mezclan las voces en cada línea del relato, y a los ecos de los paisas se oponen las de mi papá: «Está mal, ¡carajo! ¿Cuándo vas a aprender? ¡No seas pendejo! Estás equivocado. ¡Qué vas a poder! ¡Ustedes no sirven para una mierda!».

Míster Píter recordó ese año toda la vida, fue el año en que se firmó el tratado del fin de la guerra en un vagón de tren en el bosque de Compiègne. Murieron los paisas, murió el negro, murieron las chinas, murió el maestro López... Muertos y más muertos por todos lados. No sabía si era mejor salvarse o morir. Heredó los clientes del maestro y continuó trabajando solo. Dicen que en agradecimiento sostuvo a la viudita y a sus hijitos, hasta que la señora decidió casarse con otro contratista. Entonces mi abuelo no la volvió a visitar ni quiso mencionarla ni oír hablar de ella ni volver a hablar sobre el maestro López.

Las manos de la enfermera que iba a curarlo eran un primor, me contaba, suavecitas, delicadas, tiernas; cuando ella llegaba, la tristeza se iba volando. Las malas lenguas dicen que el niño que la enfermera tuvo era del abuelo. Ella estaba casada, y le puso el apellido del esposo, que estaba feliz porque el hijo le había salido ojizarco, blanco, y rubio. Vivía exhibiéndolo, orgulloso, por todas partes. Si la gente le insinuaba algo, él les contestaba que eran unos envidiosos; para él, su mujer era como una virgen, la amaba de verdad, y adoraba a su hijo, y punto.

Cuando se ama a una persona no hay por qué estarla vigilando ni celando ni creyendo lo que los demás dicen. Si ella necesita estar con otros, allá ella; si necesita mentir, allá ella; si necesita engañar, allá ella. Si uno la ama, la ama tal como es, y basta. Si no, pues se separa y san se acabó. Uno no tiene ningún derecho a cambiar a nadie, ni a pedirle que cambie. Uno no es dueño del ser que ama. Y, al fin de cuentas, me dijo Lucy, Dios está en todas partes, Dios es quien ama y el ser amado: «Dios es todo, si

ama a otro ser, ama a Dios, y yo soy Dios. Ustedes no saben lo que es el amor ni lo que es la amistad, sólo piensan en el sexo. Sexo y dinero. Y todo tiene que pasar por ahí. Están equivocados, muy equivocados, decía con gran convicción; por eso yo amé a su abuelo sin importarme que tuviera una o varias mujeres. Por eso mismo en El Paraíso no se le niega el amor a nadie y a todos los tratamos bien. ¿Que si me acostaba con otros? No, si Dios es amor y está en quien ama y en el amado, ¿para qué buscarlo en otra parte? Cada quien opta por la forma que quiere. Ahora, no todo lo que brilla es oro. El desamor suele disfrazarse de amor. Pero no hablemos más de estas cosas, están muy jóvenes y quizá lo descubran después. Nadie aprende de lo que le cuentan, sólo se aprende viviendo».

Lo que no podía creer era que el esposo de la enfermera no sintiera celos; pero el padre Alfonso me contó que el señor era inválido. Una amante, cuando se dio cuenta de que él se había conseguido otra, dijo que lo perdonaba, pero un día que se lo estaba mamando, celosa, pensó que el muy cochino se lo metía a la otra mujer y a quién sabe cuántas más, y lo mordió con tal furia que le arrancó el pedazo. Y lo jodió para toda la vida... ¿Que qué pasó con la enfermera y el señor ese? Ella aceptó permanecer con él con la condición de que pudiera tener un hijo. Cuando el chino tuvo como seis o siete años, se fueron a vivir a Santander; ¡pero, quién sabe si es verdad! En estas vainas nunca se sabe ni qué es verdad ni qué es chisme ni qué es cuento ni sueños, cada quien vive su verdad; todo es una ilusión. ¿Podríamos vivir sin ilusiones, y sin mentiras?

Mi madre nunca se pudo separar de mi padre; él la dejó a los treinta años de haberla conocido, cuando Griselda —con quien se casó al poco tiempo de haber nacido yo— lo abandonó porque él andaba con la secretaria-amante de mi tío Pablo y la novia de mi medio hermano Pablo. Mi mamá pensó que por fin se había

hecho justicia, y que mi papá se iría a vivir con ella; pero él se fue con la joven secretaria y amante de mi tío, y con la ex novia de mi medio hermano, y dejó de visitar a mi mamá, y nunca más le dio el diario. «Ya no puedo más, chino, me dijo él, la situación está muy dura; Griselda me demandó, azuzada por sus hermanos, y me quitó la mitad de lo que tenía, ala; y yo tengo muchos compromisos; yo no sé cómo va a hacer su mamá, pero yo no puedo darle más».

Yo sigo los caminos de mi personaje y voy a visitar al tío Pablo, el hijo de Tránsito, buscando imágenes en los recuerdos de quienes lo conocieron. «¿Quieres un trago, chino?», me pregunta, y se responde: «Yo no; siempre excluí el problema de la tomatita con la familia, y con mi papá, en especial. Nos respetábamos mucho, tanto que yo fui una persona que nunca se atrevió a tutearlo. Ni tú, ni viejo: 'Papi. Buenos días, sumerced. ¿Cómo está, sumerced? Tal cosa, sumerced'. Él era de Oriente, del lado de Cáqueza o de Fune, de esos pueblitos. Yo no conocí a mi abuelo Pedro Pablo. A mi abuelita paterna, sí; Agustina se llamaba. Pasé toda mi infancia con ella, porque mi madre trabajaba y no podía atenderme bien. Nosotros vivíamos en la casa de enseguida.

»Bueno, el asunto de La Quinta... Él tuvo un terrenito ahí en el barrio Santander. A pesar de que mi papá, con toda la plata que ganó, habría podido tener varias fincas o propiedades, no sé por qué se limitó a una quinta. Como unas mil varas, emulando en algo lo que fue Chapinero, con antejardín y patio trasero. A él le gustaba sembrar y regar sus cerezos, los perales, los brevos, los papayos... Atrás tenía una sala grande para la mesa de billar; allí estaban también los capotes, las muletas, las banderillas, el estoque y la carretilla que llevaba a cuestras el torito de madera con el cual ensayamos todas las suertes de la fiesta brava. De las paredes colgaban varios guantes de boxeo, guitarras, panderetas, maracas y máscaras. La casa permanecía llena de floreros con rosas, nardos,

gladiolos, y tantas flores bonitas. Había tres patios y una pila embaldosinada para el agua, una fuente y nueve piezas. Los patios tenían bancas como las de los parques, llenos de matas. Al entrar, se encontraban la biblioteca y la sala, seguidas por tres o cuatro cuartos. Las ventanas y la puerta de la biblioteca daban al patio».

Yo quisiera escribir esta historia con la luz filtrándose entre las persianas de madera, percibiendo el olor de los nardos y las rosas, oyendo los pichoncitos en sus lecciones matinales, y la caída del agua de la fuente, con mamá Agustina o la abuela Rosa, si pudiera entrar allí, trayéndome un tintico, levantando los ojos de la pantalla y dejándolos reposar entre el verde salpicado de flores de las plantas y el cristalino jugueteo de la fuente...

«Luego, el comedor, —continúa el tío Pablo—, con una mesa para doce personas, de pura madera tallada, y un mueble para la loza; coronadas por una última cena enorme —Yo recuerdo mucho unos jarrones cerveceros alemanes, con un viejo barrigón que sobresalía de la cerámica, con los pantalones abajo, sentado en la taza, los codos apoyados en las piernas, la cara sobre las palmas de las manos, enmarcada por los dedos, los ojos pensativos, los gordos flotando—. Al frente estaba la cocina. Enseguida, otro patio con dos piezas, y en el último, otras dos. Su habitación quedaba a un costado de la sala. La cama era sencilla, de cedro Caquetá; la colcha, blanca, con encajes de moritas; las fundas y las sábanas, de lino blanco, almidonadas, sin una arruga, impecables; a un costado el armario, una luna biselada en cada nave. Nunca se atrevió a vivir con nadie allí. Enseguida estaba la recámara de la abuela Agustina; los dos cuartos se comunicaban por una puerta. Trabajó en la construcción de su casa muchos años... Sólo dejó de meterle cuando se murió la abuela.

»En el antejardín construyó un nicho con la estatua de la virgen de Fátima, y todos los domingos y días de fiesta le colocaba flores. Cuando iba a los toros, al salir de la casa, ponía a sus pies el som-

brero, la ruana y la bota; se arrodillaba, juntando las manos frente a la nariz, y rezaba con los ojos cerrados durante quince minutos. La puerta de entrada era de hierro forjado; el antejardín terminaba en una de madera con barrotes y un golpeador de bronce con cara de león. Al final del zaguán se encontraba otra, pintada de un rojo intenso, con un par de vitrales hermosísimos, de destellos celestes y verdes, coronada por una especie de media luna con cuatro o cinco radios a través de los cuales se veía el cielo».

Yo escucho la voz de mi abuelo, ahora indignado, furioso: Tú no sabes lo que es oír los disparos y ver caer al que está a tu lado. Tú no sabes lo que es percibir cómo la camisa de quien hace un minuto hablaba contigo se llena de sangre. Tú no sabes lo que es la mirada de un par de ojos acuosos, asombrados, interrogantes, tristes, tratando de quedarse, de aplazar la partida, sabiendo que se va, que no hay nada que hacer. ¿Por qué putas me tocó saberlo a mí? Tú no sabes lo que es salir corriendo y oír los rumores: «También mataron a fulano, y a zutano». Uno siente miedo, pero más fuerte que el miedo es el deseo de venganza. Uno quiere matar a esos hijueputas que disparan sin importarles la vida de quien está enfrente. ¿Cómo es posible que alguien pueda disparar o dar la orden de disparar contra quien está desarmado? ¿Cómo es posible que uno pueda destruir la vida de otro ser humano? Eso no es política ni nada; eso no es humano. ¡Eso es una mierda! Y entonces sale la bestia que hay dentro de uno, sin pedir permiso, sin pensar; y uno también quisiera tener un fusil y matar, y matar, y matar... Entonces uno agarra una piedra, o lo que encuentre a la mano, y la lanza con todo el dolor y el miedo que lleva adentro. Sólo después de que se produce el impacto uno se da cuenta que uno también es una bestia. Que también habría podido matar a alguien, con seguridad un pobre soldado o un policía, que sólo cumplen órdenes, que sólo obedecen, que disparan con miedo. Quizá defienden el sueldo con el cual sostienen a sus hijos. Quizá

sólo tienen miedo. Y entonces, ¿cuál es la diferencia? ¿El acto de matar es distinto si se ejecuta por ideas que critican o por ideas que defienden? ¿Hasta cuándo nos vamos a matar por ideas? ¿Cuál es la idea más justa para matar? ¿Cuál es la idea más injusta para morir? La misma. Ninguna.

«Tómese un trago, chino Rey, la vida es así, ¿qué le vamos a hacer?», trataban de calmarlo sus amigos. «¡Salud!». «¿Cómo es posible que nuestro señor presidente, que no quiebra un plato, defienda los negociados de Roa? ¿Cómo es posible que ese señor pretenda una misión oficial al exterior sólo para comprar la tela de los uniformes de la soldadesca?». «Pero eso no es nada, chino, ¡justificó a los militares que les dispararon a los manifestantes diciendo que la orden había sido disparar al aire! ¡Salud! Ahora, relájese y vea esta vaina –le pasó un ejemplar del *Bogotá Cómic*–. Mire la caricatura que publicó el sinvergüenza de Federico Martínez». En ella aparecían los manifestantes abaleados colgando de las cuerdas del alumbrado... Las carcajadas ahogaron la indignación.

Meses después las primeras páginas de los periódicos se dedicarían a la virgen:

*Reina de Colombia
por siempre serás.
Es prenda tu nombre
de júbilo y paz.*

La multitud cantaba extasiada en torno a la virgen de Chiquinquirá. El cuadro milagroso y cientos de fieles, escoltados durante el camino por varios piquetes de caballería con jinetes en traje de gala, arribaban a la capital después de diez días de peregrinación y dos de recibimiento; la multitud se aprestaba a coronarla. Los creyentes donaron sus cadenas, sus anillos de oro y sus piedras preciosas para la elaboración de la corona. La libra de oro que forma la diadema y la corona de la virgen brilla con intensidad,

sus setenta y ocho diamantes, ciento treinta esmeraldas y una marquesa destellan y la música sacra penetra la multitud. El coro, las autoridades civiles y religiosas presiden el solemne acto.

Ese año fuimos muchísimas veces a Monserrate y a Chiquinquirá, chino; mi mamá quería dar las gracias porque sus hijos se habían salvado de la gripa, y pedir perdón para las almas de la tía de Tránsito, los paisas, el negro y las niñas. ¡Dios los bendiga! También rogaba porque me fuera bien en los contratos. Lucy organizó una peregrinación a Monserrate y otra a Chiquinquirá por las almas de las niñas, del negro y de varios clientes que se le fueron. Yo la acompañé a Chiquinquirá; fue un verdadero milagro que nos dieran alojamiento a la treintena de jóvenes devotas y a nosotros. Aunque la mayoría pensaba que se trataba de un colegio de bachillerato, no faltaron los atrevidos que se acercaron a pescar en río revuelto; pero las chicas iban tan compungidas y retraídas que ni volteaban a mirar, y yo me acercaba desafiante al imprudente, que se alejaba descubriéndose la cabeza y haciendo reverencias.

Ésa fue una época de mierda: los contratos escasearon, cerraron las panaderías, los ferrocarrileros entraron en huelga y las marchas contra la carestía fueron constantes. De no ser por lo que ganaba mamá Agustina en la chichería, habríamos pasado las de San Quintín. ¡Menos mal que la gente deja de construir, pero no de comer ni de beber ni de parrandear y gozar! Si el año fue duro en lo económico, fue rico en celebraciones. La ceremonia del centenario de la batalla de Boyacá estuvo acompañada de la Exposición Nacional Agrícola e Industrial y la Exposición de Pintura Nacional. Aproveché para ver los últimos adelantos en la construcción. Pero mi mayor emoción fue ver llegar el primer avión a la capital. No cabía en mi mente cómo podía volar un aparato de esos tan frágil. Tampoco me dejaba de rondar por la cabeza que habría podido ser yo quien iniciara una empresa de aviación; aunque

pensándolo bien, si mis aviones iban a correr la misma suerte que mis cádillacs, mejor que no hubiese sido el primero.

Lucy se puso como loca: «Mi mayor sueño es volar; siempre me fascinó la historia de Ícaro; el ser humano que se desprende de la tierra y se aproxima al sol. Yo no viajaría de día, preferiría lanzarme a la noche, en busca de la luna y las estrellas. Si Ícaro hubiera sido mujer habría logrado su objetivo porque la luna es menos ardiente, y no lo hubiese quemado». Sueño, sueño volando. Uno de los sueños que más se repiten en mí es el de volar. Extiendo las manos, no pienso en nada, y me despegó del suelo, voy dejando las cuerdas llenas de ropa, las casas, las iglesias y los palacios atrás, me pongo horizontal y recorro montañas, valles, quebradas... «¡Uy, Píter, vamos a volar! Míster Knox Martin está haciendo vuelos por la Sabana. Demos una vuelta, nos divertimos, y de paso le ayudamos al pobrecito. No sabes cómo lloró cuando por fin pudo aterrizar; ya se había ganado el premio por ser el primero en llegar a la Sabana, él fue el primero en sobrevolarla, pero los vientos no lo dejaron, y se le adelantó el alemán ese Von Krohn. ¡En la puerta del horno se quema el pan! A mí no me gustan ni los alemanes ni los norteamericanos, pero entre los dos, prefería que ganara Míster Knox. Vamos Píter, no cobra mucho. ¿Cuándo volveremos a tener la oportunidad de volar en esos aparatos? Le proponemos bautizar a su avioncito con el nombre de ‘Colombia’, así como al del alemán lo llamaron ‘Bogotá’». «No, doña Lucy, llamémoslo ‘El Paraíso’», propuso una de las niñas. Pronto engrosamos la fila de los viajeros del aire Lucy, el cura, las chicas y yo. Nos tomamos un par de brandys para el susto, ¡y a volar!

«No te vuelvas a meter en esas manifestaciones, mijito, mira que corres peligro, la otra vez mataron a varios; por lo que más quieras, no me vayas a dejar solita con estos chinos, y el tuyo». Recordaba la cantaleta de mamá mientras veía cómo se iba llenando la Plaza de Bolívar. Don Marco Fidel, que como ministro

tuvo un buen desempeño en la política internacional, como presidente metió las patas varias veces, primero pidiéndole al Banco Mercantil Americano la destitución de Alfonso López Pumarejo como gerente de la sucursal capitalina, y después enviando un marconi donde se agachaba frente a los gringos; buscando dinero, derogó la reglamentación de la concesión petrolífera Reyes-Mares. La gente estaba hasta el cogote con sus cagadas, y ahora le querían comunicar que «la honra nacional y los más altos intereses nacionales de la República exigen que el señor don Marco Fidel Suárez debe declinar ante quien sea su sucesor legal del honor y la responsabilidad del alto cargo que ejerce, para salvaguardar la dignidad y los intereses nacionales, hoy gravemente comprometidos». Laureano Gómez se encaramó en un carro para echarse uno de sus incendiarios discursos contra Suárez. La multitud estaba enardecida; Suárez tendría que caer. Laureano gritaba con su vozarrón y el espíritu nacionalista exaltado: «Nos reunimos con el ánimo embargado por una pesadumbre patriótica, con el pecho rebosante de indignación santa, por la vergüenza que ha padecido la República. La conducta personal del presidente, en especial el inconcebible cable al cónsul de New York, ha producido estos sentimientos que son unánimes». De pronto sonó un traque-traque de metralla. ¡A tomar las de Villadiego! Dionisio Araos también salió como alma en pena, pero muerto de la risa: había amarrado a la tribuna una tira de tronantes, haciéndola estallar en el momento más álgido del discurso. Al valiente y nacionalista agitador lo encontraron hecho un ovillo en el asiento trasero del coche, entre sombreros, paraguas, abrigos, zapatillas, bastones y ruanas. El Paraíso se llenó esa tarde y celebramos como enanos, chino; a Dionisio lo felicitaban unos por la ocurrencia, y otros lo puteaban por sabotear el acto. El aguardiente, las carcajadas y el semen fluyeron a raudales. ¿Qué haría en ese momento el presidente?

Ya era hora de que mi hermano Orlando empezara a trabajar, y le ofrecí que se iniciara conmigo. Me habían subcontratado obras en la construcción del Palacio de Justicia y en la remodelación del Colegio Nacional de San Bartolomé; pero él me contestó muy claro: «Yo lo que quiero es ser músico, a mí no me interesa ni el dinero ni la construcción ni nada de esas vainas». Pero de eso no vas a vivir, chino, y en la casa necesitamos dinero, le contesté. A regañadientes, fue a la obra. Era cumplido, trabajaba bien, aunque sin mucho ánimo; hacía el esfuerzo y aprendía; pero un día lo putié porque llegó tarde. Agarró la pala con la que estaba paleando arena, la azotó contra el piso y me dijo: «¡Quédese con su trabajo! ¡Pendejo! ¡A mí no me venga a humillar!». Y salió llorando. Esa noche no llegó a la casa. «¿Qué le hizo a mi chinito?», me preguntaba una y otra vez mi mamá. Nada, mamá. Nada de importancia, creo. Pero el vergajo no volvió en varios años. ¿Por qué carajo lo habré putiado? ¿Por qué no le podía enseñar sin regañarlo? No sé qué me pasa, ala, pero a la gente que quiero me cuesta muchísimo trabajo enseñarle o aceptar sus errores o sus debilidades. Me acuerdo cuando estaba más chico y unos chinos vergajos le quitaron la pelota. Él se vino llorando a la pieza, y yo, en vez de salir a defenderlo, me puse a regañarlo. ¿Por qué lloras, pendejo? ¡Los hombres no lloran! ¡Pareces mujer! Él lloraba más y a mí me daban más ganas de regañarlo. Lloraba por todo, y yo no podía llorar por nada; mis ojos se aguaban, el pecho respiraba con violencia, pero no me salía ni una sola lágrima ni un solo quejido. Cuando se murieron los paisas también tuve ganas de llorar, pero no pude. Lucy me dijo que parecía que a mí no me afectaba nada, que nada me dolía. ¡Vida hifueputa! ¡Los hombres no lloran!

Yo deseaba todo el año que llegara diciembre para emprender el largo camino de doce horas entre Bogotá y Cali; atravesar la verde y fría sabana; descender entre las montañas, verde esmeralda, verde mar, verde oliva; los árboles salpicados de vistosas y coloridas

flores y frutas; quitarnos poco a poco los suéteres y la camisa, hasta quedar en camiseta; colgarnos sobre el enorme río Magdalena y sus aún vibrantes racimos plateados y brillantes en manos de los musculosos pescadores; navegarlo hasta Barranquilla en sueños; desplazarnos a gran velocidad en medio de mares de arroz y algodón; comernos a la vera del camino un delicioso tamal en hoja de plátano o una lechona tolimense, cuero tostadito, arroz rojo con zanahoria, arveja, tres carnes y tocino; dejar atrás ríos, riachuelos y quebradas; volver a ponernos las camisas y los suéteres; ascender con gran trabajo, vuelta tras vuelta, bramido tras bramido, hasta penetrar las nubes que se fundían con la carretera y el cielo; tomarnos un kumis con almojábanas en la cima de la línea de la Cordillera Central; volver a descender con el ansia del inminente arribo, contemplando las montañas, el follaje, el valle a lo lejos y los extensos cafetales con su guardia de plátanos, sintiéndome Ramón Hoyos, Cochise Rodríguez y Carlitos Montoya en pleno pedaleo; despojarnos de la ropa una vez más; y presenciar el desfile de guaduales, palmeras, caña de azúcar, arroz y algodón, los riachuelos y ríos, las ondas de la gente en el agua, los anzuelos y las atarrayas de los pescadores en vuelo, los requiebros y danzas de las lavanderas asidas a la tela, las parvadas de garzas, loros y canoras, las decenas de frutas, dulces y panecillos en las ventanillas, los fuertes torsos y brazos, negros y mulatos, tumbando caña al vuelo del machete, la música antillana a todo volumen y los hermosos cuerpos de las mulatas y las negras contoneando sus bien formados y elegantes cuerpos, lentos y rítmicos. ¡El Valle del Cauca! ¡El Paraíso! ¡Cali! «En el mar, la vida es más sabrosa, en el mar te quiero mucho más»; aunque Cali no es una ciudad costera, hasta ella llega la brisa marina, y su gente lleva en el cuerpo el ronroneo del mar, el bamboleo de las palmeras y las hamacas y el tum-tum de los tambores.

«De Orlando no supimos más; ni siquiera de su muerte. Como él sí, desde pequeño, se fue de la familia». Dice la tía Agus-

tina, que casi no recordaba al hermano que le había ayudado a construir su primera casa. El tío Pablo tampoco recordaba mayor cosa: «Había un tío que se llamaba Orlando; más que todo, ese señor fue un andariego; vivía en el campo, como jornalero, por ahí murió». Orlando, cuenta mi abuelo, aprendió a tocar las maracas, el tiple, la bandola, la guitarra y el arpa. Se aprendió bambucos, joropos, pasillos, sanjuaneros, galerones y hasta cumbias; con lo que no pudo fue con el vallenato. «No me gusta esa vaina», decía. Muchas veces llegó a darle serenata a mamá Agustina, el día de la madre y en los cumpleaños. Ella no podía dejar de decirle: «Mire, sumerced, cómo anda. Pero pasen, pasen, se van a morir de frío con esas alpargatas». Y las alpargatas zapateaban el piso de madera durante los dos o tres días que duraba la fiesta. Luego se iban de tienda en tienda, de finca en finca, de pueblo en pueblo, tocando, recitando y bebiendo, hasta sus tierras. Al llegar, le daban serenata a sus mujeres, y después, a labrar la tierra.

Un día se apareció con serenata para el cumpleaños de mi abuelo. Se abrazaron y lloraron. Al despedirse, le dijo: «Venga hermano, lo invito a mi casa, por allá en el Tolima, cerca de Ibagué. Quiero presentarle a los chinos, los voy a bautizar, y me gustaría que fueras el padrino; aprovechamos las fiestas de San Pedro y San Pablo, y le celebros su santo. Mi mujer ya escogió los lechones. Invite a quien quiera».

El día del bautizo nos levantamos a las cinco de la mañana. Orlando quería enseñarme cómo se prepara el plato típico del Tolima: «Agarramos la lechona, virgen, para que sepa bien, la matamos y la colgamos a desangrar. Apenas caiga la última gota, se llevan la sangre para hacer las rellenas. Aquí nos tomamos un puraje, ala. Removemos las vísceras y sacamos la carne y los huesos. Dejamos un centímetro de tocino pegado al cuero, y le hechamos la sal, así, el cuero se tuesta bien, agarra un color doradito y truena en la boca, umm. Después picamos la carne y los huesos. Prepa-

ramos el adobo, fundamental para el sabor, lo que distingue una buena lechona de otra. Un aguardientico, chino. Molemos el ajo y la cebolla larga, le ponemos una taza de agua y le agregamos sal, cominos y pimienta; y vas probando, sin que nadie te vea, para que no les dé asco. Cuando lo sientas a punto, adobamos la carne de la lechona, le pones esta otra pulpa adicional, bien adelgazada, y la dejas reposar un buen rato. Después organizamos el guiso, con la manteca de cerdo, y más cebolla larga, sin el rabo verde, bien fina; le pones las arvejas cocidas, la papa pelada, picadita, y al final el arroz cocido. ¡La vasija para colocar el muerto! En la que tiene hoyos pones el cerdo, y pones una abajo para que caiga la manteca. Échese un trago para el frío, mijo. ¿Un cafecito con arepas? Colocas el cuero y lo rellenas con una capa gruesa de carne con hueso. Después otra de guiso, una de pulpa, y otra de guiso. ¡Y a remendar! Con una piola practicas tu punto de cruz, ala; no se te vaya a olvidar el guiso cerca del difunto. Por último, lo bañamos con naranja agria, y al horno. Cada tanto lo vuelves a rociar con jugo de naranja, y nosotros nos refrescamos con una cervecita. De vez en cuando, lo floreas con agua fría, así tuesta mejor. Ahora vete a bañar y a cambiar, ya va a ser la hora de la misa». Aguardientes, sanjuaneros, joropos, bambucos, brindis y, por fin, como a las cuatro, la lechona.

Nos pasamos toda la semana bebiendo, comiendo y bailando. Se veía que la gente del pueblo y de las fincas cercanas lo querían mucho, porque no paraban de llevarle racimos de plátano, yuca, papa, café, canastillas de mora, curuba, gallinas, lechoncitos, aguardiente, guacales de cerveza, de todo lo que se les ocurría, y claro: a comer, a beber y a bailar. Vinieron a tocar varios grupos, entre ellos un dueto que después se hizo famoso. Alguien preguntó: «¿Por qué no hacemos un paseíto a la quebrada, para finalizar la fiesta?». Y las señoras se pusieron enseguida a discutir en secreto qué se iba a cocinar. Al día siguiente salimos muy de mañana. Las

mujeres llevaban a los niños y nosotros las provisiones. Camino a la quebrada, pasamos por un río caudaloso y les compramos a los pescadores varios kilos de capaz. A una hora y media de camino, entre platanales y cafetales, llegamos a una cascada de unos veinte metros de altura; formaba un pequeño laguito hacia el cual salieron corriendo, desnudándose, todos los chinos.

Cuando ya nos íbamos a cambiar, las viejas se reunieron y gritaron: «¡Hoy cocinan los hombres!». Y salieron corriendo. ¡Ah viejas jodidas, estos eran sus secretos! Bueno, manos a la obra, y nos distribuimos el trabajo: «Que Pedro limpie los pescados». No, yo no sé hacer esas vainas, mejor cocino. «No, a mí me gusta más cocinar que limpiar pescados». «¡Yo lavo los platos!». «Sí, ¡qué vivo!». «Bueno, dejemos la joda, yo los limpio, gritó Orlando, ustedes pelen el plátano y la yuca». Pronto estuvimos abriendo un hueco en la tierra. «¿Un aguardientico?». ¡Salud! Pusimos cuatro hojas de plátano y encima la yuca y los verdes, después colocamos el pescado con sal y varias capas de hojas. Cubrimos todo con tierra y preparamos el fuego. Varias cervecitas... ¡Por fin! ¡Salud!

*Sentado a la orill'el río
Cantando con mi morena
sobre los inmensos troncos
que adornan el Magdalena
sobre los inmensos troncos
que adornan el Magdalena.*

*Dejo que pasen las horas
y que lloren los guaduales
mientras mi vista se pierde
por los verdes arrozales
mientras mi vista se pierde
por los verdes arrozales.*

Nos fuimos a nadar; los niños y las mujeres jugaban felices. Cuando llegamos, nos armaron bronca, y nos pusieron a servir el almuerzo; cortamos las hojas de plátano, y tiritando alrededor de la tierra caliente, desenterramos y servimos el viudo de capaz. Después de la siesta, en hamaca, regresamos y nos despedimos de los vecinos. Al día siguiente madrugamos para Ibagué, y de allí a Bogotá. Cada vez que podía, para mi santo, me escapaba al Tolima:

*¡Que viva San Juan!
¡Que viva San Pedro!
Que me den un trago
Para medirmele al toro...*

*Aquí yo vengo para las fiestas en mi alazán
traigo mi rejo bien engrasá'o
pues soy muy bueno para el chipria'o
y pa' el boliao no tengo igual.*

«Mi papá era muy rumboso», recuerda mi papá. «Para las fiestas de San Pedro contrataba una orquesta, en La Quinta, e invitaba a sus amigos, todo por su cuenta, orquesta completa, orquesta completa de verdad, de caché; eso era toda la calle y la carrera llenas de carros, clarinetes, saxofones...».

DE NADA SIRVIERON LOS CATAPLASMAS DE MOSTAZA que se hacía Tránsito, ni los baños de asiento, ni nada de esas vainas, chino; pronto su vientre volvió a crecer y tuvo otro vergajo. Pensábamos en lo que diría su tía: «¡Yo se lo dije! ¡Yo se lo advertí!». Pero esta vez su cantaleta fue lo de menos, el chino nació muy débil y enfermizo, sus ojitos vivían llorosos. Mamá Agustina propuso que bautizáramos de una vez a los dos chinos en la iglesia de San Diego: «Que los bautice el padre Almanza, que es un santo». Yo quería que fuera el padre Alfonso, pero Tránsito y mi mamá se aliaron: «¡Con ése salen igual de sinvergüenzas a ustedes! ¡Ni Dios lo quiera!». La capilla, blanca, sencilla, pequeña, recogía nuestra pesadumbre. Pablo y Orlando ya eran cristianos. Orlando falleció al día siguiente. El olor a tierra mojada me persiguió varios meses. El recuerdo de Tránsito llorando, embarazada, me persiguió toda la vida. Nunca me quiso decir por qué lloraba, ni por qué me miraba con rabia.

Al año, nació una china; lloraba igual que Orlando, y de nuevo fuimos a bautizarla a las carreras. Magdalena murió a los tres meses. Todavía oigo la voz de mi mamá: «¡No jodan más, carajo! ¡No tengan más hijos! Esto parece una maldición. Todo nos sale mal: no hemos podido terminar la obra, no sé de Orlando y se le mueren los chinos a Tránsito, ¿qué carajos pasa? Alguien nos hizo un maleficio. ¿Qué puta será la que nos está jodiendo? Mijito, va a tener que fijarse más con quién se mete».

El jueves siguiente, mamá Agustina me hizo un baño de hierbas. A mí me daba pena hacer lo que ella quería, pero insistió tan-

to que terminé haciéndolo: «¡Qué tanta pena ni qué nada! Yo lo parí; yo lo traje al mundo; yo le limpié el culo, ¡y ahora me viene con que le da pena que lo vea desnudo! ¡Agáchese!». Y rezando me echó varias totumadas de agua de hierbas caliente. Olía delicioso, era un perfume que transportaba al campo. Regó toda la casa, y por último el cuarto de Tránsito. Todos los jueves de todos los meses de todos los años, mientras estuvo viva, me hizo los baños y regó la casa. A medida que los chinos iban creciendo los iba iniciando en el rito del baño de hierbas. «Para la buena suerte, y para limpiarles cualquier porquería que me les hagan, mijito», decía.

Yo recuerdo que a mi papá no le podían faltar sus baños de hierbas de los jueves. Se sentía desprotegido cuando peleaba con mi mamá y ella no quería hacérselos; buscaba entonces a mi abuela Rosa para que se los hiciera. Ella acostumbraba regar el negocio y la casa, y quemaba incienso, en especial en Semana Santa. Cuando uno sentía que le iba mal o ella pensaba que nos habían hecho brujería, nos encerraba en el baño, nos hacía hincar y nos bañaba a chorros de totuma. Yo no sé cómo se transformó esta costumbre; pero poco antes de la muerte de la abuela, los hombres de la familia nos bañábamos en pelotas los treinta y uno de diciembre en el patio de la casa del tío Pedro, y algunos no admitían a ninguna mujer ni perdonaban al hombre que no quisiera echarse con ellos las olorosas totumadas. Yo prefería hacerlo solo, en la tina, con una copa de tequila o coñac y buena música; de vez en cuando quemaba copal, ese maravilloso incienso mexicana; cualquier día, cuando se me ocurriera, a la hora que fuera; más los sábados y los domingos; me pasaba horas enteras chapaleando en el agua, recordando los barquitos y los paticos de plástico con que jugaba de niño en el mismo platón en el que disputaba, con bolas, la Vuelta a Colombia en Bicicleta; me quedaba en la casa el resto del día, pues me encantaba prolongar el placer y la placidez. Pero lo que en realidad me fascina es meterme a la tina con la mujer amada;

enseñarle ese pequeño placer, restregarnos la espalda, sobarnos el cuerpo con un manotado de pétalos de flores, manosearnos, hacer que el agua se desborde con ritmo.

Mi abuela Rosa debía tener unos tres años cuando nació Pablo, el hijo mayor de mi abuelo. Yo recuerdo a su mamá, una viejita delgada, vestida de negro, cubierta con un chal y sombrero; un poco jorobada por los años, pero de gesto altivo. La conocí gracias a que mi abuela viajó de Palmira a Bogotá a visitarlas a ella y a su hermana Chabela. La vi salir a media mañana, mirando con cuidado a cada uno de los que estábamos allí, sin decir una palabra. Regresó por la tarde, nos observó con calma, sin abrir la boca, sin un gesto, y se encerró en su cuarto. Después, sólo se escuchaban los quejidos que escapaban del pañuelo, por las rendijas de la puerta, entre fuertes accesos de tos y humo de tabaco. Nunca pude hablar con ella, aunque estoy seguro de que en esa ocasión me reconoció como uno más de sus bisnietos; pero a esas alturas de la vida, ¿qué más da quién es quién? Suficientes habitantes deambularían por los callejones de sus recuerdos pidiendo o negando una charla, como para ponerse a llamar más.

Mi abuela Rosa adoraba a su papá, y vivía contándome que él sí la quería, que si no hubiera muerto las cosas hubieran sido distintas, al menos si no hubiera desaparecido siendo ella tan niña. Él le contaba historias, la montaba a caballo y recorrían los potreros desde el sur de Bogotá hasta la luna; pero el viejo se murió, eso era lo que le decía mi bisabuela Susana. ¿Se murió o desapareció? Me parece que mi abuela no recordaba muy bien, o no quería recordar. Lo que sí contaba con mucha seguridad era cómo tuvo que trabajar desde muy temprano. Sembrando cebolla, primero; después, ayudándole en la tienda a la tía Chabela, la hermana que más quería: «De mis hermanos, a la que más quiero es a ella; a La Mechuda, no tanto; por cochina, siempre fue una cochina. A Chepito, un poco; pero también es un abandonado. Cada vez que

voy a Bogotá les regalo sus pesitos, pero no me gusta ver cómo viven. Chepe, por allá en Tunjuelito, la casa sin pisos, las puertas de lata, lleno de chinas, todas mocosas y sucias. Uno puede ser pobre, pero limpio y trabajador. Chabela es medio hermana, lo mismo La Mechuda, Chepe sí es hermano completo. Recuerdo que para ir a la escuela tenía que atravesar unos potreros inmensos, llenos de barro. Una vez, cruzando un puentecito a la entrada de la escuela, una india vergaja se burló de mis zapatos rotos. ‘Conmigo no se meta, china mocosa’, le dije; pero siguió la joda. Entonces la agarré de las mechas y le di sus buenas sacudidas. También peleábamos por política: ‘¡Viva el Partido Conservador!’ . ‘¡Abajo!’ . ¡Y se armaban unas mechoneadas! Hasta que los maestros venían a separarnos. Porque eso sí, aquí donde me ve, chiquitica, yo no me dejo joder de nadie. Conmigo y la mata’e lulo, nadie se limpia el culo. ¡Ni su abuelo Pedro Pablo, que se las daba de macho! No entiendo cómo su mamá se deja trompiar de su papá. ¡Pendeja! Puede ser muy mi hijo, pero es muy pendeja la mujer que se deja pegar. A mí ese vergajo de su papá vino un día a levantarme la voz y le rompí una escoba en la mota. Y a su abuelo...

»Si mi papá hubiera vivido, mi vida hubiera sido otra, continúa mi abuela. Si llegaba a la casa con el uniforme sucio, mi mamá me daba una muenda. Mi mamá, pobrecita, no tuvo cómo darnos educación, ni tiempo, ni idea. Sólo estudié el primer año, luego ya no me mandaron más a la escuela –yo la recuerdo dibujando su firma, despacio, aplicada, con letra infantil y temerosa; en la práctica era lo único que escribía—. Me levantaba todos los días a las cinco de la mañana y a trabajar: pala y azadón, pala y azadón. Terminábamos cuando ya estaba anocheciendo. Nos gustaba sentarnos a contar cuentos de miedo. La primera historia aparecía con la última luz de la tarde, y terminábamos a oscuras: ‘La Pata Sola’, ‘El Descabezado’, ‘Los Duendes’, ‘La Llorona’..., y cuando nos íbamos a dormir, no podíamos del miedo. Una vez se

me apareció un hombre vestido de negro, a caballo, un azabache precioso. Se me acercó y me dijo: 'Mi hija'. A mí se me puso la piel de gallina, y a él se le vinieron las lágrimas a los ojos. Yo pienso que era mi papá; después de que se fue, la pared contra la que yo estaba recostada se iluminó como por cinco minutos. Yo le conté a mi mamá, pero no me hizo caso. Muchos años después, el señor que ocupó esa casa encontró un entierro, eran tres bultos llenos de morrocotas de oro.

»Mi mamá era muy rara, nos dejaba solas; salía desde muy temprano, y sólo la volvíamos a ver por la tarde. Nunca supimos qué hacía. Era muy seca, no nos daba una caricia ni un beso. Nunca nos llevó a pasear ni al cine ni a nada de eso. Era muy dura. Jugábamos a la rueda, a las muñecas, a la rayuela. A mí me encantaba montar a caballo, y convencía a los señores para que me prestaran las bestias. 'Tenga cuidado china, que se puede caer', me decían. Y era feliz cabalgando y saltando quebradas».

Los toldos de los gitanos se le volvieron a aparecer a mi abuelo en La Quinta. Lo supo por los gritos de mamá Agustina: «¡Ya están jodiendo de nuevo esos húngaros asquerosos!». Cuando llegué, recuerda el abuelo, Carmen Francesca estaba en el umbral, esperándome, con un chino en cada brazo, más hermosa que la primera vez que la vi. Sus caderas se habían ampliado, sus senos habían crecido y los ojos brillaban con más intensidad. Me miraba ansiosa, y me dijo coqueta: «¿Te leo la buena suerte, guapo?». A duras penas salía a trabajar. Con Carmen Francesca la pasión y el placer se exacerbaban, y me sembraron en el reposo y la placidez por un par de meses, sólo me inquietaba el saber que se iría, que sería fugaz.

Al llegar a la casa, me recibían las palabras de mi mamá: «¿Dónde se mete, mijo? Ya no se le ve la cara por aquí. ¡Ni a los baños viene! Los chinos necesitan la autoridad del hermano mayor... El niño te extraña... A mí no me alcanza para la leche... No

te preocupes tanto por la construcción de La Quinta, sí quiero que terminemos pronto, pero no es necesario que vayas todos los días, tienes buenos trabajadores... Descanse, mijito, descanse».

Los gitanos me enseñaron a tocar la guitarra, y un hermano de Carmen Francesca me inició en el rito de los toros. Era un gran torero; la primera vez que lo vi en el ruedo hizo con los palitroques algo que en mi vida he vuelto a ver: se pegó al burladero, con las dos banderillas en la mano izquierda, y citó de espaldas al toro, que mugió y se le fue encima. El olor a tierra mojada se metió por la nariz y me salió de inmediato por los poros hecho un sudor frío. Toda la plaza se hizo silencio. Rápido, giró en sí mismo, y cuando estuvieron cara a cara, en vez de banderillear, quebró la cintura, giró medio cuerpo más y, de espaldas, su mano adornó al bravo con los palitroques como si fueran uno solo. El silencio se rompió con el potentísimo grito de miedo y admiración. El coso se convirtió en una bandada de pausados aleteos.

Aunque mi papá no celebraba con nosotros la navidad ni el año nuevo, cuando él no viajaba a Cali a pasarlo con mi abuela Rosa, solía negarnos el dinero para la flota; y quedarnos en Bogotá era el infierno, un verdadero infierno, un frío infierno, además, muy frío: mi madre se abandonaba a la tristeza y a la rabia, y no paraba de quejarse y de maldecir en voz baja; su siesta duraba mucho más que de costumbre, y yo tenía que salir a encontrarme con mi papá por los regalos, el vino dulce, las galletas de navidad y los plateados sombreritos puntiagudos de frágiles tiritas de papel volantes de alegría navideña de cartón. Recuerdo una vez que estuve esperando toda la tarde su camioneta roja, hasta las once de la noche, en una esquina, a dos cuadras de la casa donde rentábamos un cuarto; aunque yo ya sabía que él era así, me preocupaba preguntándome si le habría pasado algo o si no vendría, dejándonos sin los camioncitos, los pantalones, las camisas y las velitas de luces de bengala que venían en la chuspa de papel de los regalos.

Cada tanto corría a la casa para avisarle a mi mamá que aún no había llegado. Arribó contento, medio embriagado; dijo cualquier cosa simpática, me preguntó qué había dicho mi mamá, me deseó feliz navidad y partió raudos; yo regresé con alegría y tristeza, a la vez, aunque parezca raro; respondí las preguntas de mi mamá: «¿Qué dijo?, ¿cómo estaba vestido?, ¿con quién iba?, ¿estaba tomado?, ¿qué le preguntó?»; y acto seguido obedecí su orden: «Vamos a dormir, que me duele mucho la cabeza».

El tío Pedro recuerda con gusto la afición del viejo por la fiesta brava: «Después de la corrida, discutía y celebraba con sus amigos hasta las once o doce de la noche en los restaurantes, bares y tienditas de los alrededores de la Santa María: pasodobles, vino, comida y olés. Compraba boletas para Sol y Sombra; allí estaba la gente más alegre. Iba con Pablo, y allá se encontraban con Churupo y sus amigos de la Sociedad de Amigos del Sur. Cuando voy a toros, me hago por donde él se hacía; como ahora está numerado, yo me siento en la fila dieciocho, más o menos, puestos 101 a 110; al frente de los toriles, de allí se ve la salida del toro; a mano derecha está el burladero de los matadores. Ahora quedan unas cuatro tienditas de las de entonces, lo demás son restaurantes y bares de moda. El sábado rallaba piña, hacía jugo y lo dejaba al sereno. Al otro día le echaba aguardiente a la bota, manzanilla y jugo de piña. Sus tabacos, su clavel, su boina, y partía hablando sevillano. Al salir de la Catedral, de la misa de doce, se regalaba para mostrar las banderillas que se iban a colocar en la tarde, y las exhibía desde la Plaza de Bolívar hasta la Plaza de Toros, que estaba antes por donde estaba el Teatro Olimpia. Llegaba y se ponía a torear; hacía toda clase de pases en las graderías, y la gente lo aplaudía. Al salir, iban por la chicha».

Los toros, mi abuelo Pedro Pablo y mi papá Pedro Pablo; ¡cuántas historias! Mi papá cuenta ahora su anécdota favorita; toma un trago de la bota, sosteniéndola con el brazo estirado, el

chorro cae directo a la boca, sin que se escape una gota: «Una vez llegamos tarde y la plaza, estaba llena. Abajo, en contrabarrera, que era nuestro sitio, estaban los puestos vacíos, y ya iba a comenzar la corrida, faltaban como cinco minutos para el paseíllo. Las tres y veinticinco. La plaza enardecida, los colores, las banderas, la locura, hermano. Le dije: ‘Papá, ¿qué hacemos?’’. Se abrazó con las manos el estómago. ‘¿Qué tienes?’’, le pregunté. ‘Empújame’, me dijo, ‘¡empújame!’’. Tras, lo tiré. Ra, ra, ra, y llegó a contrabarrera, y enseguida se para y me dice: ‘Pablo, bótate, hermano’. Entonces le pedí a un tipo: ‘¡Tírame!’’. Y allá llegué, rodando, desde arriba, al primer puesto de contrabarrera. Nos abrazamos. Algunos aplaudieron. Nos tomamos un trago. Y sonaron clarines y timbales».

En el rito, uno se olvida de sí, permite que salga el ser que la razón sepulta; fluye el primitivo que nos hace iguales al toro y a la naturaleza; se derrumba el hombre racional y prepotente; emerge el animal, florece Natura. En el rito, uno se recupera, y vive, fugaz, todo su ser, como en el amor: uno, el animal, la naturaleza y el otro se trenzan y somos sólo uno.

Cuando yo me fui a vivir al Valle con mi abuela Rosa, las cosas cambiaron un poco: si mi mamá y mis hermanos iban de vacaciones, mi abuela me mandaba con ellos, aplazando al máximo la fecha de la partida; y disfrutábamos con Benjamín, la tía Liboria y sus hijos la puesta del pesebre y del árbol de navidad, la quema de una enorme caja de pólvora que habían ido acumulando a lo largo del año, la cena, y el baile que organizaba, sin falta, mi prima Cecilia, a veces en toda la cuadra, hasta el amanecer: «La pachanga es un baile que está de moda».

Si mi mamá y mis hermanos se quedaban en Bogotá, la pelea con mi abuela para que me dejara ir con ellos era más dura, pues ella prefería que me quedara, por cariño, claro, y porque yo era el mejor vendedor de su almacén de calzado. Cuando mi papá llegaba con su otra familia a casa de mi abuela, la cosa era un poco más

difícil, pues se generaba cierta tensión entre mis medio hermanos, su mamá y yo, y sentía con claridad la exclusión y las preferencias con ellos. Recuerdo una vez que mi papá me pidió que lo acompañara a comprar los regalos; yo le ayudé a escoger las mejores bicicletas, los mejores patines, las mejores muñecas, los instrumentos musicales, los últimos juegos eléctricos que anunciaban en la televisión y la ropa de moda para mis medio hermanos y su mamá; en fin, todo iba muy bien, hasta que llegó la hora de los regalos para mis hermanos, para mi mamá y para mí, y empezó a regatear y a explicarme que no podía comprar todo lo que habíamos pedido, que ya había gastado mucho con el viaje, y entonces, con dolor, me desentendí del asunto y le ayudé a salir rápido del paso. En varias ocasiones sentí esa misma sensación de intensa tristeza al quedarme en casa de mi abuela y tener que asistir a los festejos de navidad, repartición de regalos y fin de año, pensando cómo la estarían pasando mis hermanos y mi madre; o al acompañarlo a buscar las boletas para los toros, ayudarlo a preparar la bota y tener que quedarme escuchando la corrida por la radio.

Carmen Francesca me mostraba a su gente, retomaba la palabra mi abuelo, me enseñaba sus ritos, me contaba sus historias y me iba despertando el deseo de llevarla a las chicherías, a las trastiendas, a los cafés, a las tertulias y hasta al Paraíso mismo. Leyendo las manos, recitando, bailando, a veces, y otras con sus silencios, conquistó mis espacios y mis amigos. Y los sedujo sin proponérselo, y sin dejarme de amar. Dudé: ¿Irme con ella? ¿Que se quedara? No quiso ni lo uno ni lo otro. La nostalgia y la ansiedad me asaltaron durante varios días, meses; pero cuando estaba más triste, recordaba sus palabras y gestos. Su mano izquierda tocaba su corazón y el mío mientras repetía: «Tú estás en mí y yo estoy en ti; lo que hemos vivido ya es parte nuestra». Entonces, del fondo de mi pecho salía un silbo de alegría y volvía a sonreír. De los árboles me contestaban trinos y gorjeos. Pero me costaba re-

gresar al Paraíso. ¿Qué diría Lucy? ¿Se habría enterado? Tránsito me hacía mala cara, y eso me daba rabia. Salía de nuevo. Mamá cantaleteaba. Harto de oírla, me tiraba a la cama, y ella hacía silencio cuando me creía dormido. ¿Pero Lucy? Lucy me abrazó con emoción, y con los ojos llorosos. No nos dijimos nada. Nos abrazamos una, mil veces, y nos quedamos dormidos, trenzados, entre suspiros y besos.

En ese entonces sentí cierto desasosiego. Un malestar que no podía entender. No estaba satisfecho con nada. El mal genio estallaba con frecuencia; no sabía qué me pasaba, ni qué quería, ni qué necesitaba, ni qué me hacía falta. Me sentía solo. Pero pasó pronto; bueno, ni tan pronto, pero pasó.

Mamá Agustina decidió que nos mudáramos a La Quinta. Aún estaba en obra negra, y el camino vivía hecho un lodazal, pero insistió tanto, y la situación económica era tan difícil, que no tuve más remedio que aceptar. Fueron muchos años de estar construyendo, repellando, pintando, arreglando esto y aquello. Todo vivía lleno de polvo, a pesar de que las chinas limpiaban y trapeaban a diario. A Tránsito le alquilé un cuarto en una casa de campo que quedaba a la vuelta de La Quinta. Sólo se necesitaron dos viajes de zorra para trastear todos nuestros chécheres. Yo llevé en el cádillac la vitrola, mis trajes, mis zapatos y unas cuantas chucherías.

El barrio se había ido poblando, y cuando llegaba salían montones de chinos, no sé de dónde, y me rodeaban antes de que bajara del carro: «Una palomita, señor Rey. Dénos una paloma, Rey. Una sola», y el carro se llenaba de muchachos, en los asientos, en los estribos, en el parachoques. Era una fiesta. Cuando tenía sencilla, les daba cualquier moneda. Tomen para los dulces. «Gracias, señor Rey». El diciembre siguiente organicé con los chinos un pesebre. Lucy me acompañó a comprar más figuritas para hacerlo bien grande; los muchachos consiguieron el musgo, la arena y la

madera. Hacíamos las novenas a las siete de la noche, y al terminar, camino al Paraíso, les repartía dulces y muñequitos.

En El Paraíso, cuando terminaba la novena, seguían las representaciones, los cantos, las declamaciones, los disfraces y al final el baile. Los clientes iban desapareciendo sigilosos del salón, hasta que nos dejaban solos a Lucy y a mí. Mientras en los cuartos se vivían los amores fugaces, nosotros nos acompañábamos de Efraín y María; Simbad el Marino; Kamaralzamán y la princesa Budur, la luna más bella entre las lunas; *El cantar de los cantares* o el *Rubaiyat*. «¿En qué piensas, amigo mío? ¿Piensas en tus antepasados? Son polvo en el polvo. ¿Piensas en sus méritos? Mírame sonreír. Toma este jarro y bebamos escuchando sin inquietud el gran silencio del universo».

Yo me voy en el ensueño de las palabras de la historia del abuelo y evoco mi niñez. Calle dieciocho sur, número veintiocho, cero, cinco, barrio Santander. Sin saber que estaba a muy pocas cuerdas de donde mi abuelo vivió con mi papá y mis tíos, en los doscientos metros de largo de la calle, con su fábrica de ampolletas, una vieja quinta transformada en escuela, los talleres de mecánica, la cancha de tejo, los inquilinatos con sus patios traseros sembrados de cebolla, la especie de bruja que vivía con sus perros, gatos y canarios sueltos y en paz, entre las matas de ruda, hierbabuena, manzanilla, poleo..., las tres tiendas, la que estaba a dos casas de la nuestra, con sus tres viejitas malgeniadas que me regañaban porque no decía lo que quería o porque no veía que estaban ocupadas y les decía lo que quería, y la fábrica de baldosines y su dueño, el señor Rairán, que hacía cada año un pesebre gigantesco. Quienes quisiéramos podíamos ir a la novena. Me encantaban el laguito y el río fluyendo, que armaban no sé cómo, con sus paticos de colores plásticos, y los Reyes Magos que avanzaban cada día un par de centímetros, las decenas de bombillitas que se prendían y apagaban, los filamentos de papel dorado y plateado, la estrella

iluminando un camino. Mientras mi mamá dormía, deprimida, pensando, quizá, en si mi papá le daría por fin el dinero para el paseo a Cali, llegaba la noche, y yo, aburrido, me sentía igual de solo que ella. Con miedo de que mi mamá o mi papá me regañaran por irme a meter allá, «como los gamines esos del inquilinato de al lado», como me decía mi madre; y terminaba por salir corriendo y ser uno más de los niños pobres del barrio. El señor Rairán repartía al final una bolsa de caramelos, y nosotros nos íbamos felices, deseando que llegara pronto la siguiente noche. Siempre he querido hacer un inmenso y radiante pesebre de luces, versos, cantos y colores, semejante al que encontré en México, el bello pesebre del poeta Carlos Pellicer que conserva su sobrino, el pintor y escritor Carlos Pellicer López, en medio del naufragio de la vieja costumbre y el reinado de la moda de los árboles de navidad nórdicos.

CUANDO EL JAPONÉS INHALÓ EL AROMA DE CADA UNA DE LAS FLORES DE EL PARAÍSO quiso que nuevos capullos adornaran sus prados. Lucy le explicó con claridad que no era fácil ni rápido el trabajo de sembrar, cuidar, podar y regar hasta ver emerger la belleza de la forma, el aroma y el color de un capullo. Cada tierra tiene sus flores, cada clima sus aromas, cada casa su jardín...: «El Paraíso es una familia, aquí se van conociendo los deseos y los caprichos de los visitantes, y procuramos satisfacerlos. Si al huésped le gusta bailar, tenemos sus discos preferidos y una excelente bailarina; si la poesía, adquirimos o copiamos los versos que más disfruta, nos los aprendemos y se los recitamos en voz alta o se los susurramos al oído; si le place camuflarse o transformarse, hay un cuarto lleno de máscaras, ropa y disfraces; si se fascina por las botas, las charreteras y los sables, tenemos uniformes de comandantes, subcomandantes, coroneles y hasta de generales, donaciones legítimas; si aspira a sacerdote, casullas, albas, birretes y toda clase de hábitos, regalos genuinos de nuestros propios clientes; si el señor quiere ser torero, tenemos trajes de luces, limpios o manchados de sangre; en fin... nuestros visitantes pueden obtener y satisfacer sus caprichos, y nuestras niñas son excelentes anfitrionas; pero es muy difícil prepararlas, y eso no se puede hacer de la noche a la mañana.

»La gente sabe conseguir lo que quiere, se las ingenia, por las buenas o por las malas; lo que no sabemos es darle al otro lo que desea. Cuando encontramos quién nos procure lo que anhelamos, nos sentimos en el cielo; este es sólo El Paraíso, porque to-

davía no llegamos al dar sin recibir. También es cierto que quien no da, no recibe, así que a nuestros huéspedes les permitimos practicar la doctrina del dar. Y hay quienes llegan a encariñarse, e ingresan a la familia; por eso, querido, nos es muy difícil recibir a cualquiera; se necesitan ciertas cualidades, cierto deseo de entrega, cierta docilidad, cierta predisposición para aprender, cierto orgullo, cierta seguridad interior; ninguna de nuestras niñas se humilla, ni hace lo que no quiere; somos muy selectivas. Voy a cometer una indiscreción con usted: algunas de nuestras chicas han llegado a casarse con altos oficiales, gobernantes, banqueros, empresarios, y también con trabajadores y comerciantes, por supuesto, no sólo con gente acomodada; y no me lo va a creer, pero son las parejas más felices que he conocido. Sus hombres nunca vuelven solos por aquí; algunos hasta nos visitan en familia, los domingos a mediodía; y pasamos veladas muy agradables. Pero no se acongoje, hay otras casas, yo le puedo dar la dirección de dos o tres. Piénselo».

Pocos días después volvió a tomarse un chocolatico caliente, con almojábanas y mogollas chicharronas. Le comentó a Lucy que le gustaría para el próximo fin de mes dormir acompañado de la señorita Eréndira, la más joven, casi una niña. Las muchachas estuvieron mofándose de ella. «¿Qué le habrás dado al artista, ah, picacona? El muy exigente no quería repetir, y sólo aceptó contigo».

Cuando Eréndira despertó, se sintió extrañada de que el japosito siguiera dormido. Recordó que en los sueños la habían poseído, uno tras otro, sesenta y un hombres; el primero era un joven virgen de quince años y ella se había solazado enseñándole las virtudes de la paciencia; el segundo era el mismo, o el hermano, de dieciséis; el tercero era de diecisiete... El último era el mismo hombre, anciano, de setenta y cinco años, y había tenido que enseñarle a no tomarse las cosas con tanta calma que desapareciera el deseo y llegara el sueño, mientras lo acariciaba con sabiduría; a ol-

vidar, pues él insistía en contar y contar su historia, que, viéndolo bien, no era tan extraordinaria; y a liberarse del matrimonio, pues, casado e infiel durante toda su vida, insistía en que se casaran y se fueran a vivir a la Isla Grande, donde él vivía como un rey.

«¡Píter! ¡Píter!, gritaba Lucy, el japonés se nos murió en El Paraíso». Llamamos a uno de los médicos asiduos a la casa, y nos confirmó que el hombre estaba muerto. Tenía los ojos cerrados. Estaba acostado de medio lado, frente al ahora espacio vacío que había dejado Eréndira cuando salió gritando. Las piernas juntas, flexionadas hasta tocar los antebrazos y las manos, que también estaban unidos. Sus codos apuntaban a la barriga. Los músculos conservaban aún la tonicidad y la fuerza de quien ha cultivado su cuerpo, pero la piel pecosa, arrugada y como suelta, delataba la vejez. La expresión de su rostro era plácida. En el cuarto había centenares de mariposas amarillas flotando.

El médico extendió el certificado, y comenzamos una romería por las oficinas encargadas de los asuntos de los extranjeros. Ninguna persona nos dio un solo dato acerca de su dirección o de algún familiar. Nadie nos dijo qué hacer ni a quién entregarlo. Lucy y yo nos encargamos del entierro. Las chicas fueron vestidas de blanco; y también asistieron, para sorpresa nuestra, varios de los clientes, con quienes nunca cruzó una palabra en El Paraíso. Como no sabíamos mucho acerca de sus creencias, decidimos enterrarlo a nuestra manera, y con lo que nos imaginamos apropiado. Ofició la misa el padre Alfonso. Cuando concluyó, nos fuimos a un río, y en sus aguas cristalinas dejamos ir un farol con una vela encendida. Hicimos adaptar esa frágil lamparita de papel que ilumina las calles de nuestros pueblos el ocho de diciembre, día de la virgen, para que pudiera navegar con su alma. No recuerdo quién nos dijo que así se despedían los japoneses de los muertos, y nos pareció muy lindo dejar que el farol y la vela guiaran su camino de retorno.

Eréndira dijo que ya había amado de todas las formas posibles y con hombres de todas las edades, y que sus ansias de amor y de dinero habían desaparecido, y decidió tomar los hábitos y dedicarse a Dios y a la humanidad. Le hicimos una gran fiesta de despedida; en ella le ofrecieron matrimonio diez de los invitados. «¿Habrase visto mayor insolencia, mijita, uno de ellos me dijo que si quería me sacaba a vivir bien! ¡Como si hubiera vivido mal! ¡Cómo si él viviera mejor!», repetía Eréndira una y otra vez, y dejó El Paraíso y tomó el camino del convento.

«¡Este país no tiene remedio, ala, entre escritores y militares van a acabar con él! Sólo a un escritorzuelo ingenuo se le ocurre, siendo presidente, empeñar sus sueldos, y lo que es peor: sus gastos de representación, así no más, como cualquier cosa. ¡Como si fuera lo mismo que empeñar una máquina de escribir! ¡Carajo!», fueron las palabras que me recibieron en el café. Los ánimos estaban tan caldeados que nadie se dio cuenta cuándo entré. «¡Qué ingenuo ni qué nada! ¡Un pícaro es lo que es! Con su carita de yo no fui, con sus cuentitos de humildad, con sus becas para los pobres en el Instituto Técnico Central, con su buscar en el cielo la luz que le da a la tumba de su hijito, con todas esas vainas, el muy pendejo nos viene ahora con el cuento de que no sabía que estaba mal vender sus gastos de representación. ¡Estos conservadores nos tienen jodidos! ¡Hasta usurero dicen que es!». No, hombre, no exageren, les dije, en este país somos todos unas víboras. Pobre viejo, yo mismo lo he visto entrar a misa de seis, y siendo quien es no se las da de nada, y se nota su sencillez... «¡Hola chino Rey!». «¡Cuánto tiempo!». «¿Qué te habías hecho, Píter?». «¡En El Paraíso!, con la siempre virgen Lucy, que lo tiene agarrado». «¿Qué te tomas?». ¡Un pureje! ¡Salud! Pobre viejo, ala, ¡usurero! Yo mismo me lo encontré en la casa de la vieja Dolores pidiendo dinero prestado... «No, chino Rey, no sea ingenuo, esa es una patraña suya, detrás de su aparente sencillez y pobreza brilla la soberbia». Bue-

no, mejor no hablemos más de política, porque vamos a terminar a los golpes. «Cuéntanos tus desdichas, porque las malas lenguas dicen que te ha ido como a los perros en misa».

Esa noche, entre recuerdos y dobles, me emborraché como nunca, y les conté lo que me había sucedido en los últimos meses. Estaban silenciosos y apesadumbrados. Vamos, ¿qué son esas caras? Salté a la mesa, saqué las castañuelas, ¡y a cantar y a bailar flamenco! Mis tacones azotaron con rabia las tablas, después el ritmo se tragó la furia, y sus caras se fueron transformando en una sonrisa. Pronto soltaron la carcajada y aplaudieron. Rodaron las botellas al suelo y cada quien agarró su tabla. Agustín, el más viejo del grupo, cayó al suelo al intentar treparse de un sólo brinco al mostrador, pero no se amilanó, tomó una silla, y apoyándose en ella conquistó la cima. Y sonaron los aplausos y los olés. Doña Carmelita, la dueña de la tienda, pretendió bajarnos, pero yo la invité a bailar. Entonces, cerró las puertas, se metió a su cuarto y reapareció al momentico con los labios pintados, recién peinada y olorosa a pachulí. «Denme un trago, carajo», dijo, y bailó como poseída. Poco más tarde quiso abrazarme y besarme; pero estaba muy vieja y a mí lo que me provocaba era ternura, y el corazón y el cuerpo se me encogían. «Un besito no más, chino Rey». «Dale un beso, Rey, ¿qué se te quita?». Le di un beso y me zafé con cuidado. Ella siguió bailando y empezó a desnudarse. Callamos, y la vimos mover los gordos y las arrugas. Cuando terminó, la aplaudimos, y nos dio las gracias abrazándonos y besándonos. Agustín nos miró de reojo, y se fue con ella tras la cortina que separaba la tienda de las habitaciones de la casa. Salieron después, con la cara sonriente, y nos propusieron ir a desayunar a Monserrate. Al rato, estábamos sudando la gota, junto a los fieles madrugadores, cuesta arriba.

Tránsito volvió a quedar preñada. Esta vez tuvo una niña morena, sanota y rolliza, con unos ojos alegres, y más gritona que todos los chinos que había conocido hasta entonces. Le pusimos

Gardenia, y la bautizamos rapidito. «Mira, Tránsito, yo no quiero tener más chinos, ya se nos han muerto dos, la situación está muy difícil, y el médico dice que otro parto para ti es peligroso; con mis dos hermanas, la construcción de la casa y los dos chinos es más que suficiente». Me espetó con rabia: «Lo que pasa es que usted ya no me quiere». No china, de verdad, la situación está jodida. «Bueno, si es eso, pues yo trabajo». No, no se trata de que te pongas a trabajar, yo te puedo sostener; además, ¿quién cuidaría los chinos? «Pues apenas estén grandes, yo me pongo a trabajar». Al año consiguió una muchacha del servicio, y conoció lo que es joderse. Para ese entonces ya sólo la visitaba una vez a la semana, y ella empezó a llamarme señor Rey. «¿Qué le provoca señor Rey? ¿Un traguito, sumerced? ¿Una changüita, señor Rey?». Bueno, doña Tránsito, muchas gracias. Hasta luego doña Tránsito. «Hasta luego señor Rey».

Yo permanezco sentado en el escritorio que era del abuelo. Tras de mí, en la pared, una fotografía suya; a un lado está la bodega llena de motores, plantas, compresores, grúas, carros, tractores, molinos, cilindradoras, trituradoras y hasta viejos muebles de oficina y uno que otro armario antiguo. Al frente, en un escritorio más grande, Pablo, el hijo mayor de mi abuelo, mira el retrato y dice orgulloso: «Yo me parezco mucho a mi papá; en esa foto somos idénticos». Se queda pensativo un rato y prosigue recordando la vida de sus padres. A mi mamá la llamaba doña Tránsito, ella le decía señor Rey. Las pocas veces que iba a la casa era bien recibido, lógico; y se tomaba sus traguitos. «¿Qué hay, doña Tránsito?». «¿Cómo está, don Pedro?». Se chanceaban y bromeaban mucho: Yo te voy a enterrar primero. «Eso crees, viejo, yo te voy a tirar de las patas cuando estés por ahí de sinvergüenza».

Mi tía Nubia, hermana de Pedro, hija de doña Nubia y mi abuelo Pedro Pablo, se divierte contando una escena del viejo y doña Tránsito: «Una vez, interno en el Hospital Militar, mientras

nosotras lo visitábamos, llegó ella. Mi mamá se salió, claro, pero yo me quedé y los escuché: ‘¿Qué hubo viejito? Mijito, ¿pero qué es lo que tiene sumerced? Se tiene que cuidar, mire que si no se cuida, ¿quién me va a visitar? ¿Con quién me voy a tomar mis traguitos y hacer mis siesticas?’ . ¿Cómo le parece?».

Cuando llegamos a esta parte de la historia, Jaime Rey ríe a carcajadas y le explica a Rosita, su esposa, que no puede entender y no sale del asombro: «¡Hijole! Aquí en México no es así. Claro que hay señores que tienen su casa chica, pero nunca se conocen entre sí las familias; eso, no». «Sí, hija, eso no tiene nada, a nosotros nos criaron sin escondernos nada; nosotros conocíamos a casi todos los tíos y a sus mamás; mi papá, la verdad, fue muy reservado, pero estando aquí en México pude conocer a uno de mis medio hermanos, venía de Estados Unidos, y Pedro, un tío de mi edad, me lo presentó. Hoy en día quisiera conocer al resto de mis medio hermanos. Mi mamá no está de acuerdo con esa vaina, pero yo sí los quisiera conocer, sin que se dé cuenta, para qué la voy a molestar». Yo miraba a Lisandro, el hijo del primo, y a Rosa Jimena, mi hija; ¿cómo sentirían y cómo los marcarían estas historias? Me parece que, en realidad, mucho no les importan.

El tío Pablo me ofrece otro aguardiente y prosigue su relato: «El viejo, muy correcto, maravilloso, la sensación. A pesar de que, eso no es culpa de él, tal vez, eso no lo lamento, porque me enseñó a trabajar, cosa que le agradezco, no me dio educación. Toda la educación que tuve fue un año de escuela, sólo un año de escuela. Mi papá, como era el sistema de los viejos de ese entonces, de unos, no todos, no se preocupaba por la educación de los hijos, más bien por el trabajo —según mi papá, el tío Pablo vivió muy amargado, porque mi abuelo le sacó el jugo más que a nadie, y lo mandaba con restos de lavaza desde el Bar La Liga hasta el Santander, donde tenía un criadero de marranos—. No me dio plata ni me dejó herencia, pero sí, a través del tiempo, he reconocido que

me enseñó a trabajar; me formó en la ley del trabajo, que para mí ha sido muy buena herencia. Nos enseñó desde chiquitos; en el patio de atrás de La Quinta cultivaba papa, maíz, hortalizas, y lo hacía a uno bombear agua, regar, laborar. Él era feliz ahí».

La política, como los toros y el baile, era toda una pasión de mi abuelo: Llegó el día de las elecciones, chino. Era la primera vez que iba a votar. Me bañé, me afeité, me puse mi traje y mi sombrero. Me coloqué el clavel rojo en el saco, y salí con mamá Agustina, Tránsito y los chinos. Pasamos por Lucy, que se subió al cádillac. Adelante íbamos mamá y yo, atrás Pablo, Gardenia chiquita, Tránsito y Lucy. Las chicas del Paraíso venían atrás en varios taxis. Mi primer voto fue por el General Benjamín Herrera; estaba feliz porque todos los liberales decían que por fin íbamos a ganar, y yo iba a contribuir al triunfo con mi voto. Hubieras visto, chino, era la locura, yo era el único que iba escoltado por una treintena de chicas guapas, y todos nos volteaban a ver. «¡Viva el Partido Liberal!». «¡Viva!». Contestaban Lucy y las chicas. «¡Viva el Partido Conservador!». «¡Viva el Partido Liberal!». «¡Viva el General Pedro Nel Ospina!». «¡Viva el General Benjamín Herrera!». «¡Viva la democracia, carajo!».

Después de votar, nos fuimos a piquetear al lago. Pasamos a comprar la comida al piqueteadero. ¡Todo un placer!: «Pruebe la cochinita, Míster Píter, y la morcilla. Mire cómo está este chicharrón, y el corazón. Tómese un traguito, sumercé». Afuera sonaba el pito del carro... ¡La cuenta, sumercé! «No se preocupe, mijito, después me paga, cuando pase con calma, al fin de cuentas ustedes es de la casa». Alquilamos canoas y pasamos el resto de la tarde entre fritanga y vivas al Partido Liberal.

UNA CALAVERITA DE AZÚCAR: blanca, adornada con papel de china rojo y azul; en su frente, en un papelito, escribo: Pedro Pablo. Otra calaca dulce: rosada, con hilos dorados y blancos; en la frente: Rosa. Varias cajas de cerveza y una mesa cubiertas por dos multicolores zarapes. Cajitas y botellas envueltas en papeles morados, rosas, lilas y rojos. Una vasija vieja, de esas en las que se transportaba la leche a lomo de mula, floreros y baldes cargados de cempasúchil, flor amarilla de muertos, salpicados del terciopelo rojo de la pata de león. La foto del abuelo al lado de la imagen de la abuela. El retrato de mi hermano Orlando, él y yo perdidos en el Parque Nacional, de la mano y, por último, el recuerdo gráfico de mi tío Orlando, su padrino, cargándolo el día de su bautizo. Cadenas de cempasúchil colgando de la pared. Aguardiente, café, cigarrillos, sobrebarriga sudada, papas chorreadas, una mazorca, arroz, un vaso de agua, velas y veladoras encendidas. Humo de incienso.

Yo evoco mis muertos en México y me entrego al rito de los mayas y los nahuas. Mis difuntos van y vienen de Colombia por un antiguo camino sembrado de maíz, caña y agave. Llegan por las noches y emprendemos largas jornadas por el pasado. ¿Un traguito? ¿Chicha o pulque? ¿Tequila o aguardiente? ¡Salud! «¡Bebiendo! ¡Estos hombres no dejan de tomar ni después de muertos! ¡Carajo! ¡Nunca van a aprender!».

A medida que yo crecía y mi abuela se encorvaba, fui acortando el nombre con el que la llamaba: abuelita, mamita, mita, cuéntame, ¿cómo conociste a mi abuelo? «A este viejo lo conocí

desde muy chica, me contesta observando la imagen, y sonriendo. Chabela se casó muy joven, como de quince años, con Froylán, un hombre muy trabajador. Cultivaban cebolla, criaban ganado y ovejas, y vendían leche. Chabela no quiso trabajar con su marido, ella quería su propio negocio, y pusieron una tienda. Y yo me fui a vivir con ellos. Me daban la comida, la dormida y el vestido; a cambio, yo debía ayudarles en el potrero. Ahí me tiraron como animal de monte, y yo me la pasaba entre las vacas, los borregos y los perros; andaba por los árboles, en los ríos, montaba a caballo, a pelo, mijo. ‘¡Que te vas a caer, Rosa!’, me decían, y más montaba. ‘¡Esta Rosa está más loca que una cabra!’. ‘¡Vete pa’ la tienda, y ayúdale a Chabela!’. Su abuelo llegaba al negocio a tomarse sus aguardientes. A veces se aparecía con músicos y todo. Eso se armaban unas parrandas... Me divertía verlo hacer sus payasadas. Cantaba, recitaba, se disfrazaba de gitano, les sacaba el chaleco a los amigos sin quitarles el saco, era simpático el viejo... Yo oía decir todo el tiempo que el señor Rey era muy buen mozo, y mujeriego...».

Escucho la versión de mi abuelo: Su abuela era una china muy chula. Pequeñita, con trenzas, vivaracha. Recuerdo que una vez se quedó mirándome fijo, y me preguntó: «Señor Rey: ¿es verdad que usted es muy mujeriego?». «¡China indiscreta! Váyase p’al potrero a ver qué le pasa a Froylán que no ha vuelto y ya es hora de la comida», le dijo la hermana, y todos se rieron.

«Tenga, china, me dijo él, continúa la abuela Rosa, para sus dulces. En los diciembres, hacía un pesebre inmenso, ya mí me encantaba ir a la novena. Era como jugar a la casita en grande, llena de animales, personas y santos. Yo era la encargada de ir moviendo las figuras. La vaquita por aquí, esta manada de ovejitas por allá, que no se las vaya a comer el lobo, que el burro esté cerca de la choza. El rey negro por aquí, atrás de los otros dos, pero que no se vaya a rezagar. Los peces van ahora de subida... Al final repartía dulces, y yo salía feliz con los chocolatinos que me tocaban».

A mí me llamó la atención, dice el viejo, que una china de siete u ocho años, eso debería tener, una culicagada, supiera de política y se atreviera a opinar entre los mayores. Mientras nosotros discutíamos los resultados de las elecciones, ella nos miraba atenta. «¿No saben la última? Dizque ganó el general Pedro Nel Ospina». «¡Otro presidente conservador!». «¡Otro general!». «¿Hasta cuándo? ¡Carajo!». Y la mocosa va contestando, de pronto: «¡Hasta que los liberales se amarren los pantalones!». «¡Váyase pa'dentro, china metida! ¡Vaya a hacer su tarea, en vez de estarse metiendo en cosas de grandes!». Carcajadas, de nuevo.

«¡Qué china más bonita!, dijo Lucy cuando la conoció, ¡de grande va a ser candela!». «Usted, ¿qué me mira?», le contestó Rosa con rabia. «Nada, hija, nada, que usted es muy bonita y muy viva». Y quiso pasarle la mano por la cabeza, pero ella se la quitó de un manotazo. «¡Estas chinas de hoy en día!». Salimos riendo. Al llegar al Paraíso, nos encontramos con Eréndira, iracunda. «¿Qué pasa, hija? Yo la hacía en el convento», le dijo Lucy. «¡Qué convento ni qué nada! ¡Yo dejé El Paraíso y los hombres para entregarme al Señor, no para que una monja babosa viniera a manosearme mientras estaba dormida!». «Cálmese china, no haga escándalo», le decía el padre Alfonso. «¡Qué cálmese ni qué nada! Usted también es un pecador. Todos somos la misma cosa, unos vestidos común y corriente, otros con mucha sotana y hábito, pero debajo calienta lo mismo. Yo no vuelvo a pisar una iglesia. Para adorar a Dios no es necesario ir a ningún lado, ¡y menos donde dicen que es su casa y sólo hay hipocresía! Imagínense, yo estaba en el tercer sueño, y de pronto siento una mano entre las piernas; al principio pensé que estaba soñando, pero la mano siguió subiendo y una boca se me acercó al oído y empezó a decirme que me quería. ¿Qué pasa? Grité angustiada. ‘Nada, mi niña, nada. Cálmese, no haga escándalo’. ¡Madre Superiora! ¡Madre Superiora!’, grité con toda mi fuerza. Se prendió la luz y me encontré a la Madre Superiora a mi lado,

diciéndome con su cara más tierna: ‘¿Qué le pasa, mi niña? ¿Tiene pesadillas?’. Al día siguiente le dije que me iba. ‘No, mi niña, ¿por qué se va a ir? Usted ha pecado mucho y debe servir al Señor para salvarse’. Al Señor, Madre Superiora, al Señor, le dije, y no a usted. ¡Tuve que salir corriendo y treparme por la pared!».

Uno de los visitantes del Paraíso, un joven que estudiaba con los hermanos maristas, ¿o con los jesuitas?, no recuerdo bien, soltó la carcajada y contó su historia: «El padre más viejo de un colegio me ofreció un día, después de subir la loma en cuyas faldas estaba el colegio, mientras hacía cola para la ducha, su baño: ‘Si quieres, hijo, usa el mío; te puedes resfriar mientras esperas, la cola está muy larga’. Y me señaló la puerta. Le di las gracias y subí. A los dos minutos, cuando me estaba desvistiendo, abrió y me indicó: ‘Ahí está el jabón’; después: ‘Allí, el estropajo’; y otra vez: ‘Y ahí la piedra pómez, mijo’. Los dedos se dirigían al gabinete, pero sus ojos apuntaban al medio de mis piernas. Y cerró. Pocos minutos después, justo cuando me había desnudado, volvió a abrir y entró con un par de chanclas: ‘Mire, mijo, para cuando salgas, no te vayas a resbalar’; y mientras hablaba, su mirada me recorría, lasciva. ‘Si deseas algo más, dímelo, yo con mucho gusto te lo doy, lo que sea’. No, padre, gracias, y me metí a la regadera, saltando, para salpicarlo y que se fuera. ‘Ay hijo, cuidado, no me moje, que si me ven así y lo ven salir de aquí, van a pensar mal’. Y entonces saltaba con más fuerza, divertido, cantando, y él salió. Cuando terminé de bañarme, apareció con una toalla en las manos: ‘¿No quieres que te seque?’. No, padre, gracias. Se movía para un lado y otro del cuarto, pero desde cualquier ángulo sus ojos enfocaban mi verga. Tuve que salirme del colegio, pues no soporté su persecución». El padre Alfonso no paraba de reírse. Lucy sacó una botella de vino y brindamos por el retorno de la oveja descarriada al Paraíso.

Ese día el padre Alfonso bebió como un desesperado, cosa bastante rara en él, ya que en general era más bien medido, y en-

tonces dio inicio a la defensa de su tesis, según la cual se debería volver a los tiempos de antes, cuando no estaba prohibido a los ministros de Dios tener mujer: «Es mucho el sacrificio, ala, uno puede amar a Dios, servir a la humanidad, entregarse a la iglesia, pero no deja de ser hombre, el animal no desaparece, ¡y ahí es cuando surgen todas esas vainas! Claro, muchos entran ya viciados y se conectan con los viejos, que los reciben amorosos, y los protegen; cuando crecen, se dedican a seducir jóvenes, viejas, y hasta hombres hechos y derechos. Yo recuerdo un compañero a quien le gustaba enseñar: ‘A ver Martínez, ven a darme la lección’, y lo hacía colocarse muy cerca de su escritorio; entonces, muy suave, le rozaba la pierna al muchacho, y claro, muchos niños y jovencitos se iniciaron así en los misterios de Dios, y en el santo culo del marica aquél. Otro escogía los cursos de primero de primaria, y sentaba a los niños en sus piernas; en fin, mejor no hablar de esas vainas. ¡Qué bueno que regresó Eréndira!». «¡Bravo!». «¡Salud!». Esa noche, el padre Alfonso se emborrachó y vomitó, tanto, chino, que pensamos que se iba a morir; pero lo bañaron, le dieron fricciones, y María, su preferida, lo llevó a la cama. Al día siguiente no hubo misa de seis en su parroquia.

Otro padre Alfonso, por allá, en un pueblito del Valle, recogió una niña como de trece años: «Una preciosura de niña, mi huerfana, mi niña, decía él. ¿Yo qué haría sin mi niña? Mi muchachita me ayuda con algunas pequeñas tareas. ¡Ay, mi niña!». ¡Mi niña resultó embarazada a los quince años!, y nunca se supo quién había sido el padre, aunque la criatura tenía los mismo ojos verdes del cura. «¡Cómo le parece!». «¡Es el colmo!». «¡Pobre padre Alfonso!». Mi niña volvió a quedar preñada. Cuando quedó encinta por tercera vez, lo mandaron a Italia a especializarse, pero él se las ingenió y se llevó a su niña y a sus tres críos. «No podía dejar desamparada a mi niña y a sus tres criaturas», decía. Cuando regresó, dejó los hábitos y se casó con la niña.

Una vez me invitaron a escuchar música clásica en una casa famosa, un lugar sin igual en el mundo, en Cali, la capital mundial de la salsa, como les ha dado en llamarla. Los dueños eran un matrimonio de ancianos. La vieja tenía como unos sesenta años, se pintaba los labios, los ojos y las mejillas; aún se reflejaba la sombra de una bella mujer; mantenía derecho su cuerpo, miraba coqueta, se desplazaba entre los clientes con seguridad, y cuando alguno le gustaba, lo invitaba a ver su discoteca, contigua al dormitorio. El viejo deambulaba por los pasillos, agachado, barriendo, limpiando el polvo o sirviendo los licores, cuando no se quedaba en la calle cuidándole el carro al doctor, cualquier cliente con carro. «¡Pobre viejo! ¡Es un santo varón!», decía ella. Tenía miles de discos. Mientras yo buscaba una pieza que quería escuchar, ella se escabulló al cuarto y salió olorosa a perfumes. Después se me acercó, señalando una inmensa muñeca que tenía sentada en su cama, y a hurtadillas me confesó: «¡Es mi hija!». ¿Su hija? «Sí, mía, y de Beethoven. Mírelo —y mostraba un retrato del músico—; ¿no es bello? Observe la fuerza de su mirada. Nosotros no pudimos vivir nuestro amor en su momento, pero ahora nadie lo puede impedir. Él me visita casi todas las noches, y yo escucho su música».

El viejo se asoma, haciéndose el distraído, desde el cuarto vecino, donde está el refrigerador. Ella cambia el tema de la conversación: «Mi viejo, tan trabajador, se dedica a levantar los vasos y las botellas, a regar las plantas, a limpiarle la mierda a los gatos. Cuando termina, yo ya estoy durmiendo, rendida». El hombre abandona la búsqueda y sale con dos botellas de cerveza. «Mi Beethoven es tan impulsivo, tan apasionado, tan fuerte, tan masculino». Y se lanzó y me dio un beso. Y salió a bailar en el patio, en medio de las mesas. «Usted puede pedirme la pieza que quiera, yo tengo toda la música del mundo para atenderlo, pídamelo que quiera». Regresamos a la mesa. «¿Quiere tomar algo, señora?», le

preguntó Magdalena. «Bueno, un whisky. Yo no acostumbro a recibir trago de nadie, pero ustedes me caen bien. Aquí sólo viene gente elegante, gente bien, gente fina, músicos, bailarinas, compositores, mire». Y lo arrastraba a uno de la mano y le mostraba las paredes de un cuarto llenas de fotografías de artistas, danzarinas, programas, entrevistas, todos autografiados por los protagonistas. El gato dio un brinco, maullando, y se trepó al muro que separaba el patio de la amante de Beethoven de la casa de putas vecina, donde sonaba El Trío Matamoros. «Es mi Beethoven, dijo, cuando se aburre, se convierte en gato y se va, ¡libre como ninguno! Un padrecito me sedujo y me sacó del noviciado, y como yo no tenía ni familia ni con qué vivir, y el curita me abandonó, tuve que trabajar en un bar, nos cuenta, y un día llegó un hombre que me fascinó. Nos enamoramos, y me fui con él. Recorrimos toda Colombia, y varias partes del mundo. Él era pianista; un virtuoso, con mucha fama; él me presentó a Beethoven, y nos instalamos aquí; a él le encantó Cali, y viajábamos, claro. De los cinco continentes me mandaba programas, críticas, discos, y las partituras que escribía. Llegaba de incógnito y nos encerrábamos semanas enteras a escuchar música, a leer los recortes, y nos amábamos oyendo a nuestros compositores y músicos favoritos... Él practicaba ocho horas diarias... Un día le dio un ataque al corazón, y me quedé sola. Y entonces me casé con este pobre hombre, que ha sido un gran compañero; él va adonde yo diga, él hace lo que yo quiera, es como mi sombra; él me adora, él me cocina, él arregla la casa, él atiende las visitas, a los gatos, y hace las compras; ah, ¿qué haría sin él? Pero mi pasión es Beethoven. Vivo por él. Lo que no sé es qué va a pasar cuando me muera. Allá, en el cielo, ¿usted cree que podremos vivir los cuatro en paz?

»Después de la muerte de mi pianista, mi compositor comenzó a visitarme; primero venían juntos, pero yo no sé por qué, un día desapareció mi pianista, y desde entonces sólo vino la mirada,

y no me deja nunca, ¡nunca! A cualquier hora, en cualquier momento, esté haciendo lo que esté haciendo. El muy pícaro se cuida muy bien de aparecerse cuando no está mi marido, o de colocarse tras sus espaldas, y entonces yo lo mando a hacer alguna cosa, y mi compositor me asalta en la cocina, y en medio del olor a frijoles o a chocolate nos revolcamos entre los maullidos del gato, que se pone celoso, pobrecito. Me tira sobre la mesa del comedor... Y después se limpia con la servilleta del lugar que le dejo listo, ‘por si llega una visita, nunca se sabe’, le digo a mi esposo. Le encanta restregarme la espalda, mientras me estoy bañando, y me llena de espuma durante horas enteras, riéndose mientras mi marido grita desesperado: ‘¿Por qué te demoras tanto en el baño, Lila?’. ¿Ve esa niña que está sentada en mi cama? Es nuestra hija». Y empezaba a tararear y a bailar. Cada tanto iba a visitar a la señora Beethoven, me tomaba un coñac, escuchaba música, leía... Ella sólo se sentaba a la mesa cuando uno le caía bien y quería hablar; entonces se instalaba y repetía una y otra vez la vida de su amante, sus encuentros y su música.

De pronto, Lila se puso muy ansiosa, me llamaba cada tanto a la discoteca, se ponía uno tras otro todos sus perfumes, se cambiaba de ropa, me preguntaba si Magdalena era mi mujer, si era celosa, si no se daría cuenta de lo nuestro. Después se sentó con nosotros y la sacó a bailar. Nos bebimos entre los cuatro una botella. Y sin más, le preguntó a mi amiga si me quería.

—¿Usted qué cree? —le contestó ella.

—Yo no sé, pero yo sí lo quiero, es mío —y me jaló del brazo.

Magdalena entró de inmediato en el juego, y le refutó con ahínco:

—No, es mío —mientras me abrazaba por la cintura.

Lila me soltó, rio y dijo, entre carcajadas:

—Mentiras, mi amante es Beethoven, el suyo no está mal, pero ante mi compositor no tiene nada qué hacer —y nos dio un beso.

Danzamos hasta el amanecer, inmersos en el intenso aroma de la flor de noche, blanca y esbelta flor que abre sus pétalos con la luz de la luna y las estrellas; flor que nos embriaga en su perfume y nos recuerda que no sólo en el día Natura florece, que la belleza es una flor intensa y pasajera. Cuando el dios de la luz y de la flora se oculta, cuando la penumbra nos rodea con su manto, la luna y las estrellas reinan y la flor de noche irrumpe dejando ver que en la oscuridad también hay flor y canto, vitalidad y belleza. Develación de la riqueza del cosmos: vida y belleza en la muerte. Cuando salimos de la Casa Beethoven, los primeros parroquianos abrían las puertas de su casa, y comenzaban el día al mismo tiempo que los gallos de los solares vecinos anunciaban el retorno del sol.

¿Qué habrá sido de Lila? ¿Habrá ido a encontrarse con su amor? En mí vive en las vueltas alegres, en los perfumes baratos, en las grandes muñecas, en Beethoven, en la música y en los jaloneos y las risas con que ella y mi personaje me alegraron.

Avanzan las noches, las historias de los abuelos y de la danza de la muerte, que nos va cercando poco a poco. Brotan los cogollos y el aroma del cempasúchil, de la pata de león, de la flor de noche. Con ellos llega el olor a tierra húmeda que invade la nariz y la concavidad del cráneo buscando el líquido que somos. El agua riega la humedad de la tierra y brota el niño del colegio con sus pantalones cortos, el saco de gala, la camisa blanca de cuello duro y la corbata, bien peinado, en medio del árbol trunco, negra y dura caja; el vecinito a quien vi por última vez corriendo tras la pelota que después me mandó a regalar su madre, y que yo no pude usar nunca; el tío Orlando; el abuelo; mi hermano Orlando; el amigo torturado por la ilusión de un mundo mejor y más justo; el viejo compañero con un balazo en la cabeza, en el baño del cuarto de hotel adonde llegó con su última conquista, sin saber que ella sólo cumplía las órdenes del capo que no se dejó joder por el revolucionario que, extraviado tras las armas, el dinero y el

poder, pensó que podía entrar y salir impoluto e ileso del infierno; la abuela; y tantos más que nos esperan desde la tierra húmeda, ¿tristes?, ¿sonrientes?, al final del camino de velas encendidas que se van apagando. Y esa temible desconocida se torna familiar a nuestros ojos, y nuestro corazón ya no late acelerado en su presencia. Y cualquier noche, bajo el negro manto salpicado de estrellas, bajo el embrujo de la luna, frente a una danza de esqueletos, entre papel de china picado, dulce de calabaza, cempasúchil y terciopelo, nos preguntamos si resultará tan dulce como las festivas y azucaradas calacas mexicanas.

YQUE YO ME LA LLEVÉ AL RÍO
creyendo que era mozuela,
pero tenía marido.
Fue la noche de Santiago
y casi por compromiso.
Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.
En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos,
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos.
El almidón de su enagua
me sonaba en el oído,
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos...

Me porté como quien soy.
Como un gitano legítimo.
Le regalé un costurero
grande de raso pajizo,
y no quise enamorarme
porque teniendo marido
me dijo que era mozuela
cuando la llevaba al río.

Declamaba con frecuencia mi padre con su potente voz el poema de García Lorca, y remataba, sonoro y festivo: «¡Éje!». Le encantaba despertarnos y ponernos a recitar a media noche, cuando llegaba borracho con sus amigos: «¿De dónde vienes marine-

ro?/ Del mar, del mar, de los remotos horizontes/ y de la azul inmensidad...». A mí me gustaba oírlo declamar, y me encantaba la poesía, pero no recitar, ni el ebrio circo de la media noche, con declaraciones de amor a mi madre y a nosotros. Nunca entendí el porqué de su especialísimo gusto por «La casada infiel», ni la cara sombría de mi madre, hasta hoy, al recordarlo y escribirlo, justo antes del pasaje en que yo le pregunto por qué no se casó con mi madre, borrachos, cuando yo tenía doce o trece años, después de acompañarlo todo el día en su compra y venta de maquinaria por los alrededores de la ciudad, los depósitos de sus amigos y las cantinas. Aún escucho su respuesta, a las cinco en punto de la madrugada: «Porque cuando conocí a tu mamá ya no era virgen», y mi llanto inconsolable, y la cara de sorpresa y de angustia de mi madre, lágrimas en las mejillas, cuando él la acosaba preguntándole si era o no verdad lo que decía.

¡Puta de mierda! ¡Que aquí no vuelva a dar la cara! ¡Que no la vuelva a ver! ¡Si se pone delante de mí, la mato! ¡Grandísima puta! ¡Para mí, se murió!, gritaba el abuelo. «Calma, mijo, calma, todas las mujeres nos tenemos que casar algún día», intentaba tranquilizarlo Tránsito. ¡Qué calma, ni qué mierda! Casarse, sí, ¡pero no irse así no más con el primero que se lo proponga! Ni estudió ni hizo nada, tanto joderse uno para sostenerlas y para que estudiaran, tanto matarse para que venga cualquier hijueputa y se las coma así no más... Le apuesto que ya estaba preñada... ¿Quién será ese malparido para romperle la cara? «Calma, mijo, en el fondo es un buen muchacho...». ¡Qué buen muchacho ni qué carajo! Y tú, ¿cómo sabes que es un buen muchacho? ¡Putá! ¡Putá de mierda! Y destrozó el vaso de cerveza contra el suelo. «Calma, mijito». Y estrelló contra el piso la botella. «Mire cómo se está poniendo, su merced». Y de un manotón fueron a parar al piso uno tras otro los veintitrés vasos de cristal restantes, y el anaquel quedó bailando. «Cálmese, mijito, mire cómo está, todo rojo, cálmese que le hace

daño». Un patadón y el anaquel se vino abajo con todo y vajilla y jueguitos de café y té. No había cesado el estruendo, cuando se oyó el golpe de la puerta del comedor, el portazo, el ruido de vidrios despedazados del anteportón del zaguán y, por último, el de la puerta de la casa. Pero continuaron las puteadas, y se oyó un golpe seco de manivela en el suelo.

La china Rosa apareció en ese justo momento, diciéndole: «Señor Rey, déjeme intentar». Y el motor arrancó al primer manivelazo. Él no dijo nada, se metió las manos al bolsillo del saco, y le dio todas las monedas que tenía. Se encaramó y arrancó a toda velocidad. Don Pedro salió llorando, «Chabelita, ¿qué le habrá pasado?». «Nada, Rosa, que la hermana se voló con el novio, y no hay cuña que más apriete que la del mismo palo». Lucy lo recibió en silencio, le pasó el brazo por la cintura y lo llevó a su habitación. Él se derrumbó en la cama, llorando, y ella, sin decir una sola palabra, lo desnudó y le frotó con ternura la espalda, la nuca, los pies y las piernas, con sus manos firmes, seguras, cálidas, suaves y amorosas, hasta que se quedó dormido. Se refugió en El Paraíso por un mes, y no volvió a ver ni a mamá Agustina ni a Tránsito ni a los chinos. Tampoco quiso pasar al teléfono. Sólo iba a las obras, y de vez en cuando a las tertulias. Estaba tan contento en El Paraíso que la idea de que se podría trasladar allí del todo le rondó la cabeza. ¿Tú qué opinas, Lucy? «Esa es una decisión que tienes que tomar tú, Píter, pero no te afanes, aquí puedes estar cuanto desees, puedes irte y volver cuando quieras, esta es tu casa. No tomes una decisión así». El abuelo no podía entender que Lucy no demostrara emoción alguna por su pregunta, ni que no dijera que sí; se sentía en paz con ella, y no le quedaban dudas de que lo amaba, pero ¿por qué reaccionaba de manera tan distinta a todas las mujeres?

Averiguó quién era el que se había llevado a su hermana; lo esperó en la esquina del club donde el muchacho trabajaba; siguió

al tranvía; lo vio descender; se tiró del códillac y, sin decirle una palabra, le reventó la nariz de un derechazo. Cuando Federico se tapó con las manos, recibió un izquierdazo en la quijada y, antes de que cayera al suelo, una patada en las güevas. El muchacho se levantó y se abalanzó sobre él energúmeno, de entre el lodo salían trompadas, patadas y mentadas de madre; allí quedaron botones, sombrero, leontina, jirones de camisa, la sangre de ambos y las rosas que Federico le llevaba a la futura madre.

«Agustina: están matando a tu marido», gritaban las viejas y los muchachos. La pobre salió aullando, pero el cachetadón que le pegó el hermano la paró en seco. Pedro Pablo, furioso, se sacó el cinturón de los pantalones y le dio correa hasta que se la quitaron. Se metió a la tienda y se tomó un par de dobles mientras los mirones discutían quién había ganado y quién tenía razón. Se limpiaba los labios con obsesión. Ese hijueputa no sólo se le había llevado a la hermana sino que le había roto la boca. ¡Malparido!, gritaba. ¡Donde lo vuelva a ver, lo mato! «Cálmese, don Pedro, no querrá que su sobrino se críe sin padre». Azotó el mostrador con el puño derecho y se fue sin pagar.

Busco a la tía Agustina, para que me hable de su hermano: «Bueno, buen amigo, buen hijo, buen hermano... buen todo. ¿Qué quiere tomar, mijo?». Bebía whisky con los altos, y no le importaba sentarse sobre un bulto de papas a tomar cerveza en cualquier tiendita; no le ponía misterio a nada; él era muy sencillo, muy bueno... Pero era tremendo, no se nos podía acercar nadie porque eso le daba a uno unas muendas... —Los ojos de la tía se aguaron mientras recordaba—. Era tremendo... A mi papá, apenas si lo recuerdo... Dicen que tuvo más familia, que todos salieron muy parecidos a él, pero a ciencia cierta no sabemos nada. Según mi mamá, se murió de un infarto... La verdad, yo no entiendo muy bien... Pedro Pablo sí, pero no le gusta hablar de eso. Una vez nos enteramos de que mi papá había dejado una herencia, por allá, por su pueblo; pero

Pedro no quiso ir a reclamarla, y se enojó cuando supo que pensábamos ir: «¿A qué van por allá a reclamar nada, acaso nos estamos muriendo de hambre?». ¿Qué le provoca, mijito? ¿Quiere otro whisky, o un cafecito para el frío? A ver, chinás, cuéntenle a Mario de su tío, mientras yo voy a prepararle un tintico». «Nosotras quisimos mucho a mi tío, nos pedía que le diéramos un pico y nos daba un dulce, como él era todo pícaro. Eso nos daba chokolatines o monedas para los dulces, era muy tierno».

Los ojos acuosos de la tía me acompañaron ese atardecer, mientras caminaba por la estación de bomberos del sur. Yo había hecho allí un curso de niño bombero, ahora regresaba por las mismas calles a la vieja casona del Santander y recordaba que cerca de Azulka me había encontrado varias veces a la tía Gardenia, y que había dudado si la saludaba o no. En mí estaba presente la noche que mi papá llegó borracho diciendo que su hermana había muerto para él y para mi abuelo. Se había ido con quién sabe qué hijueputa. El par de viejos tomaron y lloraron durante tres días seguidos. No, no podían perdonarle a Gardenia que se hubiera fugado así de la casa. «Con lo linda que era, con lo sensible e inteligente que era, con lo que la queríamos, y venir a meter así las patas...». No señor, eso no se lo podían perdonar. Eso no lo podían perdonar ellos; pero a mí me encantaba la tía; me parecía lindísima, tierna, rubia, de ojos azules, como una virgen, yo no le veía ningún defecto. Recordaba las veces que me enseñó cómo hacían el nido y cómo ponían los huevos las arañas, y cómo tejían sus telarañas; me llevaba de su mano, blanca, suave, delicada, a la iglesia evangelista, y yo sentía que me elevaba al cielo en el hálito musical de los coros, en la suavidad de sus manos, en el calorcito con que me envolvía su presencia. Mi fe católica, apostólica y romana se conmovió, y los evangelistas dejaron de ser odiosos para mí.

Mi hermana Gardenia también se fue de la casa sin casarse y sin avisarle a nadie. «Se largó con ese negro asqueroso, hijueputa»,

dijo mi padre. Y ella también se murió para él; y no podía creer que no compartiera su dolor, por eso casi me le muero yo también; para mí no había muerto, y la fui a visitar a Armero, donde vivía con la familia de su hombre. Y nunca se me olvidará ese pueblo con grandes extensiones de terreno cultivadas de arroz y de árboles frutales. Las flores colorean el camino, la flota avanza entre la verdísima vegetación, los ríos cristalinos y el cielo límpido, azul, brillante, recogiendo campesinos cargados de costales, gallinas, canastos y chinos mocosos. La familia del negro hijueputa ese cultivaba el campo, y él también, pero quería negociar con maquinaria, como mi papá. Como mi papá, se negó a la quimera del estudio y prefirió la de los negocios. Como mi papá, tenía en su sangre algo de negro africano o de árabe, el pelo muy negro, crespo; pero él era moreno y mi papá blanco. ¿Cómo me iba a imaginar que esos verdes del campo, esa tierra negra y húmeda, dispuesta a ser fecundada, esos ríos cristalinos, esos cielos azules, el ambiente caluroso, la piscina y las rudas manos que los forjaban irían a desaparecer años después bajo el peso anunciado de toneladas de nieve y lodo rodando por las faldas del Nevado del Ruiz, sin que el gobierno hubiera hecho nada a tiempo para evitar la tragedia? Mi hermana no había muerto para mí, y más tarde, ella, su hombre y mi sobrina escaparían de la tragedia al viajar a Bogotá para presentarle la niña a los abuelos, con el sueño eterno de hacer fortuna en la capital. Gracias a ellos vive en mí la visión de los caminos pletóricos de vida por donde después rodarían la tierra, el barro y la muerte alimentada por la inamovible negligencia de la burocracia de turno y la aristocracia de siempre.

Supe que Agustina chica vivió muerta para mi abuelo y mamá Agustina hasta que llevó a su primera hija a La Quinta. Un domingo por la mañana, poco después de que el abuelo regresara del Paraíso. A mamá Agustina le fueron a contar que por ahí andaba su hija con la nieta, «lo más de bonita»; la vieja no se pudo aguan-

tar y salió a recibirla, y se la presentó al abuelo: «Mira, Pedro, mira qué niña más linda». Agustina chica quería que su hermano fuera el padrino, y Pedro Pablo terminó perdonándola, y llevando a bautizar a la recién nacida a la iglesia de San Ignacio de Loyola, superados algunos trámites y problemas originados por el hecho de ser hija natural, gracias a la influencia del padre Alfonso.

Al entrar al templo, la picardía le iluminó los ojos a mi abuelo, que sin reprimirse el deseo de joder a su cuñado, levantó un poco la voz: Mira, Federico, ¿sabes leer? Ese letrado está hecho para gente como tú: «Se ruega a los devotos, por el amor a Dios, no escupir en el templo». La anécdota me hizo recordar el aviso que colgaron por los mismos años en los salones de baile de Ciudad de México: «Se prohíbe tirar las colillas de cigarro al suelo porque se queman los pies de las señoritas».

Mamá Agustina estaba feliz: «¡No sólo recuperé a mi hija, sino que me llegó una nieta! ¡Dios sabe cómo hace sus cosas! Con mis Gardenias, Agustina y Pablo ya tengo una escuela; pobrecitos mi chinitos, necesitan una mamá y una abuela que los cuide bien. ¿No te parece Pedrito que ya va siendo hora de que deje el trabajo? Al fin y al cabo la obra ya está bastante adelantada». Él abrazó a su cuñado y lo llevó a mostrarle la vitrola. Charlaron, colocaron la música, brindaron por la familia, y se abstuvieron de los vivas a ningún partido, pues Federico era conservador, y en familia es mejor no hablar de política, «¡con tantos muertos que hay a diario por esa vaina, compadre!». Desde entonces fueron grandes amigos. Los domingos, cuando terminaban las sesiones de la Sociedad de Amigos del Sur, si no iba a toros, el viejo visitaba a sus compadres. Agustina le preparaba en olla de barro, como a él le gustaba, su mazamorra chiquita, y no se olvidaba de dejarle las alas del pollo ni el arroz pegado, el cucayo, como le decía desde que llegó de la costa.

Los compadres se sentaban en las canastas de cerveza o sobre los bultos de papa, y se ponían a tomar y a charlar de política

y de toros en cualquiera de las tienditas del sur, siempre en los extremos:

—¡Estos indios son cosa jodida, Pedro! Ese tal Quintín Lame se cree el zipa o el zaque del Tolima y el Cauca. ¡Dizque sus dominios! ¡Que dé gracias que los dejan vivir por ahí!

—No, ¡jala! ¡No seas bárbaro! En realidad, a esos pobres indígenas los han jodido desde que llegaron los españoles; todas estas tierras eran suyas, y ahora tienen que estar mendigando y peleando por unos cuantos metros.

—No, cuñado, lo que pasa es que no les gusta trabajar; mire los de la Guajira, en vez de darle duro al trabajo, se ponen a tirar flechas, ¡pendejos! ¡Como si con flechitas pudieran derrotar al ejército! Tú, cuando estuviste en la costa, ¿llegaste a verlos?

—¡Claro! Yo fui a conocer el mar en la ciudad más lejana, en la punta de Colombia, en Riohacha. La brisa, el sonoro vaivén del agua, las palmeras y una imponente guajira me detuvieron, con todo y mis cachivaches de cine. ¡El mar! Me sentí transportado, como un personaje de película. ¡Las guajiras son bellísimas! Altivas, orgullosas, en medio del colorido de las mantas brilla al sol su piel morena; tienen un pelo negro larguísimo, y emanan un halo que embota los sentidos. Si hubiera tenido plata, me hubiera comprado una...

—Aquí entre nos, cuñado, ¿no te pichaste alguna?

—¡Ni Dios lo quiera! Primero que todo, ni te voltean a mirar; además, dicen que si una de ellas se llega a enamorar de ti, es capaz de llevarte desde donde estés, sin parar, atravesando los kilómetros y las cercas que sea, por entre charcos, ríos, páramos, mosquitos, culebras, selva o desierto, si es necesario. Frente a los ojos de las guajiras o los guajiros van a parar las niñas de quien se atreva a enamorarlos o a irrespetarlos. Si hubiera tenido dinero para comprarla, sí. ¡Qué rico debe ser amarse con una de ellas! Nada de historias: uno la compra y tiene la obligación de tratarla bien; si no,

su familia se la cobra; ella lo atiende a uno, sin reclamos, sin jodas, sin celos. Con la excitación de lo exótico, para uno, y para ellas... No le enseñaría español ni trataría de aprender su lengua; dejaría que siguiéramos siendo diferentes, ¿para qué iniciar el juego del poder de la conquista y la fusión?

—Píter, a propósito de pelo negro, ¿quién es la culicagada esa que te mira tanto?

—¿Cuál, ala? Ah, esa es Rosa, la hermana de la dueña de la tienda. Avispada la china... ¡Y bonita! ¿No? Cuando sea grande va a ser una linda mujer.

Entre los dos organizaron una fiesta de la madre inolvidable; acababan de asignar el segundo domingo de mayo para reverenciarla, y ambos querían enseñarle a sus hijos que la madre era lo más santo y lo primero en la vida: «Primero la madre, segundo la madre, y si algo sobra, para la madre», como me decía mi papá. «Tú te tienes que hacer cargo de tu madre, es tu deber como buen hijo». Federico era huérfano y adoptó a mamá Agustina. Llevaron músicos y flores; compraron varias cajas de cerveza y prepararon ellos mismos el ajíaco, que terminaron de adornar con la crema y las alcaparras a las cinco de la tarde; declamaron a dúo «Adiós a mi madre», poesía que habían comprado en el mercado el mismo domingo por la mañana, cuando fueron por las gallinas, la papa y la guasca. Venga, compadre, le dijo mi abuelo, aprendámonos ésta en la tienda; mientras tanto, echémonos un puro y preguntémosle a la vieja cómo se prepara la sopa esa. «Cómo no, míster Rey; pero tómense un caldito, no me les vaya a caer mal el trago en ayunas». Poco después del almuerzo, mi abuelo dijo que debía retirarse, pues tenía una velada literaria. Mamá Agustina, Tránsito y la hermana le rogaron que se quedara, pero él dijo que era un compromiso muy importante y no podía fallar. Le pidió a Federico que lo acompañara, y salieron en medio de las protestas de las viejas.

Llegaron al Paraíso con una cama de dosel cuya cabecera estaba ornamentada en dorado, rojo, negro y una pieza de brocado. Se la había ayudado a conseguir Leticia, una anciana india y tuerta que tenía un gran ojo para las antigüedades; con su rostro amable lograba meterse a esculcar la casa que fuera, y sacaba las mejores piezas regaladas. Federico se despidió apenas colocaron la cama en el cuarto de Lucy. Aquello fue el escándalo en El Paraíso. A medida que las muchachas llegaban de celebrar la fiesta de la madre, se lanzaban a la cama, le daban vueltas, tocaban el brocado, la movían maliciosamente, se reían, cuchicheaban. Eréndira no se aguantó y le preguntó a Lucy si algún día las dejaría pasar una noche en esa especie de trono. «Ni loca, con una noche de cada una de ustedes se cae hasta el lecho que Ulises talló en un solo árbol», le contestó. «No sea mala, insistió, mire que lo que más quise fue usar la cama de mi mamá y mi papá, y una de estas, como en los cuentos de príncipes y princesas». «No, mijita, en la cama, sólo la energía de dos, ni siquiera se puede prestar; uno se la pasa fantaseando qué hacer con varios a la vez, y a la hora de la verdad, eso es de lo más aburrido, sobran partes, brotan los celos y siempre se queda alguien insatisfecho; yo prefiero la intimidad total, que nadie interfiera la energía de mi hombre, ¡y menos la de una mujer!». «No sea egoísta». «¡Que no, carajo!». Pero si tanto les gusta, intervino el abuelo, ¿por qué no les mandamos a hacer el baldaquín a las chicas? «¡Bravo! ¡Hurra!». Mi abuelo llevó a su mejor carpintero, y entre todos los pintaron y adornaron con flores, vírgenes, versos y letreros alusivos a su oficio, según el gusto de cada una.

El Paraíso aumentó su clientela, recuerda Píter, en especial entre los poetas e intelectuales, que envidiaban el palio del Conde de Cachicute. Los chambergos, los lazos y las capas españolas se pusieron de moda en El Paraíso, y las niñas guardaron con celo los versos con que les pagaban sus vates preferidos. Don José María

Rueda y Gómez, a petición mía, fue al Paraíso e improvisó varias cuartetas para cada una de las musas, dejándolas boquiabiertas, unas por sus arcaísmos y palabras rebuscadas, otras por su facha y otras por la ilusión de amanecer un día debajo de su cubrelecho de vicuña. Viendo el éxito del tuerto y flaco Conde de Cachicute, uno de los intelectuales allí presentes se preguntó en voz alta, muy serio y muerto de los celos, qué carajos le veían a ese tipo que tenía un diente extraviado en el paladar. Y Eréndira le contestó, veloz: «¿Y usted como lo sabe, poeta?». Todavía resuena en mi cabeza la gran carcajada, la cara de asombro del historiador aquél, sus dedos retorciéndose el bigote, rojos los cachetes y los ojos hacia el suelo.

En la fiesta del día de la madre del año siguiente, mamá Agustina le pidió de regalo a su hijito que no la dejara trabajar más: «Mire mijitico que ya cerraron dos de las chicherías donde trabajaba y, de verdad, ya no tengo ganas de estar jodiéndome; además, los chinos necesitan quién los cuide y atienda mientras Tránsito y Agustina estén trabajando. Y es mejor estar atentos con la Gardenia, que ya está crecidita». Tú querías trabajar, no me vengas ahora con esos cuentos, protestó el abuelo. «Sí, mijo, pero es que no alcanzaba el dinero, como sumerced tiene tantos gastos...». Bueno, mamá, bueno, haz lo que quieras. «Gracias, mijito, siempre tan considerado».

Una anciana llegó corriendo al Hotel Franklin, toda vestida de rojo. Venía gritando por las calles: «¡Viva el Partido Liberal! ¡Viva el Partido liberal! ¡Ay, me fusilaron otro hijo! ¡En febrero me mataron al general Justo Durán y ahora a éste! ¿Quién me lo mató? ¿Cuál fue el hijueputa que lo mató?». «Nadie, señora, le contestaron, nadie lo mató. El general Benjamín Herrera murió de muerte natural». «¡Ay, me mataron a mi hijo! ¡Viva el Partido Liberal!». Y a empellones se fue abriendo paso hasta el cadáver del líder: «¡Ay, mi general, tanto luchar para venir a morir así no más! Llévemele saludos a mi hijo; tome, entrégueleme esta bande-

ra de Colombia, y ésta del partido, dígame que me las dieron por su valentía. Pero cómo está de pálido y pensativo mi general... A ver, le pongo un poquito de colorete...». Un par de hombres la tomaron de los brazos y la levantaron. Se le acercaron aparentando que le decían algo, y la sacaron en vilo mientras ella seguía pataleando y gritando: «¡Viva el Partido Liberal! ¡Viva el Partido Liberal!».

Mi abuelo no estuvo de acuerdo con que a la madre de un liberal fusilado por defender el partido la trataran así. Lo comentó con quienes estaban cerca, pero nadie alzó la voz. La romería por la Universidad Libre, donde llevaron los restos de Benjamín Herrera, fue multitudinaria, lo mismo el entierro. Las flores rojas cayeron en la caja despidiendo al último de los caudillos liberales de la guerra. Hasta el final de sus días protestó contra la matanza de sus paisanos. Lo que más me preocupa es que a mi hermano, con lo impulsivo que es, vayan a matarlo por liberal, pensó; «¿dónde estará ese condenado muchacho? Espero que no haya estado entre los muertos de Salazar de las Palmas... ¡Chino verriendo!».

Pocos años después se reencontrarían, y Orlando le contaría cómo se escapó de varias matanzas por tener la puerta y la fachada pintadas de azul y, por si entraban, el comedor y las sillas, y si eso no bastaba, a decir una y mil veces que él de política no sabía nada: «Cada que hay elecciones me hago la ilusión de que ganen los liberales, para volverlas a pintar de otro color, pero nada. Aquí en el campo la cosa es distinta, hermano, en la ciudad es más tranquilo, pero aquí... Mejor hablemos de otra cosa, que las paredes oyen». Y se pasaron la noche contándose las historias desconocidas de sus vidas mientras no estuvieron juntos, y las más desconocidas aún de cuando vivieron bajo el mismo techo.

Del entierro nos fuimos al Paraíso, cuenta el abuelo. Teníamos unas ganas enormes de una cerveza para la sed; tenía la garganta reseca, como si durante los cinco minutos de silencio, en vez de estar callado me hubiera echado un discurso de una hora. Cuando

llegué, me recibió Lucy; pero era otra. Se había cortado su hermosísimo pelo largo; se lo dejó tan corto que parecía un muchacho. «Es el último grito de la moda, Píter, *à la garçon*, le dijo, y a ti te compré pantalones campana, mira qué chuscos». No salía del asombro, era como tener otra mujer; su semblante cambió por completo, ¡ala! Se veía mucho más joven, reluciente de coquetería. Me fui a probar los pantalones aquellos, pero mientras me quitaba los que traía puestos, la pirinola se me fue parando, y Lucy, al verme, se puso más seductora: «Así me voy a cortar el pelo cada semana, mi Rey». Yo estaba a punto de estallar, y la volteé contra el escritorio, le subí la falda, le bajé los calzones y traté de metérsela, agarrándola de los hombros, pero ella se movía y me provocaba, hasta que, también desesperada, me recibió ardorosa al fin; entonces se deslizaba y contoneaba con suavidad, pero cada tanto rompíamos el ritmo e irrumpía cierta violencia frenética, que también interrumpíamos, hasta la quietud total. ¡Cómo me encantaban sus nalgas! A cada embate, sus duros glúteos se encajaban en mi ingle, dándome un pequeño golpecito. Mis manos bajaron de los hombros a los senos, los apreté un poco y ella gimió. Después soltamos la carcajada. Se volteó y, agitados aún, nos besamos durante largo tiempo. El frío erizó la piel de las nalgas y las piernas y nos hizo caer en la cuenta de que los amigos nos estaban esperando. Me puse los tales pantalones campana; nos miramos al espejo, y aunque nos arreglamos el pelo y nos frotamos la cara, nuestro aspecto evidenciaba lo que acabábamos de hacer. Salimos sonriendo, y apenas entramos a la sala comenzaron las bromas por los pantalones: «Tenemos un Rey a la moda inglesa; a ver, sir Rey, dé la vuelta». La verdad, ala, me sentía ridículo, y me volví a poner mis viejos pantalones. Nunca pude con esas cosas, chino. ¡Esas vainas no son para mí!

En ese tiempo se puso de moda hablar de las modas: el pelo femenino, *à la garçon*; los pantalones de hombre, al estilo campana;

el peinado, a la *glaxo*; las camas, con baldaquín; la organización financiera del país, la prefirió el general Pedro Nel Ospina a la americana, y contrató una misión gringa de hábiles financieros; la investigación policíaca, a la francesa, con expertos franchutes; y para no dejar de joder, miradas de misterio, al más allá, fenómenos paranormales, ilusionismo y médiums... ¡Qué tiempos, ala! ¡Qué tiempos!

No nos dimos cuenta a qué horas pasó, pero un día el padre Alfonso nos invitó al Teatro Colón. El maestro Bracale trajo a Titta Ruffo; la flor y nata de la sociedad bogotana se mataba por ir a sus presentaciones. Lucy y yo salimos de compras: perfumes, vestidos, sombreros, collares y tacones para la dama; frac, chistera y capa española para el caballero. Cuando el padre llegó por nosotros, nos sorprendimos de ver salir a Eréndira como toda una señora de la jai. Ella también había sido invitada. ¡Qué raro, chino! En el teatro todo eran zalemas y trompetas: El doctor Fulano de tal. La señora del doctor Fulano de tal. El doctor Zutano. La señora del doctor Zutano. El señor Ministro. El poeta Perencejo. El maestro Menganejo. Fulanita de tal. ¡Y muchos condes y marquesas! ¡Quién sabe de dónde resultaron tantos nobles! En los balcones apuntaban, cuchicheantes, los binoculares, los monóculos y los dedos escondidos.

Al salir, el padre nos invitó a cenar en la casa cural, que era muy grande, elegante, bien amueblada y con muchos jardines. Nos atendió como a cardenales, conforme a la etiqueta. La vajilla, los cubiertos, los platillos y los licores nos sorprendieron por su riqueza y variedad. Yo había escuchado que eso era frecuente en el clero, pero nunca creí que los curas vivieran así, ala. Charlamos sobre la función, comentamos los chismes del día y, de pronto, entre el café y el coñac, aclarándose la voz, Alfonso nos sorprendió: «Ustedes deben estar preguntándose de qué se trata, el porqué de esta invitación». ¿Qué se traería el padre con tanta ceremonia?

«Bueno, pues queríamos compartir con ustedes una alegría, y pedirles un favor». Vamos, padre, déjese de tantas vueltas y suelte el buche. «Bueno, es que Eréndira y yo». «Que estoy esperando un niño», completó Eréndira. «¡Qué rebuscado, padre!», exclamó Lucy. Luego, silencio. Alfonso sirvió otro coñac, se sentó y nos miró ansioso. Bueno, brindemos, ¡carajo! ¡No todos los días suceden estas vainas!, dije. ¡Salud! ¡Salud! El padre volvió con el cuento aquél de los otros tiempos de la iglesia y la necesidad de retornar a ellos, pero Eréndira lo interrumpió y pidió que la dejáramos seguir viviendo en El Paraíso, y que fuéramos los padrinos del chino. La verdad, padre, nunca pasó por mi mente esto, pero tampoco que usted fuera tan complicado para decir las vainas. «Por supuesto, ¡cuenten con nosotros! Y antes de que siga torturándose, tartamudeando y dándole vueltas a la totuma y a las palabras para ajustar su vida a un discurso, así sea antiguo, quédese tranquilo que todo queda en casa, ni una palabra para afuera. Cada quien hace su vida como quiere, y como puede; si Dios es sabio, él nos entenderá a todos, con discursos o sin discursos. No se martirice. Brindemos, con tocadita. ¡Salud! Y ahora, padre, los invito al Paraíso. Vamos a celebrar allá, aquí en la casa de Dios me inhibo para bailar y beber, y tengo muchas ganas. Además, las chicas se van a poner felices», terminó Lucy. Bailamos hasta las cinco de la madrugada, cuando el padre y Eréndira se retiraron a dormir. Las muchachas se organizaron frente a la puerta y les dieron una serenata con todas las canciones de amor que se sabían, y al día siguiente les llevaron el desayuno a la cama. El padre Alfonso llamó a la casa cural para informar que se sentía indispueto.

Todos esos años trabajé muy duro, chino. En general, me levantaba a las cinco o cinco y media de la mañana, y a las siete estaba en las obras, a veces antes. Tuve contratos en el Colegio de San Bartolomé, en el Palacio de Justicia, en el Capitolio, en el laboratorio Nacional de Higiene, en la Escuela de Medicina, y

hasta en la Escuela de Aviación de Madrid. Me fregaba duro, pero eso sí, los viernes por las noches, los sábados y los domingos, me desquitaba. Fiestas, paseos, comidas, toros, boxeo, ¡y una que otra vieja, ala! ¡Eso era vida chino! ¿Para qué trabaja uno? Para vivir bien, chino, para vivir bien. ¿El dinero? Sólo sirve para gastarlo. Cuando uno se muere, nada se lleva. No hay cosa más placentera que una buena fiesta, o un paseo después de sudar la gota; no se le olvide, chino. Uno no vive para trabajar, al contrario, se trabaja para vivir, y trabajando se aprende a vivir. Yo no, abuelo, le contesté con la Sonora Matancera: «A mí me dicen el negrito del batey, porque el trabajo para mí es un enemigo, el trabajar yo se lo dejo sólo al buey, porque el trabajo lo hizo Dios como castigo». No, chino, no; suena bonito, y se baila mejor, pero no es así, me corrigió. El trabajo tiene sus secretos, tiene sus dificultades y sus gracias. Trabajé desde niño, hasta el último día; me tomaba mis descansos, ala, ¿cómo no?, pero trabajé toda la vida, y me gustaba lo que hacía. Si no te la ganas, no sabes el valor de la plata, ni cómo gastarla, ni disfrutarla con plenitud, chino, no lo olvides; y así, no importa que cantes y bailes y digas lo que quieras.

LO QUE MÁS RECUERDO DE ESA ÉPOCA fue una decisión muy dura, la guardo en la cabeza, y en el corazón, como si fuera ayer, narra mi abuelo. El asunto empezó el día de la parada militar en la que el general Pedro Nel Ospina decidió presentarse con sus atuendos militares. Había gente a lado y lado de la calle; el general encabezaba el desfile, montando un brioso corcel, de gran talla y estupenda estampa, importado para el presidente. La silla descansaba sobre una hermosa gualdrapa de paño; él portaba un casco de vistoso penacho blanco, con guerrera azul de brillantes botones dorados y charreteras de entorchados de oro; el sable pendiente. Detrás, en elegantes coches descubiertos, le seguían los ministros. El público estaba fascinado con la pinta del presidente, en especial las mujeres, que sienten fascinación atávica por los uniformes y los poderosos; los penachos, las charreteras, las botas y los sables las seducen, no importa quién los vista ni a quién representen. Bueno, el cuento es que cuando la comitiva hizo su aparición en la Merced, el corneta le rindió honores al presidente con su sonoro clarín; no bien se escuchó el metal, el animal corcoveó y el general Ospina no supo qué hacer, y fue a dar al suelo. Silencio. El presidente se levanta, ágil, con dignidad, toma con fuerza las riendas y de un brinco lo vuelve a montar. Aprieta los talones. El público se emociona y aplaude. El general saluda. El corcel se encabrita, y el jinete vuelve de fundillo al piso. La gente ya no se pudo aguantar; se tapaba la boca para no reírse, pero es muy difícil silenciar la risa y la voz del pueblo. Los militares y los ministros corrían tras el caído. Entre el desconcierto y las risas ahogadas,

escucho una sonora carcajada de mujer. La busco entre el público y localizo un colorido grupo de gitanos. Se destacaba una hembra con dos chiquillos en los brazos y otros dos aferrados con fuerza a sus faldas. Siguiéndola, toda la concurrencia se unió a la carcajada. Te juro que yo me quedé helado. Sonreía, pero la imagen de una esplendorosa gitana con cuatro pequeños hombres resguardándola, idénticos entre sí, con la misma mezcla de sonrisa y asombro que yo tenía en la primera foto que me tomaron cuando llegué a Bogotá, me embotaron la cabeza. En el momento en que Carmen Francesca me reconoció, les dijo algo a los chinos más grandes, y éstos salieron corriendo; ella, detrás, con paso lento y firme, sonriendo, moviendo la cadera, mirándome a los ojos; pasaron entre caballos, ministros y presidente, se detuvieron ante mí, y me dijo: «¡Vamos, hombre, que no se te ha aparecido ningún espanto! ¡Tómalos!». Recibí, sin darme muy bien cuenta de la situación, a los dos más chiquitines, y ella se me lanzó al cuello y me dio un beso interminable. La pasión y el deseo irrumpieron haciendo desaparecer cualquier otro sentimiento. Los otros dos muchachos le jalaban la falda y lloraban. Carmen los miró, me señaló y ordenó: «¡Anda, anda, saluden a su padre!».

Pasamos la noche a la luz de las fogatas, entre cuerdas, cantos, vinos y bailes; y cuando el sol despuntaba dándole a las sombras color y a los gallos el canto, nos fuimos a su toldo. Carmen Francesca cabalgó en mí con furia, y cuando se derramó soltó un estruendoso ¡Te quiero! Y sentí ganas de llorar. Entre el relato de mi abuelo y el juego de la escritura, yo recordé a la maestra que lloró en el momento del orgasmo, y de inmediato apareció aquella otra loca que soltó la carcajada en el mismo instante; y, con los ojos húmedos, reí.

Esta vez los gitanos se quedaron como seis meses. La mayor parte de las noches jugábamos a las cartas, recitábamos, bebíamos y bailábamos. Los mayorcitos, Pedro y Pablo, se sentaban en mis

piernas; Carmen Francesca se hacía a mi lado con Mario y Orlando, los más pequeños, en los brazos. Cuando llegaba, Carmen Francesca me recibía con un traje gitano de fiesta y me transformaba de inmediato; me encantaba colocarme la pañoleta en la cabeza. Los fines de semana continué mi aprendizaje en las suertes del toro y del cuchillo, en la lectura de manos y cartas, en reconocer y trastocar el valor de los caballos. A mamá Agustina le dije que había hecho un contrato para construir una carretera; a ella y a Tránsito les hacía llegar dinero con uno de mis empleados. A Lucy, aunque la veía menos, la seguía visitando, y nunca comentamos nada sobre Carmen.

La familia gitana decidió dividirse. Una parte continuaría rodando por el sur: Tolima, Caldas, Valle, Cauca y Nariño; la otra, en Bogotá. Carmen Francesca, por supuesto, se quedó. Nunca me fue tan bien en los contratos, nunca tuve tanta fuerza; me sentía radiante, seguro. Viví pleno. Mi sexualidad y mi potencia aumentaban; y al placer de la pasión y el deseo se agregaba el del conocimiento mutuo, y la callada y temida presencia del adiós.

Lucy recuperó su calor, su pasión, su inventiva y sus juegos. Cada encuentro amoroso se iniciaba sin hambre, brotando desde el apacible juego de la ternura propia de la complicidad, y le seguía un lento paladeo erótico. El estallido era entonces pirotecnia y arrullo. Pero, pronto, Carmen Francesca y sus gitanos partirían, y yo no me quería separar. ¿Qué hacer?

La caravana terminó de ordenarse alrededor de las doce del día sin que mi abuelo supiera si se marchaba con ellos o no. Carmen Francesca lo miró con ternura, con tristeza, y con algo de rabia le preguntó: «¿Vienes o te quedas?, Píter...». Los niños lo miraban expectantes. Los gitanos mayores arreglaban por quinta vez consecutiva el mismo paquete; daban la misma vuelta sin sentido una vez más, se detenían y miraban interrogantes a Carmen: «¿Vienes o te quedas?». Mi abuelo pateaba piedritas. Los gitanos

daban vueltas; los niños miraban en silencio, sin atreverse a iniciar el juego; Carmen Francesca abrazaba con ansiedad a los dos pequeños, que no dejaban de berrear, y con los ojos en lágrimas dio media vuelta, ordenando: «¡Nos vamos!». La caravana inició el movimiento con desgano.

Adelante iba la yegua blanca con Carmen apretando los talones, jalando las riendas y llorando. Pedro Pablo se quedó dándole patadas a los guijarros, mientras el polvo lo cubría poco a poco, el rostro tenso, las mandíbulas apretadas, los dientes rechinando. Recordaba la pequeña tortuga que se topó en la playa el día que conoció el mar. Caminaba con parsimonia; si algún ser vivo se le acercaba, metía la cabeza y las patas en su caparazón, y permanecía así hasta que el intruso se retiraba; parecía muerta, y justo en el momento en que el extraño se distanciaba, surgían la cabeza y las patas, y continuaba su deambular. Los gitanos le parecían un enorme quelonio con caparazón de tela volátil y colorida, pero caparazón al fin. «¿Por qué no te vienes conmigo? Nosotros recorremos el mundo, conocemos la tierra, sus pueblos, sus costumbres, su historia. Gozamos el planeta en su totalidad, no nos aferramos a ningún lugar; así somos felices, sin horarios, sin tierras qué cuidar, sin jefes que nos jodan; tú eres como nosotros, abandona tu corbata, tus vestidos, tus preocupaciones, tu agitada vida, vente conmigo». Una y otra vez escuchaba las palabras de Carmen: «Te amo. Te amo. ¿Vienes con nosotros?». Las frases circulaban en su cabeza una y otra y otra vez. Como los caballitos del tiovivo, pasan y vuelven a pasar Carmen Francesca y los niños. Allí va el rojo, allí el blanco, el negro, la ruleta, el rojo, el blanco. «Te amo». La ruleta. «¿Vienes con nosotros?». «Te amo». «¿Vienes con nosotros?». Levanta la cabeza y encuentra los ojos de la tribu alrededor de Carmen y sus hijos. Las manos baten pañuelos blancos y le gritan en coro: «¡Te amo!». Dan media vuelta y parten. Apenas alcanza a mandarles un beso.

El ermitaño no tiene un caparazón fijo; cambia uno por otro, y otro más... En algún momento se debe quedar sin defensa, pero por muy poco tiempo. ¿Por qué quedarse en un solo caparazón? ¿Por qué cambiar indefinidamente? ¿Por qué vivir protegido? ¿Hay diferencia entre la tortuga que vive en una sola concha y el ermitaño que cambia y cambia? El pez, sin concha, y con escamas, se mueve por doquier, siempre en el mar, sin disfrutar la arena ni el aire. El pez vela salta del agua y florece en el aire, sin gozar la playa. El pelícano vive en el aire, se zambulle en el agua, anida en tierra firme, lejos de la belleza que ve pasar el coral enclavado en el fondo del mar. Somos todo, sí, sin encarnar en todo. ¡Qué difícil aceptarlo!

¿Por qué no te quedas tú, Carmen Francesca?, le preguntó mi abuelo. «No puedo, nací en un toldo con la puerta abierta, una noche de luna llena, respondió. La luna es mi compañera y guía, y la veo llegar al atardecer y partir en la alborada, y siempre me acompaña; no importa dónde esté, ella va conmigo; a ella le cuento mi vida; ella me estimula a medida que crece; y cuando está llena, yo soy la luna, plena, radiante, redonda, y vuelvo a nacer. Desde mi toldo he visto la luna siciliana, la luna manchega, la luna madrileña, la luna sevillana, la luna de la campiña francesa, la luna corza, la luna eslava, la luna rusa, la luna caribeña, la luna rioplatense, la luna andina, la luna mediterránea, la luna... Desde la abertura de la tela de mi toldo quiero ver y ser todas las lunas de todos los lugares del mundo. Mi toldo es tan grande como mi deseo, y puede cubrir el mundo. Ven conmigo, conozcamos juntos todas las lunas y todos los soles y todas las tierras». Quédate, le pedí; desde aquí veremos todas las facetas de la luna y del sol; desde aquí podremos ir y volver a cualquier lugar de la tierra; desde aquí podremos alcanzar la caravana; aquí prepararemos todos los años la fiesta de bienvenida de tu tribu. «¿Vienes conmigo?». ¿Te quedas conmigo?

El polvo se disuelve y la imagen ya no corresponde a lo que los ojos ven. Entonces inventas la imagen. ¿La ves? ¿La sientes? Allí están los colores de las carpas sacudidas por el viento, Carmen amamantando a los niños, la fogata, los bailes, la guitarra, el cuchillo, Pedro Pablo gitano, las manos aprendiendo a rasgar la guitarra y a barajar las cartas, la sonrisa, tus ojos, que te miran interrogantes. A lado y lado, un camino...

Iba con las manos en los bolsillos, pateando piedras, sin rumbo, la mirada en el suelo. Pronto estuvo frente al río Fucha, atravesó el puente y siguió caminando; al fondo, las montañas. No supo en qué momento dejó atrás Tres Esquinas y Las Cruces, pero de pronto se encontró ascendiendo las laderas de los cerros, entre chozas de paja sin pintar o con la pintura blanca hecha una sola mancha de mugre. A su lado corrían los niños descalzos, harapientos, con los mocos escurriendo, a punto de llegar a los labios, con la voz y las manos extendidas: «Pa' los dulces, míster, déme pa' los dulces». Se acabaron las monedas y las sonrisas de los niños. Lo siguen sin decir nada, la mano extendida, el gesto huraño. En su cabeza titilan los pícaros ojos de los gemelos.

Cuesta arriba, por las faldas de los cerros, un joven bogotano le muestra las casas y la gente a un turista gringo; quiso tomarle fotos a una niña, pero ésta se tapó la cara; enfocó entonces a un grupo de chinos y, tras el lente, pudo ver cómo uno de ellos se bajó rápido los calzones y le mostró la picha sonriendo, mientras ponía su mano izquierda en el bíceps derecho y levantaba hacia el cielo el antebrazo y la mano. El joven norteamericano se sorprendió y le preguntó a su acompañante qué pasaba; éste, desconcertado, intentó por tercera ocasión con los más pequeños, que estaban sentados contra la puerta de una de las chozas, y entonces el grupo más grande le lanzó piedras y cuatro contundentes palabras: «¿Qué nos ves, hijueputa?». El americano y su acompañante tomaron las de Villadiego, cubriéndose con las

manos la cabeza. Pedro Pablo apenas pudo sonreír. El sol inició su retirada y el cielo adquirió un tono rojizo. Siguió vagando y se encontró frente a la Iglesia de Belén. Entró, y permaneció arrodillado hasta el último resplandor. Al salir, se topó con la luna llena. Se le aguaron los ojos, apretó el paso y tomó un taxi en la Plaza de Bolívar.

«¿Qué me le pasa, mijito? ¿Qué tiene, sumerced?», le preguntó Agustina al llegar a casa. Nada mamá, déjame tranquilo, por favor, contestó él. Al día siguiente amaneció con un catarro espantoso. Permaneció ocho días en cama, con la garganta inflamada, los ojos hinchados y la nariz congestionada. No le dijo nada a mamá Agustina ni a nadie. La vieja les encendió velas a todos los santos que conocía y recordó uno a uno los remedios de la época de la peste, pero sabía que no le harían ningún efecto.

La pequeña Rosa lo fue a visitar, y le llevó un ramo de margaritas silvestres. Le agradeció. «Si quiere le cuento un cuento para que se distraiga», le propuso ella. Bueno, china, a ver, aceptó sonriendo. «Érase una vez...». Y se fundió.

El jueves por la noche, mi abuelo decidió que ya era mucho tiempo de estar enfermo; se levantaría el viernes, visitaría la obra, ¡y a piquetear con Lucy! El Paraíso se puso de fiesta. Contrataron un grupo musical y bailaron hasta las seis de la mañana. Mi abuelo se quedó toda la semana siguiente en El Paraíso. Cuando Lucy lo veía abstraído, le preguntaba qué le pasaba. Nada, ala, nada, le contestaba él, le colocaba las palmas de las manos en las mejillas, le daba un beso y la invitaba a caminar. Después de los largos paseos por la carrera séptima, el Parque de la Independencia, la Alameda, el Parque Santander y las callecitas de La Candelaria, se metían al Observatorio a mirar las estrellas y la luna.

Lucy volvió a invitar a sus amigos poetas, y Píter recordó con placer las viejas veladas de poesía, guitarra y canto, y con gran sentimiento declamó muchas veces, para los enamorados del amor,

la poesía y la nostalgia, un antiguo romance del poeta portugués
Gil Vicente:

*Vanse mis amores, madre
luengas tierras van morar:
yo no los puedo olvidar.
¿Quién me los hará tornar,
quién me los hará tornar?
Yo soñara, madre, un sueño
que me dio en el corazón:
que se iban los mis amores
a las islas de la mar.
Yo no los puedo olvidar.
¿Quién me los hará tornar,
quién me los hará tornar?*

*Yo soñara, madre, un sueño
que me dio en el corazón:
que se iban los mis amores
a las tierras de Aragón.
Allí se van a morar.
Yo no los puedo olvidar.
¿Quién me los hará tornar,
quién me los hará tornar?*

Su copa chocó con fuerza: ¡Salud! Después de los aplausos, las cabezas se inclinaron cuchicheantes, pero fueron interrumpidas por Lucy, quien se irguió, vestida de negro entallado, rosa roja en la oreja izquierda, sonrisa y collar de perlas brillantes, y declamó versos del poeta español Juan de Encina:

*¡No te tardes que me muero
carcelero,
no te tardes que me muero!*

*Apresura tu venida
porque no pierda la vida,
que la fe no está perdida.
¡Carcelero,
no te tardes que me muero!*

*Bien sabes que la tardanza
trae gran desconfianza:
ven y cumple mi esperanza.
¡Carcelero,
no te tardes que me muero!*

*Sácame de esta cadena,
que recibo muy gran pena,
pues tu tardar me condena.
¡Carcelero,
no te tardes que me muero!*

*La primer vez que me viste
sin te vencer me venciste;
suéltame, pues me prendiste.
¡Carcelero,
no te tardes que me muero!*

*La llave para soltarme
ha de ser galardonarme,
proponiendo no olvidarme.
¡Carcelero,
no te tardes que me muero!*

*Y siempre cuanto vivieres
haré lo que tú quisieres,
si merced hacerme quieres.
¡Carcelero,
no te tardes que me muero!*

¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!, gritaba mi abuelo, emocionado; los poetas aplaudieron con entusiasmo, y las chicas con arrebató. Lucy y mi abuelo se estrecharon en un larguísimo abrazo.

Un día llegué como a las tres de la tarde a Santa Isabel, la tienda de Chabela, recuerda Pedro Pablo. La china Rosa estaba forcejeando con un cliente que no quería soltarle la mano, tiraba y maldecía: «¡Viejo hijueputa! ¡Asqueroso! ¡Déjeme tranquila!». Y al verme, me pidió: «Don Pedro, ayúdeme, este rabo verde vive diciéndome porqué». El hombre volteó a mirar, le soltó la mano y me saludó: «¿Cómo está, don Pedro? ¿Cómo van los negocios?». Si lo vuelvo a ver por aquí, lo mato a trompadas, ¡viejo de mierda!, le contesté agarrándolo de la camisa y lo saqué de la tienda. «Gracias don Pedro, me dijo la china, ¿qué le provoca?». Una cerveza, ala. Mientras me la tomaba y me secaba el sudor de la frente, pude ver que ya le estaban creciendo los senos. Pensé que después de todo el viejo tenía buen gusto, pero me avergoncé de la idea y sacudí la cabeza. Si alguien la vuelve a molestar, avísame, china. ¿Cuánto le debo? «Nada, don Pedro, hoy no me debe nada, gracias a usted».

Santa Isabel vivía más llena que nunca. Los albañiles de mi casa, los dueños de los cebollares y los trabajadores de los establos de los alrededores se reunían desde las cinco a tomar cerveza y a jugar tejo con Froylán, que había construido una canchita en el lote vecino. Una tarde pedí que me dejaran participar. Rosa atendía el campo del turmequé, y yo no podía dejar de mirarla cuando aparecía con una canasta de cerveza en el hombro. El pecho derecho se le levantaba y su turgencia se imponía a través de la lana. Las piernas eran fuertes y bien proporcionadas. «¿A qué horas creció esta niña, por Dios?», estaba pensando, cuando ella me dijo: «Don Pedro... don Pedro... Le toca tirar». Tres pasos, y el acero salió despedido con fuerza, reventó la mecha de pólvora y se clavó en medio del bocín: «¡Moñona! ¡Bravo, don Pedro!», celebró

su abuela. «¡Váyase de aquí, china mocosa!», le gritó Froylán, que jugaba en el equipo contrario. «Vaya, ayúdele a su hermana, que está sola en la tienda. Si se nos ofrece algo, nosotros la llamamos». Entonces la china le contestó: «Yo no lo entiendo, Froylán, primero que no les falte nada a los jugadores, y ahora que me vaya. ¿Quién entiende a estos hombres?».

Otra tarde, Chabela quiso jugar y, a pesar de todos los razonamientos de Froylán, terminó agarrando el tejo y ganándole la mano. Entonces le pidieron a la china Rosa que ensayara. Quedó pegada al bocín, y organizamos una partida. De un lado estaban Chabela y Froylán; del otro, Rosa y yo. Mi abuelo hacía los balazos, las embocinadas y las moñonas; y cuando él quedaba lejos del centro, mi abuela agarraba la mano. Ganaron el primer juego, y Froylán, ardido, pidió la revancha. Volvió a perder, y propuso un tercer juego. Perdió de nuevo. «Mañana nos dan el desquite; condenada china, seguro que ha estado practicando», protestó. «Déjala, Froylán, lo que pasa es que estás rabón», le aclaró Chabela. Desde entonces, los viernes y los sábados en las tardes había jugarreta de tejo, huesos de marrano en achiote y fritanga.

Tránsito mandaba al chino Pablo al Santa Isabel: «Vaya, hijo, que su papá le dé para el mercado de la semana». Así vio crecer el chino el negocio, que ahora tenía cinco canchas y un piqueteadero; allí se ganó los primeros pesos de su vida pisando la greda de las canchas. Las dejaba lisitas, el barro y el bocín brillantes, las mechas rojas dirigidas a los cuatro puntos cardinales.

YO NUNCA OLVIDARÉ LAS INCÓMODAS NOCHES DE FRÍO que pasé en el viejo Land Rover de mi papá, en la calle, cuidándolo, para que no se lo robaran, muchas de las pocas ocasiones que se quedaba en mi casa. No podía dormir, por el frío, y por pensar, muerto de miedo, que se podrían llevar el carro conmigo adentro, o bajarle las llantas sin que me diera cuenta.

Cuando ya vivía en el Valle y viajaba de vacaciones a Bogotá, mi papá solía quedarse esa noche con mi madre; yo llegaba a las seis de la mañana a la ciudad y a las siete a la casa; entonces sentía la vida familiar como muy pocas veces en la vida. Desayunábamos con juguito, pan francés y huevos pericos, claro, e intercambiábamos noticias; mi papá se iba poco después de terminar y hacer un par de llamadas; yo me quedaba con mi mamá y mis hermanos, y escuchaba las quejas de mi madre sobre mi padre: que un día la golpeó porque ella le reprochaba que anduviera con alguna vieja hijueputa; o que ella no le quiso abrir una madrugada que llegó borracho a pedirle perdón, y entonces él se subió al jeep, gritando, energúmeno, y después de azotar la puerta innumerables veces, lo encendió, maniobró en incontables arrancones y frenazos, hasta dejarlo frente a la ventana, y se lanzó en él contra la pared, una, dos, tres y cuatro veces, hasta que ella, muerta de miedo, decidió abrirle. Yo no podía creer, y me asomé una y otra vez, confirmando, estupefacto, los golpes del parachoques contra la pared.

Al día siguiente de mi llegada, mi papá me llamaba por teléfono desde su otra casa y me pedía que le tomara los recados en

la oficina, o que lo acompañara a sus diligencias. Entonces nos encontrábamos en alguna esquina de la ciudad, casi siempre en *El Tiempo*, en la Avenida Jiménez con carrera séptima. Ordenaba sus anuncios en la sección de maquinaria, y partíamos a Soacha, Bosa, Fontibón o cualquier otro pueblito de los alrededores de la sabana a ver molinos, motores, trituradoras y máquinas viejas que pudiera comprar a buen precio para hacerlas arreglar y venderlas con buenas ganancias. En el camino se quejaba de mi madre: de su genio, de su desorden, de su grosería, de su pereza... Se tomaba el primer trago al mediodía y parábamos a almorzar en excelentes restaurantes populares, que me encantaban. Continuábamos la ruta, me contaba sus expectativas y sus sueños de negocios; contestaba mis preguntas sobre las historias familiares y terminábamos en la bodega. Preguntaba quién lo había llamado y daba instrucciones; después nos quedábamos con algún amigo que llegaba a visitarlo o nos íbamos a la tienda de la esquina; desocupábamos un par de botellas de whisky o una caja de cerveza, y me dejaba lo más cerca posible de mi casa o de la ruta del bus. Los fines de semana los pasaba en la casa en la difícil tarea de tratar de organizar alguna actividad con mis hermanos, y matar el aburrimiento y la tristeza de mi madre, con muy pocos pesos en el bolsillo.

Mi papá hace grandes esfuerzos por contarme lo que pasó entre mi abuelo y mi abuela. En sus labios se ve la tensión y en sus ojos la tristeza y la rabia: «Mi mami era una vieja inexperta, sin mayor educacioncita. Sola, sin familia. Su vida era mi papá, y lo quiso, lo quiso mucho».

Yo recuerdo lo que ella me contó: «Mi vida era trabajar y trabajar; me levantaba antes de que saliera el sol y me acostaba casi a la media noche. Ordeñaba las vacas y después llevaba la leche a la tienda. Allí tenía que venderla, hasta terminar como a las diez de la mañana. Si Chabelita quería cocinar, yo me quedaba en la tienda; si no, yo tenía que preparar el almuerzo para nosotros y

para venderles a los albañiles y a los trabajadores del barrio. De jueves a domingos, me encargaba del piqueteadero, desde ir en la madrugada a la galería hasta recoger las sobras para los marraños. Por las tardes, después del almuerzo, Froylán y Chabela se echaban una siesta y yo me quedaba a cargo de la tienda; eran las horas más difíciles, porque no llegaban clientes y me la pasaba cabeceando. Como a las cuatro o cinco, aparecían los primeros trabajadores: ‘Una cervecita, china Rosa’. ‘Otra para mí’. ‘¿No se toma una con nosotros?’. ‘Un aguardientico’. ‘¿No le provoca?’. Así pasaron varios años.

»Cuando empecé a crecer, la cosa se empezó a poner más jodida, porque no paraban de molestarme y piropearme, y me proponían que me fuera con ellos. Yo era bonita, para qué, y sus piropos me daban risa; pero no me gustaba ninguno. Mi hermana me decía todo el tiempo: ‘Mira, Rosa, no le pares bolas a ninguno de esos muertos de hambre; métete con un hombre que valga la pena, que al menos te pueda sostener o poner un negocio. Con cualquiera de estos pendejos te vas a pasar la vida lavándoles los calzones a él y sus hijos; cocinando y llevándole la comida al trabajo; y lo peor, los chinos van a pasar hambre y limitaciones’.

»Su abuelo era muy querido conmigo; de niña me trataba muy bien, me daba dulces, y de vez en cuando una que otra moneda. En las novenas de diciembre, me hacía regalos diferentes a los de los otros niños del barrio, y me dejaba mover las figuritas del pesebre. Cuando los clientes de la tienda querían abusar, él los amenazaba y me defendía. Con él hasta aprendí a jugar tejo, y era buena. Froylán se podía morir de la rabia, yo no sé si porque le ganábamos o de celos; pero Chabelita sacaba la cara por mí. A su abuelo Pedro le gustaba apostar, y cuando jugábamos juntos y ganábamos me daba la mitad de la apuesta. Al principio yo no le quería recibir, pero él me decía: ‘No sea tonta, china, recíbalo, ¿no ve que ganamos entre los dos?’. Sí, pero si perdemos yo no tengo

con qué pagar. ‘No se preocupe, china, no se preocupe; tenga y cómprese unos zapatos o un vestido, tome’.

»Quise mucho a Chabela, era como una especie de madre. A mi mamá casi no la veía, no sé dónde diablos se la pasaba, casi nunca estaba con nosotros. Por eso, cuando Chabela se fue con Froylán, yo hice mi maletica y me largué con ella. La Mechuda se juntó con un vendedor de carbón y se fueron a vivir entre la piedra y el petróleo. Mis hermanos trabajaban en lo que podían; su abuelo le dio trabajo a uno de ellos.

»Su abuelo Pedro casi no me hablaba. Se la pasaba charlando de política con sus amigos, haciendo chistes y pruebas; pero cuando yo salía para el mercado, él se ofrecía y me daba una palomita en su carro. A mí me emocionaba mucho montar en automóvil; en esa época, muy pocos tenían carro, y el de su abuelo era muy bonito. Me daba regalitos, me traía cajas de chocolatinas, un prendedor, un corte, una blusa. Las demás muchachas del barrio me tenían envidia, pero no se atrevían a decirme nada, porque yo les daba duro si se metían conmigo. El primer radio que tuve me lo regaló él. Era inmenso, con batería. Me encantaba acostarme y oír las noticias; de noche se oía bien, de día había mucho ruido. Lo que más me gustaba eran las historias de Al Capone, las peleas de boxeo y las noticias; Chabela se metía a mi pieza a oírlas conmigo; Froylán protestaba, pero nosotras lo invitábamos y terminaba sentado en la cama, a nuestro lado. Poco después de que su abuelo me regaló el radio, llegó Lindbergh, y pudimos oír el recibimiento que le dieron: ‘En estos momentos hace su aparición en el cielo de Bogotá el avión del piloto norteamericano Carlos Lindbergh, El Águila Solitaria, el primero en cruzar por los aires el Océano Atlántico. El señor presidente Miguel Abadía Méndez otorgó la Cruz de Boyacá de Primera Clase al héroe de las alturas que nos honra con su visita’.

»Su abuelo era muy guapo, amable y elegante; pasaban los meses sin que repitiera traje ni sombrero. Nosotras nos preguntá-

bamos por qué vivía en el sur, si parecía de la jai. Recuerdo como si fuera ayer que en el diciembre de la huelga de las bananeras, al terminarse la novena, yo iba saliendo con los chinos después de la repartición de dulces, y que su abuelo me dijo: ‘Rosa, si quieres, te puedes quedar en la fiesta’. ¿De veras? ‘Claro, china, quédate’. Mejor ya regreso, le voy a pedir permiso a mi hermana. Chabela me dejó ir, pero Froylán le dijo que me acompañara. Yo me arreglé y me pinté, era mi primera fiesta. Me pasé la noche mirando bailar. Al día siguiente me puse a practicar con Chabelita. ‘Esta culicagada está loca’, decía Froylán. Ese año su abuelo me regaló para navidad coloretos y polvos».

En esa época, la imagen de Carmen Francesca acompañó a mi abuelo a todas partes: estaba con él en las obras; lo seguía al Paraíso; se le metía en la cama de Lucy, y en el espejo él veía a las dos. Bailaba en las parrandas que se organizaron después de las novenas, al ritmo de las palmas y la pandereta. Le hacía el amor en sueños, y sonreía mientras le preguntaba otra vez: «¿Vienes conmigo?». «¿Dónde estará Carmen?», pensó. Y se sentó a escribir una carta, y luego otra, y otra, hasta que terminó redactando una diaria. La dobló con cuidado, le colocó un pétalo de rosa y la despachó a la lista de correos de Sevilla. Luego volvió a doblar otra, le colocó el pétalo de rosa, y a la oficina de correos de Madrid. Después a París, a Burdeos, a Berlín, a Varsovia, a Moscú, a Budapest, a Zagreb, a Roma, a Nápoles, a Siracusa, a Túnez. Primero siguiendo una ruta que en algún momento de ensoñación amorosa habían trazado; después, a cada una de las capitales del mundo; luego a las ciudades de segunda importancia, y al final al azar, donde su dedo le indicara en los mapas que consiguió. Durante más de un año le escribió, sin descansar ni un sólo día, a todos los lugares donde se imaginaba que podría estar. Sabía que era poco probable que la encontrara así; era casi imposible que fuera a la lista de correos a buscar su nombre, pero algo dentro de él le indicaba

que debía hacerlo y se llenaba de optimismo mientras pegaba las estampillas.

Lucy se percató de esa extraña presencia en El Paraíso y en su cama, y se volvió taciturna. Mi abuelo la encontraba con frecuencia ante el espejo, pensativa, con los dedos en la parte posterior de la mandíbula, muy cerca de las orejas. Lo recibía con cariño, pero no volvió a preguntarle si regresaba, si iba a estar en la fiesta del viernes o si salían el domingo por la tarde. El silencio y la tristeza iban ganando terreno en El Paraíso. Mi abuelo no podía resistir la melancolía de Lucy; se sentía culpable, impotente, y se alejaba más. Aunque la estrechara con fuerza y suspirara cuando la veía, a pesar de que le costaba trabajo desprenderse de ella en las madrugadas, los espacios entre las despedidas y las llegadas se fueron ampliando.

Mamá Agustina se ponía feliz al verlo llegar; su hijito permanecía ahora mucho más en la casa, como cuando era un niño; pero al cabo de unas cuantas horas la vieja se desesperaba, pues él casi no comía ni hablaba; se encerraba en su cuarto, y sólo salían de allí la música, el rasgar de la pluma sobre el papel o las hojas dando vuelta.

Sus amigos de las tiendas cercanas al Palacio de San Carlos se alegraron de volverlo a ver por allí. Pensaron que la masacre de las bananeras, los discursos incendiarios de Jorge Eliécer Gaitán y los ánimos caldeados alrededor de Chichimoco y Rengifo lo apasionaban tanto que lo habían hecho abandonar su Paraíso. En Santa Isabel descargaba su furia contra el bocín, las mechas y los tablones del espaldar de la cancha. Su tensión se concentraba en la apuesta y hacía explosión con los balazos, las embocinadas y las moñonas. Saltaba y gritaba como loco con cada estallido o con el plash del tejo hundiéndose en la greda, en medio del bocín. Cuando la china Rosa era mano o reventaba una mecha, la abrazaba eufórico. La fama de la peculiar pareja de jugadores se extendió por los campos

de tejo del sur, y sobraron las invitaciones y los retos, y las apuestas subieron. Él se frota las manos con placer después del último bala-zo, y extiende la derecha para recibir los billetes. Los separa en dos grupos y le pasa uno a Rosa, que lo agarra feliz.

El día de las elecciones le pidió a mi abuela que lo acompañara a votar. Se vistió de traje gris claro, con corbata y pañuelo rojos. Ella iba con un vestido bermellón que él le había regalado; era la primera vez que salía vestida de mujer, con tacones y medias, y acompañada por un hombre; se sentía asustada. Además, Froylán estaba furioso. El abuelo le fue explicando en el camino que era la mejor oportunidad de los liberales para acabar con los gobiernos conservadores: Llevan casi medio siglo en el poder, china, y la cosa ya se está poniendo insoportable: muertos en las bananeras; persecuciones y más muertes en el campo; un pobre estudiante de medicina asesinado por el gobierno; ¡y ni obras hay, es el colmo! ¡Qué bueno que se dividieron!, y mientras ellos votan por el poeta Valencia o por el general Vázquez Cobo, nosotros vamos a votar todos por El Mono; con Alfonso López vamos a ganar. ¡Viva el Partido Liberal! «¡Viva!», contestó mi abuela. Él la tomó del brazo y ella se sintió feliz, importante, protegida, querida.

El abuelo rebosaba de alegría, nunca había sentido tan cerca el triunfo de los liberales; ahora cambiaría todo: Por fin van a gobernar los amigos de mi papá, ahora sí va p'adelante el país. Hablaba y gesticulaba con pasión, y sólo interrumpía sus análisis y pronósticos para mostrarle a Rosa los sitios importantes y las obras en las que había participado: la Catedral, la casa donde se dio el grito de independencia, los parques, el cine, los monumentos, la Plaza de Toros, la Estación de la Sabana. ¡La Estación de la Sabana! ¡Cómo hemos caminado, china! Contigo se me pasa el tiempo volando, ¿has montado en tren? ¿No? ¿Por qué no vienes a conocer Girardot conmigo, china? Yo te invito. «¿Cómo se le ocurre? ¿Qué van a decir mi hermana y Froylán? Gracias, don

Pedro, pero no puedo». Regresaron al anochecer. Froylán y Chabela la estaban esperando en la puerta de la tienda. La agarraron de los brazos y la metieron sin siquiera contestarme el saludo, ¡ala!, y cerraron de un portazo. ¡Qué vaina! Por la mañana, cuando salía para la obra, me la encontré entre el carro con un par de chuspas de papel a un lado y al otro el radio que le había regalado. Con los ojos llorosos, me dijo: «¡Me voy con usted, Pedro!». Anduve con ella para arriba y para abajo, comprando materiales y revisando las obras; de verdad chino, yo no sabía qué hacer, y hasta sentí miedo, ¡carajo! Me daba pena con Froylán y Chabela. ¿Con qué cara los iba a volver a ver? Al mediodía, la invité a almorzar, casi ni hablábamos. Estábamos subiéndonos al carro, después de visitar otra obra, y se me ocurrió preguntarle como para decir algo: ¿Qué vamos a hacer, ala? «¿Cómo que qué vamos a hacer?, me espetó; primero me invita a irme con usted, ¡y ahora que me salí de la casa y estoy lista, me viene con esa pregunta! ¡Mire a ver qué hace! ¡Eso le toca a usted!». Le propuse llevarla mientras tanto al Paraíso, a casa de una amiga, le dije, mientras veo qué hacer... «¡A mí no me va a llevar donde ninguna puta! ¡Yo me salí con usted, pero soy una mujer decente! ¡Ahora sólo falta que me lleve a la casa de su mamá!».

Le compré una maleta de cuero, metí sus cositas allí y llegamos a un hotel del centro. Entramos al cuarto, dejamos la maleta en el suelo y nos quedamos viéndonos. La invité a dar una vuelta y terminé con ella en una tienda. «¡Viva el Partido Liberal! ¡Ganamos los liberales! ¡Abajo los godos!», celebraba la gente. La dueña cerró y nos pusimos a bailar. Rosa había aprendido muy bien. Al final de la primera pieza me detuve a mirarla. ¡Qué china, ala! ¡Qué bonita! Mis amigos la sacaron a bailar y yo sentí unos celos tremendos. Pagué la cuenta y regresamos al hotel.

Al cerrar la puerta, ella se lanzó sobre mí y nos besamos. Me tocaba por todos lados, y me tiró a la cama. Me pregunté si ya habría hecho el amor, pero sus manos en medio de mis piernas y su boca

en la mía me estremecían y desbarataban cualquier pensamiento, ninguna idea duraba más de un par de segundos. Pronto me tuvo desnudo. «¿No me vas a desnudar?», me preguntó. Apenado, empecé a quitarle la ropa. Siempre había sido yo el que tocaba, besaba, lamía y me preocupaba por hacer feliz a la mujer, y sólo después de que sentía su placer me derramaba; pero con Rosa fue distinto, chino. Perdón, chino, que le cuente estas cosas, pero no me di cuenta a qué hora llegué a esta parte, chino. ¡Como usted no hace sino preguntar! Ella me tocaba, me hurgaba, me lamía, dejaba deslizarse su cabellera desde la planta de mis pies hasta los ojos, me ponía y me quitaba sus pezones en la boca; «date la vuelta», sugería, y recorría con sus senos mi columna, me mordía las nalgas, y hasta quiso tocarme el ano, chino, ¡y eso no! «Tranquilo, tranquilo, no le voy a hacer nada». Poco a poco fui soltando de nuevo los glúteos. Sentí un escalofrío terrible, sudaba frío. Me daba pena y miedo. Ella continuó acariciándome la cabeza y besándome el cuello. «Tranquilo, tranquilo. ¡Cómo me gustas!». Pronto volvió a parármese, y me dejó lamer. De pronto se montó encima de mí, con su mano me agarró el pene y con la cabeza se sobó el sexo. Chorreaba un líquido que cubría mi miembro, desprendía un olor que se deslizaba por mi nariz y me llenaba el cuerpo; sentía que ese olor daba la vuelta por dentro de mis entrañas y volvía a salir por todos los poros y el huequito de mi pene. De pronto se restregó con más fuerza y empezó a jadear; me puso en la puerta de su sexo, quitó la mano y empujó con las caderas, yo me prendí de sus senos. Gritamos de placer y sentí que me perdía en el vacío. Una mezcla de sangre, semen y sus líquidos me cubrió la ingle y el vientre.

Mi abuela se levantó a las cinco en punto de la mañana, dispuesta a hacerle cumplir la promesa a mi abuelo. Y pronto se dejó mecer gozosa por el arrullo del tren, sus recuerdos y sus sueños. Respondió el saludo a cada uno de quienes iban a despedir a sus viajeros. También saludó a todos los niños y niñas que se aposta-

ban a lado y lado de la carrilera para ver pasar el enorme monstruo jadeante, y corrió con ellos tras sí misma. De pequeña lo había visto pasar todas las mañanas, muy cerca de la finquita donde se había criado, los vio desaparecer moviendo la mano en la distancia, como ella había visto antes desvanecerse el último vagón. Soñaba entonces que un día un hombre muy guapo se la robaría y la llevaría con él a conocer tierras extrañas. Iba feliz, y sonrió en el momento en que pasaba por el lugar donde había soñado su viaje, buscándose en vano, con las manos apretujadas. En cada estación volvió a saludar a quienes esperaban y a quienes despedían. En cada parada se llenó la boca de almojábanas, dulces y presas de gallina. Mi abuelo Pedro se reía divertido, y cada tanto se tomaba un trago de whisky de su licorera.

Se pasaron los cinco días haciendo el amor: al despertar, en la siesta del mediodía y al acostarse. Mi abuelo estaba rendido, pero mi abuela abría los ojos antes de que saliera el sol, le acariciaba la cabellera, y después deslizaba sus dedos por los hombros y el pecho. Le gustaba ver cómo se le iba parando el pipí a pesar de que aún dormía, le daba pequeños apretones y se reía al pensar que era la hora del ordeño. Y cuando ya lo tenía bien parado, lo sacudía y decía: «¡Buenos días don Pedro!». Salían muertos de hambre a desayunar; después del tinto, caminaban sin rumbo fijo. A mi abuela le gustaba ir a los ríos, al campo, a las plazas de mercado, a la Catedral, a sentarse en las bancas de la Plaza de Bolívar, observar al vendedor de helados, el pregón de la vendedora de frutas, el cucurucú de las palomas, el trino de los pájaros y el abrazo de los enamorados. El sábado, en plena misa, mi abuela le contó que ese día estaba cumpliendo catorce años. Mi abuelo no dijo nada, pero se sonrojó y se pasó el resto del día pensativo.

Cuando el tren entraba a la sabana, mi abuelo se sorprendió con la mirada de mi abuela detenida en sus ojos, mientras le decía: «Yo no quiero pasarme toda la vida esperándolo y sin hacer nada.

Yo lo que quiero es ganarme mis propios centavitos. ¿Por qué no me ayudas a poner un negocio? Tengo unos pesos ahorrados de lo que me daba Chabela y lo que nos ganábamos en el tejo». ¿Y qué negocio quieres poner, ala? «Lo he pensado mucho, podría ser un piqueteadero o una venta de materiales... En todo caso, contigo ya tendría un cliente». Mi abuelo soltó la carcajada. Vamos a ver, vamos a ver, china. Quedaron de verse a mediodía para almorzar juntos; mientras tanto, ella buscaría un cuarto. Cuando se encontraron, mi abuelo la vio y la escuchó radiante: «Ya conseguí un terrenito con un par de cuartos al fondo, ni mandado a hacer para la venta de materiales; venga, vamos a verlo». Y esa misma tarde mi abuelo tuvo que acompañarla a comprar arena, cascajo, ladrillo, cemento y una cama.

Al día siguiente, las muchachas y las viejas de los alrededores fueron a verla, a felicitarla y a preguntarle, después de mil maromas verbales, cómo había hecho para conquistar a don Pedro, y cómo le había ido en la luna de miel. Tránsito se apareció gritando por la tarde, energúmena: «Mocosa hijueputa, ¿no sabía que él ya estaba conmigo y que tenía hijos?». «Mire, señora, ese es asunto de ustedes. A mí me propuso que me fuera con él, y yo me salí de la casa porque cada quien hace con su culo lo que se le da la gana; y ahora hágame el favor de dejarme tranquila, que tengo mucho que hacer, le contestó muy tranquila». «Mocosa de mierda, una tunda es lo que se merece». Y se lanzó contra ella; pero mi abuela la esquivó y agarró una pala que estaba por ahí, levantando la voz: «Intente tocarme no más, y verá cómo le va». Tránsito se frenó en seco y dio rienda suelta a la bestia de las maldiciones. Poco después llegó mamá Agustina, con Pablo y Gardenia de la mano: «Mire, mijita, que Pedrito ya tiene dos hijos; además tiene otra mujer. Usted está muy niña para meterse en estas cosas, no se deje engañar; si quiere, yo hablo con su hermana para que la reciba». «Señora Agustina: le agradezco mucho sus buenas intenciones, pero

no tengo ganas de volver con mi hermana; la quiero mucho, pero yo pienso hacer mi vida sola. Yo no me meto en la vida de nadie, y no quiero que nadie se meta conmigo. Si se le ofrece algo por aquí, con mucho gusto la atiendo», le dijo, y se puso a despachar al cliente que llegó en ese momento. Chabela pasó a saludarla al anochecer; le traía cobijas, sábanas, una bacinilla, un florerito de regalo, y su respaldo: «Ya sabes, lo que necesites, cuenta conmigo». Hicieron entre las dos un caldito de papas con carne, para cuando llegara mi abuelo. «Atiéndelo bien, hija; a los hombres hay que halagarlos en la mesa, y todavía mejor: en la cama». Y entre risas y confidencias, se pusieron a escuchar la radio, a limpiar el polvo y acomodar los pocos trastes y muebles que tenía.

Mi abuelo llegó como a las siete de la noche. Chabela salió rápido, apenas sí se saludaron. Él se tomó el caldo que mi abuela, inexperta, le calentó ansiosa. Apenas soltó la cuchara, se disculpó diciendo que tenía una cita de trabajo. Mi abuela se acercó para besarlo y lo invitó a una siestica. Él no resistió, y salió mucho más tarde, arreglándose el saco.

Mamá Agustina lo recibió malencarada, y sin servirle nada empezó su cantaleta: «¿Qué necesidad tenías de sacártela a vivir? Además, ¿por qué tenía que ser por aquí, en el mismo barrio? ¿No te da pena? Si no respetas a esa pobre mujer de la Tránsito y a tus hijos, por lo menos debías respetarme a mí, que ya estoy vieja. ¿No te son suficientes dos mujeres? Puedes acostarte con las que quieras, al fin y al cabo eres hombre, y ni tienes la culpa de que se te anden ofreciendo, pero llenarte de obligaciones... ¡Pendejo!». Mi abuelo volvió a colocarse el sombrero, se abotonó el saco y salió azotando las puertas. Tenía unas ganas enormes de tomarse un aguardiente, y se metió sin pensarlo en Santa Isabel. Sólo se dio cuenta de lo que había hecho cuando se encontró frente a Froylán. Se miraron en silencio. Estaba dando la vuelta cuando escuchó su voz: «Tómate un trago, ¡ya qué vamos a hacer! Yo ya lo había visto venir. Lo único

es que la china es casi una niña. En fin, allá ustedes, trátala bien». Chabela salió corriendo para la casa de su hermana. Al regresar, a media noche, los encontró borrachos, contándose historias de mujeres, que cambiaron con su presencia por la trillada discusión sobre el triunfo del partido liberal, el final de medio siglo de gobierno conservador y una invitación: «Chabela, tómate un traguito con nosotros». Y brindaron porque al fin de cuentas ya eran parte de una misma familia. Recordaron las historias de la china, y acordaron una apuesta al tejo para el viernes próximo. Cuando ya no podía hablar y se le cerraban los ojos de la juma, como a las tres de la mañana, tuvieron que llevarlo entre las dos al depósito.

Mi abuela le quitó el saco, la corbata y la camisa; el olor a pecaeca que se desprendió en el momento de sacarle los zapatos le hizo pensar que al fin de cuentas eso de casarse no era tan maravilloso ni tan romántico como se lo había imaginado. Terminó de desvestirlo y lo metió como pudo dentro de las cobijas. Su cuerpo desnudo la excitaba. «Pero no hubo forma de despertarlo, Chabelita», le contó, «el muy pendejo ni se inmutó, a pesar de que lo estuve ordeñando como media hora, ¿cómo te parece? ¡Qué desilusión!». Por la mañana se despertó preocupado porque tenía que ir a la obra. Mi abuela le tenía listo el caldito que había sobrado la noche anterior, un chocolatico con queso, almojábanas y pan. «¿Y el jugo?», le preguntó enfático mi abuelo. Ella no había pensado en eso, creía que le agradaría que le llevara el desayuno a la cama. Lo miró desconcertada. «¿Tampoco hiciste café?». Se atolondró toda y no supo qué contestarle. Él se levantó furioso, se vistió y salió. Mi abuela se quedó llorando. Chabela la encontró tirada, con los ojos rojos y dándole golpes al colchón. Por más que le preguntó de todas las maneras posibles qué le pasó, la china no quiso decirle ni una sola palabra. Sólo se oían los suspiros, el hipo y los mocos.

Cuando mi abuelo llegó a La Quinta, mamá Agustina lo interrogó sin mirarlo: «¿Al menos le dieron un buen desayuno?», y sin

esperar la respuesta, le sirvió un vaso de jugo y un tinto. «¡Estas mujercitas de hoy en día ni siquiera saben servir un desayuno! ¿Cómo carajos se fue a meter con la más culicagada de todas las viejas con las que anda? Acuérdense de mí, ¡esa niñita lo va a hacer ver candela! Bueno, ¿ya desayunó, o no?, para prepararle un par de huevitos pericos...». Sí, mamá, ya desayuné, gracias. «De todas maneras se los voy a hacer; mal no le van a caer. Y exíjale que haga bien las cosas. Si no fuera tan orgullosa, y grosera, hasta yo misma le enseñaría. ¡Culicagada!».

Le molestaba la pobreza del cuarto, que no hubiera un buen trago, que no encontrara una fruta, que la mesa estuviera en el mismo espacio que la cama y el olor a petróleo cuando cocinaba; extrañaba una sala para sentarse tranquilo a leer; pero cuando mi abuela se ponía frente a sus ojos, desaparecía el malestar, la ropa iba a dar al piso y ella saltaba sobre él, lamiéndolo, pasándole las uñas por la espalda, dándole mordisquitos, negándole el placer de penetrarla por horas, haciéndolo sentir que lo esperaba dentro de sí, y gritando cuando concluían sus retozos, y los cuerpos se trenzaban en uno solo. Quedaba rendido. Al despertar, tenía a su lado una sonrisa y un tinto humeante. Poco después estaba preguntando por el jugo, por la mantequilla, por las servilletas, por el periódico, por la mermelada, y protestando porque no había secado los platos o por cualquier otra cosa. En muchas ocasiones se fue dejando servido el desayuno, y llorando a mi joven abuela. Al llegar a La Quinta encontraba a mamá Agustina con un vaso de jugo de naranja, el tinto caliente, y algún comentario contra la culicagada esa. Pensaba que su mamá tenía razón; pero no resistía pasar cerca del depósito sin visitar a la china. Un olor me perseguía y me llevaba con ella. ¡Qué vaina! «Esa culicagada le dio algo a mi hijo, ¿cómo es posible que todavía lo tenga detrás de ella? Seguro que le puso la regla en el café o quién sabe qué. ¡Sábelo Dios!».

Todavía me parece escuchar a mi abuela: «Me levantaba todos los días a las cinco de la mañana, arreglaba el cuarto, porque, eso sí, pobre pero limpia y ordenada; no como su mamá, disculpe mijo que le diga estas cosas, pero es que es una desordenada y una cochina, ¿cómo quiere que Pedro Pablo no prefiera a Griselda? Ella sí que es toda una dama, y trabaja; no es como su mamá que se queda echada todo el día oyendo novelas y esperando que su papá le lleve el diario. Bueno, barría y trapeaba el piso, limpiaba el polvo todo el tiempo, porque todo vivía sucio por el cemento y la arena; desayunaba y me ponía a preparar el almuerzo. Cuando su abuelo se quedaba conmigo, me levantaba más temprano a hacerle el desayuno, porque salía antes del amanecer. Yo me esmeraba por atenderlo bien: su jugo, sus huevos, el pan; pero para mí era un verdadero martirio. Siempre encontraba algún defecto, algo que no le gustaba, alguna cosa le hacía falta, que más jugo, que si no hay fruta, que no tiene sal, que se pasó en la pimienta, que le puso mucha canela, que el queso no es del bueno, que el cilantro no está bien picado, que la cebolla tampoco, que el mantel está sucio, que las servilletas están arrugadas... Quería vivir como rico, pero casi no me daba plata, y cuando le pedía, me salía con el cuento de que para eso me había ayudado a poner el negocio.

»La vieja esa de su bisabuela, que en paz descanse, era una bruja; vivía llenándole la cabeza de chismes a su abuelo: Rosa esto, Rosa aquello, Rosa más allá, Rosa más acá, que no sabe cocinar, que es una puerca y una desordenada, que mire el mugrero donde vive, que mire cómo trae la ropa llena de arena y de cemento, que se le va a arruinar todita, que perdone mijo que me meta en sus cosas, que ya sé que a sumerced no le gusta, pero que lo que pasa es que me da rabia, que qué le pasa con esa mujer, que tenga cuidado... ¡Vieja hijueputa!

»A las ocho en punto abría el depósito. Lo mantenía bien ordenadito, la arena amontonada, el cascajo en otra esquina, las cosas

en su sitio. Al principio, yo podía hacer todo sola, pero la clientela aumentó y no me daba abasto con las compras, el orden, el aseo, despachar a los clientes, apalear arena o subir el cemento a las zorras; Chabelita venía a ayudarme cuando se daba cuenta de que estaba despachando un pedido. Un día se quedó mirándome, y yo supe que me quería decir algo importante. ‘¿Cuánto hace que no te llega la regla?’, me preguntó. ¿Cómo? ‘Que ¿cuánto hace que no te llega la regla?’. ¿La regla? No sé. ‘¡Ay mijita, usted está embarazada!’. ¡Eso fue el escándalo en el barrio!». Todos comentaron que la china Rosa estaba preñada del viejo Pedro. «Es el colmo que la tenga trabajando». «Y dicen que la trata mal». «¿Quién la mandó de culicaliente?». «Dejen de joder, no sean envidiosas; hacen bonita pareja, porque él es muy bien parecido, y ella es muy linda». «Eso sí, para qué, la china tiene su genio y su manera, pero es linda la pendeja esa». «El hijo tiene que salir muy bonito». «Si es que no aborta, con esa manera de trabajar, levantando bultos, echando pala, moviendo ladrillo». «Bueno, la verdad es que una china así es envidiable». «Hum... Cada quien encuentra la horma de su zapato, porque también tiene un geniecito que sólo don Pedro es capaz de dominar». «¡Esa china es candela!». «Sí, pero a don Pedro también le llegó la hora, él tan mujeriego y ahora se la pasa con ella». «Dicen que la señora Agustina no la quiere». «¡Qué la va a querer!». «¡La vieja está celosa!». «¡Y la pobre Tránsito!». «Pobrecita, con sus dos chinos, ¡y tener que aguantarse que el viejo ese tenga otra al lado!».

Mi abuela siguió trabajando hasta el último día del embarazo, mientras la clientela crecía y crecía. Lo que no le perdonaban las vecinas era que siguiera jugando al tejo y tomando. Ella se sobaba la barriga, se echaba un trago de cerveza, agarraba el tejo, que en los últimos días se lo alcanzaban Froylán o Chabela, y lo lanzaba con toda su fuerza. ¡Pum! ¡Carajo! Sonaba la mecha.

CARMEN FRANCESCA RONDABA LA CABEZA DEL ABUELO CADA TANTO, y cuando él veía niños pensaba en ella con sus dos pares de gemelos a diestra y siniestra; añoraba la firmeza y redondez de sus hombros, sus senos y sus caderas. La recordaba con nostalgia, con ese raro sabor que tiene el saber que alguien ha pasado por la vida de uno y que no importa a qué distancia temporal o espacial se encuentre, sigue presente en uno. Con la convicción de que en cualquier momento o lugar es posible verla aparecer frente a uno borrando las vueltas del reloj, del calendario o del mapamundi. Aceptando que en ese mismo momento uno podría estar a su lado, que quizás uno continuaría instalado en ese estado paradisíaco, anhelado, temido y eludido, que es el enamoramiento. «¿Por qué no me fui con ella? ¿Por qué no se quedó?», se preguntaba.

El lunes, mientras se afeitaba y se llenaba de valor para salir a buscar nuevos contratos, le pareció que lo miraban, y tuvo que reconocer que se estremecía. Salió del baño con la cara a medio afeitar, una mejilla lisa y brillante, la otra blanca de espuma; pasó frente al espejo y se miró durante un largo rato. Reacomodó los hombros, pues estaban un poco elevados y hacia delante; miró los vellos del pecho que se asomaban caprichosos, y luego se detuvo en las piernas, estiró la derecha, que salió de entre la tela satinada y se sonrió consigo mismo. Son bonitas, ¿no? No se imaginó que lo estuvieran observando. No, ala, qué van a decir, ¿que soy maricón? No, chino, no cuente esas vainas. Los hombres no nos miramos demasiado en el espejo ni nos interesamos por la belleza de las piernas ni gozamos

observando los rasgos masculinos, y si lo hacemos, no lo contamos y lo olvidamos. Claro que nos gusta que una mujer se fije en nuestras piernas y se detenga a mirarnos las nalgas y, ¿por qué no?, que las agarre con sus manos. Pero si nos dice algo, nos inhibimos, y más si se atreve a tocarnos el culito y hablar de él, no ¡ala!, eso sí que no. ¡Dejémonos de vainas! En fin, a pesar de las protestas, al abuelo le encantaban sus piernas, y cuando estaba medio jalado se arremangaba los pantalones y las exhibía orgulloso. A las mujeres no sólo les gustaban sus piernas, sino que les encantaba su púdico gesto femenino. Pasó la mano por los discos, sacó uno al azar y lo puso a sonar. El golpe de las percusiones retumbó en su cuerpo haciéndolo danzar y silbar. Supo de inmediato, por la alegría de los músculos, que ese día conseguiría buenos contratos; además, la gitana se le apareció con gran intensidad. Se sintió pleno de vida, con fuerza, con alegría. Pero el segundo movimiento, sombrío, tal vez mustio, un poco trágico, le dio una pincelada de tristeza a sus ojos y matizó el tono melancólico con uno de misterio y de alegre cascabeleo, y salió así acorazado ante la dura realidad de la vida, el trabajo y el dinero.

Recibió una carta, y se extrañó porque con el correo sólo había tenido una relación: la infinidad de cartas que despachó a todo el mundo, con lo cual aprendió en unos pocos meses más de geografía y política internacional que en el resto de su vida. Sintió la misma emoción que cuando se enfrentaba a la lectura de la mano o del tarot. No la quiso abrir de inmediato, y se fue al cafecito en el que acostumbraba a tomarse su aromática matinal. Esta vez no pidió agua de manzanilla ni de toronjil, sino un aguardiente doble, y se lo tomó de un sólo trago. Abrió el sobre, cuidando que no se rompiera la estampilla, y se llenó de emoción al enterarse de que la tribu de Carmen Francesca llegaría por barco a Cartagena. ¿Quién le escribió? Nunca supo; la letra parecía de hombre, el tono era impersonal, venía de Sevilla, y además le anunciaba

que no irían a Bogotá. Se tomó otro trago doble, sacó del bolsillo interno del abrigo un habano, lo desenvolvió, manoseándolo, lo mordió, y se entregó al perfume y al placer del embotamiento que producen las hojas antillanas.

Esa semana trabajó como loco, y organizó todo para escaparse a Cartagena. Soñaba, mientras revisaba, riguroso, marcos, zócalos y muros, con la centenaria muralla de piedra que la resguardaba; el castillo habitado por fantasmas, cañones, balas, pasillos secretos, discursos y mazmorras; los balcones repletos de plantas que pintaban de color las casitas blancas coronadas por la teja; los portones y los zaguanes que daban paso a los frescos patios centrales regidos por monumentales mangos. Recorría la ciudad preguntándose en dónde podrían acampar los gitanos, y se sentía caminando por las estrechas callecitas empedradas.

Casi no dormía, se despertaba más temprano que nunca, y se ponía a hacer cuentas y planes; no le daban ganas de hacer la siesta; corría de las oficinas a los almacenes, a los bancos, a las obras; y cuando llegaba la noche, después de varios cafecitos y aguardientes, visitaba a Lucy, a Rosa, y alguna vez a Tránsito. Lucy recobró la alegría y pareció rejuvenecer. Los baños de hierbas en la tina le abrían el apetito, lo relajaban, le transmitían paz y fuerza. Montaba a Lucy con renovados bríos y se dejaba cabalgar por Rosa con el paso suave y conocedor de un viejo percherón. Con Tránsito era a veces un joven potro, rápido e inexperto, otras, el tranquilo y lento percherón. Y los jueves de piquete se abandonaba al placer de la picardía y lo prohibido, y se echaba uno que otro rapidito, a escondidas, detrás de alguna puerta, debajo de algún mostrador o en el baño, en medio de los golpes de algún pobre desesperado por los retortijones.

A Cartagena llegó la misma tarde que el trasatlántico surcó las aguas del recién inaugurado canal de Bocachica. La voz de la sirena lo sembró en el muelle, mientras sus ojos volaban hacia la nave

buscando el colorido del vestir gitano. Después de la sorpresa del encuentro y los abrazos, la alegría se convirtió en fuerza y laboriosidad, y las carpas emergieron de entre la penumbra y el golpe de las olas. A media noche, con la luz de la luna llena y el titilar de las estrellas y las fogatas, terminaron de instalar el campamento y se inició la fiesta. Guardó la ropa con la que recibió a los trotamundos y recibió de manos de Carmen los trajes que ella guardaba consigo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para que no se notara su miembro erguido; tenía a sus hijos detrás y su gitana estaba ansiosa por saltar al círculo de cantos y baile.

La tribu estuvo en la heroica Cartagena quince días; durante ellos Pedro Pablo fue un gitano más. Carmen Francesca le regaló un juego de runas, el oráculo de los vikingos, conchas que recogió una mañana cuando caminaba a lo largo de una lejana playa, pensando si podría vivir o no con Píter, pintadas con un brebaje de hierbas y piedras que fue recogiendo por los campos que engalanaron sus toldos. Le explicó la historia y la idea, se las echó y le enseñó a descifrarlas, de una en una, por tríadas, en cruz, y en la forma en que su intuición se lo dijera. Nadie que creyera en los oráculos se quedó en Cartagena sin consultar al gitano vikingo de ojos claros y pañoleta roja.

Retozaron en la arena durante cada una de las quince noches, lavaron sus cuerpos desnudos en el mar; trenzados, hicieron malabares entre las olas y la espuma, y descansaron en las sábanas de lino que la madre de Carmen Francesca había bordado para que fueran ensangrentadas y exhibidas la noche de bodas de su hija. Se erizó con la lengua de la hembra explorando sus orejas, aferrado a sus caderas, mientras ella cabalgaba con el ímpetu y la pasión que se siente cuando uno sabe que pronto arribará el fin. Había prometido no volver a preguntarle si se quedaba con él, ya sabía que no lo haría, que no podría ser feliz sin sus hermanos y sin el placer de reemprender una y mil veces su viaje ancestral.

El regreso a Bogotá fue lento, muy lento. Conservó su atuendo gitano y palió su tristeza deteniéndose en los innumerables pueblitos que se extienden a lo largo del río Magdalena, compartiendo las runas, las preguntas y la vida de quienes se entregaban al oráculo; recibiendo gallinas, pescado, collares, piedras preciosas, frutas, besos, abrazos, buenos deseos, amuletos, gracias, y uno que otro amor a orillas del río, atento a la aparición de los caimanes, de los padres y de los maridos. «Lo malo», diría después, pavoneándose en las tertulias bogotanas, «son las picadas de esos hijueputas mosquitos, que no perdonan y le dejan a uno el jopo hecho un colador». Cuando llegó a la capital se fue directo al Paraíso, ansiaba pasar una semana entera con Lucy; sin salir para nada de la casa. Pero no pudo abrir la puerta, y tocó con insistencia la cabeza de león del antiguo golpeador que él mismo le había regalado. Sintió miedo, y no supo por qué ni a qué. Nunca se imaginó que detrás de la puerta se desató un ir y venir de las chicas al cuarto de Lucy, y un sollozar generalizado. Volvió a golpear, ahora con desesperación; luego con rabia. Por fin salió Eréndira, enjugándose los ojos; y sin decir nada, le entregó un paquete y un sobre de parte de Lucy, y cerró la puerta. Me decía que había decidido no verme más, que ya estaba vieja y que yo debía tener otras mujeres, de mi edad, o más jóvenes; que debía casarme y asumir un compromiso con alguien; que yo mismo me hacía daño andando con una y con otra; que ella me amaba, que había sido feliz conmigo, pero que ahora sufría viéndome en tantas historias, y no tenía ganas de vivir en el dolor. En el paquete venían de regalo un juego de mancuernas, un pisacorbata, una estilográfica de oro y una licorera de plata.

Esa noche mi abuelo le llevó una serenata a Lucy, y le cantó con los músicos palabras de amor y de perdón. Lucy lloraba, pero no quiso abrirle. Una y otra vez la llamó, en vano. Los tragos y las canciones siguieron hasta el amanecer y, borracho, lloró como

un niño en los brazos de los músicos. Se desplomó mientras lo llevaban a La Quinta. Mamá Agustina se asustó al verlo llegar así, pero ellos le explicaron, a medias, y le ayudaron a meterlo en la cama. Se despertó a mediodía con el olor del café que le llevó mamá Agustina, y con la mano de la madre sobándole la cabeza y mimándolo: «¿Qué le pasa, mijito? ¿Qué le pasa, sumerced? Cuénteme, ¿qué fue?». No le contestó nada, y lloró una vez más, sin decir palabra, boca abajo. Ella siguió acariciándolo y mimándolo hasta que se volvió a dormir.

Al día siguiente, a la hora acostumbrada, se levantó, se bañó, y mientras se afeitaba se dijo que la vida tenía que continuar, ¡qué le iba a hacer! Mamá Agustina se sorprendió al verlo actuar como si no hubiera pasado nada, y no se atrevió a interrogarlo de nuevo. Ella nunca supo qué le había pasado, pero sus amigos tuvieron que escuchar su historia, llorando, borracho, una y otra y otra vez, hasta que él mismo percibió, meses después, que ya no decía nada nuevo, y que no sentía ni dolor ni rabia al contarlo. Sólo retomaba el tema cuando se emborrachaba; pero cada vez lo contaba menos, y con menor intensidad.

Te juro que sí las amaba. Te juro que me hacen falta, pero yo no me podía ir, chino, y Carmen Francesca no se quiso quedar. Y no me imaginé que Lucy sufriera de celos, nunca me dijo nada, todo me habría podido imaginar menos eso. «Cásate, Pedro, cástate con alguna de tus mujeres, eso te hace falta». Si me llegara a casar, perdería mi libertad, y yo quiero ser libre, chino, que no me ate nada, no quiero que me jodan, ni que me pidan cuentas, ni tener que estar explicando a dónde voy ni de dónde vengo, no, ala. ¡Eso, no! ¡Vida hifueputa!

«¡Tu papá pesó cinco kilos! ¡Era una belleza!, me cuenta mi abuela. Pedro acababa de llegar de Cartagena. Se había ido de negocios... Recuerdo muy bien que en la semana anterior al viaje no se quedó ni una sola noche conmigo. Estaba muy nervioso, se

enojaba por nada; me gritaba por cualquier cosa; azotaba la loza contra el suelo: ‘¿Cómo sirves la comida sin secar los platos, carajo? ¿Cuándo mierda vas a aprender?’. En los ojos se le notaba algo especial, cierta alegría y cierta tensión, ¡qué sé yo! No supe qué día regresó. Los vecinos dijeron que estuvo encerrado como una semana en la casa de la vieja Agustina. Cuando regresó y fue a visitarme al depósito, llegó mansito; sus ojos transmitían tristeza, cansancio y derrota: ‘¡Hola china! ¿Cómo estás?’. Y me abrazó muy fuerte. Lo sentí cercano, y tuve unos deseos enormes de protegerlo; no sé de qué, tampoco sé por qué. Terminé olvidándome de lo mal que me había tratado antes de irse. Después de comer, nos tiramos a la cama y él se quedó dormido mientras yo le acariciaba la cabeza. A media noche se despertó: ‘Tengo frío, china; mejor me meto en la cama’. Lo ayudé a desvestir. Tiritaba. Se metió, arrunchándose contra mí. ‘¡Uy!, ¡qué grande está tu barriga!’, dijo. Y la acarició por largo tiempo».

Esa noche se sintió querida como nunca antes, con ternura. Sus manos la recorrieron sin prisa, sin deseo, sin pasión; por momentos se quedaba adormilado, pero al instante volvía a despertarse y sus dedos continuaban rozándola, como si tuviera miedo de quebrarla, como si quisiera quedarse sobándola hasta la eternidad. Se sorprendieron cuando sintieron que el falo se erguía hasta quedar como una gran torre enhiesta. ¿Cómo, estando tan triste, podía excitarse? Hicieron el amor con suavidad, despacito, y con todo el cuerpo. Sus manos se recorrieron unas a otras, sus cabellos se metieron entre el cuello, danzaron en el rostro, se detuvieron en los párpados. Se amaron sin cobrarse nada, sin reclamarse nada, sin temores, sin esperar o ensoñar nada; se amaron, simplemente. La respiración no se alteró, y no se dieron cuenta en qué momento se durmieron.

«Cuando tu papá nació, tu abuelo tenía una borrachera... Andaba tristón; pero Pablo lo sacó de esa melancolía. Eso se puso

feliz, y orgulloso. Todo el mundo alababa al niño y adulaba al viejo: ‘¡Qué grande!’. ‘¡Qué bonito!’. ‘¿Cómo hiciste para tener semejante niño?’. ‘¡Se parece al papá!’. ‘¡La boca es igualita a la suya, Rosa!’. Tu abuelo estaba que no cabía, y la vieja Agustina empezó a visitarme a diario: ‘Cuídese mijita, mire que tiene que alimentar bien al chino. ¿Por qué no se viene unos días para la casa? Allá los puedo atender, y Pedrito no va a tener que estar de aquí para allá y de allá para acá; mire que con todo lo que tiene que trabajar mi pobre chino...’. Por supuesto que no le acepté su invitación, ¡vieja hipócrita!

»Su abuelo estuvo muy cercano a nosotros; nunca se decidió a vivir conmigo, pero me visitaba todos los días, y dormíamos juntos, a ratos, por la mañana, por la tarde, al anochecer o en la madrugada; luego salía corriendo para La Quinta. Cuando se quedaba dormido, la vieja Agustina lo iba a buscar; muy a las seis y cinco, ya estaba tocando y llamándolo: ‘Pedrito, véngase, mijito, a desayunar a la casa; mire, sumerced, que ya le preparé el caldito de papas que tanto le gusta’.

»Los sábados jugábamos al tejo con Chabela y Froylán, y a veces los viernes, y rematábamos con unas cervezas en la tienda. Con ellos íbamos los domingos a Monserrate, a misa de ocho; cuando no, a la Catedral, a las doce. Desayunábamos en los ranchitos que estaban a un lado de la iglesia, y caminábamos un rato en el bosque de atrás. Él se quedaba a los toros y yo me regresaba; a la plaza fuimos juntos una o dos veces, no más, pero a mí eso no me importaba mucho porque no podía ver sufrir a esos pobres animales. En ocasiones organizábamos paseos a Villeta, a Mesitas del Colegio o a Fusagasugá. Chabela y yo preparábamos el piquete; ellos, la bebida, y compraban las otras cosas. Para qué negarlo, en ese tiempo fui feliz.

»Su papá seguía creciendo y creciendo, y aunque poco después tuve otro chino, lo seguí amamantando; me quitaba uno y me

ponía el otro. El chinito murió a los seis meses, de una bronquitis tremenda. La vieja Agustina dijo que el niño había muerto por culpa mía, por descuidada y no sé qué más cosas. ¡Vieja hijueputa! Después nació Orlando, y al año su tía Gardenia. A todos les daba teta, a su papá de último, pero le daba; le di hasta que tuvo cinco o seis años. Cuando volví a quedar embarazada, la vieja Agustina armó un escándalo el verriondo: ‘Esa mocosa lo va a llenar de hijos, mijito; cuídese, no le conviene, mire que sumerced todavía está joven, y esa lo que quiere es comprometerlo y gastarse su platica’. Y dale que dale con el cuento ese. Qué le iba a quitar nada, si todo lo que su abuelo ganaba lo metía en La Quinta; que espejos, que duela, que pinturas, que vírgenes, que loza, que los muebles ya están viejos, que una empleada, que una sirvienta no es suficiente... Tránsito mandaba todos los santos días al chino Pablo a pedirle lo del diario... Su abuelo organizaba unos parrandones en La Quinta... Y como si fuera poco, parece que tenía varias viejas con las que se iba a jugar y a beber, y claro, en esas juergas él era el que pagaba. Farol de la calle, oscuridad de la casa...

»En el negocio no me iba mal, para qué; su abuelo compraba sus materiales en mi negocito, y cada vez tenía más clientela; les daba buen precio, y de vez en cuando organizaba piquetes para los compradores. Las patas de marrano en achiote me quedaban exquisitas, y su abuelo le sonsacó la receta de la chicha a la vieja Agustina y me la pasó; eso se emborrachaban toditos, felices. La ciudad seguía creciendo, y el sur se llenaba de casas y construcciones. Pronto necesité un ayudante, y su abuelo me trajo al chino Marco Antonio: ‘Rosa, te voy a pasar un vergajo que es muy buen trabajador, tú necesitas ayuda; es muy joven, pero muy buen ayudante’. Así conocí a Marco Antonio. Llegaba al depósito antes de que abriera y se iba cuando cerraba; no salía ni para almorzar. ‘No se preocupe, señora, mi hermana me trae la comida y yo almuerzo aquí mismo; vaya, échese una siestica, descanse, señora, que

a usted le toca muy duro; si viene algún cliente, yo lo despacho, no se preocupe', me decía. Me ayudaba hasta con los chinos; los cambiaba y jugaba con ellos. Cuando no había nada qué hacer, nos echábamos una partida de cartas. Su papá no lo quiso, yo no sé por qué, pero desde chiquito le tuvo tirria. Marco Antonio iba a vestirlo y Pablo lo pateaba y le decía: 'Hijueputa, le voy a decir a mi papá que usted me pegó'. Marco se reía, tranquilo».

Yo tengo en mi escritorio una fotografía del viejo Marco Antonio, midiendo con una escuadra para hacerle un corte a la madera, con el cigarrillo en la oreja. Así lo veo, trabajando en silencio, arreglando un enchufe, construyendo un mueble, levantándose a las cinco de la mañana para ir a la galería, con la lista del mercado para la tienda, los canastos en una mano y la mía en la otra, encastrado encima de los trapiches, alistando su caja de herramientas, subiéndose a las camionetas de los dueños de los ingenios que venían a buscarlo a cualquier hora para que sus trapiches y sus trabajadores volvieran a sudar azúcar.

Yo lo acompañaba entusiasmado. Mientras él se llenaba de grasa y se machucaba los dedos, me dedicaba a chupar caña o a comer panela, hasta el hastío; me escondía entre las montañas de bagazo; aceptaba el sancocho o el arroz con plátano y el pedacito de carne que me ofrecían en sus bohíos los cañeros; jugaba al fútbol con sus hijos; me enamoraba de sus hermosas niñas morenas; corría entre los jardines de la finca; recogía flores para Isabel, la novia de mis sueños; zarpaba en las barquitas que ponía en las cristalinillas corrientes de las cañadas; y al final me quedaba dormido, sepultado entre el bagazo y el penetrante olor de azúcar, «melao'e caña», hasta que llegaba la hora de regresar a la tienda, donde nos esperaba mi abuela con un vaso de avena bien helada y una cuca. «Cucas... panochas». ¡Ah, cómo me gustaban esas galletas y esos pregones de sexo!: «Panoooocha... panoooocha... cómase su panocha bien caliente... No se quede con las ganas, mire que se puede

enfermar. Cómase su panocha bien caliente. No la deje enfriar. Panoooocha... panoooocha... cucas». Mientras devoraba la negra galleta de harina de trigo y panela, oía el relato cariñoso que Marco Antonio le hacía a la abuela Rosa de mis tontas aventuras. Con la que más se divertía, y con la que más pena me daba, era con aquella que me situaba entre un reguero de hojas a mi alrededor, en el pasillo de la galería, ensimismado, buscándole la pepa al repollo.

A Marco Antonio le encantaba contar sus historias, y a mí me fascinaba escucharlo: «Me quedé huérfano a los doce años. Mi mamá murió cuando nació mi hermana. Mi papá, mi hermana y yo vivíamos en un cuarto de inquilinato. Esa madrugada me desperté tosiendo, estaba en una sala llena de enfermos, y a mi lado una monja acariciándome la cabeza y diciéndome que con toda seguridad mi padre estaría gozando de la compañía de Dios en ese momento; se asfixió. La lámpara de queroseno se quedó prendida, y quizás el viento originó el incendio; gracias a Dios no debía preocuparme por mi hermana, pues él la había salvado. Desde entonces tuve que trabajar. Primero me recibieron en una fábrica de fósforos; ayudaba a repartirlos en las tiendas, de las siete a las cuatro de la tarde; mi hermana preparaba el almuerzo y me lo llevaba a las doce; los sábados se trabajaba hasta mediodía, y después a esperar el sueldo. No sabíamos a qué hora iban a pagar. En ocasiones llegaba el pagador a las doce, pero la mayoría de las veces a la una, dos, tres o hasta a las seis de la tarde. Mientras esperábamos, jugábamos fútbol y nos tomábamos unas cervecitas. Corría para la casa, me bañaba, me cambiaba, y nos íbamos al cine con mi hermana. Luego, con los amigos, a beber o de fiesta. Jugábamos fútbol todas las tardes, y los domingos por la mañana. Cuando no bebíamos mucho, madrugábamos. Subíamos y bajábamos corriendo las montañas de Monserrate o Guadalupe.

»Un amigo sufrió un accidente y quedó medio ciego, le serví un rato de lazarillo. Lo acompañaba a las iglesias, donde cantaba

misas en los matrimonios y en los entierros; mientras él cantaba, yo me metía a escondidas en los confesionarios y me echaba mis motosos. A veces me despertaba con la confesión de algún pecador angustiado, y le ordenaba cinco padrenuestros y cinco avemarías, lo absolvía, y a dormir, y a soñar, y a pecar de nuevo, y en paz. Mi compadre aprendió a defenderse solo, y yo encontré una vacante con un sastre. Ya sabía hacer pantalones, y estaba aprendiendo a cortar sacos, cuando Chepe me ofreció trabajo con su abuelo. Yo lo acepté porque Chepe era muy buen amigo, y me habló tanto de su abuelo, que me convenció. Llevaba y traía la pintura, los materiales, las escaleras, hacía mandados, en fin, todo lo que se ofreciera; también me mandaba a llevarle plata a sus viejas. En ese entonces puso un bar y restaurante, La Liga, creo que se llamaba, y un criadero de puercos para utilizar las sobras. Al principio me tocó a mí llevar la lavaza, eso sí no me gustaba, porque con cualquier descuido terminaba lavado y oliendo feo; pero su abuelo decidió que ya era hora de que Pablo aprendiera a ganarse la vida, lo puso en mi lugar, y a mí me ofreció trabajo con su abuela: 'Ayúdale a Rosa, chino, ella te va a pagar lo mismo'. Y ahí me tienes moviendo ladrillos y echando pala.

»Su abuela era buenísima para el trabajo; abría antes de las siete, barría el frente del negocio, mantenía la arena recogida, acomodaba los bultos de cemento; en fin, todo en orden. Al principio, yo no tenía qué hacer, pero poco a poco me fue tomando confianza y se dedicó más a recibir a los clientes y a ver a los niños. Yo la convencí para que descansara un rato después del almuerzo, que se echara una siesta o se fuera a visitar a su tía Chabela. Su abuelo pasaba a cualquier hora y me daba unas monedas: 'Tome chino, para una cervecita, y cuídeme a Rosa'. 'Cuídeme a Rosa', decía, pero él la trataba mal. No es por rajar de su abuelo; él era todo un señor, pero no la trataba bien. ¿Cómo es eso que no amanecía con ella? Todo el barrio sabía que antes de que saliera el

sol él aparecía corriendo, poniéndose el sombrero o la gabardina, rumbo a la casa de la señora Agustina. ¡Y eso que Rosa dice que en esa época se quedó con ella más que nunca! Su abuelo era bien parado, eso ni qué dudarlo, pero como marido...

»Cuando yo empecé a trabajar con él, sus empleados más antiguos me contaron que andaba triste, no tenía nada que ver con lo que había sido antes, no se le veía tan alegre ni tan fiestero como meses atrás. Nadie sabe por qué, algo le sucedió, algo lo volvió más reservado, menos mujeriego, con menos chispa. En esos dos o tres años hizo platica; le daba duro, tenía varios contratos a la vez; bebía poco; se la pasaba en la casa de la señora Agustina, en las canchas de Santa Isabel y donde Rosa. Con su papá fue muy cariñoso; se le veía el orgullo. Lo agarraba entre las manos, lo sacudía, lo lanzaba hacia arriba, y se reían los dos. Cuando lloraba, trataba de calmarlo, le decía dos o tres palabras, como si hablara con un grande; pero si continuaba llorando, se enojaba y llamaba desesperado a su abuela: '¡El niño está llorando!'. Y se lo pasaba rápido. Con Orlandito, me cuentan, también se puso muy contento, pero el niño nació enfermizo y murió poco después. Primero se sintió muy triste y trató de consolar a su abuela; luego se enojó con ella: 'Por tu culpa, eres muy descuidada y cochina. Cuida bien a Pablito, no vaya y se nos muera también. ¡Carajo!'. Rosa no hacía sino llorar, pero cuando él se iba, se ponía a gritar: '¡Vieja hijueputa! ¡Malparida!'. Pronto se dejó de hablar del asunto de la muerte del niño, y fue como si no hubiera pasado nada.

»A su abuelo empezó a irle mal en los contratos, o qué sé yo qué le pasaba, vivía enojado y gritaba por todo. Yo no sabía por qué discutían, pero oía los gritos y el ruido de los platos rotos. Enseguida salía él azotando la puerta y ajustándose el abrigo; detrás, el grito de Rosa: '¡Hijueputa!'. Luego su abuela se callaba, y salía al rato como si no hubiera pasado nada, pero se le veía la ira en los ojos. Cuando nació Gardenia, vivieron una época muy linda. La

niña era muy bonita, y su abuelo estaba fascinado. Parecía que la china entendiera, ala, sólo eran fiestas con él, risas y carcajadas. Y si él la iba a dejar, ella hacía pucheros. Rosita fue su preferida, fue a la que quiso más. También es cierto que fue ella quien más lo quiso; lo idolatraba, no admitía nada con él.

»Al nacer Pedro, la cosa ya estaba mal. Su abuelo ni siquiera estuvo en el parto; llegó como una semana después. Es cierto que le traía regalos, por montones, pero no basta con eso. Ese día llegó con una canasta preciosa, llena de mermeladas, galletas, patés, vinos, almendras, ¡hasta caviar! En una mano traía la canasta y en la otra un ramo de rosas rojas, precioso. Pero su abuela estaba deshecha; era la primera vez que su abuelo se desaparecía por tanto tiempo en el nacimiento de uno de sus hijos. Dejémonos de vainas, desde antes del parto él ya estaba muy distante, ya ni peleaban, sólo aparecía de vez en cuando, y si su abuela le reclamaba, él se iba sin contestarle nada o le decía en un tono muy frío: ‘Pero ¿qué te pasa, Rosa? ¿Cuál es tu problema, china? Tú sabes muy bien que yo te quiero mucho, que eres muy importante en mi vida. ¿Por qué me vienes con estas escenas?’. Y si Rosa seguía hablando, él agarraba el abrigo y el sombrero y salía diciendo: ‘Mejor vuelvo otro día, china, tú estás de muy mal genio’. A tu abuela le dio muy duro su indiferencia con Pedrito, ella estaba acostumbrada a verlo jugar con los chinos, a que los tirara al aire, que les hablara como bebé. Cuando no veía a nadie cerca, él los sentaba en su pierna derecha y les hacía caballito. Con Pedrito hacía lo mismo, se ve que lo quería, pero lo que pasaba era que ya casi no iba. Si llegaba a ir, eso sí, jugaba con él y con los otros chinos, pero iba muy poco. Su abuelo era muy especial, se veía atento, formal, bien educado. Nadie podía creer que fuera grosero con Rosa, ni que azotara las puertas o la loza contra el suelo; mucho menos que dijera groserías. Las groserías, él las usaba con mucha gracia, con salero, como decía, como contando un cuento.

»Si no había nada qué hacer en el depósito, le ayudaba a su abuela a arreglar los chinos, les embolaba los zapatos, porque ¡ay de que estuvieran sucios o los tuvieran sin embetunar! Su abuelo se enfurecía: ‘¡Mire ese chino vergajo con los zapatos hechos una mierda, parece que no tuviera mama! ¡Carajo!’. Exageraba. Yo no veía dónde diablos estaban sucios. A veces sí, el barro les llegaba hasta los tobillos, pero es que esas calles eran un solo charco cuando llovía, y tu papá se la pasaba en la calle jugando con los otros chinos. Eso tampoco le gustaba a su abuelo, decía que en la calle sólo debían estar los gamines, los chinos que no tenían familia, pero que sus hijos no eran huérfanos para estar callejeando. Peinaba a Gardenia, le limpiaba los mocos a Orlando, que vivía con gripa o llorando porque su papá lo molestaba. Le cambiaba los pañales a Pedrito, pues en esos días Rosa estaba tan triste que no tenía ganas de nada, ella que era tan activa y trabajadora; y a mí me daba pesar del chino, que se quemaba todo, y de Rosa, porque si su abuelo llegaba y los encontraba sucios, no paraba la cantaleta. Yo creo que en esa época ya andaba con doña Nubia.

»En esos días yo vivía pendiente de la guerra contra Perú. Me presenté para alistarme, pero no me quisieron recibir. El capitán que me atendió me puso la mano en la cabeza y me dijo: ‘No, chino, yo sé que usted es valiente y patriota, pero está muy chico, usted lo que tiene que hacer es estudiar para servirle mejor al país’. Pero si yo no estoy estudiando, soy huérfano, y trabajo. ‘¿Eres solo? ¿No tienes a nadie?’. Bueno, sí tengo una hermana. ‘¿Cuántos años tienes?’. Catorce. ‘¿Y tu hermana?’. Doce. ‘No chino, cuida a tu hermanita. Ve, y no me friegues más’. No me di por vencido y me fui a Palanquero, a lo mejor me recibían en la Fuerza Aérea, pero nada. Lo único que pude hacer fue regalar el anillo de oro que me había quedado de mi papá. En la casa tenía una maqueta de plastilina de la zona, como las que exhibían en las vitrinas de los almacenes, con el río Amazonas, el Putumayo,

Leticia, Tarapacá, Manaos, Perú, Brasil... Al salir del trabajo, me iba volando, atravesaba los Llanos Orientales en los aviones de Benjamín Méndez Rey, de Camilo Daza o Enrique Santamaría. Me subía en una mesa y repetía los discursos de Laureano Gómez: '¡Paz en el interior y guerra en las fronteras!'. O las proclamas del general Vásquez Cobo. Otras veces me sentaba en la mesa a negociar, como Guillermo Valencia y Fabio Lozano. Navegaba por el Putumayo en nuestras cañoneras, y en cada uno de los tres buques que teníamos. Yo iba con el general Rojas al mando del Boyacá. Y embosqué con sólo nueve soldados y el teniente Aldana a toda una compañía peruana. Gritaba: 'Primera compañía: ¡Al ataque!'. 'Ratatatá'. '¡Tercera!'. 'Ratatatá'. '¡Novena!'. '¡Y se rindieron! Claro que también me dio pena aquella ocasión en que el enemigo nos encontró descuidados, ¡en plena inspección de aseo! El capitán Galindo nos estaba pasando revista: '¡La cara bien afeitada! ¡Las botas limpias! ¡Las uñas!'. '¡Ratatatá!'. Y a correr se dijo; a buscar las armas, que las habíamos dejado en el suelo. Los periodistas, ¡desgraciados!, dijeron que el enemigo nos había encontrado limpiándonos las uñas».

LAS CALAQUITAS DE AZÚCAR BLANCA, los adornos de papel de china, los colores intensos, la banda con tu nombre en la frente y los cabellos ensortijados en azúcar coloreada dibujan una sonrisa, y uno recuerda y olvida a la vez las calaveras de verdad, con sus ojos perdidos en el oscuro infinito de esa caja de hueso amarillento pelada; uno sonríe y aparecen las dos hileras de dientes de cabeza blanca y raíces amarillas, las cavernas de las fosas nasales, los huesos porosos y sin brillo. Uno se ríe en México el día de los muertos; les regala a los amigos las dulces y festivas calacas con sus nombres; se asombra viendo desfilar indígenas, mestizos, mulatos, güeros y turistas borrachos, bien pedos, cargados de flores, ornatos y comida para ir a visitar a sus muertos, platicar con ellos, y armar la más intensa, colectiva y extraña fiesta del mundo, en los panteones, en medio de cruces y cámaras.

Uno pone olvido, distancia y tiempo entre el dolor y uno; pero ni la distancia ni el tiempo ni el olvido existen, el dolor y la muerte están en uno; poco a poco nos vamos acostumbrando a su presencia y aprendemos que es una compañía irremediable, paciente, que aparece cualquier día en forma de recuerdo, de temor, de chanza, de broma o de punzada directa a la boca del estómago. Uno puede llorar o no, pero la falta de aire es insoportable, hasta que un día miras al cielo estrellado y sientes que tus muertos te observan con dulzura, y que la luna y las plantas, el árbol que dormita, las aves que callan, el lucero que titila, y tú, y tus muertos, y tú y los vivos perdidos, y tú y los vivos que temes perder, todos, son uno mismo. Y sientes que no pierdes nada, que tú puedes

ser también la luna y las estrellas, y que desde allí puedes ver con ternura a quienes quizá te recuerden, y caminas feliz, sin temor, y ese instante es la eternidad, y en la eternidad no existe antes ni después, ni tristeza ni felicidad.

Con el intenso olor del nardo y la fiesta de colores del altar de muertos, y un par de copas de tequila, limón y sal, por supuesto, recuerdo a mi hermano Orlando, que está conmigo en la fotografía, de la mano, perdidos. Un domingo por la mañana, mientras mi papá y mi mamá se quedaban en la cama, organicé una excursión a la casa de mi abuelo. Yo tendría unos ocho o nueve años. Lo agarré a él, de seis, a Gardenia, de tres, y a Leonardo, de uno, y tomamos el bus que iba para Bosa. Pasamos el cementerio del sur, donde estaban mi bisabuela, la mamá de una vecina y el compañerito del colegio a quien habíamos ido a despedir hacía muy pocos días. Después del doloroso rito del desfile hasta la tapa del cajón, silenciosos, asustados, pensativos, los comentarios sobre lo inesperado y lo injusto de la situación, lo bueno del muerto, varios rosarios, la marcha entre flores de intenso e inconfundible olor a muerto, ver desaparecer su cajón en el oscuro hueco al cual uno teme ir tanto muerto como vivo; uno teme, ¿o desea?, la muerte de los seres que quiere, y se pregunta cómo vivirá ese momento. Y cuando llega, se llena de culpa por haberlo pensado. ¿Acaso si lo pienso lo deseo? ¿O lo temo? ¿O lo provoco? El bus deja atrás el cementerio, y pienso en lo que sucedería si en vez de seguir derecho, como ahora, hubiera dado la vuelta.

Dejamos el bus y tomamos las vías del tren, solos, con la ilusión del cariño del abuelo. El sol y el azul del cielo son intensos; hace calor, a pesar del viento frío de la sabana. Somos el tren tucutú tucutú tucutú tutú tutúúúú, y caminamos y caminamos guardando el equilibrio sobre los rieles, tomados de la cintura, uno detrás del otro. Pero después de un buen rato, ¿habrá sido media o una hora?, ¿cuánto hace de ello?, ¿veinte años, treinta,

cerca de cuarenta?, caí en la cuenta de que estábamos perdidos y solos; no reconocí en la rala vegetación el vecindario del abuelo, no encontraba las casitas recién construidas, ni me eran familiares las pocas habitaciones de campo que quedaban de las viejas fincas de los alrededores de Bogotá. No importa, les dije, colocamos la reversa y asunto arreglado; pero yo sabía que ni las locomotoras ni el tiempo ni la vida caminan hacia atrás, como el cangrejo; eso mismo sucede con los inventos del hombre, siempre para adelante, aunque, en realidad, no sepamos qué es ir hacia adelante, y menos si el camino es circular; sentí miedo de que les pasara algo a mis pequeños hermanos. La verdad es que el miedo no ha cesado, y seguimos navegando al garete; uno de los pasajeros de aquel tren abandonó para siempre la nao, otro que llegó después cayó al mar, y aunque se aferró a la vida con ahínco, sucumbió al fin; los dos sobrevivientes miramos el entorno y buscamos un norte. ¿Dónde estará el abuelo, dónde la abuela, dónde el padre, dónde la madre, dónde los tíos, dónde la casa, dónde nosotros, dónde yo?

Esa misma sensación se posesionó en mí la última vez que vi a Orlando. Mi papá lo apresuraba para que comprara una cabuya, y mientras atravesaba la calle, yo volví a sentir el pánico de la muerte. Rabia, impotencia, dolor y soledad. En aquella oportunidad me acompañó a visitar familiares, y me prestó su grabadora para robarles la voz y el alma, que ahora trato de pintar, reinventándome con ellas. Se nos había quedado sin entrevistar doña Nubia; no habíamos podido repetir el viaje en el trenecito de la niñez y, veinte días después de despedirnos con la ilusión de un proyecto común, regresaba a la carrera para encontrarme con su cuerpo encerrado en un cajón que le quedaba chico, sin afeitar, el pelo sucio y ensortijado por el sudor provocado por los preparativos de su último viaje; vestido con el traje y la corbata que siempre rechazamos. ¿Pero qué importaban esas cosas ante la muerte? Yo vi mi rostro en el suyo, mi cuerpo en su cuerpo; lo mucho que nos

parecíamos me permitió tener la única visión segura del futuro. Él estaría llorando, y tal vez sería la única ocasión en que le perdonarían sus lágrimas. «Los hombres no lloran». Yo estaba allí, frente a él, desgarrado y sin poder llorar, como si no hubiera pasado nada, preso del mandato infame.

No sé con exactitud de qué murió mi hermano; de un aneurisma, me dijeron, ¿provocado por qué? El primero de mayo, el día de mi cumpleaños número treinta y el veinticuatro de mi hermana Gardenia, mientras yo hacía en México una fiesta frenética, con angustia, como si fuera la última, como si presintiera que me iba a morir, queriendo ahogar una desazón y un malestar que no entendía, una presencia que no podía verbalizar, Orlando y Gardenia, en Bogotá, se fueron a celebrar en la fiesta de un conocido y, al salir, mi hermano tomó una rosa del jardín para regalársela a su novia; el anfitrión, que enfureció de un momento a otro, armó pelea; y como mi hermano era fuerte, le dio duro; entonces lo agarraron entre varios y lo tiraron al suelo, y lo patearon sin misericordia, sin que nadie dijera o hiciera nada. Una golpiza con la furia inexplicable de muchachos como él, como yo, o como tú, nos ponía ante la muerte. Desde aquel día empezó a quejarse de dolores de cabeza, y nadie le prestó atención; yo pensé que había heredado la migraña de mi madre; y los benditos médicos que lo vieron, uno de la Universidad Nacional y otro en el puesto de salud del barrio Quiroga, entre otros, no descubrieron nada, cuando eso se podía detectar observando las pupilas. Yo acababa de regresar de Colombia cuando me avisaron a las seis de la mañana que había muerto; que había entrado en coma y que no se podía intervenir hasta que despertara, y no despertó. Ese día empecé a morir, y me quedé con la duda de si no hubiese muerto por desatención.

Recorro el camino sin eludir ni el cementerio ni mis recuerdos ni mis pensamientos, solo y sin norte... El lento coche me lleva en un tiempo sin tiempo al cementerio, que continúa en el

mismo lugar; varios kilómetros adelante hay uno moderno, para las nuevas generaciones del sur de la ciudad que puedan pagar, a plazos, el único terreno de su vida. Los rieles siguen ahí, pero el camino es más corto, el campo y sus casonas desaparecieron, los modernos y pequeños cajones ocupan su lugar. La visión desde la carrilera no llega al infinito, se detiene allí no más, en un lugar que casi puedo alcanzar con los dedos. Todo ha cambiado desde entonces; pronto mis ojos perdidos estarán en la mirada temerosa de algún chiquillo.

El vacío del otrora blanco impecable de la casita está revestido con parches, humedad y polvo; de la verónica que pintara el abuelo sólo quedan trozos de arena, jirones del rojo del capote, un toro estático, sin fuerza, a punto de caer, y un torero cansado y aburrido. No se escucha el olé. Del jardín, unos cuantos palos de rosa, persistentes y tercos, entre el cemento, aferrándose al recuerdo.

Doña Nubia estaba alegre por la visita, rodeada de sus hijas y nietos, hablaba, reía, lloraba, se indignaba, intentando recordar, y se dirigía a mi abuelo como si él estuviera allí. A veces brota la ternura entre la rabia y la admiración. Recuerdos hechos palabras. El relato construye la vida, o la imagen de la vida, que es lo mismo. La narración nos hace vivir. Ilusiona. Como de la manga de un mago surgen de la boca y del lápiz la posibilidad de una vida más allá de su fin: «A su abuelo lo conocí por José Torres, El Churupo. Era muy buen mozo. ¡Ay, Pedro de joven era muy buen mozo! ¡Y mujeriego! –Las carcajadas nerviosas de las hijas acallan la expresión–. El delirio de Pedro era La Lunareja. Otra era una mujer que tenía un puesto de mondongo en la plaza, una mujer muy bonita, yo la conocí cuando estuvo enfermo y ella fue a visitarlo. Bien parada, bien bonita. Tenía un pelo, pero precioso, la mujer. Blanca, buena moza, eso sí, para qué... Había una tienda donde yo vivía, llegaron a beber, y entonces nos conocimos. Pero así, de paso, y después principió a seguir yendo, yendo, yendo. A mí na-

die me dijo que él tenía señora ni hijos; yo, inocente. Bueno, nos gustamos, porque Pedro era muy buen mozo. ¡Ay, Pedro de joven era muy buen mozo!».

Yo escucho la versión de doña Nubia, la madre de mi tío Pedro, mientras escribo y trato de proyectar en la pantalla y en el papel la imagen del espejo de la grabadora, de la cámara y de la luna de mis recuerdos, una luna cada vez más cargada; la luna llena es una gitana que se marcha, y tras ella regreso a La Sabana y me entero ahora de que ya no puedo volver a ver a doña Nubia, que se fue tras la guapura de mi abuelo. Ahora sólo puedo escucharla, oír una vez más el pedazo de alma que logré conservar. Quizá mis muertos se rían con ternura de mi juego, o tal vez se indignen de la diversión del chino que los escucha y cuenta. Les envió la noticia del arribo de mi hermano Leonardo a su mundo, en la nave del sida. Con el cáncer o el sida el vuelo es más seguro y doloroso. Yo espero el rápido y familiar ataque al corazón. Corazón, sida, cáncer, aneurisma cerebral, diabetes o accidente, da lo mismo; en el altar de muertos estarán nuestros retratos entre azúcar, velas, licor, comida, papel de china, brillantes, cempasúchil y terciopelos, dulces y juguetonas calaveritas que sonríen con nuestros nombres.

Entre el azúcar y el incienso vuelvo a ver la picardía que emana de los ojos y las palabras de doña Nubia: «Él me invitaba a misa al Veinte de Julio; y yo, no, um... Lo dejé dos domingos allá metido. Sí, sí, allá le caigo. ¡Ja ja ja! Después me invitaba a piquetear, los lunes, en las obras que tenía por Chapinero; pero tampoco le caminaba yo. Seguimos así hasta que, al fin, en una ocasión que él se fue de farra con sus amigos a la costa, Barranquilla, Santa Marta y Cartagena, José, que no había podido ir, me dijo: ‘Camíne, Nubia, vamos a recibir al compadre Pedro al aeropuerto’. No, no puedo ir, le contesté. José y sus amigos llegaron tarde, y él ya estaba en La Quinta; pero se vinieron al Santander con músicos, guitarras, tiples, bandolas, maracas, raspa y aguardiente, y se pu-

sieron a tocar y a bailar. Pedro era un bailarín tremendo. ¡Daba gusto bailar con él! Bailamos toda la noche. Y yo no me di cuenta a qué horas se fueron todos... —‘¡Ajá abuelita!’, gritaron sus nietos—. ¡Cállense chinos vergajos!, sonríe, y sus mejillas se llenan de rubor. Él era muy serio conmigo. Claro que era un hombre chistoso, y todo eso, pero muy decente. Yo no sabía, yo no sabía nada. Vine a descubrirlo hasta cuando ya vivíamos juntos, por una carta de Rosa. De esas cosas que me causó curiosidad, y puse a calentar agua, la abrí con el vaho y me di cuenta: lo citaba en la Plaza de Bolívar, pidiéndole perdón. Volví y cerré el sobre, y entonces llegó él a almorzar; pero claro, yo sentida, ¿no?, le dije: ‘Hola Pedro, aquí le llegó esta carta’. ‘¿Carta?’. ‘Sí, aquí se la mandaron’. Cuando él reconoció la letra, se puso rojo, rojo. ¡Fuaz! La rompió. ‘¿No la vas a leer?’. ‘No, no, ¿para qué? son pendejadas’. Yo lo sacaba hasta el portón, pero ese día, nada. Salió callado; a él se le puso. Llegó por la noche, y se quedó mirándome. ‘¿Qué tiene? ¿Qué le pasa?’. ‘Nada. Nada’. Bueno, yo no le dije nada.

»Luego pasó El Churupo a preguntarlo, y le dije: ‘Hola José, ¿usted por qué no me había contado?’. ‘No, porque él nos lo había encargado’. Bueno, eso ya me desilusionó. Pero Pedro era muy cariñoso, él llegaba a la casa con una flor, con un dulce, con un chocolatín, con un quesito... Bueno, yo le sufrí mucho a Pedro». Estábamos en eso, cuando se me ocurrió grabar algunos de los discos que el viejo escuchaba; doña Nubia sacó el disco de los Churumbeles de España y «Uno», ¡qué extraño!, pensé, mi hermano Orlando se había pasado la última tarde de su vida escuchando tangos, y en su tornamesa quedó dando vueltas «Uno»:

*Uno busca lleno de esperanzas
el camino que los sueños
prometieron a sus ansias
sabe que la lucha es cruel y es mucha*

*pero lucha y se desangra
por la fe que lo empecina.*

*Uno va arrastrándose entre espinas
y en su afán por dar su amor
sufre y se destroza hasta entender
que uno se ha quedado sin corazón
precio del castigo que uno entrega
por un beso que no llega
o un amor que lo engañó.*

*Vacío ya de amar y de llorar
tanta traición...
Si yo tuviera el corazón
el mismo que perdí...
Uno está tan solo en su dolor
uno está tan ciego en su penar.*

Y me distraje al revisar las cintas, y sin darme cuenta dejé escapar la voz del tío que contaba cuáles eran los hijos de mi abuelo: «Y los muchachos de Nubia, que son Pedro y Gardenia... ¿Y Nubia? ¿Nubia? Sábelo Dios...». Salí corriendo a detener la grabadora, pero ya era tarde. «¡Dios mío purísimo!, exclamó doña Nubia, oiga mijitica lo que dicen... ¡Santo Dios!». Recordé lo que seguía: «sólo la mamá. Hay versiones de que no es hija de mi papá, es hija de un señor..., inclusive amigo de él, que cuando se reunieron, ya la tenía; cierto o no, eso sí yo nunca lo verifiqué, nunca me interesé».

«Doña Nubia era casada, y Nubia no era hija de su abuelo. Dizque muy evangélica y religiosa, pero jum...», me dijo Enedina, la señora que trabajó durante años como empleada en la casa de la abuela Agustina. Allí crío sus dos hijos; Efraín, el mayor, moreno, de ojos y pelo negros, bizco, como su mamá; Gardenia, blanca, rubia, de pelo medio ondulado, ojos azulosos, quizá verdes,

con líneas de miel, y una sonrisa abierta, franca y alegre. Enedina dormía en la parte posterior de la casa, pasando el patio, en el último cuarto, al frente de la estatua de la Virgen de Fátima. Su pieza formaba un triángulo entre el baño del abuelo y la cantina, que estaba en el extremo izquierdo, después del huerto. Sus hijos me ofrecen un aguardiente. Siento un afecto especial, aunque no recuerdo haberlos visto jamás. De ellos se hablaba muy poco, y cuando surgían sus nombres las voces cambiaban de tono. Mi tía Gardenia lloró y mi abuela soltó la carcajada el día que en plena cena le pregunté por Gardenia, la hija de Enedina, acosado por sus recriminaciones porque mi hermana no se había casado.

A medida que el aguardiente circulaba, Enedina daba rienda suelta a sus recuerdos: «Su abuela era tremenda. Bonita, pa'qué, y trabajadora, pero candela... Marco Antonio era trabajador de su abuelo, era casi un niño, y don Pedro se lo llevó al depósito para que le ayudara. Su abuelo no le daba nada a doña Rosa, ella vivía de la venta de materiales...».

Afuera, en la carrera veintinueve del barrio Santander, pasa una vieja camioneta anunciando con un altavoz y un disco de campanitas, «din don dan din don dan», su venta de paletas. Y yo recuerdo a Marco Antonio, que me invitaba «a ver comer helados», y siento de nuevo la alegría y la ilusión que me embargaba cuando me llevaba a la heladería o al cine, y caigo en la cuenta de que mi papá nunca me invitó «a ver comer helados» ni al cine. Cuando pasaba la camioneta con su din don dan yo no tenía con qué comprarme una; pero a veces aparecía la moneda recibida de mi abuelo o de don Amadeo, el segundo o tercer marido, qué sé yo, de la mamá de mi mamá, que iba a visitar a mis primitos y a la tía Elvirita, muerta de cáncer poco después de que el marido los abandonara, y podía disfrutar entonces del croqueteo del barquillo y del frío sabor a vainilla y chocolate. Mientras recuerdo, mordisqueo la espalda de mi amante en luna llena, muy cerca del

cuello, y siento la galleta, el chocolate y la vainilla en su lúbrica piel, y restallan las palabras, los quejidos y las risas.

Pienso en Marcos, Marco Antonio... «El Viejo Marcos»: con él vi mis primeras películas de vaqueros y del agente 007, en el otrora teatro al aire libre de Palmira, hoy un estacionamiento más, a las siete de la noche, cuando amainaba el calor y todo se convertía en hilos de plata: los vestidos de las mujeres, los papeles de los chocolatines, los osos, las jirafas y los elefantitos de azúcar, miel y brillos se quebraban entre la lengua y el paladar, borbollón de miel, carteles con el enmascarado y Cantinflas, rines y radios, adornos de bicicletas de cañeros, luceros, estrellas y la luna reflejándose en la pantalla...

Marco Antonio se acomoda el audífono y grita con el desespero con que hablamos en voz alta cuando sentimos que no nos escuchan: «Enedina llegó a la casa de la señora Agustina por los mismos días en que yo me pasé a trabajar en el depósito de su abuela. La mamá de su abuelo vivía quejándose de que le dolía la cabeza y de que ya no le alcanzaba el tiempo para mantener arreglada la casa, que ya había muchos cuartos y patios, ‘y como si fuera poco, a este condenado le viene a dar por hacerse un bar, y después de sus benditas fiestas, todo queda hecho un cochambre’, me dijo un día que su abuelo me mandó a virutear y a encerar los pisos. Su bisabuela se quejaba cada que podía, era como si me mandara a contarle su cantaleta a su abuelo, que me preguntaba: ‘¿Qué dijo mi mamá? Y ¿qué más?’’. Un día aceptó, se ve que lo tenía harto: ‘Que consiga una y que no me joda más’. Doña Agustina se puso feliz y se inició el desfile de mujeres buscando empleo. Ella las examinaba como si estuviera comprando una yegua, y las rechazaba: ‘Esa no, tiene un par de muchachos y tres bocas más es mucho. Esta tampoco, es muy morena, no me gustan las morenas, salen ladronas o putas. Tampoco, está muy vieja, y al final voy a tener que cuidarla. Esta se ve que no se baña ni cada ocho días. Esta

tiene piojos. Uy, la pobrecita asusta de lo fea'. Así llevaba como seis meses, y un día llegó una mujer muy joven, y muy guapa, un poco morena, pelo negro, con unas tetas y un culo preciosos, que contoneaba al caminar, cinturita pequeña, bien arregladita, simpática, risueña, con un chino en la mano, como de año y medio. Apenas la vio entrar, sonrió. Y allí se quedó hasta que su bisabuela estiró la pata y echaron a su abuelo de La Quinta. De ella salió con el chino y Gardenia».

Yo vuelvo a escuchar a Enedina: «A mí me tocó criar a su papá, a Orlando, a Rosa y a Pedrito. ¡Ah, ese Pedrito! ¡Qué chino más inquieto y fregado! Cada tanto se escapaba por los muros del patio y se iba a jugar a la calle. Después llegaba hecho una nada y me tocaba correr a bañarlo y a cambiarlo, porque si su abuelo lo veía así, le daba una muenda, y me regañaba durísimo. No los podía ver sucios, ni le gustaba que salieran a la calle: '¿Qué van a hacer con esos chinos de la calle? Afuera sólo aprenden mañas y porquerías. Aquí tienen de todo, libros, juegos, guitarra, maracas, patio, potrero, y pueden invitar a sus amigos'. '¿Qué carajo estaba haciendo Pedro esta mañana en la esquina?'. Cuando su abuelo no estaba, Pablo regañaba a su tío Pedro, pero el chino vergajo no le hacía caso. Entonces su papá se ponía furioso, y le daba su tunda; pero Pedro no se dejaba, y a punta de pedradas lo sacaba corriendo de la casa. Si su abuelo se enteraba, les daba fuate a los dos. Casi nunca se enojaba con ellos, pero si lo sacaban de quicio... ¡Eso les daba unas muendas! Les pegaba a los chinos con ramas de ortiga, y las piernitas y las nalgas les quedaban llenas de moretones. A su papá le iba a dar una vez un ladrillazo en la cabeza, pero intervino la señora Agustina y se contuvo».

Mi tío Pedro, con el brillo y la picardía en los ojos, me contaba que se la pasó persiguiendo a Gardenia, la hija de Enedina: «Jugábamos a los novios y nos encerrábamos durante el día en el bar, allí no entraba nadie, sólo mi papá, y sólo de noche, a jugar

cartas con sus amigos, a declamar y a tomar. Yo me encaramaba en el bar y le ofrecía un trago a Gardenia y me servía otro. Brindábamos y nos poníamos a bailar. Ella se sabía todas las letras de las canciones. Abría con los bambucos y los pasillos, y cuando yo quería que cambiara de ritmo, le daba una torcidita a su oreja y pasaba a los porros, le daba otro pellizquito: cumbia, y así hasta que llegábamos a los boleros, y entonces sí me le arimaba. Mis primeros besos fueron con Gardenia, y mis primeras calentadas».

«¿Le provoca otro trago?», me pregunta Gardenia. Sí, gracias. La miro y sonrío. Yo recuerdo que una vez me dio por jugar al papá y a la mamá con mi media hermana; en el tocador de la tía había un par de botellitas de trago de colección, le ofrecí a mi novia de mentiras, mi media hermana, y brindamos. Pusimos la radio, ¡y a bailar! Danzábamos como en las fiestas de los grandes; luego, ¿qué seguía? El deseo, lo prohibido, la risa, la pena, el contenerse, el retirarse, la culpa, y el interrogatorio, buscando quién sabe qué pecados y culpas ancestrales no realizados por nosotros, y vaya a saber si por los interrogadores, y al final el castigo: mi media hermana me denunció, y se armó un lío terrible. Mi abuela me despertó a las seis de la mañana; mis tíos me miraban con una expresión extraña. Mis otros hermanos permanecían en silencio en sus camas. La abuela tomó de la mano a mi hermana, la arrastró hacia el baño, y de un grito me llamó. Cerró la puerta y abrió la regadera y la boca: «¿Qué le hizo? ¿Qué hicieron? ¿Se desnudaron? ¿No? ¿Entonces qué fue lo que le dijiste a tu tía? ¿Usted qué le hizo a su hermana? ¿Qué fue lo que pasó?». Nada. Afuera cantaban los turpiales y los canarios en medio de un silencio atroz. Por más vueltas que les daba a las preguntas, los silencios y los nada revelaban que no había sucedido lo que se imaginaban ellos. Entonces, después de un tiempo interminable, gritó: «Tenga, para que aprenda y no sea mentirosa». Y sonaron los correazos; a mí me dio tres o cuatro y me hizo salir, y se quedó con ella dándole

fuetazos por un buen rato. Las poquísimas veces que he vuelto a ver a mi medio hermana, ni me saluda. ¿Por qué se habrían inventado esa historia? ¿El deseo es tan fuerte que aunque no se exprese toma cuerpo? Muchas veces discutí conmigo mismo la validez de la prohibición del incesto, y conocí hermanos incestuosos, y ante ellos sentí algo profundo, extraño e inexplicable. ¿Qué iría a pasar cuando viera a mi papá? Pánico. Y cuando fui a visitar a mi familia, no pasó nada; nunca me dijo nada ni me preguntó nada. Mi mamá sí me preguntó qué había pasado, y le conté, y asunto terminado. Tal vez era suficiente, las madres suelen ser la inteligencia del poder familiar, la represión actúa después de sus informes.

La sonrisa y las palabras de Pedro vuelven a mi memoria: «Pablo también jugaba al papá y a la mamá con Gardenia, la hija de Tránsito, la hermana del otro Pablo. Al papá y a la mamá...». ¡Qué jueguito! Además de los fuetazos y el miedo, me dejó mi primera cicatriz en el brazo. El papá y la mamá se fueron a acostar en el toldo que habíamos construido en el solar, el papá se arrimaba a la mamá, y se abrazaban; pero cuando el papá quiso hacer un hijito, la mamá soltó sus uñas y el papá se tuvo que resignar a no tener hijitos y a sonreír siempre que se veía la marca. ¡El jueguito del papá y la mamá! ¿Dónde estará Marta, la vecinita del inquilinato del Santander? Ella me enseñó en el toldito que habíamos instalado en medio del extenso manto de pasto, en medio de centenares de plantas de cebolla, el balido de las ovejas, el canto de los gallos y las mirlas, que el jueguito ese no era sencillo; conservo aún la marca del rasguño de su lección y otros posteriores, más sutiles.

Uno de esos días de vacaciones en la oficina de mi padre, contestando el teléfono y dando informes, me pidió que lo acompañara a comprar unos tornillos; en el camino me preguntó si yo ya había conocido mujer; le contesté que sí, y aunque me preguntó quién era ella, no pareció registrar mi respuesta, pues me dijo que él quería llevarme a conocer mujer. Salimos del taller como a las

ocho de la noche y fuimos a parar a un café de putas, y pronto fui testigo de una transacción con una de ellas. Entonces me puse a conversar con la chica, guapa y simpática, y a preguntarle sobre su vida; cuando empezaba a interesarme, se despidió, pues tenía cita con su amante, y no logré que se quedara a contarme sobre él, a quien yo veía ya como un monstruoso padrote. «No te preocupes, papá, le dije, a mí no me interesa esta vaina, además, yo ya he estado con varias mujeres». Pero él insistía, y las damas que llamaba o se acercaban a la mesa eran cada vez más feas y decadentes, los montos de la negociación eran evidentes para todos, y la noticia de un virgo próximo a perder su calidad corría por la cantina, mientras yo les preguntaba cómo habían llegado al oficio, cómo vivían, si tenían hijos y marido, si habían pensado en un sindicato... Y aunque continuaba rechazando una tras otra, sudaba por las contradicciones que sentía cuando alguna de ellas me mandaba la mano en medio de las piernas y a mí se me paraba... Así pasó la noche, hasta que nos sorprendió la luz del día y partimos a casa. Ahora recuerdo sus observaciones en el camino sobre la relación sexo-hombre-mujer-edad: «A los hombres nos pagan cuando estamos jóvenes, después quedamos en tablas, y cuando estamos viejos, pagamos», y dudo sobre el carácter de las negociaciones de aquella noche: ¿no habría estado vendiendo mi desvirgada?

¡FUE COMO UN PUÑO EN EL PLEXO SOLAR, ALA! Ves venir el golpe. Lo intuyes; pero no crees. Y cuando llega, el dolor te dobla. No puedes respirar. Es como irse muriendo por asfixia. Tú ves todo nublado. Tu cuerpo se contrae. Necesita abrirse. Expandirse. Tomar aire. Pero no puedes. Se contrae. Te angustias. Los ojos lagrimean. Te da rabia porque viste venir el trancazo y no te creíste. Pensaste que estabas loco. Que te lo inventabas. Odias. Te quieres morir. Pero tu cuerpo se recupera. Inhala. Primero en sorbos cortos. Y luego te tragas en cada bocanada el aire entero del universo. Tu cuerpo revive. El oxígeno lo recorre. Pero ¡carajo!, ¿para qué? Si ya no deseas vivir, si lo que quieres es que siga así, paralizado, sin una pizca de aire. Pero respiras bien. Te yergues a pesar de ti mismo. Con todo y el dolor, vives. Inhalas en contra de tus deseos. Yo no recibí un golpe en la boca del estómago, me llegaron dos, a la vez, y vi mi salvación en la lona. Como cuando remataba a mi adversario: un izquierdazo en ese punto donde termina la caja torácica y las entrañas quedan sin protección; el contrario se encoge un poco, y sueltas con toda tu alma el derechazo que lo dobla del todo; y ahora, un izquierdazo al mentón; mides la distancia y te apoyas para soltar con lo que te queda de fuerza el derechazo que martilla de nuevo la mandíbula. Después es sólo el uno... dos... ¡Fuera!

Mi abuelo se agita lanzando sus trompadones y sus furiosas palabras al aire del recuerdo: Sabía que Carmen Francesca no iba a volver, que me iba a dejar. ¿Que de todos modos su vida era viajar? Sí, ala, pero no se trata de eso. Viajaba, pero la sentía conmigo. Yo

presentí que un día se iría. O me hacía gitano o adiós, y si gitano, aunque me fascinara su vida, yo me perdía. Me gusta moverme, me gusta partir, pero quiero la libertad de decidir cuándo, y no la obligación de emprender sin descanso uno y otro viaje. ¡Carajo! Supe que el izquierdazo venía, y no me lo creí. Cuando llegó, era tarde; ya no me podía cubrir, a su lado venía el rechazazo. Izquierda. Derecha. Uno... dos... tres... y llego deshecho a Bogotá, y me encuentro con las puertas del Paraíso cerradas por orden de Lucy. También intuí que un día llegaría su izquierdazo, seguido por la diestra; pero cuando te descuidas y dejas de observar, viene el golpe. Tenía ganas de llorar chino, muchas ganas de llorar, y no podía. ¡Vida hijueputa!

Claro, sí, tienes razón. Si no te fajas no hay juego ni combate, no hay lucha ni vida. Si no te lías, puedes ganar todas las peleas, y parte del público estará contigo, porque quiere ganadores que le permitan olvidarse de que es un perdedor, él quiere ser el ganador, el ídolo fugaz; pero tú sabes que no estás completo, que no ha sido un buen combate. Y sucede lo contrario cuando eres consciente de que puedes perder, y que, aún en la derrota, si te entregas, eres tú mismo, pleno, en buena lid, el placer es muy grande, más satisfactorio que el de todos los triunfos posibles. Por eso cuando te encuentras un torero o un boxeador que se fajan, que se olvidan de sí, te olvidas de ti; el público se olvida de sí y surge el verdadero ídolo, el líder. Pero se siente miedo, chino. Se siente pánico, ala. En el instante en que sabes que te entregas o mueres, tiembles, rehuyes, te conmocionas. Si logras pasar ese momento... conoces lo que es la vida. Así sea sólo un instante, así sea en el último momento. Y una vez que lo has vivido, lo buscas de nuevo; lo persigues y se te escapa; y sufres, y maldices, y te arrepientes, y quieres desistir, pero tú sabes que sí existe, y continuas. Quizá un día te vuelvas a encontrar en esa situación, tal vez allí la resistencia no sea tanta, y la eternidad llegue. Seguro que, si lo deseas y lo buscas,

llega. Hay que tener fe en el encuentro. No te puedes morir sin entregarte a alguien, a algo. Si te entregas, mueres y eres. Si no te entregas, mueres. ¡Salud!, chino.

No me daban ganas de nada, mijo, de nada. Sólo quería dormir. Cuando salía, no faltaba quién me ofreciera un trago, y tomaba como si viniera del desierto, con sed, con ansias, y de esa manera te caen mal, chino. Cuando se tiene sed, un buen licor cae bien, y es placentero calmarla de un sólo golpe, incluso emborracharse; pero cuando ya no sabes si tienes sed y persistes, la cosa se pone fea, chino. Uno pierde el placer de beber, se emborracha, vomita, le da guayabo, cruda, resaca, culpa, se pregunta por qué así... Beber, comer o hacer el amor con hambre es necesario, el placer es muy grande. Si lo haces sin hambre, sin prisa, el placer es otro, muy intenso, fino, refinado. Y así sí, así sí puede repetirse hasta el infinito, y cada vez hay mayor goce, lo construyes con pausa, lo descubres, lo inventas, lo paladeas, y no eres esclavo. El deseo y el goce se alimentan entre sí, y el uno y el otro desaparecen y emergen revitalizados. Pero si comes o bebes o haces el amor sin hambre, con angustia, con prisa, con una necesidad indefinida e insaciable, quedas insatisfecho, con un vacío profundo, y con una tristeza infinita...

Intenté todo por volver a ver a Lucy: le llevé serenatas, le escribí, le mandé mensajes con los conocidos, le pedí al cura que intercediera. De nada sirvió todo eso. Yo te juro, chino, que la quería. Me contaron que no soportó mis relaciones con Carmen Francesca, y menos con tu abuela. Quería tener hijos, pero no se decidía, ¿por qué? ¿Le importaba más su cuerpo? ¿Por su trabajo? ¿Porque no encontraba alguien con quien decidirse? ¿Porque sufrió de niña? ¿Se sintió vieja y se dijo a sí misma que ya era tarde? Nunca demostró sus celos; siempre me habló del amor que trasciende la posesión y los celos, y le creí, le creo; pero pienso que también sentía celos, rabia, desesperación, y se sintió abandonada, y deci-

dió no sufrir más con su amor y su pasión dirigidos a mí. Decidió entregarse a sus amistades, a sus muchachas, a sus clientes, desde la castidad, inmersa en el placer. Le dolía ver el paso del tiempo por su cuerpo, los costados de los senos, la unión de las nalgas y las piernas con estrías, los párpados abultados, el crecimiento de la piel del cuello, reseco y flácido, la elasticidad disminuida, el pelo sin brillo, la barriguita abultándose, las llantas, y en vez de dedicarse a seducir jóvenes, como lo hacen muchas, en un vano aferrarse al poder de la belleza y la seducción del pasado, sintió que ya había vivido bien los placeres sexuales, y que como éstos y el amor, juntos, suelen venir acompañados de problemas, mejor los dejaba ahí. No tuvo ganas de seguir luchando en ese terreno. «Al final de cuentas, uno llega a la plenitud solo; mucho mejor si en el camino va de la mano con alguien, pero si no se puede, qué se le va a hacer», me decía en una carta. Y nunca más, en muchos años, las puertas del Paraíso se abrieron para mí.

De Carmen y mis gemelos tampoco supe nunca más nada. Yo sé que en el fondo ella también deseaba cierta paz, la posibilidad de detenerse en el camino, dejar ese incontrolable y primitivo deseo de huir, abandonarse al amor sin importar quién imponía las condiciones. No supe generar eso con ninguna de a dos; los miedos, los caprichos, la fuerza inconsciente de nuestras costumbres, la esclavitud ante nuestra propia imagen, imposibilitaron dos de las relaciones más bellas de mi vida, chino. Para amar, uno necesita olvidarse del personaje que más le gusta: uno mismo; y dejar vivir la multiplicidad de actores que somos. Cuando nos enamoramos, logramos que nuestro personaje preferido se encuentre con el favorito del otro ser; pero cualquier arquetipo es simple e incompleto si no permitimos y estimulamos que lo acompañen los otros que podemos ser y somos. Y cuando la hora de la actuación llega a su fin y el enamoramiento decae, cuando tenemos que ser todos los arquetipos, todos los personajes, todos los actores, en

uno solo, íntegro, y olvidar la representación, nos morimos de miedo, y el otro también, y preferimos bajar el telón para volver lo más pronto posible al papel que mejor sabemos hacer. Es triste, chino, es triste, pero así es. Yo viví el mujeriego y el fiestero, el de la sonrisa permanente, y no pude vivir de bambalinas para adentro. Estas cosas las hablaba con Lucy, y después no encontré con quien seguir charlando así. Sólo ahora, cuando podemos sentarnos a revisar nuestras vidas y a reír.

Con Rosa experimenté cosas muy extrañas; no sé cómo, pero siempre encontraba mujeres que me enseñaban de la vida, que me protegían, que me impulsaban, que me estimulaban, que me retaban; pero con ella sentía un Pedro extraño, virgen. Nacía en mí el deseo de cuidarla, de protegerla, de enseñarle. En algunos aspectos me sentía mayor, pero su fuerza, su capacidad de trabajo y su entrega me sorprendieron. No sólo me calentaba, me producía cierta paz. Triste como estaba, sin fuerzas, me recliné en su casa, en el depósito. Y llegó tu papá y viví su crecimiento, era un muchachote, me veía reflejado en él. Y llegó Gardenia, tierna, dulce, vivaracha, y me sentí por primera vez padre, curioso, ¿no? Me divertía jugando al tejo, en los paseos, en las fiestas con los vecinos, con las comidas que preparaba; pero no podía soportar ciertas vainas, ala; no sé por qué, no aguantaba la pobreza en que vivía, y tampoco era capaz de darle mayor cosa, ni siquiera lo que yo mismo esperaba encontrar... No sé, uno es tan raro... La comparaba con la sabiduría y la cancha de Lucy, con el enigma y el encanto de Carmen Francesca, y me daba rabia, ala, y me ponía furioso... ¿Te tomas un trago, chino? ¡Salud!

Así estuve varios años. Trabajé muchísimo, ahorré unos pesos y los metí en La Quinta. Poco a poco me hice de nuevos amigos, gente del barrio, gente más o menos pobre, que me admiraba, y eso me atraía. Don Pedro para allí, don Pedrito para acá. Señor Rey, tal cosa. Señor Rey, tal otra. Que si quiere ser el padrino del

chino. Que si nos sirve de padrino de bodas. Que si este año también vamos a hacer el pesebre. En fin, ala, me volví el personaje del barrio y sus alrededores. No volví a las tiendas del centro ni a las fiestas de músicos y poetas. Me recordaban la época de Lucy y de Carmen Francesca, una etapa maravillosa. ¿Para qué estar recordando el pasado? Además, aquí entre nos, me daba pánico llegar a enterarme de que Lucy estuviera con alguno de ellos, con algún conocido... o desconocido... ¡Qué vaina, ala! ¡Qué vaina!

Poco a poco me fui recuperando; el trabajo, Rosa, los chinos, la construcción de la casa, los vecinos, las fiestas, los traguitos... Y entonces salí de nuevo. Unas cuantas excursioncitas al centro... ¡Eso fueron unas farras fenomenales, ala! Volví a los viejos tiempos. A las fiestas del barrio se agregaron las de los viejos amigos. Otra vez las mujeres, jóvenes y viejas. ¡Lo que se me presentara! Desde las esposas de los doctores y políticos que nos encargaban trabajos, hasta las dueñas y las meseras de los cafés, los restaurantes y los piqueteaderos. Y puse un bar, el bar La Liga. Mira qué curioso: tenía el mismo nombre de la sinvergüenzada esa donde tú hacías política: La Liga. Las meseras eran por lo regular puticas, y me adoraban; yo me acostaba de vez en cuando con alguna de ellas, nada serio, ala, porque esas mujeres son cosa seria... Pero tampoco había por qué despreciar la oportunidad, ¿no?

¿Doña Nubia? Ah... la conocí en una tienda adonde íbamos a tomar cerveza los amigos contratistas con alguno que otro maestro de obra de confianza; me la presentó El Churupo... Oye, chino, ¿no te parece que esta vaina sobre mi vida amorosa te está saliendo muy larga? Mejor dejemos la cosa ahí. Mira que a la gente no le gusta hablar, ni que los demás hablen de estas pendejadas... Charlemos de otra cosa, o pon a cualquier otro de tus personajes a contar, yo ya me cansé. Además, ¿para qué jodo escribiendo una novela, si ya no hay nada nuevo qué contar?». ¿Si la novela ya estiró la pata?, me pregunto, y me contesto: Bueno, eso dicen, pero

sigue viva, y transformándose. Y lo veo partir sonriente, con un dejo de tristeza en sus ojos.

Mi experiencia laboral con mi padre se acabó un día que me gritó por teléfono y me dijo por primera vez que yo no servía para nada: «Usted no sirve para una mierda, ¿cómo no fue capaz de tomar el número del teléfono del cliente?». Yo había insistido pidiéndoselo, tanto como el posible comprador con su respuesta: «No, yo vuelvo a llamar». Me colgó, azotando la bocina contra el teléfono; yo hice lo mismo, y llamé al trabajador: «Miguel: tenga las llaves, y le dice a mi papá que yo no trabajo más con él». Y salí para mi casa, indignado y triste, y en la hora que me demoraba en llegar en bus y un par de busetas tomé la decisión de irme a recorrer el país a pie. Mi mamá no entendió nada, pero me dio los pesitos que tenía. Tomé el bus urbano que me dejaba más al norte de la ciudad, y empecé a caminar, haciéndole señas a los autos y camiones, hasta que uno de éstos paró y me llevó a Bucaramanga, y otro a Cúcuta y otro a Valledupar y otro a la Guajira. ¡Ah, cómo recuerdo el día que conocí la mar!, en Riohacha, en el extremo norte de Colombia; yo estaba fascinado viendo a las wayúu con sus llamativas faldas y su arrogancia al caminar entre negros, blancos y mulatos como si no existiéramos; pensaba en *Cien Años de Soledad*, en *Papillon* y en la ironía de conocer el mar en el Atlántico, habiendo nacido y vivido tanto tiempo en Cali, a dos horas del puerto de Buenaventura, en el Pacífico. En medio de un intenso calor y un viento fresco que me invitaba a caminar en su contra, como poseído, la vi de pronto, y la escuché, allá, al fondo, en su eterna danza, en su ir y venir sin tiempo, y dejé la ropa y mi bolsa, y en calzoncillos, con lentitud, me metí y me entregué, respetuoso y fascinado.

Años después, recién casado y esperando a mi hija Rosa Jimena, muy joven aún, a los dieciocho años, en Cali, mi papá me propuso que nos asociáramos y atendiera una bodega que pensaba

abrir; en esa época había vendido un par de motores D 17 000 a unos camaroneros tumaqueños a quienes yo había atendido en Bogotá, y pintaba que se abriría una buena venta. Acepté entusiasmado, pues me pagaban muy poco por mi trabajo como maestro, y el motor de la Fargo 49 de $\frac{3}{4}$ de tonelada con que me ayudaba en las madrugadas transportando mercados en la galería necesitaba un ajuste; tenía la ilusión de que me ayudaría a repararlo. Yo estaba ahorrando y consiguiendo prestado para comprar las camisas y los anillos del bloque, los pistones y el cigüeñal; pero él, en vez de ayudarme, azuzó a mi abuela, a quien yo le debía parte del valor de la camioneta, para que me cobrara: «Cóbrale a Mario, mamá, eso no te va a pagar; además, ¿para qué la quiere, para que haga su campaña abstencionista y se vaya de juerga con sus amigos?». Y me ofreció compra, diciéndole a mi abuela que si yo no le pagaba era porque no quería, pues él me la podía pagar en efectivo. Y tuve que vendérsela sin reparar, y muy barata. Entonces, con la firma del contrato de compra-venta y la llave de la camioneta, le entregué las llaves de su bodega, y nunca más intenté o acepté negocio o trabajo alguno con él, ni con gente como él, la mayoría...

Cuando tú estás al borde del abismo, sientes pánico, y no te decides a lanzarte. Abajo la marea te llama, te arrulla, te incita. Tú deseas abandonar la tierra y descender en el aire para clavarte en la mar. Pero vacilas y te inmovilizas. Lo mismo sucede cuando aparece el toro. Tienes la oportunidad que has soñado, la tela roja del capote se moja con el sudor de tus manos, tu pie derecho siente el impulso del paso adelante, tu corazón palpita con más fuerza, respiras y sientes el olor a tierra húmeda que te anuncia el peligro, pero no te mueves. Así sucede cuando arranca un nuevo capítulo de tu novela. ¿Para qué escribes? Para exorcizar, para sacar a jugar los fantasmas que viven en ti, para reír y llorar, para olvidar. Pasan los minutos y no aparece ninguna frase, ni una palabra, tus dedos quieren escribir y no te decides, transcurren las horas y entiendes

un poco el cuento aquel de la escritura como dolor y el mito del pánico a la página en blanco. Te ríes. Lo mismo pasa cuando tienes frente a ti a un grupo de personas y vas a hablarles; todo tu ser es una inmensa lengua que quiere decir y no se atreve. Tus manos tiemblan, y tú aprietas el puño para que no se note. Tus pantorrillas tiemblan, y tú tensionas las piernas, las empujas con las rodillas hacia atrás, encoges los dedos de los pies, subes el empeine. Temes decir pendejadas, sientes pánico al sólo imaginar que la voz se te pueda ir justo cuando inicias tu discurso o cuando estás en el momento crucial. Te duele la garganta. Miras al frente, los ojos, los oídos y los corazones están atentos a lo que vas a decir. No te puedes demorar mucho, hay un único instante para saltar, porque las olas del mar van y vienen y debes sumergirte cuando suben, cuando el fondo está más profundo, si no, te jodes. Debes dar el paso y sorprender al toro, enseñarle desde el primer contacto que tú eres quien manda. Tienes que escribir la primera frase antes de que el cuento de la página en blanco te domine. Tu voz tiene que salir y romper el silencio, no puedes esperar más. Incertidumbre. Miedo. Deseos. Sueños. Y entonces das el paso y te lanzas al vacío. Y eres el miedo, el valor y el sueño. Eres la tierra, el aire, el mar, la arena, el toro, la tela, el papel, la tinta y el público. Eres el acto y la palabra. Después, sólo agua. Después, sólo animal. Después, sólo palabra. Y fluyes. Eres palabra y fluyes. Fluyes y eres palabra. ¡Fluye, palabra! ¡Fluye!

«En este país el gobierno tiene para los colombianos la metralleta y una temblorosa rodilla en tierra ante el oro americano». Así hablaba Jorge Eliécer Gaitán, dice mi abuelo, emocionado. Por la época en que nació su papá, Gaitán se convertía en un verdadero líder. Lo oí hablar por primera vez cuando denunciaba la matanza de las bananeras. Uno vivía sus palabras. Uno siente indignación y se emociona con sus discursos. Gaitán arenga con fuerza, sintiendo lo que dice. Sus frases finales son como el impacto del

puño sobre la mesa, y muchos necesitamos ese golpe, y el eco de la madera. Estamos cansados de discursos medidos, pausados, calculados, fríos. Gaitán se entrega, él y el pueblo liberal colombiano somos uno solo. Uno siente salir sus palabras rasgando la garganta... Yo le quise poner a tu papá Jorge Eliécer, pero la china Rosa no quiso, ala. Nadie la pudo sacar de su idea de que se llamara como yo. Al final, lo bautizamos Pedro Pablo, como mi papá, y como yo. En el fondo, a mí me gustaba que se llamara así, pero era una vaina, chino, todas las viejas quieren que su primer hijo se llame como uno, y así, ¿a dónde vamos a parar, ala? ¿Te imaginas cinco o seis Pedro Pablos? ¡No, eso es mucha vaina!

Aunque el país estaba hecho una mierda, no me podía quejar; pero luego de la alegría por el triunfo del Partido Liberal, me cancelaron varios contratos. El gobierno decía que no había crédito, y llamaba a negociar a los grandes contratistas, y éstos nos soltaban su «Lo siento, Píter, ya no vamos a hacer esa obra; si sale otra, te llamamos, pero no creo». Cada vez tenía menos encargos, pero, afortunado, aunque nunca pude llegar a negociar con los ministros, en El Paraíso conocí a casi todos los grandes contratistas, y si bien no sé por qué, nunca me abandonaron, ni en esos momentos difíciles me quedé del todo sin trabajo, así fueran contratos pequeños.

Andaba muy triste, ala; la separación de Lucy y la desaparición de Carmen Francesca me dieron muy duro. Trabajaba como mula, y dormía mucho, y cuando me vi obligado a despedir obreros, no tuve ningún empacho en ponerme el overol; y ahí me tienes revisando con una brocha en la mano, y dándole los toques finales al Palacio Nacional, a la Facultad de Medicina, y hasta poniéndome las botas en el Parque Nacional. Esa época fue dura, muy dura. La Quinta estaba en construcción, y sin pensar que podrían venir malas rachas, me dio por hacer una biblioteca, un salón de juegos y un bar, y sin un peso ahorrado, ala. Tenía que ayudar a Tránsito, la pobre trabajaba, pero no le alcanzaba para sostener sola a los

chinos. Los amigos ya estaban acostumbrados a las fiestas, y a mí me daba pena salir con que no tenía con qué; para colmo, a mi mamá le dio por conseguirse una empleada con un chino, ala. Llegaron los préstamos: unos pesos allí, otros por acá, y pague intereses aquí, y pague intereses allá; la locura viejo, la locura.

Yo no puedo olvidar que mi papá golpeaba con frecuencia a mi mamá; la primera vez, cuando ella descubrió que él se había casado con otra, y no con ella, como le había prometido; mi madre se presentó en su nueva casa, y mi padre y su nueva mujer la tiraron a rodar entre los dos escaleras abajo, a pesar de su embarazo. Los golpes regresaban una y otra vez cuando ella le pedía con insistencia el diario, el dinero para la ropa, la mensualidad del colegio, los útiles escolares, el oculista o los viajes a Cali; o cuando le reclamaba que anduviera con otra –además de Griselda, claro, pues eso ya era una cosa aceptada por ambas–. Entonces mi papá la empujaba o le decía cualquier cosa hiriente y ella le contestaba con otra más fuerte, y así una o dos veces más, hasta que mi mamá le mentaba la madre o le decía cualquier otra palabrota, y él sacaba la mano y le pegaba una sonora cachetada, a la que ella respondía con todas las groserías de su acervo, una detrás de otra, y él dejaba de darle cachetadas y la puñeteaba y pateaba; alguna vez mi mamá logró arañarlo, y entonces él casi la mata. Así le puso los ojos negros o colorados o morados o colombinos –como prefiera su gusto lingüístico y estético; por cierto, qué rara asociación entre un ojo golpeado y el país– muchísimas veces; y tantas otras le reventó la boca; y otras tantas la dejó con las piernas, los senos, la espalda y los muslos llenos de moretones, y los músculos y los nervios hechos bolas violetas. Y en una ocasión le fracturó la nariz y le rompió la cabeza; esa vez mi madre sí alcanzó a ponerle la plancha caliente en el antebrazo, y le quemó el saco, rozándole la piel, y mi papá anduvo tres meses –todo el tiempo que mi mamá estuvo encerrada para que no le vieran el arco iris de morados en la cara

y la nariz blanca por el esparadrapo de la operación— contándole a todo el mundo que esa mujer lo había quemado.

Yo no pude saber, ni entender, nunca, y ahora desistí de hacerlo, cómo lo pudo perdonar ni cómo pudo aguantarle tanto. Alguna vez me dijo: «Yo no se lo voy a dejar a esa vieja hijueputa, que se joda, no lo va a disfrutar sola; ella me lo quitó sabiendo que usted existía, y tarde o temprano él terminará quedándose conmigo».

Tu abuela era como un oasis, vuelve mi abuelo, no me pedía nada; le ayudé a montar su negocito, y nada más. Estaba feliz con los chinos, Pedro, Pablo y Gardenia, que nació a los nueve meses exactos de la muerte de Orlandito, el segundo chino que tuve con su abuela. Rosa es una gran trabajadora... una gran mujer... Por esos días estalló la guerra con el Perú, y los negocios se acabaron de joder. Nadie tenía pesos, nadie prestaba, nadie pagaba, todos cobraban, todos pedían plata. ¡Era una vaina, ala! Nos encantaba ir a jugar al tejo con Chabela y Froylán; salir de paseo los fines de semana; ir a misa; subir a Monserrate y discutir de política, porque Chabelita y Froylán eran godos como ellos solos. Cuando quería armar una discusión, nombraba a Gaitán y se prendía la mecha. Parece que Rosa fue liberal desde chiquita, que se agarraba con sus compañeras de la escuela y tenía que ir la maestra a separarlas, porque Rosa las agarraba del pelo y no las soltaba por nada del mundo. La castigaron varias veces. Creo que su papá había sido liberal. Y no se dejaba joder de nadie, como ella misma decía.

Pasaba mucho tiempo en el depósito, chino, allí me sentía en paz. Rosa me contemplaba cuando llegaba cansado, me quitaba los zapatos y me preparaba lo que yo quisiera; en ese entonces era la única persona a quien le contaba lo que me sucedía en el trabajo, y los problemas de dinero... Pero yo no sé qué le pasaba cuando mi mamá venía a buscarme, se ponía furibunda; lo mismo cuando me despertaba al amanecer y salía para La Quinta, o cuando le llegaban los chismes de las viejas esas del barrio. Los

celos la mataban, ala. Es la mujer más celosa que he conocido. ¡Cosa seria!

En el momento en que estaba más jodido, me ofrecieron un par de contratos haciendo carreteras: uno entre Armero y Honda; el otro de Bogotá a Villavicencio. No tuve más remedio que aceptar; escogí Bogotá-Villavicencio, claro, estaba más cerca y podía ir y venir en el mismo día, pensé; pero a veces me tenía que quedar en algún campamento, y me desesperaba; no me gustaba dormir fuera de la casa, me hacían falta Rosa y los chinos; además, no le vayas a contar a nadie, me moría de celos. Rosa estaba cada vez más linda, y con los embarazos agarró un cuerpazo... Se formó más, se le notaron las caderas, y los senos le crecieron. Con el depósito agarró cancha; hablaba con todo el mundo: contratistas, peones e ingenieros. Era muy viva, les hacía rebajas, regateaba con ellos, discutía y hasta peleaba; salían fascinados, y se convertían en sus clientes. De vez en cuando organizaba piquetes y ninguno se quedaba sin ir. Terminaban bailando, y como tu abuela era una gran bailarina y tenía cierta coquetería natural, nunca se quedaba sentada. Yo llegaba cansado y me encontraba con semejantes fiestas... Me moría de los celos, ala. Me moría de los celos. Lo único que me tranquilizaba es que se la había encargado al chino Marco Antonio. Él le ayudaba en todo, y la acompañaba hasta el final del día.

Luego nació otro chino; su abuela insistió en que se llamara Orlando, él fue el padrino de tu hermano Orlando; desde chiquito fue muy enfermizo, y yo pensé que también se nos iba a morir como el primer Orlando; pero no, logró salir adelante; Rosa lo cuidaba mucho, pero mi mamá decía que no: «Mire que ese chino se les va a morir como Orlando; la culicagada esa no lo cuida bien, no le da de comer, es una desaseada. Uno puede ser pobre, pero limpio; esa casa se mantiene llena de polvo; cuando vienes de allá, se te nota en la camisa; el cuello y los puños están negros de arena. Esos chinos viven mocosos y sucios». No exageres mamá, no es así. «Sí, mijito,

defiéndala que es su mujer. ¡Sábelo Dios qué le habrá dado la bruja esa!». La defendía, cuando estaba con mamá Agustina, pero cuando llegaba al depósito y veía tierra por todas partes y encontraba a tu papá o a Gardenia con algo sucio, estallaba de la ira. Yo lo que quería era protegerla, pero no sé por qué terminaba regañándola. Al principio, ella no decía nada, pero se fue volviendo grosera y respondona; y surgieron las discusiones, fuertes. No entiendo bien qué me pasaba. Tu abuela vivía reclamándome que cuando estábamos mejor, en el momento menos esperado, me enojaba, le decía alguna grosería, me ponía celoso, rompía los platos y me largaba azotando la puerta. Después nos costaba mucho reconciliarnos. A mí me daba pena, y sentía culpa; a veces ella aceptaba sin decir nada, pero pronto reiniciábamos el alegato.

Al final de las primeras peleas no nos costaba hacer el amor; los cuerpos se buscaban solos, y el placer era inmenso, como la primera vez... Pero a medida que los disgustos se fueron acumulando, se hizo más y más difícil. Más nos demorábamos en reconciliarnos que en volver a pelear, y nos dolía un jurgo. En esos momentos añoraba a Lucy, soñaba con Carmen Francesca, pensaba en Tránsito, en La Lunareja, en la enfermera, en la niña con la que jugábamos al papá y a la mamá. ¿Dónde estarían? ¿Qué harían? ¿Cómo vivirían? Yo las recuerdo con mucho cariño, ¿sabes? Al principio uno tiene rabia, siente dolor, se queja, y recuerda los problemas; después, uno se propone ignorarlas, pero sabe muy bien que las quiere y que es difícil lograrlo, que lo acompañan a uno toda la vida; con mujeres como ellas uno nunca sabe cuándo se vuelve a encender la mecha del amor y la pasión... Aunque, en realidad, como no vuelves a estar con ellas, no lo sabes, y mantienes viva cierta ilusión... Pero nunca va a ser lo mismo, es sólo un sueño.

Cuando no disgustábamos con Rosa, yo me sentía de maravilla; trabajaba con mucha fuerza, me iba bien en los negocios, me sentía feliz; pero cuando peleábamos, me ponía mal, me entriste-

cía, se me quitaban las ganas de trabajar, y las cosas no me salían. A veces pensaba que era por la falta de los baños de hierbas que ella me hacía los martes y los jueves... Cuando estábamos bien, no necesitaba fiestas ni nada de eso. En la época más difícil de mi trabajo, me apoyó con verreaquera. Yo terminaba agotado, me tomaba un pureje y me iba para el depósito, ansioso, deseaba llegar pronto y abrazarla; que me abrazara, y descansar juntos. Y así fue un buen tiempo. Al día siguiente me levantaba con ánimos, con el impulso necesario hasta para dos jornadas seguidas. «Su cafecito», me decía, antes de las seis, porque no siempre se enojaba cuando me iba en la madrugada para La Quinta. ¿Por qué no habremos podido seguir juntos? ¿Por qué pelearíamos tanto?

«Lo que sí no pude soportarle a su abuelo fue que me viniera a pegar. Eso sí no. Yo le aguanté que no me diera lo necesario —me confiesa mi abuela—, que saliera corriendo en la madrugada para donde su mamacita querida; que no fuera capaz de defenderme de sus chismes; me daba rabia, y sentía unos celos enormes con todas las viejas esas que tenía, hasta la sirvienta, ¡es el colmo! Dicen que la china esa es hija suya. ¡Viejo de mierda! Pero lo que me sacó de quicio fue que cuando andábamos mejor, cuando la construcción andaba mal y él tenía pocos contratos y trabajaba como burro, y yo lo apoyaba con todo, justo cuando estaba embarazada de Pedrito, él saliera con su chorro de babas. Que a su rosario de viejas le viniera a aumentar la mujer de uno de sus amigos, la sinvergüenza esa de la Nubia, vieja hipócrita y santurrona, dizque muy religiosa y evangélica, y no le importó saber que su abuelo vivía conmigo, que teníamos tres hijos y estaba embarazada; no le importó el marido, ni la hija, ni que su abuelo fuera amigo del marido. ¡Y después vino con el cuento de que ella no sabía nada! ¡Vieja hijueputa!

»¡Pero no me quedé con esa, bien que le di su mechoneada! ¡Vieja hijueputa! ¡Y su abuelo no se quedó atrás! 'Pero ¿qué pasa

Rosa? ¿Qué tienes? ¿Por qué estás así?'. Y cuando le dije lo que sabía y lo que pensaba, que muy religiosos y mucho Dios, que mucha misa y mucha vaina, y justo hacen lo contrario de lo que predicán, ¡pum! Me pegó un par de puñetazos. Me dejó el ojo colombino y me rompió la boca. ¡Y eso sí que no se lo perdoné! Lloré como una bendita. Chabela me decía que lo perdonara, que él me quería, que claro que se había pasado, pero que en el fondo él era bueno. ¡Qué bueno ni qué mierda! ¡Marica ese! Un maricón es lo que es. ¡Pegarme a puño cerrado y estando embarazada! ¡Pero bien que se la cobré! ¡Viejo hijueputa ese!, perdón, mijo, pero así es».

Vuelvo a escuchar las palabras y los recuerdos de doña Nubia: «A mí nadie me dijo que él tenía señora, ni hijos, yo inocente. Bueno, nos gustamos, porque Pedro era muy buen mozo. ¡Ay, Pedro de joven era muy buen mozo!». Miro los ojos de Gardenia, igualitos a los tonos azul-verde-miel de la tía Gardenia. Desde que los vi de niño me enamoraron, y cada tanto me descubro observando un par que se le parecen, y vuelvo a sentir el éxtasis de la mañana en que me llevó a su misa; las voces en coro dirigidas a Dios, los cantos llenos de gozo y el rostro sublime de mi tía, ¡la divinidad misma!

Enedina, la empleada de la abuela Agustina y de mi abuelo, también quiere dar su versión, y no para de hablar: «A doña Rosa le gustaba jugar con los trabajadores, no se hacía respetar... Al chino Orlando lo dejó solo una vez, y no se dio cuenta de que el muchachito se había ensuciado y andaba empeloto; pobrecito el chinito, se quedó con el culito al aire y un perro callejero se le comió el pipí».

A MÍ, MI PAPÁ CASI NO ME PEGABA, pues mi mamá le daba muy pocas quejas, y yo era buen estudiante, más bien, un niño bueno —«en el fondo eres bueno», como me dijo el quiromántico que me leyó el café alguna vez—; en realidad, creo que esto no tenía mucha gracia, pues no había otra alternativa, por el miedo y, sobre todo, porque me gustaba aprender; la verdad, hasta cierto asco y pena me da ser así. Pero cuando mi mamá le daba alguna queja, me agarraba a cachetadas y patadas, y como yo sentía que era un abusivo y un cobarde, en vez de salir corriendo como todos los niños, lo miraba mentándole la madre con la mente, y el tipo perdía el control y retrocedía, y se iba refunfuñando. Yo me río ahora, pero en mí vive el pánico que sentía ante mi papá. Un día le dio por revisar mis cuadernos y mi libreta de calificaciones y empezó a regañarme, y me mandó a estudiar, porque en alguna materia no había sacado las buenas calificaciones de siempre; entonces yo lo miré con mi mirada de odio, diciéndole, sin pronunciar palabra: «¡Hifueputa! ¿Usted cómo me habla de cumplir, con qué autoridad?», y como él estaba sentado y yo estaba de pie, entre sus piernas, frente a frente, sacó su puño derecho de militar acostumbrado a mover motores y a levantar cientos de kilos, cerrado, con sus treintaitantos años y sus ciento y tantos kilos de peso, con toda su fuerza, me puso el ojo colombino, como repetían mis compañeros del colegio: «¡Perico tiene el ojo colombino! ¡Perico tiene el ojo colombino! ¡Perico tiene el ojo colombino!». Mi tío Pedro vivía en Bogotá y mi abuela estaba en esos días visitando a su hermana Isabel; entonces les conté lo que había pasado, y de

pronto se arregló mi viaje a Palmira, a vivir con mi abuela. Fue un descanso, pero siempre me quedé con la culpa de haberle dejado la carga a mi hermano Orlando, y cuando murió y lo vi idéntico a mí sentí que quien debía estar en el cajón era yo y no él.

Yo no recuerdo qué pasó los días siguientes a que mi padre me pusiera el ojo negro y mi madre, mi tío y mi abuela acordaran que me fuera a Palmira; lo que sí tengo vivísima en mí es la noche que dejé a mi mamá y a mis hermanos; la visión de una vida más tranquila, el cariño de mi abuela, mi tía y Marco Antonio, una gran casa con las puertas abiertas, un barrio donde podía salir a jugar y un pueblo cálido, fuera del alcance de mi papá, no cubrían mi tristeza por la separación; sentía que los abandonaba, que los traicionaba, y me hacía la ilusión de que un día podría ayudarlos a dejar la fría capital y a escapar del ogro. Cuando la flota emprendió la marcha y dejé de ver a mi mamá y a mi hermano por la ventana, se me vinieron las lágrimas por los ojos, y al pasar por la esquina de la casa no pude contenerme y lloré hasta quedarme dormido. Pero varios kilómetros después me despertaron el frío y los retortijones; como el puesto adjunto venía vacío, me subí sobre los dos asientos y me encogí, cubriéndome con los brazos el estómago; y como no me podía dormir, me distraía imaginando qué curva o qué pueblito estábamos pasando, y contaba los kilómetros y los minutos que faltaban para llegar a la primera estación. Cuando por fin entramos a Melgar, yo estaba al lado del chofer, con frío, sudando y apretando el esfínter para no ensuciarme en los pantalones. No bien acabó de detenerse la flota, salí corriendo, diciéndole al chofer que no me fuera a dejar; al entrar a los baños, con el sólo olor, se me quitaron las ganas, más aún con la visión: un purgatorio de orines y mierda reinaba en el ambiente, en las paredes, en el piso y en los papeles regados por todas partes; pero a los pocos minutos volvieron los retortijones y pude descansar un momento, pues el miedo a que la flota

se fuera sin mí no me dejaba tranquilo; cuando salí, el ayudante ya estaba gritando que se iban; y así transcurrió toda la noche: en Girardot, Ibagué, Cajamarca, Calarcá, Armenia, Sevilla y Buga, donde amaneció y me entretuve con el despertar de los pueblitos y su gente, pensando que pronto llegaríamos a Palmira. Al bajarme, vi con terror que nadie había venido por mí, pero tomé un coche, y dirigí al cochero hasta la tienda de mi abuela –carrera treinta, número treinta y siete, cero, cinco–, que salió sorprendida, y feliz: «¡Mijo, me habían dicho que llegaba a las once!».

Después de la trompada tempranera que recibí de mi papá, y de irme a vivir con mi abuela paterna, primero a Palmira y luego a Cali, sólo regresaba en vacaciones a Bogotá. Una de esas frías mañanas, entre la lluvia y la neblina de la sabana, recién llegado de Cali, mientras lo acompañaba a un depósito de maquinaria de segunda a otro, le pregunté por mi abuelo, mi tema favorito, imagen que me encantaba construir mientras percibía cómo se reflejaba en sus seres queridos. Mi papá abrió la guantera de su viejo jeep, sacó una botella de whisky y un par de copas, sirvió y brindamos. Se quedó pensativo un rato, y se lanzó al recuerdo: «Papá fue extraordinario en muchos sentidos, pero fue un mal marido. Yo me precio de haber sido un excelente esposo, tanto, con todo respeto, sin herirte, que no olvidaré nunca a tu mamá, y nunca dejaré de ver por ella, nunca. Papá no. Papá fue duro en eso. Fue pichicato en la casa, dicen, fue farolcito; le gustaban sus amigos y se gastaba la plata con ellos. Tal vez papá, no sé, subestimó a mi mami. No la hizo, no la formó. Mi mamá era una niña, desde los quince años fue de él, y abusó. Era borracho. Mamá lo quiso, pero hasta cierto punto; luego papá se portó mal, borrachito, la miraba ya de una forma diferente... No sé, pero él falló mucho...». Sus ojos se pusieron tristes. Un semáforo nos detuvo.

Volvió a abrir la guantera, de nuevo llenó las copas, y sonaron en el brindis; apretó un poco los labios y dejó salir el aire conteni-

do en una explosión. El parabrisas se opacó. «Umm... ¡Qué bueno es este whisky! Mira, allí lo venden más barato». Dejó el carro prendido en un costado de la calle y regresó en el momento en que la pitadera daba paso a los primeros insultos: «¡Quite esa carcacha de ahí, viejo hijueputa!». Él siguió comentando: «Mi papá leía, en medio de su no muy buena cultura, pero leía; recuerdo que tenía libros de Gaitán y de poesía; leyó *Mi lucha* de Adolfo Hitler. Sus ojos brillaron. Él apoyó a Gaitán, y aportó plata para la campaña. Gaitán iba al Campo Villamil a jugar tejo con los liberales del sur.

»La gente decía que yo era su niña bonita. Una vez salió el numero 7114, el trece de julio. Yo tenía una oficina de representaciones en la Avenida Jiménez; era la una y treinta de la tarde; papá estaba sin plata en esos días, y yo también. Llamó más contento que un mico rompiendo platos a las cinco de la mañana. ‘Papá, ¿cómo estás?’. ‘Chino, vente’. Cuando dijo eso, pensé: ‘miércoles, mi papá está jalado’. ‘Chino, vente’. ‘Por ahí es un problema de plata’. Bueno, fui. Me esperaba, con su trinchera, en una tiendita frecuentada por intelectuales; ahí estaba un doctor que había sido embajador, piperito, ala, rodeado de algunos otros borrachitos. ‘Tómese un trago, mijo’. No, papá, ando sin cinco. ‘No importa, chino; tómese un trago’. Y el viejo, con esa gracia, con esa picardía, me llevó a la puerta y sacó una carta que decía: ‘Señores Banco Francés Italiano. Sucursal San Victorino. Apreciado Madero: Adjunto el billete de lotería 7114 del sorteo número tal de la Lotería de Boyacá, el cual salió favorecido, para que lo acrediten a mi cuenta, atentamente: Pedro Pablo Rey’. ¡No, papá, carajo! ¡Eran como ciento y pico mil pesos! Eso era un montón de plata. Yo lo llevé a su casa. Me llamó más tarde, y le pregunté dónde lo recogía. ‘No, nos vemos en el banco a las diez de la mañana’. ‘Mira, Santiago, ¿te conoces con mi hijo? Quiero que le abras una cuenta al chino’. ‘¿Cuánto, Píter?’. ‘¡Quince mil pesos!’. Yo era su niña bonita».

Recuerdo ahora lo que me decía el tío Pedro: «Él integró la familia —me sirve un trago de aguardiente mientras continúa su fábula—, y eso es bonito. Los comentarios que hacía sobre sus mujeres eran: ‘Tránsito, excelente mujer’; ‘Rosa, no, una gran mujer; su mamá, una gran esposa y madre’. Por lo que sé, no creo que haya sido celoso. El viejo, con la pinta que tenía... gallinaceaba. Pero yo nunca me di cuenta, él era muy reservado. Una vez fuimos a un bar, por allá por la diecisiete con veinte, y una vieja lo saludó muy cariñosa: ‘¿Qué más, abuelito?’. Contestó cualquier cosa y salimos rápido. Otra vez encontré un retrato... Él decía: ‘Primero su mamá, segundo su mamá, tercero su mamá, y si sobra algo, para su mamá’. Quiso mucho a sus hijos; el preferido era Pablo, hasta le compró traje de luces y lo llevó a una novillada de un colegio, pero a última hora Pablo no quiso salir. A sus hermanas las adoraba. Él quería mucho a mi tía Gardenia, eran uña y mugre».

Retorno con mi abuela, que se acomoda los anteojos y sonrío; su cabellera continúa negra, sus piernas de mujer trabajadora están ahora flácidas y sin volumen; cuelga su barriga; su rostro, lleno de arrugas; sus dientes, amarillos; sus manos, pecosas; su ojo, cerrado por la parálisis facial; su piel, sin tono; el tiempo había pasado eludiendo su pelo y el alma, que mantenía el brillo, la capacidad de alegrarse, de reírse, de rabiar, de odiar. Sonríe, se estira, impulsa la vieja mecedora veneciana, y se dispone a hacer de sus recuerdos palabras. Su voz se incorpora al trino de los canarios y las mirlas: «Hubieras visto la cara de tu abuelo cuando me les aparecí en la tienda esa donde la vieja Nubia vivía. Daba risa. Ella se asustó tanto, que se quedó quietica; y él, reponiéndose de la sorpresa, dejó un dinero en el mostrador y salió poniéndose el sombrero; a la hora de la verdad los hombres no son sino unos cobardes; detrás corrieron sus amigos, hasta el ex marido de la Nubia. Como yo iba detrás era de la vieja esa, ni tuve tiempo de decirle nada a su abuelo; me fui directo a las mechas y le dije todo lo que se me

ocurrió, mientras la sacudía. Cuando se fue a meter su hermana a defenderla, apareció Chabelita, que se había quedado con Froylán en la puerta viendo a ver qué pasaba».

Se ríe y se lleva la mano a la boca, para tapársela, pues la parálisis le deja descubierta parte de la encía. Me daba ternura verla como una niña añorando sus pilatunas, y apenada por los efectos de la enfermedad. Se para y riega con toda la calma del mundo, una a una, las plantas del patio mientras narra; la temperatura de la tarde caleña desciende un poco y el viento bambolea las hojas húmedas: «Su abuelo fue mi primer amor, y casi podría decir que fue el único. Yo me quedé huérfana desde muy chica. Recuerdo a mi papá, me parece verlo, los domingos, con su traje impecable, perfectamente peinado, su pañuelo en el saco, sus zapatos brillantes; así no se vestía la gente del barrio, claro, allá en los cerros, entre los barrizales y pura gente sin cinco, qué iba a encontrar a nadie así. Cuando Chabelita se casó con Froylán y se fueron a vivir al Santander, que también era de gente pobre, pero no tanto, lo primero que me llamó la atención fue su abuelo, trajeado como mi papá se vestía los días de fiesta, pero a diario; mi papá trabajaba en una finca, y entre semana vivía con su ropa de labor; su abuelo era muy guapo y tenía fama de mujeriego y buen bailarín. Así que a medida que fui creciendo, yo lo miraba cada vez más, y un día me di cuenta de que me erizaba todita cuando me lo encontraba, y me imaginaba que me extendía su mano para sacarme a bailar. Él me invitaba, como a todos los niños, a su pesebre, y yo me sentía la preferida; pero el día que me volvió a invitar a quedarme en la fiesta que hacían los mayores después de la novena, casi me orino en los calzones; en serio, mijo, es el gusto; me turbé toda y dije que le iba a pedir permiso a mi hermana. Chabelita se dio cuenta: ‘Mucho cuidado Rosa, fíjese que Don Pedro podría ser su papá, y Pablo, su hijo, tu novio. Si quieres ir, ve, pero cuídate, fíjate que es un sinvergüenza; agradable y gracioso, atento y formal, pero no

tiene remedio, es tomatrigo, mujeriego y hasta irresponsable con sus hijos, eso dicen. Yo no sé, Rosa, tenga cuidado. Te entiendo, pero ten cuidado'. Froylán no dijo nada, sólo se oyó más fuerte que nunca su ¡Jummmm!

»Toda nerviosa, me vestí de mujer por primera vez en mi vida; Chabelita me ayudó, estaba tan nerviosa y contenta como yo. Su abuelo me recibió, muy amable, y me presentó a varios de sus amigos y amigas. La vieja Agustina no entraba a la sala, pero, desde lejos, no apartaba sus ojos de mí; me miraba entre extrañada y molesta. Su abuelo bailó con cada una de las mujeres allí presentes, y cuando yo ya me iba para la casa, pues estaba cansada porque me habían sacado a bailar todos los señores, me extendió la mano. Sólo me había dirigido la mirada una que otra vez. En la primera pieza trastabillé, pero poco a poco nos fuimos acoplando, y la fiesta terminó en un pasodoble en el que nos dejaron la pista libre; nos hicieron corrillo, y nos festejaron con olés y aplausos».

Yo coloco al gran Agustín Lara y me imagino a los abuelos, jóvenes, bellos, llenos de vida; la voz, las manos, los pies, la mirada y el piano recorren boleros, pasodobles y tangos. Yo estaría poco después en Tlacotalpan, pueblito lleno de colorido y actividad asociado a la vida y a la música del compositor del amor latinoamericano, apasionado, quejumbroso, suicida, amando a la mujer más llena de vida que jamás haya conocido. A veces la comparaba con mi abuela, con su fuerza, su no dejarse joder por nadie, su feminidad, su sed de venganza infantil y su ternura encubiertas de dureza, retos y autosuficiencia. Me siento, remontamos el tiempo con el maestro. «Rosa, la más hermosa...». Me tomo un Ron Viejo de Caldas, y me siento marino de tercera en un cafetín de mala muerte, perdido en los recuerdos, la nostalgia, el desengaño y la saudade —los sentimientos hermanan a los individuos, las lenguas y los pueblos, y la lengua hermana y funde sentimientos, palabras, frases hechas, lugares comunes, historias y versos—. Entorno los

ojos y el alma, los recuerdo con ternura, y dejo a la abuela narrar: «Cómo nos seguimos viendo, cómo nos volamos de Bogotá y cómo nos fuimos a vivir juntos, bueno, mejor, cómo me fui a vivir sola, ya te lo he contado. ¿Por qué insistes tanto? ¿Qué quieres saber? ¿De qué te sirve? Montamos el depósito. Tuve a Pablo, vi morir a Orlando, luego vinieron Gardenia y el otro Orlando, hasta allí todo iba más o menos bien. Tu abuelo se entusiasmó con Pablo y con Gardenia; su nacimiento coincidió con una época muy triste de su abuelo, creo que tuvo un desencanto con alguna de las viejas con las que andaba, y se recluyó en la construcción de La Quinta, sus contratos y nuestro cuartico en el depósito. Su alegría fueron los chinos. Pero me jodía porque no había en la casa ni esto ni aquello ni lo otro; por el polvo, por los niños, que no estaban bien cuidados, que vivían mocosos, que los zapatos sucios, que los platos desportillados, y tantas cosas más; al rato se tranquilizaba y se ponía tierno; me contaba sus cosas, y yo las mías. Hablábamos, jugábamos al tejo, nos tomábamos nuestras cervezas con Chabelita y Froylán, salíamos de paseo; déme un trago, mijo, nos queríamos —sus ojos adquieren el brillo que antecede a las lágrimas, sin que éstas aparezcan, y continúa—: En ese entonces era presidente Enrique Olaya Herrera; las mujeres lo seguíamos porque hizo reformas que nos favorecieron; yo me alegré mucho porque Gardenia podría entrar algún día a la universidad; no quería para ella la vida tan dura que yo tuve; pero la guerra y la situación económica nos tenían jodidos.

»Su abuelo perdió varios contratos y tuvo que trabajar como nunca antes, y se puso de peor genio; yo lo entendía y lo consolaba, pero él, cada vez más insoportable; y para acabarla de fregar, le dio por celarme. ¡Qué vaina! Yo no pensé jamás en otro hombre; sólo me importaba él. Sólo a él se le podía ocurrir que le pusiera los cuernos, pero cada vez estaba más y más celoso. Las viejas chismosas esas del barrio, con las ganas que le tenían, unas, porque

otras ya habían estado con él, se morían de la envidia de verlo enamorado de mí, y se inventaron una cantidad de cuentos. Y como yo no era fea y tenía que tratar con maestros, obreros y hasta con ingenieros y doctores, pues él se volvía loco. Tuvo que irse a trabajar a la carretera Bogotá-Villavicencio, y cuando se quedaba en el campamento, llegaba hecho una fiera; nervioso, tenso, celoso, y me buscaba pelea por cualquier cosa. Cuando se le pasaba, era cariñoso y tierno, y me hacía mil declaraciones de amor y mil promesas. Disfrutábamos mucho esos pocos momentos, pero al rato ya estaba otra vez en las mismas.

»Como a la semana de darme cuenta que estaba embarazada de Pedrito, me vinieron con el chisme de que su abuelo andaba con la mujer de un amigo. Lo primero que pensé fue que era otro chisme de las viejas esas sin oficio. ¡Que se pongan a trabajar y no jodan tanto! Cuando la gente no tiene nada que hacer, se dedica a inventar cuentos e historias, no tiene paz ni sosiego. Pero esa tarde, cuando fui adonde Chabela a tomarme un chocolatico con almojábanas y queso, le comenté lo que me habían dicho, y ella tuvo una reacción muy distinta a la de otras veces. No protestó conmigo contra las viejas sin oficio y los chismes, en cambio, soltó con toda su rabia: ‘¡Vieja hijueputa!’. Y se fue a servir un aguardiente. ‘Tómese uno, mijita, la tarde está muy fría’. Yo me quedé con más dudas, pero no quería creer que me estaba engañando, ya conocía desde niña las historias de sus mujeres; si eran verdad o no, no lo sabía, pero estaba segura de que, en el último tiempo, si había tenido, sólo eran pasajeras, y no les hacía mayor caso. Ahora era distinto, no sé qué me angustiaba, algo me daba vueltas desde el estómago hasta la cabeza, y sentía dolor, rabia y miedo. ¿Quién sería esa vieja hijueputa? Le pregunté si era cierto. ‘¿Cómo crees, china?’. Y me abrazó y me acarició la cabeza. Pero lo sentí diferente. Lloré toda la noche. En vano esperé los ladridos de Tángier y Minerva, que lo recibían moviendo la cola y esperan-

do el pedazo de pan y los huesos de pollo que él acostumbraba a llevarles. No pude dormirme en toda la noche; me atormentaba imaginándomelo con la otra. Me moría de los celos y de la rabia. Pensaba ir a la tienda esa donde me habían dicho que se veían, así salía de dudas de una vez. Pero luego pensaba: 'No, a lo mejor no es cierto y yo me estoy jodiendo por nada. A lo mejor es verdad, pero se le pasa, como con tantas otras. Si voy, voy a quedar como un zapato... Peor si no es cierto... Él se va a disgustar conmigo por no haberle creído...'. Cantaron los gallos y oí a Marco Antonio. Me levanté, me limpié los ojos y medio me pinté. Abrimos el depósito. '¿Qué le pasa, doña Rosa?'. 'Nada, Marco Antonio, nada'. 'Cuénteme, señora, no sufra sola'. Ahí le encargo los chinos. Y me fui adonde Chabela.

»Su abuelo llegó al depósito al mediodía, y mandó a Marco a buscarme: 'Doña Rosa, don Pedro está furioso. Encontró a Pablo en la calle y el chino estaba todo sucio. Dice que se los tiene que llevar bien arreglados para el cumpleaños de la abuela Agustina, y está revolviendo el armario y tirando las cosas de un lado para otro'. Regresé, y su abuelo se puso a insultarme y a decir que su mamá tenía razón, que yo era una sucia y una desordenada, que no encontraba nada en su lugar, que los niños estaban hechos unos cochinos, y vociferaba, tiraba la ropa al suelo y la pateaba. Desocupó el armario y siguió con la loza; primero tiró un vaso que estaba sin lavar, después un plato y al final la tiró toda al suelo de un solo manotón. Los niños se aferraron a mi falda y no hacían sino llorar. De pronto se detuvo. Recorrió el cuarto con la mirada, primero con ira y con asco, después como desconcertado, y salió en silencio. Me tiré a la cama a llorar, con los niños berreando a mi alrededor. Me desperté cuando estaba oscureciendo. Marco estaba frente a mí, observándome; me había puesto una ruana encima. 'Ya les di de comer a los niños... No se preocupe', me dijo, 'ahora están dormiditos'. Y me trajo una agua de panela caliente. Le pedí

que me ayudara a cargarlos, y me fui adonde mi hermana. Me quedé todo el fin de semana con ella. Sus hijos y los míos jugaron felices, a ratos con Froylán y a ratos con una china que tenían de empleada. Chabela inventó un paseo al lago, y así pasamos el domingo».

Marco, frente a nosotros, sonríe, se ajusta el audífono y nos interrumpe: «Todavía me da rabia cuando recuerdo ese sábado. Su abuelo llegó preguntando por su abuela Rosa. Venía muy elegante, con un pañuelo de seda en el bolsillo del saco. Afuera lo esperaban en el carro dos personas, no sé quiénes eran. Cuando le dije que no estaba, se puso serio. Cuando llamamos a su papá y no apareció por ningún lado, se le subió el color a la cara. Cuando, después de buscarlo por todo el depósito, el solar y los patios vecinos, no lo encontró, empezó a gritar. Regresó al carro, dijo algo y el automóvil arrancó. ‘Marco Antonio: búsqieme a Pablo, donde sea, y después vaya por Rosa’. El chino venía hecho un carbón, estaba donde Mercedes, la hermana de su abuela, jugando con sus primos por toda la carbonería. Gritó: ‘¿No te he dicho que no te salgas a la calle?’. Y se sacó la correa y le dio un par de fuetazos que le sacaron sangre. Cuando llegamos con su abuela, lo encontramos tirando la ropa al suelo y pateándola. Yo tuve ganas de putiarlo, de pegarle, pero no me atreví, había sido muy bueno conmigo, y ese era un problema entre él y su mujer; pero su abuela había sido también muy buena patrona, y además me daba pesar que siendo tan jovencita, tan buena trabajadora y tan buena mujer tuviera que aguantarse que la tratara así. Después de que arrasó con todo salió muerto de la rabia; tenía la cara rojísima y parecía que las venas del cuello se le fueran a reventar contra la tela almidonada de la camisa.

»Su abuela lloraba con los niños alrededor; su papá le preguntaba, tratando de consolarla: ‘¿Qué pasa, mamá? No llores’. Y se soltaba a llorar. Orlando y Gardenia también berreaban y se

limpiaban los mocos con la mano. Por fin se tiraron a la cama y se quedaron dormidos. Cuando se despertaron, les di su tetero y los acompañé a casa de su tía Isabel. El domingo, al anochecer, no me aguanté y me fui a dar una vuelta por el depósito; como no había nadie, agarré para la tienda de Froylán; allí estaban ellos, sentados, oyendo música y tomando cerveza. Se reían. Yo fui por unos amigos y nos tomamos unos tragos, hasta que su abuela vomitó; entre Chabela y Froylán la levantaron y la llevaron adentro. Sólo se le entendía: '¡Hijueputa!'. A mí me daban ganas de pegarle a su abuelo, pero mis amigos me recomendaron que no me metiera en lo que no me importaba: 'El que se mete de redentor, sale crucificado; a lo mejor hasta sin trabajo te quedas, y mira que ahora la cosa está jodida'. Esa noche soñé que yo me la sacaba a vivir conmigo y éramos felices».

¿SABES CÓMO ME GUSTARÍA MORIR? ¡En los brazos de María Félix o en los cuernos de un toro!, repetía mi abuelo. Me parece verlo diciendo una de sus frases favoritas: se frotaba las manos con fuerza y soltaba la carcajada. Esta vez se dirigió al bar y sirvió un par de whiskys. ¿En las rocas? Me quedé callado, mi pensamiento y su voz dijeron al tiempo, mientras los hielos desprendían hilos de humo y tronaban con el líquido que los cubría: «¡Se la pasan años destilándolo para que después la gente venga a ponerle agua!». «¡Por María Félix!», brindé yo. Y él, eufórico, estrelló su vaso contra el mío: ¡Por María Félix, carajo! ¿Sabes una cosa, chino? Yo tuve mi romancillo con la Doña. «¿Con María Félix? No te creo...».

Con más de setenta abriles, María Félix paralizó a todo México una noche en que la entrevistaron, después de muchos años de no aparecer en público; vestía de negro, los pantalones ajustados acentuaban lo largo de sus piernas, cruzadas, coqueteando, buscando su mejor ángulo ante la cámara. Regañó al presidente y al regente de la ciudad, por mantenerla sucia, por descuidar el Centro Histórico y la Catedral; hizo lo mismo con uno de los dueños de la emisora, por sus manejos en el gremio artístico y, como toda una diosa, reunió por varias horas en el estudio y frente al televisor, ante su imagen, pendientes de su voz ronca, de sus grandes ojos, en torno a ella, altiva, digna, locuaz, franca, a cantantes, políticos, personalidades, artistas, amas de casa, gente de la farándula, jóvenes y viejos de izquierda y derecha; los sedujo y recordó momentos de su vida, sus amores escandalosos: actores,

cantantes, políticos, toreros, magnates, Agustín Lara... «Acuérdate de Acapulco... María Bonita, María del alma».

¿Qué fue lo que sucedió cuando desapareció del hotel en Bogotá? Mi abuelo se toma lo que queda en el vaso y sonriendo sirve de nuevo: ¿No me crees? Cuando supe que iba a venir, no sé por qué, se me alborotó un deseo intenso por ella. Había visto sus fotografías y sus películas; leía cuanta crónica y entrevista le hacían, me encantaba; muchas veces me sorprendí, erecto, viéndola y me avergoncé pensando que estaba mal, que eso era como una especie de depravación. ¡Excitarse con una película o una foto! ¡Carajo! Pero por más que me censurara yo mismo, la verga seguía parada. Entonces se me ocurrió una estrategia para conquistarla. «¡No te va a salir, viejo pendejo!». «¡Estás loco!». Me reprocharon mis amigos cuando les conté el plan. Pero a medida que se acercaba el día de su llegada, yo me excitaba más. Te repito: no sé por qué; las posibilidades de que resultara eran mínimas, mejor: nulas.

Me compré un par de trajes, sombreros, abrigos, camisas, medias, calzado, pañuelos, corbatas y otras chucherías. Me hice cortar el pelo y arreglar las uñas, me sentía medio maricón, ala, pero no me importó; total, era una travesura. Volví a ver todas sus películas, que pasaron poco antes de su llegada; releí las entrevistas y las crónicas que tenía a mano, estudié historia y geografía de México; me aprendí varios de los parlamentos de sus galanes, y manos a la obra: me fui a la mejor floristería de Bogotá y encargué un arreglo diario, que tuviera toda la variedad de orquídeas que se pudiera conseguir, y otro de jazmines, hortensias, girasoles, margaritas y rosas. «¡Usted está loco! Mandarle flores de bienvenida a María Félix, sin conocerla, pasa; ¡pero un arreglo diario durante la semana que va a estar en Bogotá! ¡Y ese tipo de ramos! Eso no se usa, ni es chic. ¡Qué mezcla más extravagante!», me dijo el amigo que me acompañaba. Ordené de inmediato un par de muestras y

supervisé cómo los armaban, ala. Entre la florista y yo logramos los dos más bellos ramos que he visto en mi vida.

La florista era una jovencita muy linda, y tierna, que se quedó admirada: «¡Qué facilidad tiene usted para mezclar y armonizar colores y tamaños, ni los japoneses!». Me sonreí al recordar las tardes que pasamos con Lucy y nuestro enigmático cliente oriental aprendiendo el arte de las flores. Es que soy descendiente de japoneses, china, y si quieres, te enseño. Le regalé uno, y el otro se lo mandé a su abuela Rosa. En el aroma de intimidad, de paz y armonía que emana el goce de seleccionar, ordenar y combinar las flores, me sentí atraído por la joven vendedora; su pelo rozaba mis mejillas y mis brazos, sus vellos se mezclaron con los míos, y al llegar el atardecer, antes de pagarle, la invité a comer; y ella, que era huérfana y se había quedado viuda, me invitó a su casa. Te apuesto a que no conocías esta historia, ni la de María Félix. Visité a la viudita una buena temporada; ella sabía que tenía hijos y varias mujeres, pero no le importaba. Eso es lo que dicen al principio, chino; pero si se enamoran, eso se acaba, aparecen los celos, quieren casarse de blanco y tener hijos; pero no hubo tiempo, ala; no llegamos a ese punto. No le convenía que los familiares de su marido se dieran cuenta. Ellos querían volverla a casar con alguno de sus cuñados, pero la china les decía que todavía no podía porque a quien había amado y con quien quería vivir y tener hijos era con su marido. ¡Que descanse en paz!, chino.

Armó con paciencia, amor y concentración místicos cada uno de los arreglos. El primer día le llevaron a la Doña orquídeas, por la mañana; y al atardecer, los jazmines, las hortensias, los girasoles, las margaritas y las rosas con mi tarjeta de presentación, sólo mi nombre, ningún otro dato. Mi abuelo hace sonar un pasodoble. Invita a María Félix. La lleva con maestría, gira, se desplazan a lo largo de la sala, más giros, se siente en la plaza, recibe la ovación

y voltea a mirarme guiñando el ojo. La lleva a su silla, y se inclina posando sus labios en la mano, que ella extiende retraída.

Me informé en qué barrera iba a estar y compré los dos boletos más cercanos. Llegué tarde a propósito, y a propósito entré a la plaza por la puerta más alta de la Santamaría. Cuando faltaban cinco minutos le dije a tu papá: «Mijo, nuestro lugar está allá abajo y no podemos llegar, la plaza está a reventar». «¿Qué hacemos?», me dijo. «¿Tú qué propones, hijo?». «No sé», contestó el chino. Entonces me crucé de brazos y le dije: «Tírame, mijo. ¡Anda, tírame!». Los que estaban a nuestro alrededor no lo podían creer, y mis compinches, que ya lo sabían todo, empezaron a hacer escándalo; así que en un par de minutos, justo antes de que sonara el clarín que anunciaba el inicio de la fiesta, en un instante de silencio, la plaza se concentró en nosotros. «¡Tírame, carajo!», y tu papá me empujó, y yo me fui rodando, rodando, hecho un ovillo y cubriéndome la cabeza, hasta llegar al lado de María Félix. Cuando me levanté, me descubrí frente a ella y le guiñé el ojo. Sonrió. Llamé a tu papá. Hizo lo mismo. Después nos agachamos saludando al público, que nos ovacionó. Y sonaron clarines, timbales y olés. ¡Empezaba la fiesta! María Félix nos pasó la bota; al devolvérsela le entregué un clavel que llevaba en el bolsillo. Sonrió de nuevo. Intercambiamos comentarios y botas toda la tarde. Yo me sentía el triunfador de la corrida, como si hubiera cortado orejas, rabo y pata, y di tres vueltas al ruedo en los hombros de tu papá y mis amigos.

Nos fuimos a tomar unos vinitos, ala, como era la costumbre, en un restaurante español que era famoso por los remates de corrida. La gente nos saludaba y nos felicitaba. Esa noche las charlas pasaban de los toros a María Félix, y a nuestro acto. Entre los brindis y la chacota, a alguien se le ocurrió que debería buscar a la doña en el hotel, que estaba ahí cerquita. Yo dudé un poco, pero el éxito de la tarde, los tragos y el reto me impulsaron; y ahí

me tienes en la antesala, llamándola. Le pregunté si le habían gustado las flores, y la invité a cenar. Ella no lo podía creer, pero aceptó y bajó.

Era la hembra más bien hecha que había tenido en mi vida, y eso me excitaba de una manera bárbara, chino, aunque tenía muy flaquitas las piernas. Me gustaba que la miraran y que la desearan. La primera noche hicimos el amor varias veces. Yo me imaginaba que le iba a gustar por eso, tenía fama de tragahombres, pero me sorprendió cuando me dijo, al despertar, su cabeza apoyada entre mi hombro y el pecho, que le fascinaba mi ternura, y me pidió que pasáramos el día juntos. Por la mañana, llamé al hermano de su abuela y le pedí que pasara por La Quinta y me trajera ropa, que le dijera a mi mamá que me iba de viaje de negocios. La acompañé a una entrevista y luego la llevé a conocer la ciudad, los piqueteaderos, el lago y los campos de tejo, claro. En todos los sitios donde estuvimos fuimos invitados por mis amigos y mis conocidos, que no paraban de guiñarme el ojo. En la cancha de tejo fue la sensación, ala, hasta reventó mecha. Llegamos agotados al hotel. Cuando ya me iba, me pidió que me quedara. ¡La sensación, ala! Para dormirnos, su cabeza buscó de nuevo mi pecho, juntico al hombro. Fueron unos días maravillosos. Visitamos los alrededores de Bogotá, el salto de Tequendama, Guadalupe y Monserrate, Villeta, Girardot, las minas de Zipaquirá, Chía, Guatavita y Villa de Leyva; todo le divertía, pero lo que más le gustaba era andar de incógnita, aunque a veces la gente se quedaba mirándola, como escudriñando entre los lentes y la pañoleta.

Insistió en que viajáramos a Cartagena y a Santa Marta; allí se puso un poco caprichosa, pero yo sabía que pronto terminaría la historia, y accedí a sus tonterías. Es extraño, las mujeres fuertes, triunfadoras, arrolladoras e independientes pueden ser a veces tan niñas que uno se desconcierta y no sabe qué hacer con ellas. Por momentos me sentí triste, una gran nostalgia me ponía en contac-

to con Carmen Francesca, pero estaba escrito que no nos volviéramos a encontrar nunca más, y ante eso no tenía nada qué hacer. Mis sentimientos se confundían entre la añoranza de mi gitana, el recuerdo de Lucy y la despedida inminente de María Félix. En ocasiones llegué a pensar que, en realidad, era el recuerdo de un sentimiento muy anterior a ellas; quién sabe, chino.

En el vuelo de regreso a Bogotá bebimos como una cuba, y en el hotel, ebria, pasaba de adorarme y pedirme que nos casáramos, a reclamarme que no entendiera que no iba a ser aceptado en su medio, que le traería problemas; ora me adoraba, ora tenía marido y no estaba dispuesta a dejarlo, ni a él ni a sus otros amigos íntimos, ni a ellos ni lo que ellos significaban. Despertamos excitados y nos abrazamos en un largo, tierno y triste amor de despedida. Soñamos por última vez con matrimonios y fiestas, con ayudar a los gamines, con una casa de campo cerca de Bogotá y otra en La Candelaria, los niños a nuestro alrededor. Me desperté angustiado, soñé que mi hermano se moría del corazón, y me sentí muy solo. Ella me acarició y me metió entre sus brazos. Vivimos una última e intensa escena de ficciones, y la vi partir prometiéndonos otros encuentros.

Me sumergí de nuevo en el trabajo. Al mes, recibí una tarjeta postal con mil besos y declaraciones de amor, su teléfono y su dirección, diciéndome que la fuera a visitar en un mes. Como pude, organicé las cosas del trabajo y pedí un préstamo al banco. Saqué un pasaje y salí del país, enamorado y lleno de ilusiones. Estuve sólo ocho días. Me llevó a conocer, a la velocidad de su coche, el centro de la ciudad, la Catedral, Garibaldi, Xochimilco, los palenques, la plaza de toros y varias cantinas. Cuando se encontraba con gente conocida, me presentaba como un empresario colombiano. Partimos para Acapulco, pasando «de volada» por Cuernavaca y Taxco. En el puerto estuvimos en una casa hermosísima, frente al mar, en Puerto Marqués. Un día me dijo que me

adoraba, pero que tenía que irse a no sé qué asunto, que me llamaría luego para organizar otro encuentro, y propuso un brindis, con champaña: «¡Porque cuando nos vaya mal nos vaya como ahora!», y soltó la carcajada. Nos despedimos, con tristeza; pero yo había tomado la decisión de dejar ese asunto. No podía estar viajando, y en el poco tiempo que nos vimos me había quedado sin un centavo, y debiéndole al banco hasta el alma. Además, de loco, sentí deseos de casarme, y ella era la persona menos indicada de todo el universo. Cuando me imaginaba viviendo con ella, coqueta como era, asediada por toda clase de funcionarios, ricachones, artistas y militarotes ofreciéndole viajes, caballos, casas, fincas, pinturas, poder, y toda la clase de cosas exóticas que ella ansiaba poseer, y que yo no podía darle, me moría de celos y de impotencia.

Recibí una que otra tarjeta y algunas fotos de distintas partes del mundo: «Aquí estoy en Veracruz, con mi pintor... En Mérida, con el Señor Ministro... En Barcelona, con el General... En Madrid, con el cantante... Salgo para París a encontrarme con... Te amo. Eres el ser más importante de mi vida. Quizá vaya a Bogotá, pero te advierto que voy a encontrarme con un viejo amigo...». ¡Salud, mijo! A mí, María Félix me dijo que no recordaba para nada a mi abuelo, y sonriendo cambió de tema. Deben ser mentiras de su abuelo, me dijo Rosita, la esposa de mi primo Jaime. «¿Cuál mentira?, replicó él —un tanto indignado—, el viejo era muy guapo, y por lo menos lo de las flores y la plaza de toros sí debió pasar; yo he oído esa historia varias veces».

En Cali yo me escapé de las cachetadas y las patadas, porque me las ingeniaba para estar bien lejos de mi papá cuando nos visitaba; pero no se me puede olvidar la vez que yo quería dejarme crecer el pelo, a los quince o dieciséis años, y él insistió en que me mandara a peluquear como cuando era niño. ¡El corte Humberto!: la cabeza rapada, con un copete en la parte superior. Yo le dije al peluquero cómo quería que me dejara el cabello, y mi papá

le dijo que no, que me lo cortara como él decía; el peluquero lo miraba, incrédulo, pero tuvimos que obedecer. Mi papá se fue y yo regresé a la casa con muchísima rabia, y al mirarme en el espejo decidí raparme del todo, y me fui a la peluquería vecina. Cuando mi papá me vio, muerto de la ira, me dio un cachetadón; yo le dije con la mente lo que pensaba: «¡Hifueputa, cobarde, y no te contesto porque el peso de la prohibición es enorme!». Y no hablamos más del asunto; pero nunca se volvió a meter en mis cosas, y muy pronto me casé, me fui de la casa de mi abuela y empecé a armar la mía, a los dieciocho años.

Aunque, en conciencia, el matrimonio no representa un suceso extraordinario para mí, ni los regalos simbolizan afecto, yo no puedo olvidar que ni mi madre ni mi padre me dieron uno solo ni me dijeron ni me desearon nada. Mi papá nos prometió una mesa de centro de las que él hacía: patas en bronce, Luis xv o Luis xvi, con una plancha en mármol; y siguió ofreciéndola durante muchos años, cada vez que nos veía. Mi mamá tampoco nos dijo ni nos regaló nada, ni nos prometió nada. La única vez que invité a mi papá a comer a mi casa se la pasó revisando y censurando todo con la mirada, y salió a quejarse con mi abuela, quien, con grandes contradicciones, me contó, indignada, y me repitió lo que ya me había dicho muchas veces: «De su papá no espere nada. Es mi hijo, es mi hijo mayor, y quizás es al que más quiero; pero de su papá no espere nada, porque es una mierda, mijo».

Años después, de visita en México, mi mamá quiso saber qué tanto escribía y corregía; le conté, y entonces guardó un larguísimo silencio; después me dijo: «¿Para qué anda contando esas cosas? Eso no se cuenta, ¿para qué pasar penas?». Y yo pensé en el cuento del paraíso de la niñez y de la familia feliz.

Mi abuelita continúa sus historias: «Las desapariciones de su abuelo se fueron haciendo más frecuentes a medida que mi barriga crecía. Yo pasaba de la tristeza a la rabia; de la fe en que todo vol-

vería a ser como antes, al desencanto. Llegué a pensar en el aborto, pero me dio miedo, sabía de muchas mujeres con infecciones, y de otras muertas. Chabelita me regañó el día que le comenté eso. Pero lo que me mantenía en pie, y con ánimos, eran los chinos. ¿Cómo los iba a dejar solos? ¡Ni más faltaba! De nada sirvió que mechoneara a la vieja esa; su abuelo siguió viéndola. El depósito cogió fama, y aunque había crisis y cancelaron muchas obras, nosotros seguimos vendiendo más o menos bien. Todo el tiempo entraba y salía arena, cemento, ladrillos y grava. La gente construía sus casitas; primero una pieza, luego otra, y otra más, poco a poco, el sur seguía creciendo. Eso sí, peleados o no, su abuelo me compraba los materiales. De no haber sido por Chabela y Froylán, no sé qué hubiera hecho, la pasé mal, muy mal. Bueno, y por Marco Antonio, él era el que despachaba y compraba. Él era el que atendía a los niños cuando yo estaba mal, los arreglaba, los cuidaba, y llevaba al colegio a su papá; yo dormía como un lirón, no sé si por el embarazo o por lo mal que estaba. Marco Antonio fue mi otro apoyo; él, Froylán y Chabela, fueron mi sostén.

»Cuando ya estaba decidida a separarme de su abuelo, aparecía como si nada. Me llevaba serenatas o me traía flores y regalos, y me hacía las más grandes declaraciones de amor. No, yo no creo que mintiera, me quería, pero nunca pude entender bien de qué manera; me celaba, no quería que saliera sola, no admitía que hablara con nadie, pero me dejaba íngrima semanas enteras. Yo creo que también quería a Nubia... Estoy casi segura de que veía a Tránsito de vez en cuando... Y las malas lenguas decían que tenía su historia con Enedina, la empleada de la vieja Agustina, sábelo Dios... Así transcurrió el tiempo hasta que nació Pedrito. Y allí la decepción sí fue muy grande, no apareció para el parto, llegó como a las dos semanas... Eso sí me dio duro, muy duro, para qué, yo tenía la esperanza de que el niño lo atrajera, como había pasado con su papá, Orlando y Gardenia; claro que cuando ellos

nacieron nosotros estábamos bien... Apareció con un ramo de rosas y una canasta grandísima, llena de sabajón, vino, almendras, galletas, chocolates, caviar y otras pendejadas de esas. Yo no sabía si recibírsela o tirársela a las patas. Sentí unos deseos enormes de llorar, y lloré y lloré y lloré. Él trataba de contentarme: 'Pero ¿qué te pasa, china? ¿Te molesta que venga a verte? ¿A ver, cómo está mi culicagado? Tranquilízate, china, mira que al niño le hace daño verte llorar. Ya debe haber sufrido bastante con la lloradera y la peleadera durante el embarazo. A ver mi niño, a ver, arrurrú mi niño'. Y lo cargó y lo meció, y yo me enternecí y volví con él».

Los perros ladraban como locos. Se oyó el estertor de los motores de los carros que se detenían. Las puertas se abrieron y se escucharon susurros y movimientos sigilosos, y el rasgueo de las cuerdas de las guitarras en afinación. Más cuchicheos. Ladridos. Silencio. Las cuerdas y las trompetas rompen la oscuridad y una potente voz ilumina la noche. ¡Serenata! ¡Sorpresa! Fiesta improvisada. Canciones de perdón. Letras de reconciliación. Música de amor. Afuera el hombre se frota las manos y sonríe. Aunque conoce el efecto de su acto, está ansioso. Adentro, la mujer se revuelve en la cama. Se emociona, se ilusiona, aunque sabe lo fugaz del éxtasis que surge de la culpa, el arrepentimiento y el perdón. La música suena y envuelve el dolor, los odios y los rencores; hace un capullo en torno a ellos y los arrulla. Sólo quedan la luz de la luna llena sobre los negros trajes adornados de metales brillantes, el vibrar de las cuerdas, el aire, los bronce y la carne, el deseo de los cuerpos y el alma. Sólo permanecen en escena el amor y la vida.

«Las serenatas, las flores, los regalos, las peticiones de perdón y las fiestas despedazaban mis sueños de amor con su abuela, me cuenta Marco. Ella terminaba perdonándolo y reconciliándose con él. Me podía morir de la rabia cuando la maltrataba, y me volvía a morir cuando se reconciliaban. Menos mal que estaba

muchacho y tenía mi grupo de amigos y amigas; con ellos nos íbamos de fiesta o de paseo, les contaba mis problemas y se burlaban de mí hasta que me olvidaba del asunto y podía disfrutar lo que estábamos haciendo. Tenía mi noviecita, pero su abuela se me venía cada rato a la cabeza. ‘Tú estás muy joven para ella, me decía mi hermana, mira que ella es mayor que tú, y eso en las parejas no conviene. Además, ¿qué vas a hacer para mantener a sus cuatro hijos? Y don Pedro, ¿qué vas a hacer con él? ¡Olvídala!’. Así pasaron varios años». Marco Antonio se ríe mientras caminamos por los pasillos de la galería buscando un buen café en grano, areparina y azafrán, para llevármelos a México en transparentes bolsas de polietileno, para que los policías y los perros las pudieran ver bien, y oler bien, y ordeñar bien, y probar bien, y no confundieran mis gustos y mis tradiciones con los negocios de sus superiores en Colombia, México y Estados Unidos de Norteamérica.

Yo disfrutaba acompañando a mi abuela a la galería, después de que me pasaba la rabia por despertarme a las cinco de la mañana. Al terminar de salir el sol, nosotros ya estábamos por acabar las compras y nos dirigíamos al puesto de los jugos. Era un placer enorme ver los lulos amarillos con pintas verdes, redondos, brillantes, en las palmas blancas de la negra, ver sus dedos penetrando la fruta y exprimiéndola en la leche con agua, ver desaparecer las pepas hechas torbellino y surgir el verde espumoso que calmaba la sed y el deseo alimentado desde el momento en que salía de la casa, y sentir el cosquilleo del bigote de espuma blanca mientras le echaba colmillo al buñuelo caliente. Todavía me despierto los domingos antes de que salga el sol. Hoy muelo el tostadito café orgánico colombiano, lo preparo a la manera de los turcos, y me siento a continuar esta historia.

Un domingo, mientras cuidaba los canastos en el puesto de una comadre de mi abuela –porque en Palmira no había vecina que pariera que no quisiera que doña Rosa, la dueña de la tienda

de la esquina, fuera la madrina de su crío—, me sorprendió la pregunta:

—¿Y Ramón?

—¿Y Ramón qué?

—¿De quién es hijo?

—¿Cómo que de quién es hijo?

—Sí, ¿de quién es hijo?

—¡Pues de mi abuela!

—Claro, pero ¿quién es su papá?; porque tú, ¿cómo te llamas?

—Mario Rey.

—¿Y Ramón?

—Ramón García.

—¿Y entonces?

—Pues es hijo de Marco Antonio, no de mi abuelo.

—¿Y Marco Antonio?

—Marco Antonio, ¿qué?

—¿Cómo se llama?

—Marco Antonio Lara.

—¿Entonces?

Me quedé mudo. No sabía qué contestarle, pero más pendejo me sentía por no habérmelo preguntado antes. Así que, al llegar a la casa, después del desayuno, interrogué a mi abuela, que me contestó de inmediato: «Ay, mijo, me cansé de aguantarle a su abuelo malos tratos. Ya estaba harta de la misma vaina. Se desaparecía semanas enteras, era borracho y mujeriego, no me daba para los gastos de los chinos, y además venía a pegarme... ¡Y eso sí no! Claro que soporté varias palizas, hasta que por fin un día me decidí a no dejarme joder más, y me casé con un tipo que vivía por ahí cerca. El tipo ese me había estado proponiendo matrimonio y ofreciéndome mejor vida. Me prometió que iba a responder por los chinos, y que me iba a ayudar a criarlos, así que le cambié las chapas a la puerta del depósito y le avisé a Froylán y a Chabela:

‘Bueno, Chabela, ¿me vas a apoyar o no?’. ‘Claro, Rosa, pero ¿de qué se trata?’, me contestó. ‘Me voy a casar’. ‘Ahora sí no entiendo nada, viven como perros y gatos; Pedro tiene otra mujer, ¡y ahora tú me sales con que se van a casar!’. ‘¡Y quién dijo que me voy a casar con Pedro? ¡Pedro se va muy a la mierda! Me voy a casar con Ramón’. ‘¿Qué?’. A los dos días estábamos en la iglesia».

Busco a Totó, el hijo de la tía Isabel; amoroso, nos sirve a Pedro, a mis hermanos y a mí un whisky; quita el disco de Leo Marini, coloca «Rosa» de Agustín Lara y cuenta: «Yo le serví a tu abuela de paje en su matrimonio; yo era un chino, ala; recuerdo que mi mamá me vistió de saco y corbatín, con pantalones cortos, y me llevó a la iglesia; yo llevaba la cajita con las arras. A tu papá, a Gardenia, a Orlando y a Pedro los dejaron en la casa con la muchacha. La tía estaba preciosa. Ese matrimonio fue todo un acontecimiento en el sur y en el medio de la construcción, nadie habló de otra cosa durante muchos meses: ‘¡La mujer de don Pedro se casó con otro!’». El viejo lo tomó con elegancia, nunca dijo nada; no hizo ningún comentario. Delante de él, la gente hacía como si no hubiera pasado nada. Pero le dio duro, durísimo. Años después me diría: ‘¡Uno tiene que tener elegancia hasta para esa vaina, ala!’. Algunos dicen que se la pasaba los fines de semana completicos en La Quinta, llorando, triste, desesperado, durmiendo por horas. Otros contaban que lo veían de farra en farra. También dicen que Enedina le llevaba sus aguas aromáticas a la cama, y que ella era la que lo consolaba por órdenes de la señora Agustina. Que mandaron a instalar una tina y que Enedina lo bañaba con agua de hierbas y leche de cabra, bien calientica; que le daba masajes en la espalda, en el cuello, en las piernas y en los pies, que era su parte más delicada». «Porque don Pedro, me contó Enedina, se cansaba mucho; eso se le hinchaban a cada nada los pies. ¡Pero bien lindos que los tenía! Porque eso sí, don Pedro tenía unos pies muy lindos, la piel suavcita y calientica... Claro que a veces se le bajaba la presión y se le ponían helados».

«Casi no lo veíamos por aquí, continúa Totó. ¡Uf! Eso pasaron varios meses antes de volverlo a encontrar por estos rumbos. Entre semana salía muy temprano para el trabajo, y regresaba tardísimo, cuando ya habían cerrado todas las tiendas del barrio, ¡qué vaina! Eso fue muy duro para él. Pero don Pedro sigue siendo mi personaje inolvidable, me enseñó a vivir; fue un hombre tan alegre, tan extraordinario en sus principios, en su forma de halagar a la gente y de hacerla vivir la vida, que nunca se me podrá olvidar. Un día me dijo: ‘Totó: vive tu vida, hazla como quieras, porque es tuya; trabaja, es necesario, pero más que trabajar, diviértete, gózala, porque después de muerto, uno no sabe cuántos años va a durar en la penumbra’. Alegraba cualquier momento, y hacía bailar a todo el mundo. Me enseñó un principio fundamental: ‘Vivir y hacer vivir a la gente’. Un día lo interné en el Hospital Militar, y cuando ya estaba bien, le dije: ‘Pedro, te voy a dar de alta, porque ya estás mejor, y esto te está saliendo muy caro’. Saltaron los pacientes que estaban a su alrededor: ‘No, doctor, nosotros le pagamos la cuenta, pero téngalo un par de días más; este hombre nos ha hecho dichosa la vida, es extraordinario’. Les echaba cuentos, los divertía, los hacía felices; hasta los puso a bailar... Nunca le vi un disgusto, jamás. Recuerdo una vez que prestó el carro, un Ford 28; ¡eso se lo prestaba a todo el que le daba la gana!, ala, y se lo estrellaron, lógico. Llegó con el carro a tomarse unos tragos a la casa y me dijo: ‘Mijo, nada de lo que uno tiene es para uno, sino para los demás; pero estoy gozándolo, porque lo volvieron mierda’. Tendría sus depresiones o sus cosas, pero nunca se las vi, no dejaba que la depresión llegara o que se viera en él.

»La que se puso feliz fue doña Nubia, porque don Pedro la visitaba con más frecuencia. Acababa de tener a Pedro cuando su abuela se casó. Hay quienes dicen que doña Rosa dejó a su abuelo cuando supo del nacimiento de Pedro, y que de los masajes y los baños de hierbas que le daba Enedina salió la otra Gardenia».

Marco vuelve a interrumpir: «Cuando su abuela se casó, fue como si me hubiera traicionado. ¡Eso me pegaba unas borracheras tremendas! Y no volví a trabajar. Ella me mandó a llamar varias veces, pero yo no quise volver. ¿Para qué? Al compadre Alberto lo habían invitado a cantar una misa en un matrimonio, se casaba la hija de uno de los dueños de un ingenio, en Palmira, y me pidió que lo acompañara. Yo agarré mis cosas y me largué para el Valle. Fue una fiesta de lujo, impresionante. Había ido la jai de Cali y del Valle; eso estaban todos los alcaldes, el gobernador, como tres generales, periodistas, hacendados, montones de gente, ala. Alberto cantó como los dioses, y nos llovieron invitaciones a sus fincas y a sus fiestas.

»En esas estuvimos varias semanas, pero Alberto se cansó y quiso regresarse. Yo había conocido un grupo de muchachos con los cuales me llevaba muy bien; eran mecánicos, me ofrecieron trabajo como ayudante y que me iban a enseñar a manejar el torno; entonces decidí quedarme. Aquí, entre nos, creo que tenía una china embarazada, pero no la quería, yo a quien quise fue a Rosa. Mi hermana se había ido a vivir con el novio, así que no tenía nada que me hiciera quedar en Bogotá. Aquí me instalé y aquí hice mi vida. Aquí aprendí a tornear y a reparar trapiches; aprendí bien la mecánica, y llegué a tener fama. Me ganaba mis buenos pesos, en especial porque trabajaba horas extras, pero no ahorra un centavo. Todo me lo gastaba en trago y en viejas. Nos pagaban el sábado, y a veces amanecía el lunes sin cinco. Así pasaron varios años. ¡Cómo me divertí!

»Los domingos por la tarde, cuando me despertaba de la borrachera, con un guayabo tremendo, me sentía triste, solo, y Rosa se me aparecía en la mente. ¿Cómo le estaría yendo con el hijueputa ese? Un día decidí escribirle, no sé por qué, pues no había nada qué hacer, casada y con cuatro hijos... Recordaba la dirección del depósito, y una tarde me decidí y le mandé la carta. Le

contaba qué estaba haciendo, en qué trabajaba, dónde vivía, y que la recordaba mucho. Yo vivía al pie de la galería de Palmira, era una zona fea, llena de bares y casas de cita, pero los cuartos eran baratos y podía desayunar, almorzar y comer en los puesticos del mercado, o en los alrededores, se comía bien y no costaba nada, y en las tiendas no faltaban ni la cerveza ni la música ni las viejas. Claro que lo último no se lo dije. De todos modos, no recibí respuesta; pero más o menos cada tres meses le escribía. Un día llegó una carta suya. ¡No sabes las ilusiones que me hice! Me contaba lo del otro chino, decía que estaba bien; pero yo noté que algo andaba mal; me di cuenta de que se sentía desilusionada y triste. Me quedé cavilando como seis meses en la respuesta, tenía una corazonada, pero no quería equivocarme, y no le volví a escribir».

Mi abuelo adivina mi pregunta: ¿Por qué no seguimos juntos tu abuela y yo? Nunca lo pude entender, ala. La adoraba. Me encantaba hacer el amor con ella, me fascinaba su independencia, y que no dependiera de mí... Al contrario, muchas veces me prestó. Claro que se lo devolvía, y le pagaba sus intereses, ala. Al principio, ella se negaba a recibirlos, pero yo la convencí. ¡Qué mujer, ala! ¡Qué mujer! Yo creo que por los celos: se ponía furiosa cuando le iban con cuentos míos. Yo le explicaba que eran cosas sin importancia, que no valía la pena enojarse, que no había nada serio...

Fíjate qué curioso, los años que estuvimos bien fueron los años de gobierno de Enrique Olaya Herrera, tu papá nació cuando aún celebrábamos el triunfo liberal, y Pedro poco después de la posesión de Alfonso López. Tu abuela nunca me perdonó que yo no hubiera estado para el nacimiento del chino. Ella creyó que yo andaba con alguna otra vieja, pero no fue por eso, ala. Formamos un comité liberal de los barrios del sur, y el partido nos invitó a celebrar el triunfo de López. Él mismo estuvo en esa cena y nos agradeció. La seguimos en mi casa, y nos quedamos todo el fin de semana emparrandados.

Los contratistas también le ofrecimos un almuerzo, con jugareta de tejo y chicha, de puros jodidos, ala, porque sabíamos que él se las daba de muy jaioso e inglés. ¡Pero no se podía negar, ala! Agarramos una juma como de una semana. Por las mañanas le dábamos vuelta a las obras y nos encontrábamos a las doce en los piqueteaderos. Almorzábamos, y al tejo. Del tejo salíamos para la casa de cualquiera de nosotros y seguíamos la farra. Terminábamos a las tres o cuatro de la mañana con tres vivas al partido liberal. «¡Viva el Partido Liberal! ¡Viva el Partido Liberal! ¡Viva el Partido Liberal!». Pero Rosa nunca me creyó. Claro que había viejas con nosotros, ¡ni más faltaba! Pero ya te digo, chino, nada serio.

Por esa época se nos ocurrió hacer una casa-club, ala. Varios de los contratistas del grupo vivíamos en el sur, y las familias ya estaban hartas de nuestras farras: «Oye viejo: los de la jai tienen su Jockey Club, y la gente bien del norte fundó el suyo, y nosotros, ¿qué, nos vamos a quedar atrás?». Así surgió La Sociedad de Amigos del Sur. Todos los domingos teníamos sesión a la una y media de la tarde, después del almuerzo. Si había toros, nos poníamos nuestras boinas, brindábamos por la tarde, y salíamos en caravana. Si no, nos echábamos una mano al tejo, y cuando llovía, jugábamos póker, ala. Allí celebrábamos nuestros cumpleaños, festejábamos los contratos o hacíamos reuniones del Partido Liberal, porque todos éramos liberales, ala. Los pocos contratistas conservadores que había hicieron otro club, más chico, menos importante. También organizábamos fiestas a beneficio de algún barrio, de alguien que supiéramos que necesitara, o cuando algún socio sufría una pérdida o un accidente. Es bonito ayudar a los demás, ala.

Con López me fue mejor en los contratos que con Enrique Olaya, pero con tu abuela me fue peor. Se enteró de que yo frecuentaba la tienda de la familia de la señora Nubia, ala, y eso fue una sola peleadera. Yo me estaba metiendo más en política, apo-

yábamos a Gaitán y queríamos que fuera presidente; entonces nos la pasábamos en reuniones, y por eso iba menos donde su abuela. Gaitán era un verdadero líder, ala. Se peinaba para atrás, y a la gente le gustaba eso, y que dijera groserías, que hablara como el pueblo. ¡Claro y con cojones, carajo! Iba más a esa tienda porque estaba más cerca de Las Cruces y de La Sociedad, pero en especial porque cada que iba donde Froylán terminábamos en una discusión la verraca, ala. Tú sabes, ellos eran conservadores, y mientras gobernaron los godos las discusiones no se subían tanto de tono, pero desde que nosotros ganamos, los conservadores del barrio se pusieron furiosos y varias veces estuvimos a punto de llegar a las manos, y eso es mejor evitarlo, chino, con mayor razón en la familia.

Cuando López modificó la ley de tierras no había quién se aguantara a Froylán, porque le cayeron invasores a su solar; querían demostrar su derecho de dominio y construyeron en una noche un par de chozas; pero Froylán se puso los pantalones y los echó a palo, ayudado por los vecinos, que pensaron que les iba a pasar lo mismo. Ese mismo día trabajaron cercando sus tierras hasta bien caída la noche, gritando cada tanto: «¡Para que ningún hijueputa liberal o comunista o miserable nos venga a quitar lo nuestro!». «¡Mire lo que está haciendo su Partido Liberal, carajo! ¡Tantos años sembrando cebolla y cuidando mis animalitos, para que una noche cualquier vergajo ponga un par de palos y latas y venga dizque a reclamar el dominio!». ¡Yo les sacaba el cuerpo, ala!

Un día casi me saca los ojos y me rompe los tímpanos: «¿Y su forfeliécer? ¿Dónde está su forfeliécer? ¿Has ido a caminar por la séptima? ¡Claro que no! Porque el muy pendejo no sabe sino echar discursos. ¡Mire la mierda que hicieron tus contratistas! ¡Tus amigotes! ¡Uno no puede caminar al mediodía porque los zapatos se le quedan pegados al neme caliente! ¡Y así quieres tú que sea presidente! ¡Menos mal que el mismo pueblo manteco se encar-

gó de sacarlo de patitas de la alcaldía! ¡A cachuchazos lo echaron los choferes por querer uniformarlos! ¡Pendejo!». Las discusiones políticas se pusieron duras, ala. ¡Eso se armaban unas balaceras las tremendas! La única forma de ir tranquilo era con Rosa, si empezábamos a discutir, ella y su hermana nos atajaban: «¡Delante de nosotras no vengan con sus discusiones de política! ¡Liberales o conservadores, de todas formas tenemos que trabajar! ¡Y todos son iguales de mentirosos y ladrones!».

La última vez que salimos juntos fue para el cuarto centenario de la fundación de Bogotá. Recuerdo ese día como si fuera ayer; esa experiencia fue impresionante, ala. ¡Impresionante! La noche anterior le había llevado una serenata y habíamos hecho las paces. Al día siguiente nos fuimos con los chinos a Usaquén, inauguraban el Campo de Marte, allí estaban el presidente López y Eduardo Santos, presidente electo por el Partido Liberal, todos felices, con los chinos viendo los aviones. De pronto, uno de ellos se acercó más de la cuenta y se estrelló contra el estadio, ala. ¡Tremendo! La gente corría y gritaba. Unos pisaban a otros, pasaban por encima de los caídos y los pisoteaban; varias personas se quemaron vivas y otras murieron por los golpes y por asfixia. Su abuela agarró a Pedrito y a Orlando y los cargó; yo agarré a Gardenia y a su papá. No sé cómo, pero nos salvamos; gracias a Dios, chino; gracias a Dios. Hubo centenares de heridos y muertos. Se suspendieron los festejos, y nosotros regresamos a la casa. Yo sentía ganas de vomitar con el olor a carne humana chamuscada.

YO HAGO GIRAR EL TUBO DEL CALEIDOSCOPIO y veo cómo los múltiples pedacitos de diversos colores brillantes de vidrio se entrelazan caprichosamente, se reflejan y representan en superficies de cristal bruñido, inventando mutables imágenes que le acarician a uno la niña de los ojos, enriqueciendo la imaginiería del alma, a medida que un leve movimiento de la yema de los dedos hace girar el cilindro. Cada quien se detiene en la figura que quiere ver, y cuando desea cambiar de visión le da un pequeño movimiento, aparece otra forma, y si le gusta se recrea en ella, si no, la deja pasar. ¡Cuidado con intentar cambiarle su imagen preferida a nadie! ¡Cuidado con quedarse con la que no le gusta!

¿Por qué me habrá interesado tanto la figura de mi abuelo, si ni siquiera lo conocí bien? ¿Por qué habré querido armar una historia usando los fragmentos irregulares que pude recoger de su vida?

Doña Nubia continúa el relato: «Pedro puso un molino, en el Santander, como a dos cuadras de La Quinta; usted estaba chiquitico, y allá llegaba cada rato con Orlando de la mano. Cada vez que su papá y su mamá se peleaban, ella los dejaba en la esquina, y Pedro, porque eso sí, Pedro era de un corazón muy caritativo, me los traía. Se aparecía como a las seis de la tarde con usted de una mano y el patojito cargado, diciendo: ‘Viejita, le voy a decir una cosa, pero me da pena...’ –Yo era el trompo de poner–. ‘Mire, hija, esa señora fue y dejó tirados esos niños ahí en el molino, y están muertos de hambre. Vea qué les da’. Cuando ya se amistaban su papá y su mamá, Pedro corría y les compraba zapatos y ropita,

porque eso sí, su mamá los mandaba con la ropa más vieja, toda remendada». «Con lo mejorcito que tenían, rectifica mi mamá, porque su papá no nos daba lo necesario, y me la pasaba peleando con él por el diario, para los zapatos, para unos pantalones, para una camisa, para la mensualidad del colegio... ¡Mejor no hablemos más de eso!».

Los nietos de doña Nubia toman ahora la palabra: «A él le gustaba que yo le sobara la cabecita, era feliz con el juego del piojito. Me decía: ‘Por cada piojo que me saques, te doy cinco centavos’. Cinco centavos en esa época eran mucho, y, aunque no tuviera, le sacaba montones». «Yo le ponía inyecciones. ‘Póngame una inyección’. Y ahí, con el algodón, hacía que lo chuzaba». «Ay, me dele, me dele». «Le quitaba el sombrero y se paraba encima, se lo volvía una nada, interviene mi tía. A la niña le decía La Alverja; a Alexander, Pinejo; a él, Memenza; a Clara, la Perica; y a mí, Dientes de Mar».

¿Qué pasó en realidad entre mis abuelos? Doña Nubia, después de aclarar con insistencia que cuando lo conoció no sabía nada de sus líos, prosigue su versión, después de pasar a la mesa, donde me ofrece con orgullo un ajiaquito: «Como le gustaba a su abuelo, con sus tres tipos de papa: criolla, paramuna y sabanera, peladas y en rodajas, para que se deslían bien; sus buenos trozos de mazorca tierna y el pollo; para la sazón: cebolla larga, ajo, cilantro, sal, pimienta y el ramo de guasca, que es el que le da sabor». En la mesa, los colores contrastantes de la crema de leche, las alcaparras y el ají de aguacate y huevo se unen al olor y estimulan el apetito.

«Para sostener a los chinos, lavaba ropa y cocinaba para afuera; claro que cuando pequeños sí ayudaba un poco, y llegaba con los mejores vestidos. A su abuela tampoco le daba nada; le puso el negocio y le dejó al chino Marco Antonio para que le ayudara a atender, y una vez los encontró. Casi la mata. ¿Le gustó? ¿Quiere una cervecita, un refajito o un aguardiente? ¿Un tintico? Bueno, pensé

que separándose de doña Rosa se iba a volver juicioso; ya estaba por los cuarenta años, o más, ya era hora de que se ajuiciara, pero no. ¡Qué va! Hasta el último momento fue mujeriego. Eso sí, él era casero, tanto, que muchas veces prefería quedarse solo en la casa. Un domingo regresamos más temprano que de costumbre, porque yo me sentí mal, me faltó el aire, y cuando llegamos, encontré una botella de whisky vacía en la mesita de centro. ¡Se la hartaron entre los dos, hola! ¡Qué rabia! Cuando entramos, dijo, como si nada: ‘Se acaba de ir la viudita Teresa’. A mí se me hizo raro. ‘Es que vino a buscarla, hija, para mostrarle el nieto’. Ah, ¿sí? Volví a ver la botella vacía y dije: ¡Ajá! ‘Sí, se la pasó todo el día aquí esperándola’, me dijo. Por la noche, después de que se durmió, encontré en su billetera un retrato de ella y me sorprendí. Busqué entre sus papeles, y que me voy encontrando unas tarjetas de navidad para él, sólo para él. Entonces fue cuando comencé a saberlo todo. Los lunes se iban al cementerio, los dos, a la misa de almas, y después de la misa se iban a piquetear. Claro, me sorprendió que ya tan viejo y con esas vainas. Su abuelo, tan atento, le hablaba cada nada a su tía Gardenia pidiéndole que le ayudara para que le operaran a la viudita un ojito que tenía torcido. Gardenia la llamaba aquí cuando le conseguía la cita. Él adoraba al menor de la vieja esa, Carlitos por aquí, Carlitos por acá; hay que ayudarle al chino, pobre, huérfano, tan niño. Pero un muchacho me dijo: ‘¡Ay!, señora Nubia, si eso es viejísimo; si los sábados por la noche, cuando venía, ella lo agarraba, se lo llevaba del brazo y se quedaba con la bolsa’. Porque eso sí, él era muy casero. Los domingos, al levantarse, me decía: ‘Vieja ya traje lo del desayuno, chocolatico, café, pan y carnes frías’. ¡Qué? ‘Sí, traía chocolate y café, ¿no lo dejé por aquí?’. ¿Qué? ‘Entonces se me quedó en el taxi’. El taxi, era la viudita que le quitaba las cosas. Yo fui un día a su casa, no estaba, y le dije a la mamá: Mire mi señora, me hace el favor y le dice a su hija que ahí tiene su retrato, que yo no lo necesito para nada, que aquí se lo traigo. No fue más.

Yo no hice nada más, desde ese momento fue mi enemiga más grande. Después dijo que él le había quitado el retrato a la fuerza». Recuerda y ríe a carcajadas.

El tono exaltado de su risa se parece al de mi abuela cuando recordaba cómo le jaló las mechas a la vieja hijueputa esa de la Nubia: «Es que no se merecía más, mijo. Bien que sabía de nosotros, y no le importó. Al principio sentí más rabia contra ella que contra su abuelo, porque los hombres, al final de cuentas, donde se les presenta la oportunidad, lo meten. Pero cuando me enteré de que la vieja esa había tenido un hijo con Pedro, ahí sí los quise matar a los dos. Me encerré todo el fin de semana donde su tía Chabela. Entre llanto y llanto decidí dejarlo, y como el papá de Ramón vivía proponiéndome matrimonio, acepté casarme con él; una metida de patas, mijo, porque aparte de la emoción del matrimonio en la iglesia, con vestido largo, pajes y fiesta, y del gusto de imaginarme la cara de su abuelo, todo siguió igual. De todas maneras, no me arrepiento de nada de lo que he vivido. Resultó ser otro borracho, putaño y, además, tacaño. No tenía un detalle conmigo ni con los chinos, y era exigente y grosero. Tampoco sabía bailar, y no le gustaba que yo bailara con nadie, mejor dicho, de Guatemala a guatepior. Al principio, los domingos, me la pasaba encerrada mientras él dormía su perra, porque al señor no le gustaba que saliera sola, pero tampoco me sacaba a ningún lado. Los chinos no lo podían ver ni en pintura, a cada nada se escapaban para la casa de su abuela Agustina, y ella no hacía sino hablarles mal de mí y sonsacárselos haciéndoles regalos. Pedro no volvió a aparecerse ni al depósito ni a la tienda de Froylán. A veces lo extrañaba, para qué, sentía nostalgia y pesar, pero a lo hecho, pecho.

»La vieja esa de la Nubia pensó que ahora sí lo iba a tener para ella sola, pero estaba equivocada, la muy pendeja; su abuelo no cambió nunca. Al principio sí la visitó más, pero al rato ya estaba en las mismas; me cuentan que apenas iba una vez a la semana;

por eso le digo a su mamá que no sea pendeja, que no siga detrás de las nalgas de su papá, que nunca va a cambiar, que no pierda su tiempo a su lado; pero su mamá es más terca que una mula, mijo. Su mamá cree que su papá se va a separar de Griselda y que entonces se le va a dedicar, pobre. Su abuelo nunca jugó tejo con Nubia ni hizo fiestas ni paseos ni piquetes, y mis hijos fueron los preferidos de su abuelo Pedro, en especial su papá.

»Con Ramón, las cosas empeoraron en vez de mejorar. Su abuelo casi no me daba ni para el diario ni para los chinos, pero de vez en cuando se aparecía con regalos, con canastas llenas de abarrotes finos, hasta cosas importadas. Jugábamos al tejo, hacíamos paseos y bailábamos, y como no vivía conmigo de planta, no tenía que preocuparme ni por su ropa ni por las tres comidas diarias; yo me las arreglaba con los chinos o nos íbamos adonde Chabela. Pero con Ramón tenía que estar lavándole y arreglándole la ropa; el desayuno, las onces, el almuerzo, la comida, el chocolate de la tarde, todos los días, y se la pasaba protestando porque le servía muy poquito, porque sólo cocinaba papas, arroz y carne; pero lo que daba no alcanzaba ni para eso. No, mijo, eso era una joda completa. ¡Y resultó más celoso que su abuelo! Hacía unas caras horribles, y me espantaba los clientes, tenía fama de cuchillero; yo me vine a enterar después de que nos casamos; era dueño de una zapatería, pero no se le veía la plata en la casa, ¡y así quería que cerrara el depósito! Como al año de casarnos, nació Ramoncito; él quiso que lo bautizáramos con su nombre, y ahora que ya sabe, no me joda más preguntándome pendejadas del pasado. Y le voy a pedir un favor: la próxima vez que mi comadre lo vuelva a interrogar, mándela muy a la mierda, dígale que me venga a ver a mí, si es que tanto le interesa mi vida».

—Mita, ¿y qué pasó con el papá de Ramón?

—¿Cuándo se va a cansar de preguntar, ah?

—Ya que empezó a contarme, no me vaya a dejar en la mitad.

—Pero es que a mí me choca esa vaina de estar hurgando en el pasado. Lo pasado, pasado. Lo mejor es olvidar, hijo, si no, uno ni disfruta la vida por estar recordando vainas; si por buenas, porque ahora no es igual, si por malas, por lo que sufrimos entonces. Con ese señor viví como dos años, ni me acuerdo bien, aguantándole sus jarteras, hasta que un día vino a levantarme la mano, como su abuelo, y, como a él, lo mandé a la mierda.

Yo quería saber más del tal Ramón, y quienes mejor me podían informar eran los hijos de la tía Isabel; así que aproveché mi encuentro con Enrique, quien, riéndose, me completó la historia: «Eso le daba unas muendas las verriondas a su abuela, el Ramón ese, con el cuero con el que afilaba los cuchillos. Nosotros nunca lo quisimos, ni mamá ni papá, pero ¿quién podía con su abuela? Totó y yo hicimos de pajes en el matrimonio de mi tía. Nunca la entendimos. Ella tuvo mucho que ver en lo que le pasó con su abuelo; el viejo era muy buena gente, de gran corazón, decente, nunca decía una grosería. Mi mamá y mi papá lo querían mucho. Me acuerdo de que le encantaba poner los brazos como si estuviera cargando un chino recién nacido, apoyándolo contra el hombro, se golpeaba con las palmas de las manos y preguntaba: ‘¿Que canción quieren que les cante? ¿La de la madre? ¿Sí? ¿Entonces va la madre pa’ todos!’». Enrique y Nora, su mujer, no paran de reír y recordar, en México, de paso a Colombia. Siempre quisieron conocer la tierra de los aztecas, dicen, adoran su música, las películas de la época de oro del cine mexicano: Cantinflas, Jorge Negrete, Pedro Armendáriz, El Chicote, Lupita, María Félix, Agustín Lara, y tantos otros, y recuerdan que mi abuelo les hablaba de lo lindo que era México. Salieron de Colombia en busca de trabajo y de mejores oportunidades para educar a sus hijos. No quieren regresar del todo por temor a la violencia y a las cosas chuecas, y lloran, en medio de las carcajadas.

«No me dejé de su abuelo para venirme a dejar de ese zoquete... ¡Ah no, eso sí que no! Le partí el palo de la escoba en la mula,

continúa mi abuela, y como me amenazó, agarré una varilla y le dije que sacara sus cosas de la casa, rapidito. Y así se fue. Ahí mismo fui a poner un denuncia en la policía, pero nadie me paró bolas; cuando les decía que mi esposo me había pegado, se hacían los pendejos. Una noche llegó a joder, primero me pidió perdón y luego pateó la puerta. Al día siguiente me compré una pistola. Como a la semana volvió con su cuento, dale y dale a la puerta, hasta que no me aguanté más, hice un tiro al aire y le dije: 'Si sigue jodiendo, el próximo es para usted, no lo quiero volver a ver por aquí, y si insiste, ¡aténgase a las consecuencias!'. ¡Santo remedio! ¡Nunca más lo volví a ver! No es por nada, mijo, pero los hombres no son sino cobardes. Aprenda a respetar a las mujeres, pero tenga cuidado, que nosotras también somos jodidas, y si es feo que un hombre les pegue a las mujeres, es más feo que se deje joder por ellas. Ustedes se van detrás de cualquier palo de escoba con faldas, sin fijarse bien, y por eso a veces les va como a los perros en misa. En especial, mijo, tenga cuidado de no dejar hijos por todos lados, al fin de cuentas los que sufren son los chinos; mi vida sería otra cosa si hubiera tenido papá».

Yo me detengo en la imagen de mi abuelo en esos años, por las mañanas, levantando la cara, enderezando la espalda, metiendo la barriga, mirándose al espejo, dándose ánimos antes de salir de La Quinta. Levantándose el cuello de la gabardina, acomodándose el sombrero al recorrer los pocos metros entre el carro y La Quinta. Evitando con mil pretextos tomarse una cerveza en cualquiera de las tiendas del barrio Santander o en cualquier otra del sur. Su orgullo no lo dejaba vivir en paz. ¿Cómo carajos Rosa lo había podido cambiar por un zapatero de mierda, un tipo gris, moreno, callado, que ni sabía bailar? «¡Es el colmo! ¡Nunca me imaginé que Rosa fuera capaz de semejante cosa! ¡Casarse con ese flacuchento! ¿Qué le vio, carajo? ¿Los ojos verdes? Sí, ala, son verdes pero comunes, sin brillo, sin gracia, más bien pequeños, medio taimado,

ala. En fin, ¡allá ella! ¡Pero que no se vaya a meter con mis hijos porque le rompo el hocico!». Y ahí va, con su loción importada, trajeado a la inglesa, «¡como López, su merced!». Esta vez la tristeza tuvo el ingrediente de la rabia, y no se sumergió en el sueño, como cuando Carmen Francesca y Lucy, no. «¡Ni más faltaba! El trabajo, la política y las fiestas, ¿para qué más pasiones? Una que otra vieja, pero nada de enamorarse, ala. ¡Nada de eso!».

Había hecho campaña a favor de Eduardo Santos. A pesar de la guerra, el país seguía construyendo carreteras, ferrocarriles y edificios, y a él le seguían llegando contratos. Movi6 todas sus palancas para que se los dieran en la ciudad. «Las carreteras dejan buena platica, ala, pero es una vaina estar fuera de la casa –le dieron uno para las Residencias de la Ciudad Universitaria y otro en el Palacio de las Comunicaciones–. ¡Qué pena trabajar en esa construcción, ala! Fue una tontería demoler el viejo convento de Santo Domingo, era precioso. Pero ¡qué le vamos a hacer! No podía rechazar el contrato por el simple hecho de que no estuviera de acuerdo con la demolición del convento. ¿Qué le vamos a hacer?, la ciudad cambia, y si uno se descuida, pierde el tren».

Se ufanaba en los caf6s y en las tertulias, que volvió a frecuentar, de los avances sociales del pa6s, del derecho de huelga, del descanso dominical remunerado, del Instituto de Crédito Territorial, «para que los pobres tengan casa, ala». «¡S6 claro, P6ter, para que los pobres tengan casa, pero en realidad porque ah6 tienes un negocio grande!», le contest6 ir6nico un amigo. «¡No seas vergajo, ala! No confundas los principios con los intereses personales. Adem6s, si me dan ese contrato, voy a esmerarme para hacer unas casitas bien hechas». Estaba contra Franco, Mussolini y Hitler, aunque le atrajera su personalidad, y defend6a la libertad y la democracia, representadas para 6l en el Partido Liberal y en Jorge Eli6cer Gait6n.

Un viernes, la discusi6n estuvo m6s acalorada que nunca, y el viejo se sali6 de sus casillas, rojo de la ira, no pod6a parar de

hablar. Sus amigos lo chacotearon toda la velada, desde el mismo momento en que llegó, furioso: ¿Cómo es esa vaina, que me vienen a formar sindicato? No, ala, no es posible; si yo los trato como a mis hijos, no sólo les pago su salario, con dominical y todo, desde antes de que fuera obligación, sino que les doy para sus cervezas, y muchas veces los invito los jueves a piquetear, ¡ala! ¡Desagradecidos! Cuando sus chinos cumplen años les doy regalo, y en diciembre hay un paquetico para cada uno, para sus mujeres y sus hijos. ¡Y ahora me salen con esta vaina! ¡Como si yo no fuera un buen patrón! Además, yo tengo mis contraticos, pero no se puede decir que sea un capitalista, ni mucho menos, soy un trabajador más, ala. Yo mismo tengo que agarrar la brocha muchas veces, y ponerme el overol. ¡No joda! «Claro, míster Píter, usted tiene razón, esos indios no distinguen, ni los negros, y uno no puede ser buena gente con ellos porque abusan. Si seguimos así, ¿adónde iremos a parar? Este país va mal, si nos descuidamos, van a gobernar los comunistas. ¡Y ahí sí que nos jodemos! ¡Y ni qué hablar si sube el indio ese de Gaitán!», le contestó el ironista. ¡No jodan, carajo, que es en serio!

La muerte, asidua y temida visitante, retorna a mi vida y a mis recuerdos, constante y obstinada. A un año de la partida definitiva de mi hermano Orlando, y de una parte mía con él, regresé a Colombia y busqué a mi papá, como tantas veces, y tuve suerte, pensé, pues había aceptado que nos viéramos, ya que no tenía negocios ni citas pendientes. Le di la botella de tequila que le había llevado y charlamos un buen rato; cuando íbamos para la casa en su viejo Dodge 60, con varios tragos entre pecho y espalda, como diría él, detuvo el coche y me preguntó: «Y usted, ¿qué opina de lo de su hermano Claudio?». ¿Qué opino de qué?, le pregunté, pensando que iba a sacarme el cuento de su homosexualidad, de la cual nunca había hablado con él ni con mi mamá. «Pues que está enfermo. Tiene sida, ¡por marica!». Al duro golpe que sentí con la

noticia —en ese entonces apenas empezaba a conocerse la peste del siglo XX, y no se sabía nada distinto de que era incurable—, se agregaron, una vez más, uno tras otro, los golpes de sus palabras: «No sirvió para nada, y además salió marica. Ninguno de ustedes sirvió para nada. Orlando se murió, pero no había hecho nada. Gardenia se casó con ese negro, un indio que no sabe hacer nada, y se puso a tener dos hijas con él, que ni siquiera les da para la leche, y ella no hizo nada, no estudió ni hizo nada. Y usted, ¿qué es lo que ha hecho usted? Nada, no tiene un peso para darle a su mamá, que está vieja y necesita dinero, necesita para el médico, y usted no tiene un peso nunca para darle; la obligación de los hijos es sostener a la madre; usted no más es un egoísta, sólo piensa en usted, en sus viajes, en su hija y en sus libros; no tiene carro ni apartamento propio, y a duras penas medio vive; pero eso sí, se la pasa viajando de un lado para otro, y perdiendo el tiempo con esos escritores, y esos artistas, y esos izquierdistas, que lo que son es un poco de maricones, ahí. Y su mamá, ni se diga, no es capaz ni de mantenerse, ¡y con los hijos que tuvo, qué esperanzas!». Y sentí tanto dolor y tanta rabia que le di un revés al parabrisas. Entonces le hizo señas a una patrulla de la policía y les dijo que me detuvieran porque yo le iba a pegar, que era su hijo y lo iba a golpear. Yo me tuve que subir a la patrulla, con todo y maleta, y sin poder parar de llorar les conté a los policías, que terminaron preguntándome adónde me llevaban, y me dejaron a la puerta del Quiebracanto, donde tiempo atrás me había tomado unos tragos con mis dos hermanos, hablando en contra del volumen de la música afroantillana, que nos encantaba. ¡Todo un anarquista contándole sus cuitas a los policías, y éstos llevándolo al bar de sus preferencias! Después dijo que yo le había roto el parabrisas, que se lo había cuarteado del golpe. ¡Qué va a ser, quién puede romper un parabrisas con un puño, de dónde puede uno sacar tal fuerza?

¡CHA CHA CHA! Metes la mano derecha, extendida, contra la espalda de tu pareja, rozando apenas la cintura. El pulgar, bien pegadito al resto de los dedos. El brazo izquierdo, formando un ángulo recto, y recibes la mano derecha de la mujer. Presionas con tu mano, ligera y firme, su espalda, y la atraes hacia ti. Entornas los ojos, te abandonas al ritmo que cosquillea en tu oído y en las plantas de tus pies. Dejas que la música te atrape, y luego la diriges, desde ti, con tu ritmo, hacia tu pareja, por las manos, por la mirada, por el aliento, por la pierna derecha que se mete entre las tuyas. Eres la música y penetras con ella en el cuerpo de la mujer. Dejas deslizarse hacia adelante tu pie. Oyes el pum pum pum, y haces un quiebre en la rodilla, seguido por otro en la cintura. Sacas el pie para atrás, y provocas que se venga sobre ti. Tu pierna izquierda la recibe, y la levantas tantito. Un pasito pa'lante, un pasito pa'trás. Pum pum. ¡Cha cha cha! Un pasito pa'lante, un pasito pa'trás. Yo recuerdo las lecciones de mi mamá: «Es importante aprender a bailar, mijo, muy importante. Si vas a una fiesta, todo el mundo bailando y tú ahí sentado. No, eso no», me decía.

El baile es como la vida. Bailando te diviertes, juegas, ríes. Un pasito pa'lante, y otro para atrás. Las tensiones y las preocupaciones se te salen del cuerpo por los poros, en los quiebres, en las vueltas, en la risa. ¡A bailar! Yo me negué durante años al goce que me daría hacerle caso a mi mamá. ¿Cómo obedecerle si mis imágenes del baile eran ella y mi papá en plena seducción, o ella bailando con cualquiera de los hombres de la fiesta y yo aferrado a su falda tratando de impedirlo? Muchas veces me enseñó el

cuadro básico del movimiento, y yo, como en tantos otros casos, me negué a aprender, lo consideraba una frivolidad, y veía bailar a mis compañeros y sudaba frío; sentía deseos, envidia y miedo, mientras la niña que me gustaba se deslizaba en el viento de la flauta. Pero un día, no sé cómo, dos o tres aguardientes en la cabeza, cansado de ver bailar a mi mujer, me arriesgué y entendí sus lecciones y el placer de mi papá, de mi abuelo y de mis paisanos con el baile: «Oye: abre tus ojos. Mira hacia arriba. Disfruta las cosas buenas que tiene la vida. Lalá La Lalá», danzan y cantan mi abuelo, mi abuela, mi papá, mi mamá, mis hermanos, mis primas, mis amigos, mi mujer y mis pies.

A pesar del sindicato, a mi abuelo no le fue mal, y después de un par de meses se ufanó en los bares de las buenas relaciones laborales existentes entre sus trabajadores y él. Le siguieron llegando contratos, y el dinero fluía para La Quinta, La Sociedad de Amigos del Sur, las fiestas, «y una que otra atención, mijo». Le iba tan bien que no escapó a la banal moda criolla de los americanos: reclamarse descendiente directo de la nobleza europea, y le encargó a la señora Georgina Fletcher que le armara su árbol genealógico. Si él hubiera tenido paciencia, me hubiera quitado a mí el gusto de inventarlo, haciendo realidad la ficción, y a mi familia uno de sus temas favoritos de sobremesa. Después de que la señora Fletcher le cobró la segunda cuota anticipada por la investigación, y de escuchar las generalidades más conocidas acerca del descubrimiento de América y de los pocos y muy grandes hombres que vinieron a poblar estas tierras, entre los cuales estaría, con seguridad, el tatarabuelo, refundido entre los muchos y muy bribones ascendientes, de los demás, claro, que pululaban en las carabelas, pensó que le salía más barata y romántica la versión enigmática de su origen, y se dedicó, con meticulosidad, a borrar cualquier indicio acerca de sus antepasados. O, quizás, en realidad, no sabía nada de su padre ni de su abuelo ni de sus ancestros...

De mi abuela Rosa no decía nada, pero se mantenía informado a través de mi papá de lo que le sucedía; y en los pocos momentos que le quedaban libres, su recuerdo se le aparecía tan vívido, que pasaba de la tristeza al deseo, de la insatisfacción a la rabia, y se sorprendía fantaseando que volvería, y que por fin pondría todo su empeño en el amor y en la formación de una familia, en paz... Y se levantaba furioso, volaba camino al bar, se servía un whisky doble y colocaba la música a todo volumen; y si le traía recuerdos, prendía el radio para vivir la guerra o las enconadas batallas verbales de la política nacional. Se divertía adivinando lo que iba a decir el locutor. «¡La misma perra con distinta guasca! ¿Será que Rosa, ahora que dejó al zapaterito ese, vuelve conmigo? ¡Putra mierda! ¿No te la vas a poder sacar de la cabeza?». En ese momento aparecía mamá Agustina: «¿Le provoca otro whiskycito, mijo? ¿Qué hace aquí encerrado, mijo? Salga, diviértase, que usted trabaja mucho. Le voy a decir a Enedina que esté pendiente cuando regrese, para que le sirva bien calientica su cena. Ah, mijo, y no se le olvide comprar hierbas, por si le provoca un bañito».

Se volvió más cariñoso con los hijos; los sacaba a pasear, los llevaba de compras, los llenaba de juguetes y les daba dinero para las onces de la semana. Todos los domingos almorzaba con ellos, Pablo y sus hijos, Gardenia y mamá Agustina, después de ir a misa. Pero ahora los hacía traer más temprano, y los invitaba a desayunar. Los llevaba al cine y al parque. A mi abuela la sorprendió que al mes exacto de echar a Ramón de la casa, mi papá y mis tíos aparecieran con regalos. Mi papá trata de recordar, se queda pensativo, y por fin habla: «Una de las razones por las cuales él se acercó y puso más atención en nosotros fue por la separación. Al separarse mi mamá, él se vio obligado a asumir la responsabilidad de cuidarnos, de llevarnos a su casa, de estar más con nosotros. Tal vez por eso dicen que fuimos sus hijos preferidos».

Mi abuela siguió recibiendo regalos cada uno de los cincuenta y tantos domingos del año, y en su cumpleaños, y el día de la madre, y en Navidad. Fue en esa época en la que mi papá se aprendió, de tanto oírlo, el estribillo aquel que tanto me repetía: «Primero su mamá, segundo su mamá, tercero su mamá, y si sobra algo, para su mamá». Un día le llegó a mi abuela una carta: «Bogotá... Doña Rosa. Muy Estimada Señora... —le prometía—, con todo respeto, y pensando sobre todo en los niños, una casita de Ciudad Restrepo, la primera ciudad dentro de la ciudad; gracias a que tuvieron a bien ofrecerme el contrato de la pintura, puedo adquirirla en condiciones especiales para los chinos». Otro día le llegó una invitación a un almuerzo, para celebrar el cumpleaños del primogénito, Pablito querido. Ella accedió a los ruegos de Pablito, Orlando y Gardenia; después llegaron las celebraciones de los cumpleaños de los otros tres chinos, porque no estaban bien las preferencias...

La abuela le siguió escribiendo a Marco; le contaba lo que pasaba, y le pedía, por favor, su opinión: «¿Qué me aconseja? Contésteme, Marquitos, por favor, para mí es muy importante tu opinión, tú eres el único con quien puedo hablar de todas mis cosas...». Marco Antonio leía una y otra vez las cartas en la mesa de la cantina de la galería de Palmira, con una caneca de aguardiente al frente y los boleros más tristes en su entorno. Cuando se acababa la segunda botella y el cantinero avisaba que iba a cerrar, él las arrugaba y las ponía en el cenicero. Luego le echaba la última copa de aguardiente y encendía un fósforo. En el momento en que acercaba la llama al papel, éste se encendía y el vidrio se partía en tres. Las dos mujeres que estaban a su lado le decían: «Es un triángulo, Marquitos. Y es un triángulo muy viejo. Deja eso y vámonos». Se turnaban la labor caritativa de acompañarlo en su pena, y lo consolaban hasta dejarlo relajado y dormido.

Las pocas veces que Marco tuvo el valor de escribirle a mi abuela, no le contestó sus preguntas, le declaró su amor y le ofre-

ció que se viniera a vivir con él a Palmira: «Aquí podremos pasar felices los últimos años de la vida; aquí podremos criar bien a los chinos y hacernos una casita». Pero no iba al correo, se las daba a cualquiera de sus dos amigas, y ellas las leían y las quemaban, mientras se tomaban un submarino —una copa de aguardiente inmersa en el vaso de cerveza—, jugándose a las cartas cuál de las dos se casaría con él. Mi abuela dejó de escribirle y tomó la decisión: «Voy a volver con Pedro, de pronto ha cambiado. Ahora le para más bolas a los chinos que antes... ¡Nada pierdo con probar!».

Mi abuelo le llevó una serenata, y ella, en vez de hacerse la dormida, como otras veces, prendió la luz del cuarto. «Negra, negra consentida, negra de mi vida, ¿quién te quiere a ti? Mira, mi alma dolorida, negra de mi vida, y sólo por ti. Negra, negra consentida, negra de mi vida...». Al día siguiente le llevó otra serenata, y entonces ella abrió la puerta del depósito. Los músicos tocaron hasta las seis de la mañana, entre los bultos de cemento, la varilla, las pilas de arena y el cascajo. Pero fueron necesarias tres serenatas más para que accediera a que él pasara a su cuarto. Esa noche lloraron ambos de placer, recuerdos, perdones y promesas.

Cuando a Marco Antonio le llegó la carta en la que mi abuela le anunciaba su decisión, se pegó una borrachera de tres semanas, y su jefe y amigo lo echó del taller: «Tú eres muy buen trabajador, Marquitos, pero vas por mal camino, te nos estás volviendo alcohólico, y no te vamos a alcahuetear; además, si no ponemos el ejemplo, esto se nos vuelve una cantina. Si un día dejas el trago, aquí tienes trabajo». Siguió viéndose con el dueño del taller los sábados por la tarde, en Los Mangos, el campo de tejo que construyeron juntos. A los huesos de marrano, el chicharrón, la rellena y la emoción de los balazos se sumaba el placer de una cerveza helada con los otros bogotanos nostálgicos bajo la sombra de los gigantescos árboles. Al despedirse, oía siempre la misma oferta, y

sufría. Cuando no le quedaba ni un peso y le cerraban el crédito en la cantina, se ponía a trabajar como albañil, por día.

Doña Nubia supo que mi abuelo había regresado con mi abuela, y dejó de hacerse sus baños de asiento, y volvió a quedar embarazada. Mi abuelo se puso furioso, pero ya no había nada qué hacer, porque tenía más de tres meses cuando se dio cuenta. Mi abuela le había puesto como condición para seguir juntos que no tuviera más hijos.

Mi abuela Rosa sonrío, se toma un trago y continúa: «Dicen que el hombre es el único animal que se tropieza dos veces con la misma piedra, por algo será, mijo. Me volví a dejar convencer por la carita y los ojos de su abuelo. ¡Cuando uno piensa con el corazón, se jode! Volvió con regalitos y atenciones para los chinos; eso les compraba ropa cada nada, los sacaba a pasear, y hasta se los llevaba a vivir con él por semanas enteras. Era especial con Pedrito, y yo que estaba dolida por su actitud cuando nació, me alegré por el chinito. Luego me mandaba regalitos con los niños. Siguió con serenatas, y nos ofreció una casa. Imagínate, una de las cosas por las cuales habíamos discutido antes era por eso, yo le decía: Pedro, ahorra, y comprémonos un terrenito para los chinos, no podemos estar pagando renta toda la vida. Yo pongo los materiales para la construcción, y la vamos haciendo poco a poco, y él me contestaba siempre: ‘Después, china, después. No sobes la vida, china; es mejor invertir el dinero en negocios que tenerlo ahí parado’. O más fuerte: ‘¡Ya, no jodas tanto con esa cantaleta!’. ¡Y ahora él mismo era el que ofrecía lo de la casa!

»La que se dio cuenta desde el principio fue Chabela: ‘Cuidado, mija, mire que el bandido del Pedro lo que quiere es pescarla de nuevo. Una vez que sumercé caiga, va a volver a sus andanzas, y no vas a soportarlo. Ahora viene mansito, atento, cariñoso, gastador, pero cuando menos lo esperes, de nuevo a sus andanzas. Ese señor va a llegar a viejo y no va a cambiar nunca. Nadie cambia

así no más'. Pensé que en el fondo me gustaba más vivir sola que tener a un viejo jodiendo en la casa, miijo, atendiéndolo; era mejor que viniera de vez en cuando; mejor de lejitos. Así que mucho no me importaban sus parrandas, mientras ayudara con los gastos de los chinos, para la mensualidad del colegio de su papá y Gardenia y para la ropita, no le pedía más. Pero lo que sí no estaba dispuesta a soportar era que tuviera otra vieja de fiijo, eso sí no, y menos que siguiera regando hijos por todos lados. La primer noche que lo dejé pasar del patio al cuarto, cuando se acabó la serenata, se lo advertí bien clarito, como te lo estoy diciendo ahora. ¡Cuentas claras, chocolate espeso!

»Y ahí me tienes otra vez con tu abuelo. Él se esforzaba para que yo no me enterara de sus picardías, pero entre más quiere ocultar uno las cosas, más rápido se descubren. No hacía ni un año que nos habíamos reunido, cuando supe que la vieja esa tuvo una china. Él mismo me lo vino a decir, justificándose, que no se había dado cuenta, que cuando volvimos ya estaba embarazada. Le creí, pero se desaparecía por semanas enteras, siempre con un cuento: 'Es que tengo mucho trabajo, china. Es que estamos en campaña, mija'. 'Préstame para los zapatos de los chinos', 'después te doy, mira que ahora tengo que pagar unos arreglitos de La Quinta'. 'Ahora no, Rosa, no me han pagado'. 'Mira, se murió un amigo de La Sociedad, y tuvimos que hacer una colecta para el entierro y para la viudita'.

»A la hermana de su abuelo, la Agustina esa, le dio por irse a tomar sus cervezas y sus aguardientes a las tiendas del barrio, acompañada por Enedina, la criada, y, a voz en cuello, no hacía sino decir que pobrecito su hermano con esa mujer que se fue a conseguir; que los niños se la pasan en la calle, que esa mujer no los cuida por estar coqueteando con los clientes y los trabajadores; que esa mujer no le conviene, que esa mujer es una malhablada y vulgar, que sólo a ella se le ocurre igualarse con los indios esos

jugando al tejo y jartando cerveza, que el otro día la tuvieron que llevar hasta su casa porque estaba jincha, que si no fuera por los niños, ella misma la iba a mechonear, que harta falta le hacía, que ¡vieja sinvergüenza! Y siguió joda que joda, hasta que se fue a meter, la muy descarada, a la tienda de Chabelita y Froylán. Cuando salió con el mismo cuento, Froylán le contó a Chabela. Como vio que Chabela había salido al mostrador, se calló un rato; pero luego volvió a la carga. Y Chabela le advirtió: ‘Mire, mi señora, usted está hablando mal de mi hermana y no tiene razón, mejor déjela tranquila’. ‘¡Pues yo digo lo que se me dé la gana!’, y cerró la jeta un rato. Dos cervezas después, cuando la tienda estaba llena, volvieron con sus chismes. Entonces Chabelita levantó la puerta del mostrador, y sin decir nada la agarró de las mechas y la sacó a la calle, dándole sus buenas patadas, y la despidió: ‘¡Váyase con sus chismes a otra parte, vieja hijueputa!’. La Enedina se iba a meter, pero Froylán la agarró de la mano y le cobró: ‘Usted me paga la cuenta, y no se meta en lo que no le importa, si no quiere una taza del mismo caldo’...». La tos interrumpió la risa y la narración de mi abuela.

SI PERCIBES O TE INVENTAS LA DANZA, el jadeo, la lluvia de los cuerpos, y uno de ellos es el del ser que tú deseas o amas, y el otro no eres tú, sientes la muerte. Sientes celos, eres la barca que mar adentro se llena de agua, y temes conocer el fondo. Te conviertes en el toro que se vuelve en el engaño, procurando dar la cornada mortal. Oscilas entre el impulso humanista, íntimo y ferviente que te invita a huir receloso del posible daño, y el animal que te incita a herir, a romper, a destruir, a matar. La niña de los ojos de tu alma es violada por la fuerza de la luz que proyecta la imagen que miras, y temes quedar preso en ella, en el fondo del agua, tras la ondulante tela; hasta que por accidente, en un fúlgido instante, giras el cilindro multicolor de las imágenes y surge una nueva en la cual recrearse, dolerse, perderse y seguir viviendo.

Marco Antonio se revolcó en el licor y en el abandono de sí. Su rostro se llenó de pelos en desorden; la punta de su nariz, enrojecida, parecía reventar; una tela de araña sanguinolenta cercaba su pupila. Sin ánimos de trabajar, quería dormir y dormir, y se abandonaba a los cuidados de sus amigas, sin ningún temor a las venéreas, deseando morir. Se recriminaba por no haberle contestado todas las cartas a Rosa, por no haber ido por ella, por no ser capaz de manifestarle su amor sin importarle el dolor y la rabia que los sentimientos y los actos de la amada provocaban en él. Su cuartucho fue adquiriendo un espeso olor a cigarros, a chucha, a pecueca, a seborrea, a cerveza, a ropa húmeda y aguardiente.

Después de un buen tiempo, Marco Antonio recibió otra carta de la abuela en la que le contaba que estaba jarta de Pedro,

que todo era la misma vaina, que no le veía la cara sino de vez en cuando, que no le había vuelto a dar para los gastos de los chinos, que tuvo otra hija con la vieja esa, otra con la sirvienta de la casa, y que andaba enredado hasta con una de las putas del bar La Liga, que también estaba preñada de él, y que vivía de un mal genio que no se lo aguantaba ni su madre, dizque por la pérdida de las elecciones de Gaitán. Se la pasaba puteando a los oligarcas esos, conservadores y liberales, que se confabularon contra el único que quería cambiar las cosas. Que por cualquier motivo, por insignificante que fuera, gritaba hasta quedarse afónico. Que rompía las cosas, azotaba las puertas, le pegaba a los chinos y le buscaba pelea hasta a sus mejores amigos. Que no se atrevía a mandarlo a la mierda de una vez, porque no sabía qué hacer; que quería irse de Bogotá, poner tierra de por medio, no volver a verlo más, no saber nunca más nada de él; pero que cuando recapacitaba, se atormentaba preguntándose qué hacía con los chinos.

Era sábado, y el semblante de Marco Antonio cambió. Se metió a la regadera y se quitó la mugre de un mes, cantando y mirando el paso de las nubes entre el cielo azul y las ramas del totumo que daban sombra al baño descubierto. Desayunó con su amiga en la galería. Devoró el caldo de pescado con patacones, y se tomó tres tazas de café. La abrazaba eufórico y le decía que ahora sí, que por fin se había decidido a declararle su amor a Rosa, y que estaba seguro de que ella lo iba a aceptar. Se despidió con decenas de besos y gracias, y caminó a prisa hasta Los Mangos. Se detuvo a la vera del río y gozó de la vegetación, del canto de las mirlas de la casa del poeta Ricardo Nieto, y del paso de los loros en bandadas. Soñó con llevarla a caminar por el fresco sendero de la quebrada. En Los Mangos, jugó tejo con su antiguo jefe, y le prometió presentarse el lunes siguiente a las seis de la mañana, sin un solo trago adentro.

El lunes salió a las dos del taller, y le prometió al jefe que el resto de la semana trabajaría doble jornada, pero que ese día no,

pues tenía que poner una carta en el correo. Caminaba, corría, eufórico; estaba seguro de que Rosa aceptaría su propuesta y se vendría, y luego irían por los niños; esa misma tarde buscaría un cuarto para los dos, repitiendo que siempre la había querido y por cobarde no se lo había dicho antes. Esa misma tarde inició la búsqueda, y se colocó como vigilante nocturno en una demolición; así podía ganarse unos pesos extras. Le escribió de nuevo a mi abuela para darle sus direcciones. Cada tarde le preguntó a la secretaria del taller, al cantinero y a la señorita que atendía la lista de correos si tenían cartas para él; pero no llegaba nada.

Mi abuela continúa su historia: «Le vendí el depósito al primero que pasó. Perdí plata, mijo, pero ya estaba jarta y cualquier cosa era mejor que seguir en esa situación. El sábado, de mañanita, agarré a tu papá, a Gardenia, a Orlando y a Pedro, y los dejé en La Quinta. En el camino traté de explicarles lo mejor que pude por qué me iba, y les prometí que volvería o mandaría por ellos; los dejé tocando la puerta, con sus cositas en una maleta grande y en varias chuspas de papel, y salí corriendo con Ramón en los brazos adonde Chabela, que ya me estaba esperando con Froylán, y me llevaron a la flota.

»Llegué el domingo por la tarde a Palmira; en el camino me desesperaba por el calor y los montones y montones de caña a lado y lado, caña, caña, y más caña. ¿Cuándo vamos a llegar? ¿Cuándo se acabarán estas plantaciones de caña? ¿Cuándo me podré bañar? Por allá cada tanto surgía un caserío con unas pocas casitas de bahareque, pintadas con letreros de apoyo a la huelga de Fedetavya la lucha de los trabajadores, llenas de negritos barrigones jugando desnudos en las calles polvorientas. Al llegar, busqué a lo largo del andén y por toda la estación a Marco Antonio; me moría de miedo de que no hubiera recibido la carta en la que le avisaba mi llegada. Miré una y otra vez a todas las personas que estaban por allí, y nada; no lo encontré por ningún lado. Un policía me dijo

que quizás podría encontrarlo en la cantina que estaba al final del andén. Arrastré la maleta y me asomé: era oscura y apestaba a humo; las mesas estaban llenas de botellas de cerveza, canecas de aguardiente, copas y vasos; los hombres, sin saco ni sombrero, en camisa de manga corta, con los botones abiertos hasta el ombligo; una que otra mujer pintarrajeada, con la falda corta y la blusa escotada, servía el trago, coqueta. La música era ensordecedora, y todos hablaban a gritos. Tampoco estaba allí. Asustada por las miradas de los hombres esos, que empezaban a decirme cosas, me regresé al andén con la ilusión de que hubiera llegado.

»Afuera había una cantidad enorme de coches jalados por caballos, servían de taxi; me monté en uno y le di la dirección de Marco Antonio. Me recibió una viejita que me miró muy raro, y me dijo que hacía varios meses que él ya no vivía allí, y que no tenía ni idea de dónde podría estar. Entonces le pedí al conductor que le diera vueltas a la galería; como a la tercera, le dije que me dejara en uno de esos hoteluchos de mala muerte que había por ahí. La dueña me miró de pies a cabeza, extrañada: ‘Señora, este hotel no le conviene’. No importa, es mientras encuentro a mi marido; por favor, recíbame la maleta y déjeme dar un baño, me muero del calor. ‘Sí, claro, cómo no? ¿No quiere una cerveza helada, o una gaseosa?’. Me sentía incómoda porque el baño no tenía techo. Mientras descansaba y me tomaba otra cerveza con ella, le conté a lo que venía. ‘Mija: acompañe a la señora a buscar a su marido; primero al billar de la Plaza de Bolívar, y luego a las cantinas de los alrededores, seguro que por ahí lo encuentra’. Lo localizamos en el billar, de pura casualidad; pasaba rumbo a la cancha de tejo, y mientras era la hora, se echó una partida de billarpul».

El tío Pedro, su hijo Pedro Pablo Cuauhtémoc y yo nos sentamos en la cantina de la Estación de Ferrocarril de Palmira donde mi abuela había llegado décadas atrás. El edificio sigue idéntico, pero sucio, descuidado y vacío; la cantina, con unos cuantos ne-

gros, blancos y mulatos, se movía al ritmo de la música antillana, que se desparrama por los cuatro costados. Entre los gritos, los sonidos de las botellas, los vasos y los golpes, cantan Olimpo Cárdenas y Tito Cortés; Pedro nos cuenta cómo llegó él a Palmira: «Mi mamá mandó por nosotros; la tía Chabela y la abuela Susana pasaron a recogernos a La Quinta. Papá preguntó que quién se quería ir con mamá; la abuela Agustina nos miraba interrogante, ansiosa, tratando de poner cara de complicidad. Tu papá y Gardenia se quedaron, Orlando y yo decidimos venirnos con mamá. A la abuela Agustina se le aguaron los ojos, nos miró con rabia, se despidió y salió rezongando para la cocina. Nos vinimos con la tía Isabel, la abuela Susana y Ramón, a quien mi mamá había dejado con ellas. Venían muy nerviosas, con miedo de que Los Pájaros asaltaran el bus; en el tren se tranquilizaron un poco. Nos advirtieron que, si preguntaban cualquier cosa de política, contestáramos que no sabíamos nada. Nos revisaron una y otra vez para asegurarse de que no lleváramos nada de color rojo ni de color azul. Se turnaban para dormir, y en las estaciones para ir al baño. Cuando por fin llegamos, nos estaban esperando mi mamá y Marco Antonio. Pobrecita la vieja, lloraba y lloraba, mientras nos abrazaba y preguntaba por tu papá y por Gardenia: ‘¿Qué dijeron? ¿Por qué no quisieron venir? ¿Pero van a venir después? ¿Se van a quedar? ¿Por qué no me contestan? ¿No recibieron mis cartas?’. Sí, mamá, una o dos, le dije; y la tía Chabela aclaró rápido: ‘Yo se las entregaba todas a Enedina’.

»Marco nos llevó a dar una vuelta en coche, como les dicen aquí a las victorias, con la capota abajo; yo me fui adelante, con el cochero, y me ponía de pie para recibir el viento y calmar el calor. Me llamó la atención la cantidad de bicicletas que había por todos lados. Marco me enseñó a montar, y pronto fui uno más de los muchachos que llevábamos el almuerzo a los obreros; antes de que sonara la sirena de los bomberos, a las doce, mi mamá ya me había

dado el portaviandas. Al regreso, me escapaba para el río Bolo, y me pasaba la tarde nadando, jugando fútbol y leyendo».

Marco me cuenta, emocionado: «Me fui con su abuela a un cuartico que tenía en la construcción que estaba vigilando, por ahí, a la vuelta de la Catedral. Ella me hacía la comida y me la mandaba al taller. Al principio nos costó trabajo adaptarnos; Rosa tenía su carácter. Cómo te parece que el primer sábado después de su llegada me fui a jugar tejo con el jefe, y como estábamos contentos porque habíamos ganado, y por la llegada de Rosa, nos emborrachamos. Regresé caminando, con la bicicleta en la mano, porque no podía mantener el equilibrio; eran como las nueve de la noche, y me encontré a Rosa en la puerta de la construcción con un brasero, fritando y vendiendo. ‘¿Le provoca una empanada, Marco Antonio?’, me dijo; por el tono me di cuenta de que estaba enojada. Bueno, le contesté, y nos quedamos ahí, callados, hasta que se acabó la masa. Cuando terminamos de guardar las cosas, se paró frente a mí, y muy seria me dijo: ‘Vamos a hablar, Marco Antonio —y con las manos en la cintura me soltó una andanada que todavía recuerdo como si fuera ayer—: yo me vine de Bogotá porque estaba jarta de borrachos y de malos tratos. Si usted va a hacer lo mismo, vaya pensándolo, y dígalo de una vez, ¡porque también se va a la mierda! ¡Ahora mismo!’.

»No tuve más remedio que dejar de tomar; claro que me echaba mis aguardienticos y mis cervezas de vez en cuando, pero sin pasarme, cuando venían su papá, los familiares de Rosa o el compadre Alberto. Seguí jugando tejo, pero sólo hasta las seis o siete, y a correr al puestico de fritanga. Nos quedábamos como hasta las once de la noche. Al principio sólo hacíamos empanadas, después Rosa comenzó a preparar huesos de marrano, chicharrón, rellena, papa criolla, mazorca, yuca y plátanos fritos. Eso hacían cola para comprarle a la bogotana, y ella les contaba historias de espantos a medida que les despachaba: una empanada, ‘La Llorona’; una

libra de rellena, ‘El Sombrerón’; unos plátanos fritos, ‘El Descabezado’; unos huesitos de marrano, los entierros; un chicharrón bogotano, espantos y aparecidos; eso agarró una fama la tremenda. Como vio que le iba bien, decidió poner el puestico entre semana, por las tardes, y empezamos a vender gaseosas, cerveza y uno que otro aguardientico. Con los dos turnos, la vigilancia y la fritanga ahorramos unos centavos.

»Un día, un compañero me ofreció un terrenito, a una cuadra de Los Mangos. Lo fuimos a ver con Rosa; no estaba mal, pero daba a una laguna y vivía empantanado. ‘No importa, dijo ella, lo rellenamos con los materiales de la demolición’. Y así fue. Trabajamos juntos muchos domingos, echando pala, pisando tierra, seleccionando material, transportándolo, hasta que fue quedando más o menos parejo. Con pedazos de madera, puertas, ventanas y tejas usadas levantamos un primer cuarto, y nos pasamos enseguida. Rosa estaba feliz por tener algo propio: ‘Ahora sí –dijo suspirando hondo–, de aquí no nos saca nadie. ¡De aquí sólo salimos con las patas pa’lante!’.

»La fritanga siguió funcionando en el centro, entre semana, y los viernes, sábados y domingos pusimos otro en la esquina de Los Mangos. Yo atendía el de la cancha de tejo y Rosa el del centro. Como al mes, nos quedamos sólo con el de Los Mangos. A Rosa le dio por hacer tamales, y la noticia se regó como pólvora; la gente encargaba hasta para llevar, y a veces nos contrataban para ir a cocinar los domingos a los paseos y a las fincas.

»Cuando los chinos llegaron de Bogotá, la casita todavía estaba en obra negra, faltaba pañetear y poner el piso. Al principio era una joda, porque no había puertas ni ventanas; era una vaina con los zancudos, y ni hablar cuando llovía. A los chinos también los pusimos a trabajar; de eso no se escapaba nadie. Así pasamos varios años, hasta que terminamos la casita a punta de molernos la espalda, recogiendo material de las demoliciones, trayéndolo,

construyendo, trabajando, cocinando, vendiendo; como al año pudimos echar el piso en cemento; el baldosín, como a los tres años; pero al fin terminamos.

»Un par de años después, don Martín nos ofreció la tienda de la esquina, frente a Los Mangos; nos dio facilidades, y con un préstamo y unos pesitos que teníamos ahorrados, nos embarcamos en ese negocio. Eso sí que fue duro, los intereses al 5%, nos estaban comiendo, pero trabajábamos duro; poco después montaron una fábrica de envases como con quinientos trabajadores; el colegio Cárdenas quedaba a una cuadra, y los chinos y los obreros compran, centavitos, pero a diario; al poco tiempo construyeron unas casitas en el potrero del frente, y eso aumentó la clientela. Los tiempos más duros habían quedado atrás. Nos fue bien, pero nos tuvimos que joder mucho.

»Lo único que lamento es que su abuela no quiso tener más hijos. Yo crie a Ramón como si fuera mío, pero me quedé con las ganas de conocer la pinta. Nunca conocí a la china que dicen que tuve. Quise verla, pero era una vaina, tenía que ir a Bogotá, perdérmele a Rosa o inventarle algo, y si la encontraba, ¿qué iba a hacer? Mejor dejar los santos quietos. A los chinos les dimos estudio hasta que quisieron, a Pedro, a Orlando y a Ramón, porque su papá y la china Gardenia no se quisieron venir con nosotros; Gardenia llegó cuando ya estaba grande; su papá, no: venía de visita, pero no más. Orlando se enfermó de los riñones y regresó con su abuelo, pues Gardenia estudiaba enfermería y conocía a los mejores médicos, pero no le pudieron hacer nada; el chino volvió después, a ver si el clima le sentaba mejor, y aquí se nos murió».

Mi papá cuenta que era muy niño cuando mis abuelos se separaron la primera vez: «Fue una vaina jodida, ala; casarse con ese zapatero, un don nadie... Y luego irse con Marco, que era un obrero de mi papá... Eso fue una metida de patas tremenda. Yo he sido muy hipócrita; a Marco lo aprecio en algunas cosas, no le

guardo rencor, pero cuando los relaciono... Sí. Fue un bonachón ahí... Le tenía cosa a mi mamá... Yo no sé de dónde me salió tanto amor por mi mami, si yo le huía. Cuando estaba con papá, me acuerdo, la vieja se apareció una vez al Colegio Americano, pobre mi vieja, a llevarme algo, y yo la corté, no quise hablar con ella. Pasaron muchos años antes de que aceptara volver a verla. El cuartel me formó mucho... Antes del servicio militar yo fui muy rebelde, daba guerra. Me sentía mal recordando esas cosas, pero es la realidad, qué se va a hacer. Después me hice hombre y comprendí. Supe que mi vieja sufría, y cogí a Gardenia, a Orlando y a Pedro, que estaban de vacaciones con papá, y nos fuimos en tren. ¡Carajo! Feliz con mis primeros pesos. Trabajaba en el First National City Bank. Fui un poco duro con ella, en el sentido de que los dejé en la Estación de Palmira; paré un coche y le dije al cochero que me llevara, y que después pasara por ellos, uno por uno. Cuando llegué, mi mamá se puso feliz, se le salieron las lágrimas, y me preguntó: 'Mijo, ¿y la niña?'. 'No, mami, no pude'. Mierda, se puso a llorar. Cuando al cuarto de hora toca la puerta el cochero y se baja Gardenia, y al cuarto de hora Orlando, y después Pedro. ¡Ay, hermano, eso fue la locura!».

También fui a buscar a mi padre, un mediodía, a la casa del tío Pedro, en Cali; yo estaba por regresarme a México, vía San Andrés-Tegucigalpa, salía al día siguiente. La noche anterior me había encontrado con una reina de belleza del Valle, un mujeronón, bellísima, culta y sensible; habíamos pasado toda la noche bailando en un kiosco a la orilla del río Cauca, luego en un hotelito en el río Pance, y viendo el amanecer, en pelotas, en sus revitalizadoras y cristalinas aguas; cuando le conté que al día siguiente salía para San Andrés, me propuso que pasáramos juntos una semana en Providencia, la otra bellísima isla del archipiélago caribeño colombiano; y volando me fui con ella a almorzar con mi tío y mi papá, y le pedí prestado, pues no tenía un peso para

el vuelo San Andrés-Providencia-San Andrés, ni para el hotel ni la estadía. ¡Qué decepción más verraca: no me quiso prestar ni cinco centavos! Claro, en realidad nunca me había prestado un peso para nada, pero yo creía que en esas circunstancias podría contar con su solidaridad, si no paternal, sí masculina, ¡pero no, ¡qué va! Si me descuidaba, lo que iba a intentar era quitármela, ¡viejo güevón!, como la vez que se puso a coquetearle a Helena, en Bogotá, acabando de presentársela, y tuve que emputarme y decirles que si querían se fueran juntos a la mismísima mierda, en la Caracas con setenta, y me bajé de la camioneta, con tan buena suerte que Helena lo mandó al carajo, lo hizo dar media vuelta y se quedó conmigo, si no, ¿se imagina cómo me hubiera sentido?

AL DESCUBRIR FRENTE AL ESPEJO que no sólo se te cae uno que otro pelo, que hay zonas ralas en el cráneo y tus cejas crecen en desorden, te detienes a mirar tu piel y consternado percibes que las arrugas que atribuías a tu sonrisa permanente y al ceño fruncido por la tensión no sólo están allí por momentos; que tú te pones serio, tensionas y sueltas los músculos para que recobren su posición, y no responden igual que antes; que se obstinan en permanecer; que las cavidades de los poros son más visibles; que los barros han dejado señales de su existencia en ti; que tu mirada ha perdido brillo; que si vuelves a sonreír la media luna ya no es tan cálida; que las encías se han subido varios milímetros; que hay un dejo de cansancio y de tristeza en tus ojos; que la nítida línea que marcaba el contorno de tus labios se desdibuja y las niñas que miran brincan otro espacio hacia el cielo gris en la rayuela de la paleta de la nostalgia, y una vez más te detienes en aquellos que la llaman. Auscultas, escudriñas, y poco a poco te sumerges en la luna profunda del tiempo que has vivido sin tener conciencia de su paso.

En el espejo, a un costado de la cara llena de espuma, y de los ojos que no se quieren ver más, mi abuelo se detenía orgulloso en la radiola que acababa de comprar; Carmen ostentaba en ella su belleza, su encanto, su embrujo, su violento arrobó. La música se reflejaba y lo envolvía, lo llenaba de valor para iniciar la jornada, mientras sus niñas observaban en el alma los ojos de las mujeres a quienes había amado y la mano conducía con destreza el filo de la navaja que rasuraba su tez. «Te estás poniendo viejo..., pensó.

¡No importa, carajo! ¡Adelante!». Y salió de la casa hecho eco del vibrar de las percusiones, con una cortada en la mejilla izquierda. Mamá Agustina lo acompañó a la puerta, seguida por Enedina y su pequeña hija Gardenia. Se echó la bendición, se puso el sombrero, se acarició la piel lastimada, y dio el primer paso con el impulso y el valor que se requieren para saltar a la arena, abrir plaza y esperar los quinientos quilos de vida que se vienen hechos frenesí hacia ti.

Durante cientos de días salió de la misma manera, y a la misma hora. Durante decenas de decenas de días encargó los materiales, recorrió las obras por las mañanas, pidió la brocha, corrigió la línea sinuosa de algún aprendiz descuidado, les dio para las onces a todos sus obreros, les encargó el trabajo, y se tomó sus aguas aromáticas, mientras negociaba un nuevo contrato o cobraba una cuenta. Durante centenares de mediodías pidió un pureje, encendió un habano y saboreó un café. Alternó el almuerzo y los piquetes con sus trabajadores, los contratistas, algún cliente y alguna de sus mujeres. Todas las tardes repitió la ruta de las obras, y al caer la noche se tomó una cervecita, para refrescarse, después de un día agotador, ala. Jugó al tejo, revisó las cuentas del administrador del bar, se echó varias partidas de póker, declamó con pasión, y coordinó entusiasmado las reuniones del partido. En la madrugada llegó antes que el sol a La Quinta –en más de una ocasión había sido sorprendido por él, pero eso no se decía– y saludó a mamá Agustina, que lo estaba esperando en la mesa con el café calientico, la cara hecha signos de interrogación y regaño. Todo más o menos normal, ala, ocho con veinticinco.

Pero cuando más seguro te sientes, cuando menos lo esperas, te das cuenta de que la seguridad y la felicidad son sólo una fantasía volátil, que cuando las palpas en su fugacidad deseas con ansia que duren, pero desaparecen. Tú quieres que todo vaya bien, tú deseas la seguridad, tú prefieres no ver los problemas ni las

dificultades; pretendes no verlos, pero ellos se yerguen en toda su dimensión frente a ti, y como no los esperabas, se te convierten en monstruos gigantescos.

¿Sabes quién me ayudó a pasar todos esos tragos difíciles?, me pregunta mi abuelo. No te lo puedes imaginar. El día que tu papá cumplió quince años me acordé de Lucy y El Paraíso. Lo invité, después del almuerzo con mamá Agustina y los otros chinos, a tomarse unos tragos. «Pablo: ¿Ya conociste mujer?». «No, pá». «Bueno, ya es hora, ya te toca, te voy a llevar». Cuando le avisaron a Lucy que yo estaba buscándola, se mandó a negar. Entonces le mandé a decir que iba con mi hijo, que cumplía quince años. Salió. Se conservaba muy bien, elegante, digna, aunque ya era toda una señorona. Me saludó con alegría, con cariño, pero marcando cierta distancia: «Mucho gusto. Tiene un joven muy guapo, aquí se lo vamos a atender como merece, sumerced. Pasen. Tómense un trago. ¿Qué le provoca, mijo? ¿Y usted, don Pedro? Un par de whiskys para los señores, en las rocas, por favor». Y mientras su papá se desvirgaba, nosotros repasamos nuestras vidas. Fue muy lindo poder volver a charlar con Lucy. Después, cada tanto, pasaba a visitarla. Nos tomábamos una aromática, un tintico o un whisky. Me dicen que su papá se hizo cliente, y que era el preferido de la china que Lucy adoptó como su hija; se convirtió en el contemplado del Paraíso. Muchas veces coincidimos su papá y yo en casa de Lucy, pero ella, muy discreta, me invitaba a pasar a la salita que tenía al lado de su cuarto, y hablábamos tardes y noches enteras, de todo, incluso de las relaciones de tu papá. Una vez me contó, muy divertida, que el chino llevó a Pedrito a desvirgarse, no recuerdo muy bien si fue ese día u otro, pero el caso es que en una ocasión terminaron en el mismo cuarto, cada uno con su vieja, claro; pero el condenado del Pedro, después de un rato, cuando cada quien terminó su asunto y su papá se durmió, le cambió la vieja. Y cuando Pablo se despertó y se dio cuenta, se armó el jaleo, ala; quería

matarlo. Pedro tuvo que salir corriendo, empeloto, hasta la calle. Lucy le pasó la ropa por la ventana. ¡Qué vergajos, ala!

«Si no hablas con alguien, los monstruos crecen, se multiplican, y te pueden aplastar, le dijo Lucy a mi abuelo, habla Píter, cuéntame qué te pasa; en serio, no te preocupes por mí; ahora te puedo escuchar sin sentirme por lo que digas, por tus mujeres o por tus andanzas. A estas alturas de la vida ya no hay pasión, mijo, sólo queda el afecto; cuéntame». Y mi abuelo se desahogó, pero sólo le contó sus problemas políticos, aunque se moría de ganas de contarle todo: Tú sabes que la política me fascina, Lucy, me apasiona, como los toros o el boxeo; cuando estamos discutiendo o planeando, todo se me olvida, como por arte de magia; adiós problemas, y se me pasan las horas volando. Siempre me gustó, pero desde que estoy con Gaitán es otra cosa. Ahora no sólo tenemos que luchar contra los conservadores, sino contra los mismos miembros del Partido, ¡carajo! No quieren dejar que Gaitán sea presidente, le tienen miedo, les aterra que el pueblo lo apoye y lo adore, y que él sí se comprometa de veras con los de ruana. La verdad sea dicha, la única solución de este país es un cambio, y hoy en día el único que lo puede hacer es Gaitán. ¿Para qué seguimos con gente como López Pumarejo?, que en vez de hacer un mejor gobierno anda metido, él y su hijo, en asesinatos y negociados. ¿Quién mató a Mamatoco? ¿Qué pasó al fin de cuentas con la Trilladora Tolima, la Handel y Las Monjas? ¿Hasta cuándo los mismos con las mismas? ¡No, carajo! ¡No hay derecho! Es cierto que hay guerra y que la situación mundial está difícil, pero eso no justifica que ya no se consiga nada, ni siquiera medicina para los enfermos, ni dulces ni maquinaria de segunda; como no se puede importar, todo sube y sube y sube. Y como si fuera poco, vive amenazándonos con retirarse. De nada le sirvió el respaldo del pueblo; con el recibimiento que le hizo la gente cuando los soldadotes esos quisieron darle un golpe de estado en Pasto, era para que se hubiera amarrado los

pantalones y hubiera puesto en cintura a los muérganos esos del congreso y a todo el mundo. Pero no, ala, la cosa siguió igual. Aquí no pasa nada. «Tienes razón, confirmó Lucy, pero ten cuidado, Píter, hay muchos rumores, y cuando el río suena, piedras lleva; ten cuidado, Píter, tengo una corazonada muy fea».

El abuelo, eufórico por la derrota de Alemania y de Italia, se sorprendió cuando aceptaron la nueva renuncia del presidente. Y más le llamó la atención la insistencia de Lleras Camargo, presidente designado, en que iba a ser imparcial en las elecciones. ¿Cómo que va a ser imparcial? ¡Claro que tiene que ser imparcial! ¿Qué quiere decir con que será imparcial? ¿Cómo es esa vaina? El Turco Turbay no le puede ganar a Gaitán, ala. La explosión de la bomba atómica lo estremeció, estaba consternado, ¿cómo es posible? ¡Tanta gente muerta! ¿Por qué? La decisión de los conservadores de participar en las elecciones con Mariano Ospina Pérez lo puso como loco: ¡Mierda! ¡Ahora sí nos van a joder! Si los liberales no nos unimos, nos jodemos, ala. Todo esto está muy raro. Cada vez que un partido se divide, pierde las elecciones. ¡La gente no aprende, carajo!

En esos días dejó encargado a Pablo de las obras, y se dedicó por completo a la política. No quiso que mi papá trabajara. No, Pablo, usted siga estudiando; tiene que terminar su bachillerato, cuidar a sus hermanos y hacer que estudien. La vida es muy dura sin estudios, mírame a mí, tanto trabajo, tanta experiencia, y lo que cuesta ahora que me den un contrato; en cambio, llega cualquier arquitecto sin experiencia, y rapidito le van soltando los contratos, los puestos y los negocios. Sumerced, estudie, mijo; con el pobre Pablo ya no hay remedio, cometí la bestialidad de no mandarlo al colegio, y ya es tarde. Mientras él cuida el negocio, tú prepárate. Y recorrió con Gaitán cada uno de los pueblitos y de las carreteras de los alrededores de Bogotá. Volaron juntos a las capitales del país: recibimientos, almuerzos, jugarretas al tejo, char-

las con los dirigentes, quejas del pueblo, líos, problemas, viudas, huérfanos, venganzas, manifestaciones, discursos; de un pueblo a otro, de una Plaza de Bolívar a otra. ¡Viva el Partido Liberal! ¡Viva Jorge Eliécer Gaitán!

Y llegó el cinco de mayo, ala, nosotros estábamos seguros de que íbamos a ganar. ¡Pero qué desilusión más hijueputa! Dizque ganó Ospina... ¡Pura mierda! Dizque Turbay quedó de segundo y nosotros de terceros. ¡Mamola! La cosa empeoró, y los chulavitas empezaron a perseguir y a golpear liberales con más ahínco. La vaina estaba cada vez más jodida en el campo y en los pueblitos; la gente tenía que salir corriendo de la noche a la mañana dejando sus finquitas, sus cultivos, sus animalitos, sus pueblos y sus muertos. Iban a parar a Bogotá, a Cali, a Medellín, a Bucaramanga, a Barranquilla. Y unos cuantos se enmontaron a pelear, a defenderse, a vengarse. En el Valle del Cauca, los pájaros, como los toros, le tiraban a cualquier trapo rojo; los liberales no se quedaban atrás, también le apuntaban a cualquier trapo azul. «Este tal por cual me las debe, y ahora sí me las va a pagar». «Tenga, para que no sea hijueputa». «¡Tenga, godo hijueputa!». «Fulano me debe una, y ahora sí voy a cobrar; tome para que no sea hijueputa». «¡Godos malparidos!». «¡Liberales hijueputas!». Pum. Pum. Pum...

Liberales o conservadores, gaitanistas o no, hijueputas o no, malparidos o no, unos se convertían en chusma, en un solo ejército de ladrones de animales y tierras, en un solo ejército de violadores, en un solo ejército de asesinos de hombres, mujeres y niños; y otros emprendían largas y lentas travesías, sin velas ni timón, boca arriba, reventados como frágiles peces envenenados, con un par de gallinazos disputándose sus tripas, río abajo. Los cementerios se convirtieron en escenarios de continuas romerías, rezos, lamentaciones y promesas de venganza. «Esto no se queda así». Las viejas y mohosas cercas eran cambiadas por otras que no paraban de moverse.

Ese fue el origen de las guerrillas, chino. Hubo muchas huelgas y el gobierno acusó a los dirigentes sindicales de anarquistas y de comunistas. Y Gaitán no paraba, ala; tenía una energía endemoniada; daba gusto trabajar con él, y daba gusto escucharlo: «Yo no soy un hombre, yo soy un pueblo. Si avanzo, seguidme. Si retrocedo, empujadme. Si os traiciono, matadme. Si muero, vengadme». «¡Viva Jorge Eliécer Gaitán, hijueputa!».

A veces hay cosas inexplicables en la vida, chino; Lucy me pidió una vez que no fuera a una reunión que teníamos en Barranquilla con los trabajadores de las navieras del río Magdalena, que estaban en problemas; me insistió tanto, y de una manera tan extraña, que no fuimos; en el vuelo de regreso, se cayó el avión en El Tablazo; fue una tragedia, ala; a mí me pareció un milagro que Lucy nos hubiera salvado de acompañar a más de cincuenta pasajeros que traía el DC4-114. Otro día, mientras me tomaba un aguardiente y disfrutaba un pasillo, recordé a mi hermano, ese del que casi nadie habla. ¿Te acuerdas? No había vuelto a saber nada de él. ¿Qué sería de su vida? ¿Cómo le estaría yendo? En ese mismo momento me llegó una carta suya en la que me decía que ya estaba cansado de cambiarle de color a las mesas y a las sillas de su casa: «Primero azul, luego rojo, azul y rojo, rojo y azul. ¿Hasta cuándo vamos a estar en estas? Ya estoy harto de recibir amenazas. No puedo bajar al pueblo a tomarme tranquilo una cerveza sin tener que salir corriendo, evitando peleas, entre puños y balazos. No sé qué hacer. Todos los días aparece alguien con el corte de franela y no sé cuántos cortes más. No sé si irme para Bogotá o si de una vez meterme a las guerrillas. Sumerced, ¿qué opina?». Nunca más supimos de él ni de su mujer ni de sus hijos. ¡Qué vaina, chino! ¡Qué vaina, carajo!

Pablo manejó bien el negocio, madrugaba tanto o más que él; no se le quedaba una obra sin visitar; era, incluso, más cumplido que el abuelo; no bebía; tenía mujeres, pero era muy discreto y casi nadie se enteraba; vivía con el overol puesto, y sólo se lo

quitaba para alguna cita importante, un negocio, un cobro, una entrega. Aún así, los contratos oficiales escasearon, y cuando subió Ospina Pérez no le dieron ni uno. Tuvo que buscar trabajos particulares, que eran más chicos y dejaban menos. Trabajaba duro, muy duro, como bestia.

Las mujeres, se lamenta el abuelo, insoportables: vivían celosas, querían que cerrara el bar, y no me creían que anduviera de gira con Gaitán; pensaban que me mantenía con viejas, y pida y pida dinero para los chinos, para los zapatos, para la mensualidad del colegio, para la ropa, para el cumpleaños; y preguntando cuándo nos íbamos a vivir juntos, cuándo les iba a comprar casa; reclamando que ya no salíamos de paseo, que una cosa, que otra, y eso se convirtió en una sola peleadera, ala. Una, la más decente, cuando ya me veía furioso, se hacía la tonta, me traía un vaso de agua y me daba recomendaciones: «Cuidado sumerced, no se ponga así, que le hace daño; cálmese, mire que le puede pasar algo». La otra, grosera, peleando. La otra ponía su cara de llorona y desamparada; me desesperaba, pero no discutía. La china que tenía en el bar tuvo un culicagado, y no hubo más remedio que ayudarla; pobre china, lo único que tenía era el trabajo, pero recién parida... Hasta Enedina me salió con reclamos, ala. ¡Es el colmo! A mi mami no la aguantaba: «Cuidado con la política, mijo. En la política los únicos que ganan son los dirigentes; cuídese, no me le vaya a pasar nada. Mire que están matando a la gente por todos lados. ¿Qué hace perdiendo su dinero y su vida en esas vainas? Póngase a trabajar, mire que la única forma honrada de conseguir dinero es trabajando, lo demás son puros problemas». Mira, vieja, le aclaraba, yo no hago política por dinero; me gusta, creo que con Gaitán pueden cambiar las cosas... ¿Por qué me habré metido en tantos líos? Vivía de mal genio, claro; por cualquier cosa sentía ganas de gritar, de golpear, hasta de matar, ¡caray!

Un domingo me despertaron los chinos, venían de la mano de su papá. Mamá Agustina los llevó a mi cuarto. Los vi entrar con la cara larga y una bolsa debajo del brazo. ¿Qué pasa, mijo? «Mi mamá se fue para Palmira». ¿Cómo que se fue? ¿Qué vaina! Yo la seguía queriendo, pero la cosa entre los dos estaba cada vez más difícil, y ella decidió irse. ¿Qué podía hacer, ala? Quizás esperaba que yo la fuera a buscar, pero eso sí no... Yo le perdoné que se casara con el pendejo ese del Ramón, ¡y ahora otra vez lo mismo! ¡No! Eso ya no es amor, chino. Hasta allí no llego yo. ¡Ni p'uel putas, carajo! ¡Se acabó esta mierda, carajo!

Dicen que lloraba a escondidas. Pero pronto la putió y la contraputió por no haberlo esperado; la recontraputió por terca, por exigente, por no entender, por egoísta, por mala madre, por bruta, por pendeja, por culipronta, por cuanta grosería se le vino a la cabeza, por puta, ¿para qué darle más vueltas? ¡Carajo! Y prometió que, si llegaba a encontrarse con el malagradecido y el hijueputa ese del Marco Antonio, lo mataría. Esa semana no salió a trabajar ni a tomarse una cerveza ni a reuniones ni a nada. No puedo, ala, los niños están enfermos y debo cuidarlos. Gracias, ala, otro día será; me siento mal. Harto de inventar explicaciones, dio la orden de que no lo pasaran al teléfono, y que no recibieran a nadie. Sin embargo, mamá Agustina hizo varias excepciones con doña Nubia, y con Tránsito, y con Lucy, y con La Lunareja, y con las chicas del Paraíso y con las trabajadoras del bar La Liga; incluso le pidió a los íntimos del abuelo que les avisaran a las amigas que estaba enfermo; que vinieran a visitarlo. Para ella era un placer que los amigos y las amigas de su hijo vinieran a verlo; claro que serían bien recibidos. No faltaba más.

«Don Pedrito tiene tifo». «No, tiene la gripa oriental». «No, lo que está es triste». «¡Qué val!». «Hay que ir a verlo». Visitas, flores, chokolatines, coñacs, aguadepanela bien calientica, con limón y brandy, inciensos, vapores de eucalipto, baños de hierbas, leche

de cabra en la tina, comida y periódicos en la cama, masajes, y mil cuidados más de las visitas, que no es del caso detallar, para no parecer exagerados o barrocos. Eran tan comedidas, que muchas veces llegaron a sacrificarse y se quedaron atendiéndolo por la noche. Tránsito venía tres veces al día. «Pobrecito, mi chino, Dios me lo proteja», decía mamá Agustina, que se puso feliz cuando mi abuelo le anunció que el lunes siguiente volvería al trabajo, y organizó una recepción de agradecimiento a todas las personas que habían tenido el buen corazón de venirlo a ver. Fue una parranda de esas que se le quedan a uno en la memoria, chino; hubo música, trago y comida hasta para botar por lo alto. ¡Qué fiesta, ala! No paré un minuto. Convaleciente y todo, me di el lujo de bailar todas las piezas, ¡y si hubieras visto la cantidad de viejas que fueron! ¡Qué detalle, ala! ¡Qué detalle!

El domingo a mediodía, después del almuerzo y la oración de gracias, mamá Agustina le pidió al abuelo hablar a solas: «Mire, mijo, ya estoy muy vieja para estos ajetreos, eso de criar tantos chinos ya no es para mí. Tengo que estar pendiente de los de Rosa; de los de Gardenia —que se había fugado con un músico de los Llanos Orientales y regresó con dos culicagados—; de los de Pablo, que ya tiene dos y me los trae a diario, porque la mujer trabaja; de los dos de Enedina... Esto es un verdadero colegio, y yo no puedo. No sé qué vamos a hacer, sumerced. Quizás es hora de que te busques una buena mujer y formes un hogar... Me siento muy cansada, mijito. Mire cómo vamos a resolver este problema, porque yo ya no doy más».

Aunque mamá Agustina protestaba, en el fondo se sentía feliz con todos los chinos en la casa; parecía que hubiera rejuvenecido. Pero un día cayó enferma; a pesar de eso se mantuvo en pie, organizando los desayunos y los almuerzos, y cuidando que no se les hiciera tarde, pues, si los devolvían, Pedrito se ponía furioso. «Yo ya no puedo más doña Agustina, Pablito se cambia de camisa

dos y tres veces al día, y por cualquier arruga tira la ropa al suelo y la pateo; yo ya no puedo más», protestaba Enedina. «Tranquila, hija, no se desespere, déjeme yo hablo con él». No le decía nada, le parecía ver retratado a su hijo en mi papá, y se reía.

Un día, tiempo después, el abuelo se quedó esperando el juguito y el tintico en la cama; extrañado, llamó a Enedina, que llegó rápido con el café, el jugo y la prensa. ¿Y mi mamá? «No sé, don Pedro, no se ha levantado». ¿Cómo? Era la primera vez que se quedaba en la cama hasta tan tarde, ahora sí se está poniendo vieja mi mamá, ¡qué vaina! Antes de salir, fue a pedirle la bendición, pero no la pudo recibir. Mamá Agustina reposaba en la cama con una placidez enorme, boca arriba, las manos entrelazadas con un rosario. El entierro fue imponente, centenares de coronas, ramos de flores, esquelas y condolencias; del Partido, de la Sociedad de Amigos del Sur, del Paraíso, de La Liga, de los contratistas, de los albañiles, de los vecinos, no faltaron músicos ni bardos que acompañaran al abuelo y a los familiares y allegados. Esa noche, y las ocho siguientes, La Quinta estuvo tan activa como en las fiestas de los fines de semana. El tinto, el aguardiente, el coñac, el whisky, los lamentos y los chismes circularon por la sala y los pasillos; pero ahora no había ni música ni baile. El abuelo deambulaba entre la gente y los recuerdos como barco desprotegido en la tormenta, sin brújula, sin luz, en medio de gigantescas olas, truenos, viento y frío. El frío le calaba los huesos; los pies estaban helados, ni siquiera los tres pares de medias que se puso una sobre otra lo pudieron calentar; en vano se friccionaba las manos con fuerza. «Un coñac, don Pedro, tómese un coñac para que entre en calor», le decían; pero nada.

Después de varias semanas de encierro, Jorge Eliécer Gaitán fue a visitarlo: «Pedro, no te puedes aislar ni morir, déjate de joder, y ayúdanos: ahora más que nunca necesitamos seguir adelante. Tenemos que organizar una campaña contra la violencia, si no,

nos van a derrotar a punta de cruces. Hay que acabar esta matadería de gente, y la única forma es ganando las elecciones, haciendo un gobierno distinto, teniendo en cuenta al pueblo. Párate, necesitamos gente como tú».

Y el abuelo se levantó con más bríos que nunca; trabajó entre quince y dieciocho horas diarias, recorriendo los barrios de la ciudad y los pueblos cercanos, colocando carteles, reuniendo gente, moviendo mesas, trepándose en ellas, echando discursos, acompañando a Gaitán, preparando sus llegadas. Los periódicos registraron la imponente manifestación de doscientas mil personas en torno al caudillo, quien pronunció su célebre «Oración por la paz», en medio del silencio total: «Señor presidente Ospina Pérez: Bajo el peso de una honda emoción me dirijo a Vuestra Excelencia interpretando el querer y la voluntad de esta inmensa multitud que esconde su ardiente corazón lacerado por tanta injusticia, bajo un silencio clamoroso, para pedir que haya paz y piedad por la patria... Os pedimos que cese la persecución de las autoridades; así os lo demanda esta inmensa muchedumbre y este grito mudo de nuestros corazones, sólo os reclaman que nos tratéis a nosotros, a nuestras esposas, a nuestros hijos y a nuestros bienes como queréis que os traten a vos, a vuestra madre, a vuestra esposa, a vuestros hijos y a vuestros bienes...».

Al día siguiente, en Manizales, las multitudes gaitanistas, en completo silencio, escucharon la sonora e impactante respuesta proveniente de los techos y balcones oficiales: los balazos fueron convincentes. La plaza quedó vacía. Gaitán y sus más cercanos colaboradores volaron de inmediato a Manizales. En el entierro se escuchó la voz del caudillo, furiosa, indignada: «Seremos superiores a la fuerza cruel que habla su lenguaje de terror a través del iluminado acero letal. El dolor no nos detiene, sino que nos empuja... Vuestras sombras son ahora la mejor luz en nuestra marcha». Discursos, acusaciones, mítines, improprios, debates,

charlas secretas, listas, negociaciones, renunciaciones, nombramientos, preparativos para la IX Conferencia Panamericana. Persecuciones, muertes, discursos, poemas, muertes, más muertes, discursos, más discursos y poemas, muertes y muertos. Justificaciones, indignación, venganza. La muerte. La violencia. Torbellino incontrolable de palabras y balas. Balas y palabras hechas incontenible e interminable torbellino mortal. Mortal torbellino.

Lucy vivía obsesionada con la muerte: «Ten cuidado, estos son tiempos de guerra, no de paz; Mahatma Gandhi murió asesinado; cada día hay más muertos en Colombia, si se descuidan, los van a matar». Gaitán continuaba con su actividad febril: mítines, reuniones, interrogatorios, juicios, entrevistas, la jefatura del partido liberal, viajes, preparativos, discursos... «Dile a Jorge Eliécer que hoy no reciba a nadie», le mandó a decir Lucy al abuelo; pero él se rió cuando mi abuelo le dio el mensaje. De todas maneras no iba a recibir a nadie, quería estar tranquilo, pues el día anterior había sido muy duro, y canceló dos citas sin importancia.

Al salir de la oficina lo estaba esperando en la Jiménez con séptima Juan Roa Sierra, a quien no había querido recibir. Los balazos hicieron blanco en el cuerpo del líder popular. Contra los mostradores de la Droguería Granada, el asesino escuchó con pánico el bramido de la muchedumbre con ansias de venganza: «Hijueputa: ¿por qué hizo eso? ¿Quién lo mandó? ¿Qué pasó?». «¡Ay, señor!, cosas que no se pueden decir. ¡Virgen del Carmen, sálvame!», fue lo último que articuló en medio de los puñetazos y las patadas. Pronto quedó hecho un guñapo sanguinolento frente al Palacio Presidencial. «Muera el gobierno. ¡Abajo las oligarquías asesinas!», gritaba la gente. Las piedras se estrellaron contra los vidrios, que saltaron en añicos. Las manos se empuñaron; agitadas golpearon el aire. Se abrían y tomaban de las vitrinas y los estantes ropa, zapatos, comida, libros, entre éstos uno que acababa de salir: *La Balanza*, «antes de que los quemen» —se justificó un intelectual—,

picos, palas, machetes, clavos, sombreros... Se vertía gasolina y los fósforos rasgaban el aire; los tranvías y los carros mostraron su panza de lata retorcida en medio de las llamas. Se empuñaban micrófonos, brotaban incendiarias conminaciones a la revolución, y pausados llamados a la cordura, a la paz y al orden. Desde los techos, balcones y torres se desgajaban los balazos. Las fauces de la fosa común tragaban sin descanso cuerpos acribillados, cercenados, violentados, carne chamuscada. Torbellino incontrolable de palabras y balas. Balas y palabras hechas incontenible e interminable torbellino mortal. Mortal torbellino.

La lluvia apagó toda clase de fuego, y los hombres regresaron sin aliento, la pasión apaciguada, la ilusión hecha jirones, la resignación a cuestas, a sus casas humildes; a cambio, en las manos, el pírrico y efímero botín. Los dirigentes liberales y conservadores integraron un nuevo gobierno, y llamaron a la pacificación y al restablecimiento del orden. La casa de Gaitán fue declarada monumento nacional. Algunos de los líderes revolucionarios siguieron escribiendo proclamas y discutiendo programas en sus escritorios y en las mesas de los cafetines; otros se fueron al campo a organizar en armas los ejércitos revolucionarios, tras una nueva sociedad que quizás nunca llegaría.

Poco a poco se volvieron a oír las voces de los taladros y los soldadores autógenos en medio del olor a nafta, a pintura, asfalto caliente y aceite quemado. Las chimeneas siguieron fumando, los trabajadores continuaron trabajando, los campesinos sembrando, las cercas moviéndose. Allí cae entre la polvareda un arco español, más allá una pilastra romana se rinde ante la convincente acción de los mazazos, acá se erige un moderno edificio de cinco pisos, a lo lejos una residencia oxoniana y un palacete francés. Los jóvenes se dan los primeros besos en la calle mientras hacen fila para entrar al cine; los mayores se citan a las cinco en un salón de té, y en las noches asisten al cóctel o toman su lugar en el cabaret. Las señoras

comentan en los salones de belleza que fulanito se divorció; «sin rompimiento de vínculo, ala, y se volvió a casar en el país vecino. ¿Qué te parece, ala?».

EL ABUELO RECORRIÓ DE UNAS CUANTAS ZANCADAS, tomándose el sombrero con la mano derecha, el par de cuerdas que separaban el café de la Séptima con Jiménez, donde estaba tomando su pureje, del lugar donde atacaron a su dirigente; cuando llegó, ya se habían llevado al moribundo. Tomó un taxi hasta la Clínica Central. Después, se impusieron la desolación y la impotencia. Durante horas caminó sumido en el dolor; pasó una vez más por la callecita por donde había llegado a Bogotá, deambuló sin rumbo fijo por el centro de la ciudad, pasó por su primer casa, la Plaza de Bolívar, la Catedral, los teatros, la plaza de toros, el local de fotografía, los mercados, las chicherías, los cafés, y al caer el sol se encontró en El Paraíso. Se detuvo en la puerta, vaciló, y siguió adelante. Tampoco fue a La Liga ni a la Sociedad, continuó rumbo a La Quinta. Le pidió a Enedina un whisky, y brindó con Jorge Eliécer, con mamá Agustina, con Carmen Francesca, doña Tránsito, Rosa, Lucy, los hijos, y hasta con los nietos. Apagó las luces, puso música, y se quedó pensativo. Pronto llegó el sueño, y desde él, en el sillón, el brindis fue eterno, y desfilaron los personajes de su vida: su papá, los paisas, su hermano, el negro... Enedina lo desnudó y lo invitó a la cama. Él le agradeció y le pidió que cerrara bien, que no lo despertaran al día siguiente.

No quiso salir; oía las noticias y hablaba por teléfono. Se vistió para el entierro, de negro, camisa blanca, corbata y pañuelo rojos; claveles rojos y blancos en la mano. Multitudes, discursos, reconocimientos, acusaciones, interrogantes, amenazas, promesas. ¿Y la vida? ¿Y los sueños de tanta gente? Del cementerio fue a parar al

Paraíso; al abrazar a Lucy sintió unos deseos enormes de llorar, pero sólo un par de lágrimas aguaron sus ojos. Lucy lo contempló hasta que se quedó dormido, borracho. Al día siguiente se sorprendió al darse cuenta de que estaba en su cama. Ella no estaba junto a él, se había dormido en el sofá de la salita adyacente. Desayunaron en el jardín. Sólo se escuchaba el canto de los canarios y las mirlas.

Pablo le confirmó que no tenían trabajo, que había despedido a la mayoría de los trabajadores, y que en el banco no había un peso, a pesar del préstamo que les había hecho el gerente. El abuelo creía recordar que su hijo le había comentado algo, pero nunca se imaginó que el asunto estuviera tan grave, creía que exageraba por la inexperiencia. Revisó las cuentas con rabia, y lleno de contradicciones. ¿Me habrá robado este vergajo? No, todo estaba en regla. Seguro descuidó el negocio... Revisó las fechas de entrega, las fechas de los cheques de pago, todo. Y todo estaba en regla, él no lo habría hecho mejor. ¡Él ni siquiera hubiera apuntado esas vainas! Salió de la oficina sin decirle nada a nadie. Palmeó al hijo en el hombro, y cerró la puerta con cuidado, tanto que ni se oyó. Se dirigió al banco y el gerente le confirmó la situación: «Lo siento, Píter, es como si tuvieras una maldición encima; te doy una prórroga de tres meses, no puedo más».

No quiso ir a La Liga; ya sabía que la habían saqueado, que no quedó ni una botella viva, que los espejos estaban rotos y que la hermosa barra de madera labrada era un montón de trozos y esquirlas; de los estoques y las banderillas sólo quedaba la silueta en la pared. El administrador y las meseras tuvieron que salir corriendo; la muchedumbre no les creyó que su patrón fuera amigo de Gaitán: «Qué Gaitán ni qué hijueputa, desaparezcan de aquí antes de que sigamos con ustedes, putas de mierda, y usted también, maricón. ¡Malparidos!».

Pidió audiencia con varios de los conocidos del Partido, que ya se habían integrado al nuevo gobierno; pero después de varias

antesalas de más de una hora, los mandó a la mierda, a ellos, al Partido y a la política. Uno de sus viejos conocidos le propuso que se asociaran para levantar el bar. «Mira, Pedrito, yo te presto el capital y vamos a medias; eso sí, tú comprendes, la administración es mía». El abuelo aceptó y firmó los pagarés que le exigió el socio. Los contratistas amigos me pasaron pequeños trabajos, ala, pero no me dieron ni uno sólo que valiera la pena, se lamentaba mi abuelo; vendí la maquinaria, para los gastos, chino, ¿qué más podía hacer? Tenía la casa llena: su papá y Gardenia, porque Pedro y Orlando se habían ido con su abuela poco antes de que muriera mamá Agustina; los dos de Enedina; el recién nacido de la muchacha del bar, que me lo fue a dejar en una canasta, como si fuera Moisés; los de su tío Pablo; los de Gardenia, que regresó con dos chinos, y los de su tía Agustina, que ayudaba a cuidarlos a todos. Además, tenía mis obligaciones con doña Nubia y los tres chinos. Los mercados eran enormes, ala, súmale colegios, ropa, libros...

Se pasaron volando los tres meses, no pudo pagar y remataron la maquinaria que le quedaba. Sólo hacía uno que otro contratado de pintura; a duras penas conseguía para la lata. El bar se movía, pero no era gran cosa. No le pudo pagar al socio, y le embargó la casa, según unos; según otros, le había servido de fiador al socio, y como éste no pagó una deuda, «embargaron a mi papi. ¿Cómo te parece? Por caritativo, por buen amigo. ¡Es el colmo! –Al llegar a este punto, mi tío Pablo se toma un trago de aguardiente–. Bebo poco, menos con la familia, chino, pero hoy me tomo un trago con usted, y relata la pérdida de La Quinta: La perdió por puro caprichoso. Contrajo una obligación con un señor, una suma irrisoria; con qué destino, no lo sé, el caso es que nunca pagó intereses, y la cuenta fue creciendo; remataron la casa y el viejo se quedó sin nada. Creo que ahí fue cuando él se dedicó a vivir con doña Nubia, en un apartamentico. Su abuela Agustina acababa de morir, ella murió en La Quinta».

El viejo se quedó sin la casa, sin contratos de importancia, sin dinero, y con la costumbre de gastar como si fuera rico. Al principio pudo seguir con sus fiestas, sus paseos y sus parrandas; pero, después, los amigos lo fueron olvidando. «Interés: ¿cuánto valés?». «¿Cuánto tienes?, tanto vales». Repetía la abuela en cada ocasión en que la vida, terca, demostraba la sabiduría popular. El abuelo hizo un último intento por mantenerse independiente: puso un molino, y le dio trabajo a mi papá, pero no les fue bien. Sus mujeres dijeron que por andar bebiendo; cierto o no, ninguno de los dos tenía experiencia en negocios de producción. El viejo sabía contratar construcciones, pinturas y carreteras; comprar ladrillo, cemento, arena, pintura; sabía a cómo le salía el metro cuadrado de pintura o de repello, y era excelente para calcular al ojo: «¿Un edificio de tres plantas con cuatro cuartos por piso y dos pasillos?». «Umm... Vale tanto». «¿En cuánto me pintas tal casa?». «Te la dejo en tanto, ni un peso menos. Vamos a cerrar el negocio a tal restaurante, ¿te parece?». Mi papá sabía cuál era el sueldo mensual de un empleado bancario, y cuánto se podía sacar de comisiones en las ventas de mostrador de Caterpillar o de la General Electric; sabía un poco de inglés, y había aprendido cuánto podía costar un motor de equis caballos de fuerza o una planta de tantos kilovatios. Ambos sabían muy bien el precio de una botella de whisky o de coñac o de aguardiente, y en cuánto salía un piquete para veinte o treinta personas. Pero de costos fijos, cálculo del valor del trabajo y de la mercancía, de los problemas del mercado, del almacenamiento de harina, de los peligros de la humedad y los hongos, nada; menos de entrar y salir a una hora fija, o no putiar a un trabajador porque no quería seguir después de la jornada normal si no le pagaban horas extras o porque se negaba a venir los domingos; en fin, para mi papá fue la primer quiebra, y para mi abuelo la última.

Pablo se independizó como contratista de pintura; trabajó duro y logró un pequeño capital, que nunca dejó de incrementar.

Mi papá se dedicó a comprar y vender antigüedades, a reproducir ciertas piezas, a rematar repuestos, motores y máquinas de segunda; poco a poco fue consiguiendo sus pesos, y aprendiendo a usar sus buenos modales y su simpatía. Y le dio trabajo al abuelo, le pagaba por comisión. Cuando hacían un negocio, celebraban por varios días. Festejaban el fin de semana, los cumpleaños, el día del padre, el día de la madre; pronto festejaron los negocios que podrían salir; cuando ya no tenían ni un peso en el bolsillo, bebían fiado y se divertían más que nunca, «la plata no importa tanto, ala». Pero cuando pasaba y pasaba el calendario y sus mujeres les pedían para el diario o para la ropa de los niños o para el colegio, se ponían de mal genio y terminaban discutiendo con ellas, y luego entre ellos. Después celebraban las reconciliaciones.

Doña Nubia, la única mujer con la que vivió mi abuelo, recuerda: «Fue y me dejó los hijos en una carretilla, poco después de la muerte de la abuela Agustina. Yo estaba viviendo en El Vergel; él vivía en La Fragüita, con las dos Gardenias, pero ya no tenía con qué pagar el arriendo, ni nada de eso; entonces se vino conmigo. Tomó una pieza y amontonó todo lo que le dejaron, viejeras, y fue vendiéndolas poco a poco, y se redujo a nada, a lo que yo tenía.

»Estas casas las ofrecieron en trabajo comunal; yo me conseguí un formulario, eso hice cola desde las tres de la mañana, pero valió la pena. Su abuelo trabajaba todos los domingos; cuando nos pasamos no había ni agua ni luz ni pisos, sólo cemento. Él fue el coordinador de la manzana; la doctora del Instituto lo quería mucho, tal vez por eso le dieron la casa esquinera que todo el mundo peleaba. Lo nombraron coordinador, porque él ayudaba a los vecinos; él era muy caritativo. Un día quitó el lavaplatos y se lo regaló a una viejita. El local quedó en obra negra. Él, para qué, pintó varias veces la casa, hacía sus arreglos, sembraba planticas, las regaba, las cuidaba, y cuando no lo veían, les hablaba; hasta hizo una pintura de toros. Estuvimos a punto de perder el rancho

varias veces; cuando ya veía pegado el aviso del remate en la puerta, salía corriendo a conseguir prestado. Tenía loros, canarios, toches... No era muy aficionado ni a los perros ni a los gatos. '¿Para qué tener esos pobres animalitos encerrados en un cuchitril de éstos?', decía. Pero eso sí, le gustaban los pájaros. Le fascinaban las rosas, los claveles, los pensamientos. Él se sentía muy bien cuando venían los nietos a visitarnos».

Suspendo; interrumpo la historia para ir a buscar flores. Quiero levantar la vista y sumergirme en los claveles rojos y blancos de mi abuelo, en los pétalos amarillos, azules y lila de sus pensamientos, en los gladiolos rojos y blancos de mi abuela, en los multicolores claveles, rosas, girasoles, alcatraces, nardos, alhelíes, gardenias, nubes, ramas florecidas de durazno, violetas y geranios. Atravieso desprevenido el centro de la ciudad de México. Las puertas de las calles están atiborradas de chamarras, pantalones, casetes, camisas, faldas, muñecos, electrodomésticos, fantasía, «tenis importados, gabachos, señor», discos, música tropical, rock pesado, baladas, alguna ranchera, un bolero, originales y piratas, extranjeros y nacionales, una indígena vende muñecas de trapo, una señora palmea tortillas para los tacos, las flautas y las quesadillas, una puta, un borracho, dos teporochos, un policía..., un joven corre con una cartera de mujer en la mano, la gente se abre a su paso, una anciana llora y maldice, un hombre con el periódico en la mano izquierda manipula con la derecha tres tapas de cerveza: «¿Dónde está la bolita?, arrímese, ¿dónde está la bolita?, anímese no más, güerito». Cruzo una puerta y estoy en un cuarto oscuro; huele a mierda y a orines; el piso está mojado; siento un vacío en el estómago, la garganta se me cierra, me dan ganas de escupir, no me atrevo, me da pena; salgo a un patio donde todo es luz, no hay techo; en el medio se levanta una escalera muy amplia y la mirada se va con los escalones, al décimo se acaban las escalas contra el cielo, limpio, azul y brillante, como si algún dios azteca pintara en ese

momento la imagen mestiza de la región más transparente. Pasa el efecto deslumbrante y encuentro a lado y lado del cielo un par de escaleras; a los lados, las ruinas de fuertes muros; hay un cuarto sin techo, vacío; otro tiene un cielo raso de plástico rosa, cuelga como aletean las finas y coloridas telas de las tiendas de los emires en el desierto; en el piso, un sucio colchón con la paja al aire; un armario viejo, un asiento y una bacinilla completan el escenario. ¿Los actores? Un hombre semidesnudo duerme su borrachera, su peda, tirado en el colchón; un niño, mocososo, encerrado en un corral de madera, mira por entre sus manitas aferradas a los barrotes. Afuera, en cuarenta centímetros de pasillo, la mujer cocina unas cuantas verduras. «¿Gusta?». Me ofrece una sandía. Acepto un pedazo y siento una patada en el estómago. Bajo. Al pie de las escaleras hay una puerta semiabierta, en la penumbra se ve un cuarto, la cama vacía, tendida, un armario con un espejo donde se refleja el resto de los muebles, un camarote metálico de dos pisos, una cuna de madera con calcomanías de Disney; afuera, pegada a la puerta, en el pasillo, una estufa sobre una escuálida mesa; a su lado, otra mesa con cuatro sillas. En el patio, los niños juegan a las canicas. Yo recuerdo que era malísimo para las bolas, el trompo y los cinco huecos. Uno de los niños, debe tener unos ocho años, levanta la cara, tiene un golpe feroz en el ojo, completamente negro; mi amigo le pregunta que con qué muro se estrelló. Los otros niños ríen, él sonríe; uno de los chamacos lo mira con afecto y dice que fue él quien se lo madrió, pienso que no es el golpe de un niño, la marca abarca el ojo, se sale a la mejilla y la cubre; el niño lo mira, sonríe y hace un gesto: «¡No mames!». Quiero vomitar, me aguanto. Ahora arrojo palabras. Recuerdo cuando mi papá me agarró entre sus piernas, no olvido el puñetazo que me pegó, no puedo revivir bien lo que sentí. Vienen a mí las palabras de doña Nubia y su hijo Pedro, recordando a mi abuelo: «Pedro era cariñoso, pero cuando se enojaba, era terrible. ¡Ay! Eso armaba unos

escándalos... Una vez le dio una muenda tan injusta a Pedro, tan injusta; eso lo cogió a patadas, le volvió la cara una nada. Cuando regresó del entierro de Orlando, que murió de los riñones, joven-cítico, pobre muchacho, en Palmira, llegó envenenado. Nos sacó a media noche de la casa, rompió espejos, hizo pedazos todo lo que se le puso por delante; a mí me tiró con una plancha».

El tío Pedro recuerda: «En la época en que me fui a la Armada, él ya trabajaba con su papá, compraban y vendían camarotes, escritorios viejos, antigüedades y chécheres. A mí me trataba bien. Como a las nueve y media de la mañana me llevaba las medias nuevas. A los otros hijos los trataba mal. ‘¿Qué hubo, vergajo?’. Y ¡pam!, su patada. A mí una sola vez, y claro, el viejo tenía razón. Estaba con dolor de muelas y una crisis nerviosa; y cuando llegué, como a las doce de la noche, a poner pasodobles y a beber aguardiente: ‘¡Apague esa vaina!’. ¿Por qué, hombre? Se paró y me levantó a muñeca. Cuando venía Yadira, mi mujer, él la consentía, le traía bocadillitos y otras vainas; llegaba como a la una o dos de la mañana con regalitos».

Mi abuelo y mi papá eran grandes amigos; trabajaban y bebían juntos, juntos iban a las fiestas, y organizaban los paseos y las parrandas, en el tejo hacían mancuerna, no faltaban a los toros, iban a las mismas casas de putas, ambos hablaban mal el uno del otro, pero apenas se encontraban, se abrazaban y besaban con gran alegría y bullaranga; eran todo un tándem. Yo recuerdo que una vez empecé a oír comentarios extraños, secretos, rodeos de misterio, censura y compasión. «¡Pobre Pablo!». «¡Pobre viejo!». ¡Mi papá y mi abuelo se habían peleado!

Doña Nubia me interrumpe, Pablo le arrebató la palabra. Mi papá interviene. Mi abuela sentencia. Hablan uno sobre el otro. No sé a cuál seguir. No sé quién habla: «Pedro Pablo era su adoración, era los dos ojos de su cara, su niña bonita, hasta que perdieron la amistad... Hasta cuando se pelearon... Lloraba ese

hombre cuando llegó a la casa... Comenzó a sentar cabeza. Ya se reunió con su padre y trabajaron juntos hasta el final. A raíz de la desavenencia grave que tuvo con Pablo, se arrimó a mi lado, y yo le brindé todo mi apoyo... Lo auxilié mucho... Él decía: 'Estoy pelado, ala, pásame esto', y la vaina... Peleaban por la plata, por las cuentas, que mi papá me quitó, que Pablo me hizo... que no sé qué... pero no se pusieron a pensar que cuando su abuelo se sacó la lotería eso eran sólo paseos para la costa, para Palmira, para una parte y para otra, a jugar al tejo, a beber, a piquetear, fiestas de San Pedro y San Pablo... Bueno, desbarató la lotería en minutos, y después andaba sin cinco... Después de eso yo le ofrecí trabajo, y mi apoyo. A darle esto y aquello, a tenerlo en las obras como vigilante, sobrestante, como director de obra, llamémosle así, más que todo. Devengaba bien, y mantuvimos maravillosas, pero maravillosas relaciones, porque siempre evité el problema de la tomatá con él. Nos respetábamos mucho, tanto es el caso, que yo fui una persona que nunca me atreví a tutearlo, ni tú, ni viejo, sino 'Papi, buenos días. ¿Cómo está, sumerced? ¿Sumerced, hizo tal cosa?'. Y me dediqué a darle una buena atención al viejo, que no tuviera problemas, ni a crearle problemas dentro de mi negocio, tanto como deberle o que vinieran a cobrarle a uno, y que tuviera que aguantar el viejo groserías, nada de eso. Estaba bien, le pude prestar su atención médica, muy correcta, muy oportuna, por intermedio de Totó, quien fue el médico de cabecera del viejo. Lo interné dos veces en el Hospital Militar, y hasta que Totó no me lo entregó bien de salud, no volvió el viejo para acá. Aquí él tenía un sueldito y comisión, un porcentaje sobre las ventas. Acá él era el dueño absoluto de las cosas, si hacía alguna cosa mal, por alguna circunstancia: 'Muchas gracias, papá, pero haz el favor de tener más cuidado...'. Pero no pasaba de ahí...».

Recorro el sur con mi papá; el día es gris, llueve, las calles están llenas de charcos, la gente se arrincona contra las paredes para que

los carros, al pasar raudos, no los salpiquen de barro... «¡Hijueputa!». «Fue una metida de patas, fue muy duro... Mi papá era mi adoración, yo lo quise mucho, tal vez en demasía, pero cuando disgustábamos por algo, lo primero que hacía era mentarme la madre, y decirme cosas de mamá, y yo no soportaba. Varias veces le dije: ‘Papi, no me putees, no hables mal de mi mami...’. Pero era peor... ¡Hijueputa!...’. Y no me pude controlar, fue una metida de patas, ala. Una metida de patas...». Descargó un derechazo en el rostro del viejo, con toda la fuerza de un hombre joven y corpulento, de cien o más kilos, acostumbrado a levantar grandes pesos. Lo siguió un izquierdazo, con la misma fuerza y la misma rabia, luego fue sólo el impulso de la ceguera de la descarga en el blanco, del golpe certero, y otro, y otro más, y otro más...

El viejo sabía que en el boxeo no sólo contaban la fuerza, la rapidez, las ganas y la violencia, era fundamental la sorpresa, y él no estaba en guardia, lo habían sorprendido con la guardia baja. Supo por primera vez en su vida lo que era la derrota física; el primer golpe lo sorprendió, el segundo no lo dejó recuperarse... En el suelo, miraba desamparado, perdido, sorprendido. Pensó levantarse, si lo lograba, le partiría el alma al hijueputa de su hijo, ¿cómo no se dio cuenta nunca que era hijo de Rosa, esa puta que se le enfrentó a escobazos, esa que se casó con el zapatero del barrio y se fue a vivir con su empleado más joven, «¡hijueputa!». Y recibió una patada. Lo sorprendió de nuevo. Era una fiera herida atacando sin pensar. Allí sí sintió el viejo que se moría; la pelea con el negro no había sido nada. Las patadas le dolían en el cuerpo, pero más le dolían en el alma. Así no se pelea, menos con un amigo, menos con el padre. «¡Hijueputa!». Y vio venir, en medio de la sangre, la pata de bronce estilo Luis XV. «Levántese don Pedro, con cuidado, yo lo ayudo», le decía Miguel, el vigilante, que había desarmado a mi papá, y le extendía la mano al abuelo. «Perdón, viejo. Perdóname, no sé qué me pasó. Es que sumerced me

estaba insultando y perdí la cabeza. Perdóname, viejo, por favor», repetía mi papá; pero mi abuelo no le contestó. Nunca más le contestó una palabra. Nunca más lo quiso ver. Llorando, apoyado en los hombros de Miguel, sintiendo la cabeza como una bomba, tomó un taxi.

Me pegó, Nubia, Pablo me pegó. Mi propio hijo me pegó. Mi abuelo no dejó de llorar ni de repetir eso durante varias horas, hasta que se quedó dormido. En sueños, mi abuelo seguía diciendo lo mismo: Me pegó. Me pegó. Mi hijo me pegó. Y lloraba. No salió de la casa hasta que no se le borraron el negro del ojo y los moretones de las piernas y la espalda; pero nunca se pudo quitar la marca de la mirada de los vecinos ni la de doña Nubia, preguntándole, aterrada: «Pero ¿qué le pasó, mijito? ¿Quién fue la bestia que lo golpeó así?».

«Al final, Pablo le pegó, cuenta doña Nubia, menos mal que el obrero que tenían le quitó el tubo, o si no, Pedro hubiera muerto en las manos de Pedro Pablo, porque estaba en el suelo y lo iba a rematar con una pata de bronce; el hombre lo retuvo... Borrachos, claro, y él llegó a la casa con un turupe así de las patadas que le dio, inmenso, una cosa así, como una cabeza de ternero... Pobre, le pegó el hijo. Su hijo preferido, su adoración, su amigo de parrandas...».

«Hágame el favor. Nunca tome con su papá; acuérdesse de mí, hágame caso, empiezan bien y terminan perdiéndose el respeto», no se cansaba de repetir mi abuela; pero años después, bebiendo, mi papá putearía a mi mujer, porque no habíamos acabado de separarnos y ya andaba con otro; a mi amante, porque era casada y estaba conmigo; a mi hermano, porque tenía sida; a mi mamá, porque cuando hicieron el amor por primera vez ya no era virgen, «Yo que me la llevé al río creyendo que era mozuela, pero tenía marío». Viejo, por favor, no digas más pendejadas. «¡Hijueputa, no me hables así!». Viejo, no me putees... «¡Qué no me hables así,

carajo! Y cuida a tu hija, que siendo tan niña anda contando cuentos verdes como si nada». Recordé que él mismo la había subido a la mesa, con sus cuatro añitos, para que le contara esos mismos cuentos verdes, a él y a sus amigos... «¡Esa va detrás de las otras! Lo quería matar... Mejor no hablemos más, viejo, dejemos las cosas así». «Así, ¿cómo? ¡Pendejo! Tú mejor no digas nada, porque lo que pasa es que eres un maricón. Mejor cállate, porque si no...». Si no, ¿qué? «Te reviento de una trompada». No le dije nada, pero con los ojos le gritaba: Eres un pendejo. Eres un macho de mierda. ¡Eres un hifueputa! Y me soltó sus cien kilos en un trompadón que no supe cómo paré con el antebrazo izquierdo, y por instinto salió mi mano derecha con toda la fuerza, y lo volví a agarrar con el izquierdazo siguiente. Al primer golpe le rompí el labio. Quienes estaban a nuestro lado intentaron separarnos, pero los puños iban y venían. La mesa era chica y era difícil salir de entre ella y las sillas; la lámpara de cerámica, colgando entre nosotros dos, se movía como pera de box con cada golpe extraviado que recibía, y se deshacía en pedazos. Me corté los nudillos. Nos separaron. Lloré. Mis hermanos, en la barra, lloraban. El viejo se limpiaba la sangre y me miraba con odio. Fue al baño a mirarse. Me había equivocado... «No tomes con tu papá». Me equivoqué, abuela. Me equivoqué.

Deseé pedirle perdón. En ese momento salía del baño. «Per...». Una trompada en mi ojo izquierdo interrumpió la frase. Y de nuevo sentí deseos de matarlo, y solté todos los golpes que nunca me había atrevido a darle a nadie. Uno tras otro, todos mis golpes, toda mi rabia, todo mi odio, un golpe y otro, hasta que me lo quitaron; aún así, estuve esperándolo afuera del restaurante por más de una hora. Mientras, nutría mi odio recordando cómo le había quebrado la nariz a mi mamá, las fueteras, las cachetadas, las patadas y los puños que me había dado de chico, la vez que le quemó las manos a mi hermano por haberle robado unas cuantas

monedas, las muendas que les daba a mis hermanos, que se hizo el pendejo y no me dio para el tratamiento de mi ojo izquierdo enfermo, el trompadón que me dio a los ocho años, las mentiras que tuve que inventar para explicar el ojo negro, la vez que me vomitó su frustración y su dolor, o su pretexto, o su culpa, qué sé yo, a los doce años, diciéndome que no se había casado con mi mamá porque ella no era virgen y fue a despertarla a las tres de la mañana para que me confirmara lo que él acababa de decir; el silencio y las lágrimas de mi mamá... Sí, lo quería matar a golpes. Sólo esperaba que saliera, porque no me dejaban entrar al restaurante. Tiritaba de frío, con la camisa rota y el ojo palpitándome. Memo me retenía, me pedía que me fuera: «Tú sabes que soy tu amigo, pero ¿cómo te atreviste a pegarle? Tú sabes que tengo un hijo de tu edad, yo no lo crié ni viví con su mamá, y me sentí culpable, y siento tu odio y tus golpes como si fueran contra mí. No sé qué pensará mi hijo de mí, no sé qué sentirá...». Su hijo moriría pocos años después como guerrillero del M-19 en el asalto del ejército al Palacio de Justicia, en el golpe de estado más corto de la historia.

Mi papá dijo después que le habíamos pegado entre mis dos hermanos y yo. Quizás tuvo razón, porque cuando yo descargaba mis golpes contra él sentí una fuerza especial; nunca había tenido tanta fuerza, nunca había generado tanta violencia, nunca había deseado matar a alguien con tanta vehemencia, y cuando me acerqué a ellos, que miraban perplejos desde la barra, me abrazaron en silencio, y sentí que estaban conmigo.

Mi tío Pedro no se cansaba de repetir su frase: «Caíste en la trampa, pendejo. Él se quería sacar la culpa de haberle pegado a mi papá. Caíste en la trampa, pendejo». Lo interrumpieron un grito, las ráfagas de metrallera y el rugido de las motos. A cincuenta metros de donde estábamos, un hombre caía ensangrentado; sus acompañantes sacaban metrallicas y corrían tras los jóvenes de la moto. Los alcanzaron y les llenaron el cuerpo de plomo. El primer

hombre fue recogido por sus compañeros, sus agresores quedaron tirados en el suelo durante la media hora que se tardó en llegar la policía. Un muchacho que pasaba por ahí levantó la moto de los sicarios, se montó y se fue tan campante, como si nada hubiera pasado.

Yo no me explico cómo, pero uno de los dos jóvenes se salvó. Era un chiquillo de dieciséis años. Declaró a los periodistas que le pagaban bien por su oficio, y que trabajaba para sostener a su mamá, y claro, pasarla bien, y tal. Quería comprarle una casa y ponerle un negocio; el padre los abandonó desde cuando él tenía dos años, y ella tuvo que hacer de todo para criarlo, para que él fuera alguien, para que un día la ayudara, para que se hiciera cargo de ella. «Primero tu mamá, segundo tu mamá, tercero tu mamá, y si sobra algo, para tu mamá». Le gustaba comprarse buenas motos e invitar a sus amigas a dar vueltas por la ciudad, «a toda, mano, si no, ¿pa' qué?». Llevarlas a las discotecas, darles regalos y unos pesos; eso sí, si se portaban bien... Duró poco más de un mes en el hospital, y al salir, en la misma puerta, recibió un balazo en medio de los ojos. Nadie supo cómo, nadie oyó nada, nadie vio nada, tampoco los policías que lo cuidaban, ni los que vigilaban la puerta del hospital. Al tercer día, la cabalgata abrió la Feria de Cali, y no se volvió a hablar del asunto. «¡Viva Cali pachanguero, mi hermano!».

Mi abuelo vivió algunos años más, trabajando con Pablo, esperando una buena comisión, viendo crecer a sus nietos, regando las plantas, pasando los atardeceres, al salir del trabajo, en las tienditas del sur, bebiendo cerveza con los vecinos, con un buen pan francés y salchichón cervecero, ala, discutiendo de política, de boxeo, de toros, de las mejoras que había que hacerle al barrio, y entre un trago de cerveza y una broma, echándole el ojo a la vecina, que se sonrojaba con su mirada, «de vez en cuando un rapidito, ala». Los domingos a misa de doce, la Sociedad de Amigos

del Sur, los toros, uno que otro piquetico con la Lunareja, y un par de fiestas al año.

Ese lunes se despertó a las cinco de la mañana, como todos los días, y escuchó las noticias; doña Nubia se levantó en el mismo momento en que él abrió el ojo, y puso a hervir el agua para el café; poco después, el aroma se desparramó por toda la casa y el abuelo empezó a saborearlo antes de que apareciera en la puerta del cuarto la taza humeante. Ese día repitió tres veces su «Vieja: regálame otro tintico, por favor». Cuando pasó el voceador de periódicos, todavía estaba en la cama, pensativo. Leyó *El Tiempo* y *El Espectador*, se detuvo en los comentarios de la corrida del día anterior, discutió con los editorialistas, y por último decidió leer los avisos clasificados en la cama. «No tengo ganas de levantarme, vieja, tráeme el desayunito, voy a leer aquí los avisos». Afuera lloviznaba y la neblina seguía aferrada a la tierra. Como a las ocho se decidió a levantarse. «Toca, mijo, hay que laborar, si no, ¿con qué se vive, ala?». Antes de coger el bus, entró a la iglesia y le encendió una veladora a los santos, su preferido era Juditas. Siguió leyendo el diario durante el lento recorrido del sur de la ciudad al centro, ofreciéndole a la señora el asiento, y tocándose de vez en cuando los bolsillos, no fuera que lo dejaran sin el pureje. Saludó a la secretaria y a los obreros, y se sentó en su escritorio. Hizo un par de llamadas, concertó una cita y siguió leyendo.

Pablo continúa la narración. «Ese día estuvo muy efusivo, y muy tranquilo. Su escritorio estaba ahí, donde tú estás sentado... Ese día, como cosa particular, estuve sacando cuentas de las obras, calculando y haciendo números, hacía un día bastante lluvioso; el viejo allá, leyendo su prensa. Por ahí como a las once, ‘papá: ¿le provoca un tintico?’. ‘¡Qué carajo un tintico! ¡Un pureje, hombre! Con este frío’. ‘Bueno, camine’. Yo pedí un tinto, y él: ‘Échele un puro, mijo; échesele y verá qué es bueno’. El viejo se tomó dos tintos con aguardiente. Seguimos trabajando. Por la tarde almorzó

y se fue con los empleados hasta Fontibón, a entregar una mezcladora. Volvió tarde, como a las cinco.

»Él era de mucha vena con los obreros, conmigo no, nunca se atrevió a echar un cuento verde frente a mí. A ellos les jugaba la porra, y todos esos jueguitos, para envolararlos, ahí. ‘Papá: ¿cómo le fue?’. ‘Bien, mijo, ya entregamos eso; quedaron de dar la platica mañana. ¡Ran!’, decía mientras se le iluminaban los ojos y se frotaba con fuerza las manos. A los muchachos les pregunté: ‘¿Qué pasó?, ¿mi papá les dio algo?’. ‘Claro, mijo, oncecitas y cervecitas, ¿no, chinos?’. Se cambió. Yo acostumbraba a sacarlo hasta la treinta a que cogiera su bus, ese día no. Se engabardinó, se puso su sombrero y se estuvo un rato ahí en el taller. Ya me iba a ir y le ofrecí: ‘Papá, ¿lo subo?’. ‘No, mijo, yo salgo a la esquina y cojo mi buscito; más bien mañana nos vemos temprano, porque tienes que hacerme la cuenta para ir a cobrar esa plata’. Claro, papá, que pase buena noche».

Mi abuelo dejó su oficina y se dirigió a casa de doña Nubia, que recuerda: «Esa tarde salimos a comprarle el regalo al niño, pero yo no estaba tranquila, regresaba con una angustia tremenda. Ay, vámonos rápido porque Pedro va a llegar temprano. Me puse a calentar la comida; él no regresaba antes de las diez u once, casi siempre a las doce o una de la mañana; pero ese día llegó como a las seis, con su gabardina puesta y las manos en el bolsillo; con dolor de cabeza. ‘Tengo un dolorcito de cabeza raro, tengo frío —se estremeció—. Me voy a desvestir’. Y fue y sacó su papita. Él llegaba derecho a la cocina, destapaba la olla, agarraba una papita y se la comía. Le serví la sopa mientras se cambiaba; estaba sirviéndole el seco, cuando me llamó: ‘Señora Nubia’. Corrí, estaba tosiendo. ¿Me llamó, señor Rey? ‘Nervios, vieja’. Fui a traerle un vaso de agua. Entraba al comedor, cuando se desplomó sobre la mesa. Se alcanzó a tomar su cuchuquito de maíz; el sequito quedó servido».

El tío Pedro habla mientras riega el sauce con agua; con agua, sí, aclaro, porque cuando llega borracho lo hace con sus orines, mientras saluda con cariño a Pedro Pablo, como le puso el día que lo sembró en el antejardín. «Esa noche llegué tarde a la casa, vivíamos en México, en Coyoacán, y me fui a dormir sin hacer ruido, para que Marilyn, que estaba embarazada, no se diera cuenta; pero al ratito se despertó diciendo: ‘Hay un hombre en la casa; hay un hombre en la casa’. Eso pasó como tres veces en la noche. Pedro Pablo nació un mes después».

Pablo retoma su historia: «Como a la hora de habernos despedido, fue la sorpresa, porque me llamaron para informarme que mi papá había muerto de un ataque al corazón. Me hice cargo de la situación. Plata no dejó. Como él decía ‘No dejo deudos sino deudas’. No, mentiras, en realidad, que yo sepa, no, ala, porque a mí nunca me cobraron, quién sabe allá en su hogar».

Doña Nubia parece contestarle: «Yo no me quedé con nada de lo de su abuelo; con deudas, más bien; yo tuve que pagar todo, íntegro; ahí tengo los recibos. Cuando Pedro murió, vino un señor a toda carrera; eso venía ahogado: ‘¡Ay, que se murió don Pedro!’». Mire, le dije yo, lo que le deba, yo se lo pago. Él estaba arreglándole la casa al señor. Ahí tengo todavía las cuentas de pintura, madera y teja. Dejó un testamento en la Sociedad, que lo que tuviera, lo repartieran por igual entre todos sus hijos. Tenía unos cuantos pesitos ahorrados, si los repartían, eso no les tocaba nada. Sólo una de las chinas reclamó su parte, los demás me lo cedieron. Con eso compré el baldosín del local e instalé la reja. Era lo único que faltaba para terminar la casa; él pensaba poner después una ferretería o una venta de materiales para construcción. Pablo corrió con los gastos del entierro».

Al abandonar la casa de doña Nubia, me extendió la mano empuñada, y me puso en la palma derecha un enanito de plástico. «Tome, mijo, era de su abuelo, lo cargaba en el bolsillo del

saco, y cuando estaba nervioso lo apretujaba». Ahora está junto al muñequito negro que me dejó mi abuela; ella lo tenía en el cajón de la registradora de su almacén de calzado. Los colocho a mi lado mientras escribo el último párrafo, mirando la máquina.

Llegaron casi todos los hijos, salvo Pedro, que estaba en México, y el otro Pedro, que estaba en la isla de Providencia. Mi papá estuvo alejado del conjunto de los dolientes, solo. Mi abuela fue la única de sus mujeres que no fue. «Yo no quise ir al entierro, mijo, ¿qué iba a hacer yo allá?». Dos mujeres mayores, una acompañada por un grupo de hermosas jovencitas, y la otra por gitanos, se acercaron a la tumba. Una lanzó una rosa roja; la otra, un clavel rojo. «¿Quiénes son?». Se preguntaba todo el mundo. Cuando cayó la última palada de tierra y la gente volteó la espalda buscando la salida, surgieron los murmullos: «Rosa no vino». «¿Viste esa?». «Esa es fulanita de tal». «Oye, después de la novena, ¿nos vamos a tomar un trago a nombre del viejo?». «¿Y ese quién es?». «Se llama Pedro, es uno de los hijos del viejo». «¿Y ese otro quién es?». «Pablo, es otro hijo». «¿Y ese?». «Pedro Pablo». Yo juego con la cadena plateada que cuelga del bolsillo del chaleco de mi abuelo y me entretengo siguiendo los destellos que producen los eslabones con los rayos del sol que empieza a calentar la fría mañana bogotana.

FIN

Este libro se imprimió en febrero de 2020 en la Editorial
Aula de Humanidades, Bogotá, Colombia.
Compuesto en caracteres Adobe Garamond Pro.

En mi refugio en “La región más transparente del aire” he seguido leyendo, estudiando, disfrutando y compartiendo letras, imágenes visuales y sonoras, corazones y vidas; terminé en la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, la maestría en Letras Hispánicas con la tesis *El Cuento Infantil Mexicano*, y no he podido decidirme a terminar de una vez por todas mi tesis de doctorado *Álvaro Mutis y Maqroll el Gaviato: un eterno navegar entre dos mundos...* Con varios amigos creé y dirigí la Semana Cultural de Colombia en México, la revista y editorial latinoamericana *La Casa Grande* y la editorial Del ReyMomo, especializada en libros para niños, en edición bilingüe español-lenguas indígenas.

Soy profesor investigador de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, UACM, y catedrático de la UNAM; aspiro a morir, si no ante el tablero o en un pupitre, sí después de una buena clase, en casa, escuchando “Arabesque” o “Porgy and Besse” o un “Nocturno” o leyendo las *Mil y una noches* o “El cantar de los cantares” o el “Ruibayat”, o bailando “Sonido bestial” o “agúzate que te están velando”, de mis hermanos Richie Ray y Bobby Cruz..., con la última mirada en alguna flor de mi jardín.

Soy autor de las novelas: *Por las tierras del cóndor y del águila negra* y *Falsas memorias del Paraíso* (inédita); *Miniatras y otros poemas*, un único poemario que crece cada tanto y *El zoológico ilógico*; *Historia y muestra de la literatura infantil mexicana*, *Cultura turística infantil* y *El Cuento Infantil Mexicano, ¿Literatura infantil?*, y otros textos sobre la literatura y los niños (inédito); y varios ensayos y entrevistas.

Toda novela es, en el fondo de sí misma, una especie de retorno a la infancia. Un regreso perturbador al país de los orígenes. *Por las tierras del cóndor y del águila negra* cumple con dicha condición. Mario Rey ha logrado con este trabajo literario una extraordinaria realización. Muy bien escrita, muy bien concebida, muy bien desarrollada y estupendamente terminada. Aquí, el autor ha logrado un tejido muy fino que vincula la historia familiar con la historia social y con la cultura popular de este país de locos y de maltratados desde la cuna. La técnica de exploración, real o simulada, parece haber sido la entrevista al padre, al tío y al abuelo. Detrás de todos estos focos de información o fuentes narrativas, siempre hay un Rey que teje la historia familiar y la reconstruye desde la tradición popular. El autor hace de esta maravillosa novela un relato en primera persona donde quien habla siempre es un Rey. Y mientras el uno y el otro quiebran los cristales y lanzan insultos a los más cercanos, el país elige a Marco Fidel Suárez y asesina a Uribe-Uribe y a Gaitán, como parte sustancial de su perturbadora leyenda.

En medio de esta rabia familiar y social permanentes, el Paraíso es un maravilloso prostíbulo donde van a recalar y a beber su ansiedad algunos de los personajes más representativos de esta historia de parientes que se insultan y se buscan y se aman. En el Paraíso, que lo es realmente, reinan la generosidad y la alegría de la vida. Lucy y la Lunareja, Eréndira y las demás chicas aman sin celos y sin necesidad de apoderarse de nadie, como debería ser. El boxeo de uno de los jóvenes Rey genera una bonanza que se dilapida en el Paraíso. La bohemia y el culto por la poesía popular atraviesa a la familia Rey y a los amigos que frecuentan. Recitadores y declamadores son todos. Hasta el día que llega al Paraíso un japonés de tercera edad solicitando a Lucy la prestación de algunos servicios especiales. El japonés, que parece expresamente escapado de las páginas de *La casa de las bellas durmientes...*

FERNANDO CRUZ KRONFLY

